

araucaria

de Chile



araucaria

de Chile

N.º 5 — 1979

Director: Volodia TEITELBOIM
Secretario de redacción: Carlos ORELLANA
Comité de redacción: Soledad BIANCHI, Luis BOCAZ,
Osvaldo FERNANDEZ, Luis Alberto MANSILLA y Carlos MARTINEZ C.

Diseño gráfico: Fernando ORELLANA
Dibujos de la portada de César OLHAGARAY, extraídos del film «Copihuito»,
realizado en la R.D.A. por Günter Jordon y DEFA-Dokumentarfilmstudio. Los
dibujos corresponden a la parte relacionada con la historia de Lautaro.

El envío de colaboraciones, los pedidos de ejemplares y de suscripciones, la
remesa de valares y de todo tipo de correspondencia dirigirla o nombre de
ARAUCARIA, o Apartado de Correos 5056, Madrid-5, España.

Ediciones MICHAY, Correo de San Francisco, 13, Of. 002. Apartado de
Correos 5056. Madrid-5.

I.S.B.N.: 84-85272-27-7
Depósito legal: M. 20.111-1978

Imprime: G. Robles, S. A.
A. Pordal Reyes, 209 - Humones de Madrid (España)

SUMARIO

NUESTRO TIEMPO

Ligeia Bolladares: <i>Garcla Márquez: Sólo cuento cosas que le pasan a la gente</i>	7
---	---

EXAMENES

Orlondo Millos: <i>La economía chilena en los años de Allende</i>	23
Hugo Fazio: <i>Mercado de capitales y concentración financiera</i>	43
Héctor Toro: <i>Movimiento sindical chileno: ¿unidad o división?</i>	71

LA HISTORIA VIVIDA

Isabel Letelier: <i>Los muertos no callan</i>	91
---	----

TEMAS

Miguel Rojas-Mix: <i>Borges, la clara espada y la furtiva dinamita</i>	97
Armando Uribe: <i>«Caballeros» de Chile</i>	109

CAPITULOS DE LA CULTURA CHILENA: *La ciencia*

Armando Cisternas: <i>Desarrollo científico y subdesarrollo económico</i> ..	132
Debate sobre la política científica chilena: contribuciones de Vladimir Hermosilla, Claudia Iturra, Jaime Schwencke y Claudia Teitelboim	151

TEXTOS

Elvio Romero: <i>Desde el fondo de las Segovias</i>	171
Vicente Zito Lema: <i>Carta de Matilde</i>	173
Carlos Ossa: <i>Marla</i>	179

LOS LIBROS

Juon Armondo Epple: <i>Notas sobre la cueca larga de Violeta Parra</i> ...	187
--	-----

DOCUMENTOS

<i>Cartas de Chile</i>	198
------------------------------	-----

CRONICA

<i>Sócrates y los 70 años de Roberto Parada / Tolstoi en Chile</i>	206
--	-----

NOTAS DE LECTURA

<i>Días y noches de amor y de guerra / Chilean Literature. A working bibliography of secondary sources / Te acordás hermano / Le sang dans la rue / En tu dolor veo el nuevo día / Mientras esto sucedía / «La bicicleta» / Baldosas.</i>	212
---	-----

NOTAS DE DISCOS

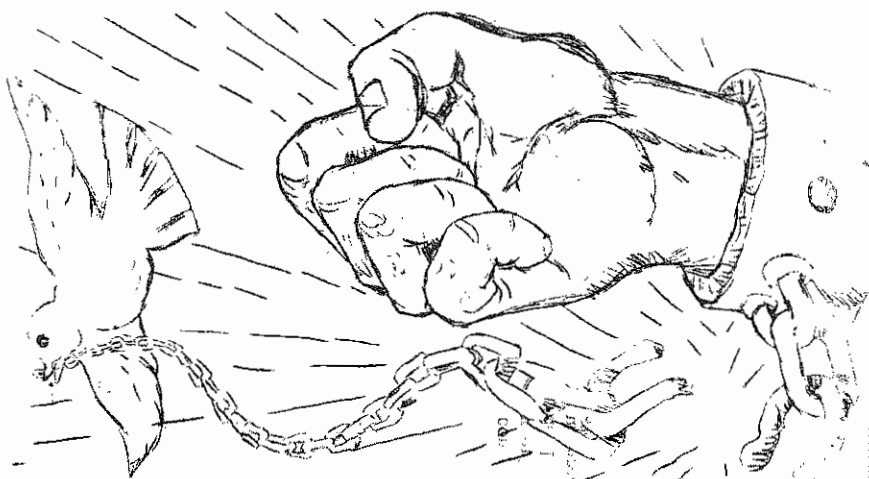
<i>A Chile desde lejos / Bernardo O'Higgins Riquelme</i>	224
--	-----

CARTAS-ECOS

	225
--	-----

LOS AUTORES DE ESTE NUMERO

	228
--	-----



Por la
Vida... Paz
Por la Paz
Somos
los
que
enfrentaremos

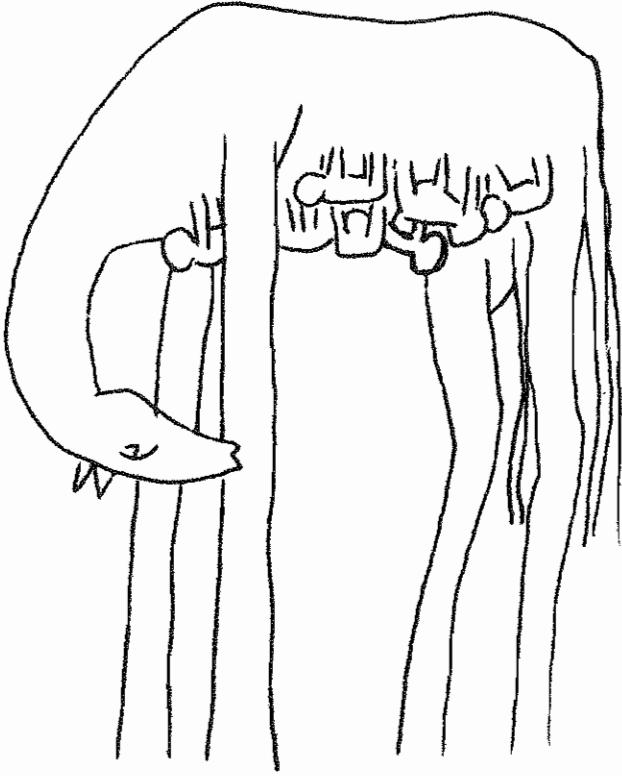
plaza almagro
lunes 22 19hrs.
para toda persona
tiene derecho a
la vida, a la liber-
tad y a la segu-
ridad de su per-
sona ...

(Decl. Universal Derechos Humanos)

... Pero llegó el día en que los desaparecidos
se tomaron el poder,
somos mayoría -proclamaron- y llegaron
desde miras, puertos y montañas
de ciudades, aldeas,
islas y desiertos
por el mar y por el cielo.
Atropallándose con sus restos
de cal y de ladrillos,
el paso firme, al frente,
quemados, cubrados, polvorientos,
esgrimando picanas,
disparando metralletas,
envueltos en gases lacrimógenos,
y botieron sus tambores,
levantaron sus banderas,
sus gruesos frentones y
se hicieron justicia
con bondad de endraxes,
y erigieron el último monumento
de la historia:
un arco invisible
al general que desapareció..."

(Revista Arucarin, Nº 2)

Amochei y ter-
nández deben
responder por la
vida y la libertad
de los 2.500 patrio-
tas desapareci-
dos...!!
longuén...
la barbarie pino-
chetista no que-
dará impune...!!



GARCIA MARQUEZ: SOLO CUENTO COSAS QUE LE PASAN A LA GENTE

LIGEIA BALLADARES

*«Hablo de cosas que existen, Dios me libre
de inventar cosas cuando estoy cantando.»*

Pablo Neruda

«Mis cantos son mis testigos», pudiera haber dicho Violeta Parra —como lo dijo— si se hubiera visto en las que yo me vi para despachar esta entrevista —o esta conversación, mejor, cmiendo—, sin faltarle al entrevistado. Porque lo cierto es que cuando conversamos con Gabriel García Márquez, él rechazó absolutamente el uso de una grabadora. Y la verdad es que yo estoy aquí, justamente, usando una de ellas para poder contarla, porque entre aquella conversación y ésta con la grabadora, hubo un infarto, y lo único que me permiten hacer es hablar. En descargo: a lo mejor esta doble circunstancia coloquial da más fidelidad al tono y a la bondad de don Gabo, que permitió a nuestra revista traspasar su intimidad de escritor, de padre y de madre, y de latinoamericano y de hombre solidario con nuestro combate.

Me habían dicho, cuando llegué a México, que conversar con Gabriel García Márquez era muy difícil. Que él está siempre viajando, siempre saliendo. Que está lleno de actividades, ya que además de gran escritor es un destacado periodista. Entonces, vive reportando el mundo, y el poco tiempo que pasa en México lo atesora para su familia.

Pero cuando por teléfono, después que Poli Délano me convidó el número de García Márquez, le hablé del encargo de Volodia Teitelboim de conversar con él sobre un cuestionario que aquél le había

entregado para nuestra revista ARAUCARIA, me dijo: «Claro que conversaremos; claro que sí.»

Ya el inicio de la conversación telefónica fue de buen augurio, porque él tiene un tuteo natural que es como una puerta que se abre.

Y la abrió:

—Dispongo para conversar contigo, mañana, entre las tres de la tarde y las seis. ¿Cómo te vas a venir?

La verdad es que yo no paraba en la misma ciudad de México. No tenía en qué movilizarme, pero le aseguré que iría en lo que fuera.

—¿Puedes echar mano a un helicóptero o a una paloma mensajera?

—No —le contesté—. Me iré en un palo de escoba.

Lo cierto es que esa tarde del 28 de noviembre, pese a ciertos conjuros de palos y taxis rotos, estábamos en casa de Gabriel García Márquez. «Estábamos» —digo—, pues fui acompañada de un soldadito al arco, tierna querencia, que recién me había llegado brevemente de mi otra querencia terrena.

Barrio Pedregal. Calle Fuego. Curioso nombre, digno de una vía de Macondo.

Llegar al hogar de García Márquez, estar con él, con su mujer —Mercedes Barcha—, con uno de sus hijos, fue una experiencia buena e inolvidable. Aunque es un hombre que dice cosas duras, desde el fondo de su ternura, con mucha claridad, con mucha franqueza. Nuestra conversación empezó del modo más imprevisto: «pelando» a las grabadoras, a esas «enlatadoras de la voz». Yo había ido, en verdad, a esa entrevista pensando en «afitmarme» en la maquinita y en aquel cuestionario que Volodia le había hecho llegar en demanda de respuesta. Pero la grabadora no fue posible usarla, pues Gabriel García Márquez quiso que conversáramos, simplemente. Y cuando le pregunté por el cuestionario, me contestó:

—¡Ah, sí...! El cuestionario de Volodia... Sé dónde está! Está dentro de un libro, en Colombia. Pero no importa. Inventaremos uno. Inventaremos un cuestionario...

Borges: una tomadura de pelo

Y la verdad es que me ayudó muchísimo. Es un hombre generoso. No sólo porque esté junto a los anhelos de nuestro pueblo. Es también un hombre justo, ya que lo primero que pregunté fue por Jorge Luis Borges, porque la noche anterior había estado leyendo unas declaraciones suyas que nos conciernen a los chilenos. Y apenas le mencioné el nombre de este escritor rioplatense y amigo de Pinochet, García Márquez reaccionó:

¿Quieres empezar esta conversación con que yo te diga... ¡malas palabras!?

Y de inmediato agregó:

—A mí me parece que es un irresponsable político. Y es un irresponsable político porque, a la vez, es tan extraordinario escritor, que uno no puede entender sus posiciones políticas sino como una tomadura de pelo. Un hombre inteligente y culto, pero tan reaccionario, no puede ser sino una tomadura de pelo. Y esa tomadura de pelo es muy grave, porque él es un hombre, un escritor de tanto prestigio.

Periodismo y grabadoras

Y yo, a esas primeras alturas de la conversación, la verdad es que quería insistir en el cuestionario, quería poner a funcionar mi grabadora, quería no perderme palabra de García Márquez. Pero apenas me vio hacer un gesto de tomarla, me dijo:

—No. Las grabadoras no me gustan, porque termina uno dictándole a esos bichos. Y es una pura sustitución de las notas. Y cuando uno empieza a hablar para las grabadoras, uno empieza a decir como un discurso. Y tomando en cuenta que cada palabra tiene su peso específico, resulta terrible, entonces, que se transcriba toda reflexión, toda idea que uno va teniendo, así, en voz alta. Y suele pasar que uno termina llenando cintas, donde uno ha dicho tonterías y cosas que no tienen importancia, con voz de discurso. Pero lo peor —agrega—, lo peor de las grabadoras para los malos periodistas, es que éstos esperan que ellas —las grabadoras— piensen por ellos.

—¿Y para los buenos? —le pregunté.

—Para los buenos les da una cantidad enorme de trabajo, que es una pena. Porque un buen periodista, con dos o tres notas tiene suficiente y, en cambio, si llena dos o tres cassettes, son cinco o seis horas de trabajo, de las cuales transcribe entre cincuenta a cien carillas, de las cuales obtendrá dos o tres notas... O sea, dimos la vuelta y volvimos a las dos o tres notas primeras del buen periodista.

Gabriel García Márquez insistió mucho en que no quería conversar de política, que no quería que le hicieran una entrevista; que a él lo que le interesaba era conversar de libros, de literatura, de cosas que le pasan a la gente.

—¡Pero usted es también periodista, usted hace entrevistas! —le repuse.

Yo no hago entrevistas. A mí me interesa la imagen de la gente más que lo que dice. La gente, más que sus palabras. Las entrevistas terminan por convertirse en algo así como otra especie de género literario. Y uno se devana los sesos y se pregunta cómo hacerla diferente. Si viene un periodista distinto, de alguna manera, en todas las entrevistas las preguntas van a caer más o menos en lo mismo.

Entretanto, miré mi reloj pensando en si habría ya acumulado mis «dos o tres notas».

—No —me aclaró—, no se apure. Quien viene a las seis de la tarde es Silvio Rodríguez, el compositor cubano. Vamos a trabajar con él: estamos haciendo canciones. Yo le doy argumentos y él pone la letra y la música.

Para llorar de amor

Y sin pausa ni preguntarle nada, empezó a hablar de la revolución, tal vez porque en ese momento entró su hijo menor, Gonzalo, de dieciséis años, que estudia música en el Conservatorio. Y miró también a mi pequeño soldadorcito al arco y casi, como preguntándoles a ellos, o a lo mejor diciéndose a sí mismo, lanzó eso que a tantos nos quema:

—¿Y la revolución? Nosotros —se contestó— queremos hacer la revolución para que el amor sea mejor que ahora. Yo no soy como los dogmáticos de algún momento que pensaban que el amor era «contrarrevolucionario» y que les daba vergüenza, por ejemplo, encerrarse en el baño a llorar de amor. Y si van a hacer una revolución para que eso no se pueda hacer, bueno... yo tendría que estar con Borges, entonces...

Pregunté, porque allí estaba Gonzalo, por su hermano Rodrigo, el mayor, de diecinueve años. Y contestó el padre, Gabriel García Márquez:

—También es músico... a su manera. Estudia matemáticas puras.

Pero don Gabo —como él se dice— insiste en que quiere conversar de literatura. Comienza a hablar de la suya —que llama literatura de ficción— y que algunos críticos han llamado «de imaginación»; pero casi de inmediato se evade del tema.

Y lo cierto es que nosotros, latinoamericanos, encontramos a «su» Macondo y su magia en casi toda América Latina. Macondo, por ejemplo, estaba en Temuco, para mí. Estaba también en Villarrica, en la casa donde se crió mi «nana» mapuche. Encontré también Macondo en Abasolo, un pueblito metido en el desierto mexicano, en el Estado de Coahuila. Sí. Macondo existe. Aunque don Gabo lo llame un producto de su «literatura de ficción». Es una cosa de verdad.

El odio y la ternura

Gabriel García Márquez afirma que su vocación es la de periodista. Y reitera que nunca hace nada sino contar cosas que le pasan a la gente. En todo lo que escribe.

—Pero ¿qué es, entonces, lo que más le gusta a usted? —insisto.

Se queda pensando largamente.

—Lo que más me gusta es la música.

Y hablando casi para sí mismo, agrega:

—En las personas, en una persona, lo que más me disgusta es la falta de ternura. No me interesa, en absoluto, una persona que carezca de ternura. En Fidel Castro, lo primero que se nota, lo primero que salta a la vista, es su ternura, su tremenda ternura. Hay hombres a los cuales les da vergüenza que se sepa de su ternura. Al Ché, al Ché Guevara, no le dio vergüenza y escribió: «Hay que aprender a endurecerse, sin perder la ternura.»

Y habla con vehemencia sobre esto que le importa:

—Es que yo creo que estas cosas tenemos que decírlas. Sobre todo, decírselas a tanto revolucionario de cartón piedra que anda por ahí, que tenemos por ahí y que lo único que hacen es desprestigiar a la revolución y andar asustando a la gente.

Y habla, aunque parezca una redundancia, con enorme ternura sobre la ternura. Le pregunto, entonces, a contrapelo:

—¿Y el odio?

Me mira de una manera nueva.

—A mí nunca se me planteó ese problema. Y te lo digo con absoluta sinceridad.

Pero insisto. Por todo esto que nos pasa ahora en América Latina. Todo esto que nos aplasta, que nos divide, que nos aleja, que nos impide tanta cosa, como la ternura, entre otras, y que es odio.

—Fíjate —replica, asociando— que yo realmente por Pinochet lo que más siento es lástima. Desde luego, una lástima profunda por esa mediocridad increíble que exuda. Además, yo lo vi. Lo vi muy de cerca cuando se firmó el Tratado del Canal de Panamá, en Washington. Yo estaba allí, a cerca de un metro de él, y me alegró muchísimo darme cuenta de que no es odio lo que siento por él, sino lástima. Además, me dio muchísima alegría saber que yo no soy él. Y, por consiguiente, saber que es él quien está muy jodido.

E insiste:

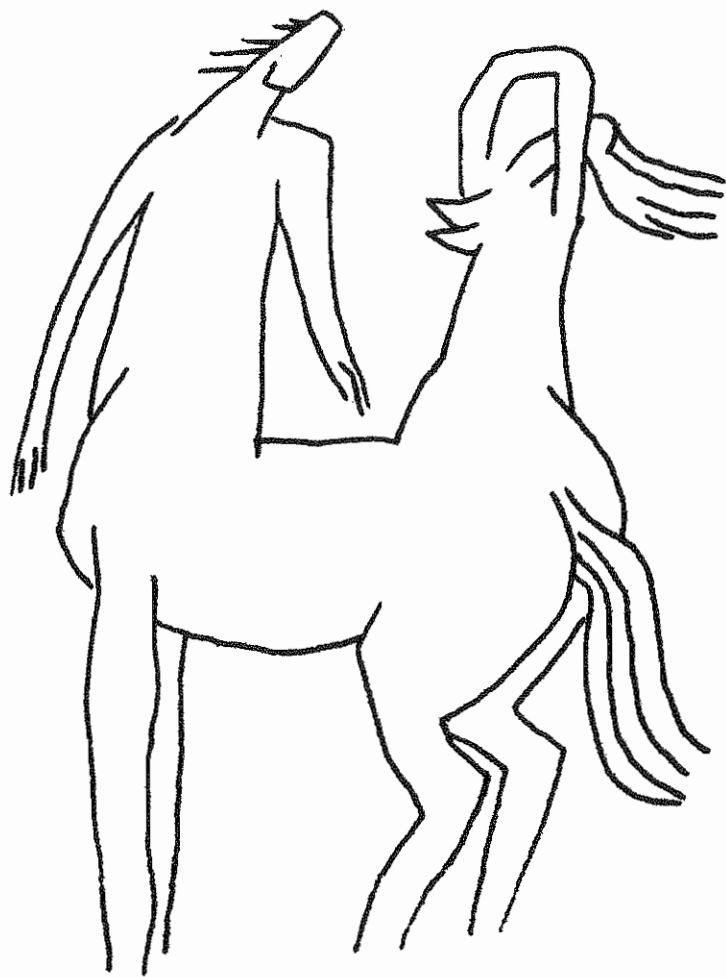
—El odio no lo puedo entender. Algunos dicen que es verde. Y la envidia —agrega, riéndose—, amarilla.

Pero yo, recordando ese 11 de septiembre de 1973, el cielo ennegrecido por el humo, le digo que no. Que si el odio pudiera representarse en lo que hicieron esa mañana y en todas estas mañanas de estos cinco años con tanto desaparecido, con tanta ausencia irremediable, con tanto exilio, yo diría que el odio es negro. Pero él insiste:

—Debe ser verde. Debe ponerse negro, a lo mejor, cuando se pone viejo.

Grandeza de Neruda

Le digo que sus comparaciones me recuerdan las que habitualmente hacía Neruda sobre colores, sentimientos, herramientas o situaciones.



Entonces, el escritor colombiano y latinoamericano expande una enorme admiración sobre Pablo, sobre su vida «dotada de enorme grandeza», y apunta, a la vez:

—Pero esa capacidad de grandeza también la volcó Neruda para sus odios. Yo lo conocí intensamente, aunque poco tiempo. Una vez lo vi de paso el año 65, creo. Pero donde realmente lo conocí fue en Francia, cuando él era embajador. Y con Pablo —hace un gesto como para acentuar el recuerdo— nos pasaba una cosa muy divertida. Nos mirábamos y nos cagábamos de la risa. Nos reíamos de tonterías, de chistes viejos o simplemente de nada. Nos mirábamos y nos reíamos. Y hubo mucha gente que se intrigaba por no saber nunca de qué nos reíamos. Y lo cierto es que muchas veces, nosotros también. Era que nos daba una gran alegría vernos. Estar juntos y reírnos. Así expresábamos, entonces, nuestra capacidad de alegría. Y es por esto que nunca me he podido explicar cómo Pablo podía —tal como era y tal como yo lo conocí— odiar tanto a los que odiaba.

Y, lógicamente, hablamos también con García Márquez de esta necesidad vital de nosotros los chilenos, del reencuentro, del estar juntos. Le digo que ARAUCARIA es un esfuerzo por aunar a los chilenos, a los de la patria y a los del exilio. Pero hace una afirmación rotunda, no por las intenciones:

—Creo —dice— que los chilenos aún no están juntos en ARAUCARIA. Creo que en el exilio justamente están muy divididos. A mí me gusta trabajar con todos los chilenos. Ha sido siempre mi actitud. Soy muy amigo de los comunistas, de los socialistas, del MIR, de los radicales. Yo los veo como una sola cosa y desgraciadamente no son una sola cosa. No están juntos. Están como el perro y el gato. Y yo creo que éste es el mayor triunfo de Pinochet.

Una piedra sobre Uruguay

Y reincide luego, con pasión, en el imperativo necesario —recalca— de hacer pronto la revolución en América Latina. Y monologa sobre las cosas terribles que aún nos pasan. Se detiene especialmente en el drama del pueblo uruguayo:

—De allí no se sabe casi nada. Allí hay una cosa ciega. En casi todos los países del continente, la represión ya ha tocado o está tocando fondo, pero allí la curva ascendente continúa. Y es difícil saber cuál es la realidad. Uruguay es un país cerrado. Es como una piedra maciza incrustada en el costado de América Latina, entre todas las dictaduras que aún quedan.

Luego él mismo interrumpe sus reflexiones para preguntarle a su hijo:

—¿Hoy no tocas flauta, Gonzalo?

Pero el tema le persigue como una alucinación sin ficciones y pregunta en un disparo a los dos jóvenes presentes en nuestra conversación:

—Y bueno, ¿cuándo van a hacer la revolución en América Latina?

De todos modos la tomo y se la devuelvo a Gabriel García Márquez:

—¿Cuándo la tendremos, la veremos nosotros?

Cuando Chile...

—La verdad es que yo pienso —afirma con rotundez— que la revolución se va a hacer en nuestro continente cuando se liberen los chilenos. Tienen una responsabilidad muy grande. Con la «vía chilena al socialismo» —así se hubiera demostrado que era ésa— ya estaríamos muy lejos. Y ese sí que era el gran ejemplo peligroso: derrotar al enemigo con sus propias armas, en su propia salsa. Lo que quería el pueblo chileno demostrar —y se podía demostrar—, se habría podido comprobar y materializar si no hubiera sido por las grandes disensiones dentro de los partidos de la Unidad Popular. Le echamos mucho la culpa a la CIA, le echamos mucho la culpa al enemigo. Pero resulta que el enemigo tuvo éxito porque se metió por las grietas que encontró entre nosotros, y encontró entre nosotros terreno fecundo.

Y con la misma pasión vuelve a otro de sus desasosiegos profundos, no excluyéndose:

—Esta es la gran lección que nosotros tenemos aún que aprender: la lección de la unidad. Sí —remarca—, desde luego que sí. Y la responsabilidad de los dirigentes populares en esto es enorme. Algún día la gente, el pueblo, les va a pedir cuentas. Y en estas cuentas que algún día habrá de rendir, lo principal será rendir cuentas sobre cómo luchamos por la unidad entonces, y cómo estamos luchando por la necesaria unidad ahora.

Y aunque repite eso de que preferiría hablar más de letras y libros, continúa con el mismo vigor de que él está «absolutamente convencido de que la unidad debe estar forjándose allá “adentro”; que desde allá, desde el interior de Chile, vendrá la solución. Porque —e insiste, otra vez— hay que hacer la revolución para poder llorar de amor en el baño».

Ayudar al amor

Le replico que yo no tengo nada en contra del amor «de ahora» ni contra esta urgencia por cambiar el mundo. Y Gabriel García Márquez considera que es necesario que él explique más acabadamente aún sus propias urgencias y los objetivos de la revolución:

—Entonces te lo diré con términos comerciales... Haremos la revolución para que haya más facilidades de amar y para amar. Y a parejas, tenemos que dinamitar el dogmatismo, que yo pienso,

es lo peor que hay. Es, casi, casi... tan terrible, exactamente, o igual, mejor dicho, que la falta de ternura. En el dogmatismo es donde se encuentra la mayor falta de ternura.

Insiste en que la entrevista —«esta conversación», corrige— ya se terminó, pues no hay nada que ya no haya dicho por todas partes. Y en verdad, cuando el tono coloquial fluye suelto, afirma que «te contaré cosas que no le he contado a nadie».

—Te contaré, por ejemplo —me dice—, que soy padre y madre a la vez.

Entonces miro a esa pareja maravillosa que son Mercedes y él y que *se ven pareja* sólo viéndolos cómo se miran, advirtiendo entre ellos una ternura que es real. Pero como allí hay un hijo de ambos, pregunto a Gonzalo si es verdad lo que dice su padre:

—¡Claro que sí!... Porque yo creo que todos los padres y las madres de hoy están un poco locos...

Y otra vez sí que no hay «entrevista». La conversación se ha cernido familiar, hogareña. Gabriel García Márquez recuerda a sus hijos cuando pequeños. «Cuando todos los días les leía el periódico, sacando de ellos la materia prima para los cuentos. ¡Cómo les inventaba cosas!»

—¡Pero no! —se desmiente presuroso—. Yo les contaba cuentos con cosas que les pasan a la gente...

Y de estos cuentos para uso filial caigo al recuerdo de lo acontecido a José Arcadio Buendía, «hijo» literario de Gabriel García Márquez, habitante de Macondo. Porque a don José Arcadio se le ocurrió morir. Y fue cuando el carpintero del pueblo tomaba las medidas al finado para construirle el ataúd, empezó a caer sobre Macondo una llovizna de flores amarillas que no dejó de fluir durante toda la noche. Era como una tormenta amarilla y silenciosa, que atascó las puertas y sofocó a los animales que dormían en el campo. El tapiz hubo de ser sacado con prosaicas palas y rastrillos para que pudiera pasar el cortejo funerario de José Arcadio Buendía.

Padre y habitante

Esto lo cuenta don Gabo en sus *Cien años de Soledad*. El insiste en eso de que sólo «cuenta cosas que le pasan a la gente». Y no es culpa de él que a mucha gente se le ciernen juntas la magia y la realidad. Y conversando sobre esto y lo otro, afirma:

—Y además tengo intuición femenina.

Y para confirmar sus palabras me cuenta que no hace mucho, estando toda la familia junta:

—De repente, como a las seis de la mañana, sentí como que un terremoto se me metía en la cama. Junto con la sensación supe de inmediato que era Rodrigo quien venía enfermo. Y es que estaba enfermo el niño —pese a sus dieciocho y a su metro 92 de estatura acota sonriendo—. Estaba verdaderamente enfermo.

—Tuviste, entonces, lo que se llama una intuición femenina.

Y responde con una aparente doble contradicción:

—Sí. Pero la intuición femenina no la tienen las mujeres, sino que los hombres.

Y a renglón seguido señaló:

—Una de las cosas que más detesto es el machismo: el machismo en los hombres y en las mujeres. En cambio, diría yo, la ternura se le nota, se encuentra más en los hombres que en las mujeres. Tal vez en ellas se nota más la indulgencia, porque a veces son muy poco indulgentes con los hombres. Entonces, cuando te indultan, se nota mucho, destaca más.

Le pregunto cómo puede vivir en una ciudad tan intoxicada como Ciudad de México. La defiende.

En verdad, Gabriel García Márquez y su familia habitan una casa de un barrio un tanto aislado del tráfico urbano y de la contaminación. Ella nos recuerda el ambiente que daba Neruda a los lugares que elegía para vivir. La casa mexicana del escritor colombiano nos trae a la memoria «la Chascona», esa construcción como de tres pisos a la que nuestro poeta dio su sello a la vera del cerro San Cristóbal, en Santiago.

Me cuenta García Márquez que él vive en la capital azteca desde hace diecisiete años, lapso en que ha aprendido a conocerla y a quererla.

—Yo la escogí. Nadie me la impuso. Yo puedo vivir donde quiera...

—¿Y en Chile?

—¡Ah, no! «Ellos» estarían felices de que yo fuera a Chile. Pero no pienso, desde luego. Vivo en Ciudad de México porque la elegí... aunque, en verdad, todas las grandes ciudades son una mierda. Pero a mí me gusta Ciudad de México. Me pasa, o nos pasa, que ya nos hemos hecho aquí una vida interior, real, y esto se puede hacer en una ciudad como ésta.

Y pese al nivel de polución ambiental, Mercedes también aprueba a su modo y materializa su vida interior, cultivando rosas en el jardín de la casa. Y es difícil ser jardinero en Ciudad de México, donde hasta los árboles se mueren porque respiran ya cualquier cosa, menos aire.

Una rosa roja

Y no es el tema el que hace propicio un elogio indirecto de García Márquez hacia su mujer. Enseñando hacia su pieza de trabajo, me dice:

—Necesito tener sobre el escritorio, todos los días, una rosa roja para poder escribir...

Y sobre esto creo de necesidad aclarar: Gabriel García Márquez jamás ha dicho que no escribirá mientras no caiga Pinochet.

Lo que ha afirmado es que no publicará, mientras esto no ocurra. Pero ha dicho también que publicará un libro suyo a las veinticuatro horas que el dictador caiga.

Y ese libro ya está listo, porque Mercedes cuida que todos los días haya sobre el escritorio de Gabriel García Márquez una rosa roja.

Y él trabaja intensamente a la sombra o en el ámbito de esa rosa roja. Y su labor fundamental que reparte entre literatura y periodismo, o como él lo dice: entre periodismo y literatura, también se proyecta a otras tareas. Me cuenta que pronto viajará a Vietnam, y puede ocurrir que al momento de aparecer este registro de la conversación con el escritor colombiano, él ya esté o haya estado en ese pueblo a quienes debemos el aliento de tanto heroísmo.

Y en junio próximo estará en Moscú, donde participará como Jurado en el Festival Internacional de Cine. Y que en su agenda se anota otro surtido de proyectos y actividades...

El futuro. El pasado. El venero de creencias populares de nuestros pueblos. El «Once». Allende. La conversación se expande o se hace íntima. Por esto, de repente, inquirió a mi acompañante, el pequeño soldador al arco:

—Te ves triste. ¿Está triste, como tú, la gente en Chile?

—No —replicó mi soldador—. La gente no está triste. Y yo estoy triste. A veces tenemos pena, desde luego, pero no son penas o tristezas definitivas. Nuestras penas cada día más van siendo «colas» de lo pasado. Son accidentes, más bien, porque el día y los trabajos para retornar la alegría son cada día más largos.

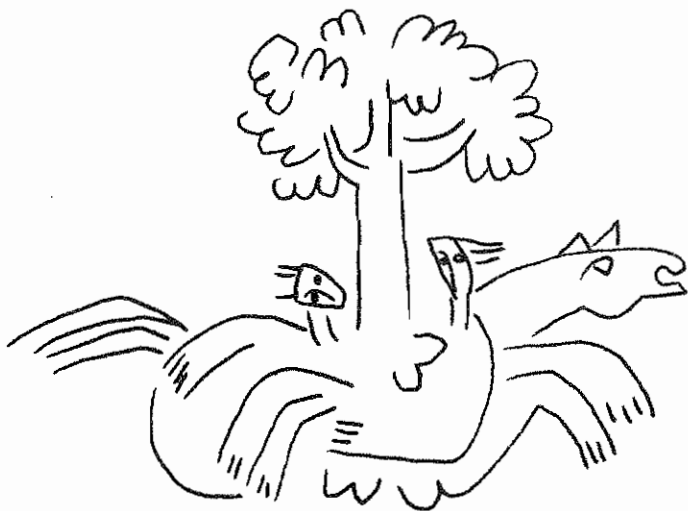
Y vuelve García Márquez con Allende para hacer una afirmación como piedra:

—A Allende —dice— lo dejaron morir solo como un perro. Yo creo que estas cosas, ahora, hay la obligación de decírlas. Todos dicen que lo hizo la CIA. Pero yo creo que hay que decir también algunas cosas que hasta este momento han sido tabúes. Y ésta que digo es uno de ellos.

Y pensando en esta piedra que lanza García Márquez, pienso en tantos que cumplieron con su deber y que es posible que hayan muerto solos con su muerte, para evitarla a otros tantos: pienso o recuerdo a Enrique París. Recuerdo el nombre de Augusto Olivares. De Jorge Klein. Del Coco Paredes. Recuerdo a tantos otros que murieron en las fábricas, en las poblaciones, en los cordones industriales o en el campo, como esos campos secos y soleados de Lonquén.

Magias y machitunes

El tema de la muerte también saca animitas, brujerías, supersticiones y magias buenas y malas. Por eso le conté a Gabriel García Márquez una experiencia personal vivida durante un viaje que hicimos a Abasolo con mi hija mayor, su esposo y su primera hija,



para que la abuela mexicana conociera a su primera nieta chilena-azteca. Después de atravesar el desierto llegó la pequeña muy enferma. Fiebres, sobresaltos, mucho llanto.

La abuela mexicana dictaminó: mal de ojo. «Alguien me elogió mucho a mi niña». Decidió que las dos abuelas juntaran sus manos para hacerla una «contra». Fue a su gallinero a buscar un huevo «del día». Me instruyó para pasearlo de la frente al pecho y de un hombro al otro de la nieta enferma, que no cesaba de llorar. Ella entretanto rezaba una mezcla bellísima de letanías y dichos populares. En verdad era como una poesía dicha a alguien a quien se quiere mucho: «que el camino tenga buena sombra», «que encuentre agua fresca para abreviar la sed». «que el sueño sobrevenga calmo, después del largo camino».

Lo cierto es que pese a mi respetuosa incredulidad, nuestra nieta a los cinco minutos dormía serenamente, sin fiebre.

Gabriel García Márquez no se sonrió, ni se extrañó. Con seriedad me dijo:

—Mira, yo te voy a contar una cosa que pasaba en mi país. Conozco a un hombre, que cobró tanta fama por sus poderes, que lo llaman de todas partes para que haga sus brujerías, su trabajo. Yo lo vi. Lo buscan y le dicen: «mira, tengo una vaca enferma y no sabemos lo que tiene ni cómo sanarla». Sus clientes o creyentes son habitualmente campesinos pobres. El hombre se para entonces, cerca o no muy cerca del animal, pero en una dirección determinada que él conoce para hacer más propicio su trabajo. Pero siempre mirando al animal enfermo. Y he visto con mis ojos que este hombre, cuando empezó a decir o a recitar sus rezos, sus em-

brujos o poemas o lo que sea que se llamen, de las orejas de esa vaca empezaron a caer unos gusanos muertos...

Gabriel García Márquez me contó esto, seriamente y como él dice, como una cosa que vio, como una de esas cosas que a la gente le pasan.

Y cómo deseé yo en ese instante que este colombiano y latinoamericano, padre de una literatura mágica o imaginativa, pero siempre afirmada en el hombre y en su entorno, insuflada con su bondad que a veces tiene brotes rudos o fuertes como selva de nuestro continente, mire hacia Chile y siga ayudando para que de las orejas de tanta o alguna gente que no quieren oír nada, se caigan los gusanos muertos...

Cosas que le pasan a la gente

Es posible o casi seguro que luego veamos un anuncio como éste: «De próxima aparición. Long Play de Gabriel García Márquez y Silvio Rodríguez».

Y hasta a lo mejor su título pudiera ser: «Cosas que le pasan a la gente».

Y como ya van a dar las seis, le pido a García Márquez que nos cuente uno de los argumentos que ha entregado para que el destacado «cantautor» —como les dicen los «disc-jockeys»—, que es el joven cubano Silvio Rodríguez, lo transforme en música y en poesía. Porque en este joven creador cubano se da el caso de que el cantante como que ha eclipsado al diestro poeta que es.

Este es el argumento tal como nos lo contó García Márquez:

—Se trata de un hombre soltero y solo y durmiendo. Son como las tres de la madrugada y suena el timbre. Adormilado aún abre la puerta. Es su antigua novia, su primer amor, que viene sorpresiva y sorprendentemente con el vestido nupcial, pero sola y triste.

La ha acompañado, en cambio, un camión donde se ven refrigeradores, un televisor, lámparas, vajilla, todos los regalos de la boda.

El joven pregunta qué pasa.

—El cabrón me dejó plantada. Me vine donde ti porque es lo único que guardo.

Se quedan viviendo para toda la vida.

Como reitera don Gabo, «son cosas que le pasan a la gente...»

Literatura y periodismo

Siempre que se acuda a García Márquez a uno le encandilará su aureola de escritor.

Por esto no deja de extrañarnos —o de halagarnos— que reitere, como lo hizo en nuestra conversación:

—«Yo tengo que escribir literatura para poder hacer periodismo, que es mi vocación... Hasta ahora no conozco a nadie que viva del periodismo...»

En Ciudad de México, donde vive desde 1961, agregó otro quehacer a su labor: guionista de cine («El gallo de oro», «Tiempo de morir», entre otros).

Tres dedicatorias de Neruda

Ocurrió en Barcelona. Neruda, de paso por la hermosa ciudad catalana, lógicamente pasó a visitar a sus amigos colombianos. El almuerzo transcurrió alegremente. Y como era su costumbre y amparado en la confianza y en la amistad de don Gabo y Mercedes, pidió permiso para reposar unos minutos.

Le ofrecieron la cama matrimonial.

Entretanto, García Márquez ha ido a su sala de trabajo de su casa mexicana a buscar el testimonio. Es un libro de nuestro poeta, con varias dedicatorias corregidas. Don Gabo, riéndose cuenta la historia de estos autógrafos de Neruda.

La primera dice: «A Merceditas, desde su cama».

—Entonces Pablo —cuenta su amigo— leyó lo que había escrito y se dijo: «No. Esto no está bien», y agregó con su inconfundible letra verde:

«A Merceditas y Gabo, en su cama». Pero Neruda reflexionó que con el agregado eso había quedado peor. Volvió a corregir y dedicó:

«A Merceditas y Gabo en su cama, fraternalmente».

—Allí constató Pablo —cuenta Gabriel García Márquez— que de todos modos eso había salido irremediable y prefirió dejar la dedicatoria tal cual hoy la conserva el escritor colombiano en su biblioteca.

Un García Márquez de otro cuento

Y a todo esto, ¿cómo es y quién es García Márquez?

Lo vi, primero, como un hombre lleno de vitalidad. Muy ágil.

Cuando llegamos estaba en un sillón, él junto a su mujer acariñándose, «pololeando», como decimos en Chile.

Del tocadiscos salía un concierto para violín.

Cuando nos vio llegar dio un salto medio felino, como de muchacho. Posteriormente tuve la impertinencia de preguntarle su edad:

—Bueno, yo cumplí cincuenta años y terminé de cumplir años. Ya no cumplo más.

Su cordialidad es como una lógica acompañante de una bondad que no sabe disimular. Casi no nos dejaba ir, aunque la conversación ya había terminado. Nos contó —entre otras cosas que ase-

guró nunca había dicho a un periodista— que él es parte de una familia de 16 hermanos. Quince viven en Colombia y él es el único que ha salido de la patria.

Su madre se llama Luisa Santiago y el padre de esta feraz familia, Gabriel Erigio.

En un momento que el escritor iba a colocar en su sitio el libro de Neruda autografiado por nuestro poeta, aproveché de preguntarle a su mujer, Mercedes Barcha, cómo era esto de estar casada con alguien tan famoso.

Pero él, que ha escuchado la pregunta, grita respondiendo por ella:

— ¡Lo que pasa es que ella no puede estar casada conmigo!

Ella replica dulcemente:

—Lo que pasa... es que de verdad, estoy casada con otro, no con éste. Estoy casada con un García Márquez de otro cuento...

Y él vuelve a gritar, sonriéndose, desde junto al librero:

— ¡No le digas nada, Mercedes, que se va a dar cuenta de todo!

Las prolíficas biografías del famoso escritor colombiano no cuentan cosas como esas. Pero señalan que nace el 6 de marzo de 1928 en Aracataca (Magdalena). Tenía ocho años cuando su familia debió abandonar el pueblo natal porque la industria bananera ya no daba ni trabajo ni sustento.

Luego, pese a todo, bachiller en Barranquilla; estudiante de Derecho en la Universidad Nacional de Bogotá. En el 47-48 el suplemento dominical de «El Espectador» registra su primer cuento: «La Tercera Resignación».

Su curriculum periodístico se entrelaza con la literatura: trabaja en «El Universal» de Cartagena, en «El Heraldo» de Barranquilla («pero seguía escribiendo cuentos tan malos que aún me ponen enfermo»). En 1954 ingresa en la planta de redactores de «El Espectador», en la capital colombiana. Un año más tarde gana el Concurso Nacional de Cuentos. Ese mismo año, como corresponsal de ese rotativo cubre la conferencia de «los cuatro grandes», en Ginebra. Y como César Vallejo o Hemingway ingresa al «set» del periodismo internacional, como corresponsal en París.

Estudia cine en Roma.

En 1958 retorna a la patria, donde desposa a la joven Mercedes Barcha.

Antes, en 1955, ha aparecido *La hojarasca*, su primera novela, y desde entonces una docena de libros se sucede. *Cien años de soledad* es traducido a innumerables idiomas y completa los cuatrocientos mil ejemplares en español. En 1975 aparece *El otoño del patriarca*, y desde entonces, fiel a su promesa, Gabriel García Márquez no ha publicado ningún título nuevo.



LA ECONOMIA CHILENA EN LOS AÑOS DE ALLENDE

ORLANDO MILLAS

Por distintos motivos, diferentes sectores, con diversos argumentos, se empeñan en ocultar la obra del proceso revolucionario chileno de 1970 a 1973, los éxitos del gobierno del presidente Allende y su proyección histórica. Esto se refiere, en especial, a las transformaciones económicas y sociales, a la solución de problemas de fondo y a la política industrial, minera, agropecuaria, financiera, de servicios y de comercio exterior y a sus logros. Pero se trata de asuntos de mucha envergadura, muy próximos y que es imposible dejar de lado. Se ha podido asaltar con poderosos medios de guerra el poder, destruir a sangre y fuego La Moneda, quemar la bandera presidencial que flameó invicta en su mástil y la Declaración de la Independencia de Chile redactada y suscrita por Bernardo O'Higgins, asesinar a Salvador Allende, sumir al país en los horrores y crímenes del fascismo; pero lo que el imperialismo norteamericano y sus instrumentos venales no conseguirán es borrar las proezas del pueblo de Chile en los mil días en que la patria fue más independiente, soberana y democrática que nunca antes.

Cabe aplicar a la política económica lo que Fernando Castillo Velasco dijo sobre la Reforma Universitaria en su esclarecedora y valerosa disertación del 29 de septiembre último en la Parroquia Universitaria de Santiago de Chile: «Ahora que sólo unos determinados chilenos tienen acceso a la prensa y a la televisión, y que sólo unos determinados chilenos han recibido la autorización para vivir en este suelo, y para enseñar e investigar en la Universidad, es evidente que resulta difícil contar con fidelidad la historia pasada y

analizarla serena y profundamente»¹. Pero a la vez rige lo que planteara altivamente en esa misma exposición: «Con callar estos hechos nada se hará en favor del futuro del país. Pues ésta no puede construirse sobre ruinas y obligados olvidos, sobre sombras de hombres y delitos sin castigo. El único camino cuerdo de paz y pacificación es reconocer, con vergüenza si es necesario, nuestro propio pasado»².

Hay que contar con fidelidad la historia pasada.

El Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular no hizo planteamientos caprichosos, sino que abordó asuntos inaplazables, problemas reales, soluciones de cuya necesidad era consciente la mayoría de los chilenos. De otra manera no hubiera llegado a haber el gobierno de Allende. La profundidad de la crisis en que se debatía Chile, la búsqueda de una salida que estuvo en la razón de ser de los gobiernos de Carlos Ibáñez (de 1952 a 1958), y de Eduardo Frei (de 1964 a 1970), la similitud de algunas de las ideas fundamentales de los programas de Salvador Allende y de Radomiro Tomic, en 1970, la fuerza que dimanaba del análisis de la realidad efectuado por el Partido Comunista de Chile, el peso efectivo que la clase obrera iba alcanzando en la sociedad, el poder de atracción de la unidad socialista-comunista, la audacia de pensamiento y la rigurosidad de principios que implicaba el surgimiento del bloque de la Unidad Popular, el aporte de cada uno de los partidos de esta coalición a la redacción de su Programa, la magnitud de la contradicción del imperialismo yanqui y los intereses del país, la tendencia arrasadora expresada la misma noche del 4 de septiembre del 70 a un entendimiento de los partidarios de Allende y de Tomic, el repudio que encontraron en las Fuerzas Armadas las maniobras de la C.I.A., la prevalecencia en ellas de la Doctrina Schneider, son hechos que dan que pensar y no pueden despacharse frívolamente.

Por eso toda la buena voluntad que han puesto en sus ensayos algunos exégetas no los llevan más allá de una visión empobrecida, demasiado parcial y limitada, de lo que es un gran conflicto histórico en que la grandeza de Allende se basa en su comprensión del papel de la clase obrera y de la significación de su unidad. El gobierno popular no cabe en el lecho de Procurso de enfoques voluntariosos.

La economía chilena se caracterizaba, a la altura de 1970, por un sistema de capitalismo monopolista de Estado dependiente, dominado por un grupo de clanes financieros en relación, estrecha a su vez, con un conjunto de empresas imperialistas transnacionales. Quedaban orgánicamente fuera de este sistema, pero lo completaban el enclave directo de determinados monopolios yanquis en la gran minería del cobre y el complejo de relaciones capitalistas atrasadas en la agricultura, que llegaba a incluir algunas supervivencias de relaciones pre-capitalistas. Lo cardinal era la vinculación financiera profun-

¹ «Chile-América». Roma. Edición 48-49 (noviembre-diciembre 1978), pág. 44.

² «Chile-América». Roma. Edición 48-49 (noviembre-diciembre 1978), pág. 46.

da de algunas empresas multinacionales de comando yanqui con esos clanes de la oligarquía interna ligados en múltiples formas al aparato estatal y que, en lo fundamental, controlaban la totalidad del proceso económico desde los puntos claves de la relación interindustrial, de la circulación y de los mecanismos bancarios, monetarios y crediticios, haciendo depender la reproducción ampliada de su dinamismo. El sometimiento al imperialismo se expresaba no sólo en la gran minería del cobre, sino, además, por los conductos de la transferencia de tecnología, créditos internacionales e inversiones financieras múltiples y la sujeción del comercio exterior.

Ese sistema de capitalismo monopolista de Estado dependiente, manipulado por las empresas transnacionales, entró a afrontar en Chile, en la década del 60, una aguda crisis de estructura en que se acentuaron factores de desequilibrio presentes desde hacía medio siglo, llegando a dificultarse el desarrollo de las fuerzas productivas hasta el punto de entorpecer el ciclo de la reproducción ampliada. Fueron algunos de los índices de esta crisis: la inflación monetaria crónica, la estagnación del desarrollo económico, el déficit casi permanente de la balanza comercial, el constante retroceso agropecuario, la incapacidad de la industria para trabajar a un nivel normal de su potencialidad instalada, el desfinanciamiento fiscal acelerado y el mantenimiento en el país de una tecnología atrasada, en circunstancias de un enorme endeudamiento externo y de una imposibilidad de autosostener alguna tasa siquiera mínima de ascenso de la actividad nacional.

En el libro del Instituto de Economía de la Universidad de Chile, dedicado al año 1971, se registran como condiciones prevalecientes en 1970 las siguientes: «Gran desigualdad en la distribución del ingreso. Alta tasa de desempleo. Subutilización de la capacidad instalada. Alta tasa de inflación. Estancamiento económico. Endeudamiento externo»³. En cuanto a la coyuntura, esa obra anota: «En 1970 culminan las tendencias depresivas registradas especialmente a partir de 1967, fruto de los problemas estructurales de la economía chilena. El PGB ve reducido su crecimiento a 1% en términos reales. Por su parte, el producto bruto del sector industrial registra un crecimiento negativo en 1970. Se acentúa la subutilización de capacidad instalada en la industria de 81% en 1967 a 75% en 1970, siendo aún mayor la subutilización en las ramas ligadas a bienes de consumo durable. La tasa de desocupación en el Gran Santiago llega a 8,3% en diciembre de 1970, siendo la más alta del último decenio»⁴.

Es cierto que se vivía con cierta ficticia sensación de holgura porque entre 1965 y 1970 hubo una entrada neta de capitales de

³ «La economía chilena en 1971». Universidad de Chile. Instituto de Economía. Santiago, 1972; pág. 6.

⁴ «La economía chilena en 1971». Universidad de Chile. Instituto de Economía. Santiago, 1972; pág. 7.

1.167 millones de dólares y se contaba con créditos a corto plazo sin limitaciones, lo que permitió financiar los saldos negativos en cuenta corriente de la balanza de pagos y las importaciones de materias primas, repuestos y alimentos. Sin embargo, por esta vía la situación se iba haciendo cada vez más explosiva y adquirirían caracteres alarmantes la desnacionalización industrial y el endeudamiento.

El gobierno revolucionario abordó el cumplimiento de su programa inmediatamente de asumir el mando el presidente Allende.

En la minería, el 80% de la producción chilena de cobre estaba controlado por la gran minería, que generaba el 75% de las divisas de que disponía el país. Empresas imperialistas norteamericanas disponían de posiciones de mando en la administración de esa gran minería cuprífera, y determinaban por su cuenta toda la comercialización. En el salitre, era estatal el 37% de la propiedad de la sociedad mixta con capitales extranjeros y nacionales. En el carbón, el 75% de la producción correspondía a una empresa privada. En el hierro, la producción de mineral pertenecía a seis empresas privadas. Esto se modificó drásticamente y rápidamente. Por una reforma constitucional aprobada en julio de 1971 fue nacionalizada la gran minería del cobre, y el Estado se hizo cargo de su administración total, incluida la comercialización. Simultáneamente, mediante negociaciones, capitalización de créditos insolutos y adquisición de acciones, el Estado pasó a ser dueño de las mineras del salitre, el carbón y el hierro. Poco después ocurrió lo mismo con el cemento. Así se dio cumplimiento en corto plazo a la antigua reivindicación patriótica del rescate de las riquezas nacionales.

En el sistema bancario, el 2% de los accionistas controlaban más del 65%; tres bancos disponían del 44% de las colocaciones y obtenían el 55% de las utilidades; 37 deudores gozaban del 23% del crédito, y el 2,7% de los deudores del 58% del crédito. El Estado adquirió las acciones de los pequeños accionistas y así asumió la dirección de 16 bancos con mayoría en ellos, y del Banco de Chile, con el 47% de las acciones, intervino otros cinco bancos y liquidó el de Agustín Edwards. Mediante este proceso de nacionalización el Estado tomó el control directo del 96% de los depósitos y del 95% del crédito. Fue un procedimiento basado en los propios mecanismos capitalistas y que redujo a la nada el poder financiero ejercido en el mercado de capitales por la oligarquía, tal como ella acostumbraba a hacer con sus competidores menos afortunados y con los pequeños inversionistas.

En la industria, 144 empresas concentraban en forma dominante los activos y las ventas en todas las ramas fundamentales, y los diez mayores accionistas controlaban el 90% de las 161 sociedades anónimas más importantes, en circunstancias que, a la vez, el 27% de las sociedades anónimas detentaban el 80% de los activos totales y el 82% de los capitales y reservas. El capital imperialista disponía del 20,3% del capital de las sociedades anónimas industriales; pero

su peso en ellas era considerablemente superior. Mediante expropiaciones, intervenciones y requisiciones, fueron incorporadas al Área de Propiedad Social 335 empresas, con ingresos correspondientes al 19,2% del producto geográfico bruto del país, y cuya producción física alcanzaba al 100% de los lingotes de acero, el 100% del cemento, el 100% del vidrio plano, el 100% del alambre de cobre, el 100% de los derivados del petróleo y del carbón, el 100% de los neumáticos, el 2,1% del papel y la celulosa, el 55% del azúcar refinada, el 100% de la cerveza, el 100% de los hilados de rayón, el 48% de los tejidos, el 94% de los refrigeradores, el 80% de las cocinas, el 80% de las estufas y calentadores y el 100% de la energía eléctrica para la industria, además de la participación estatal preeminente en las empresas mixtas automotrices y electrónicas. Esto, unido al cobre y a la reforma agraria, daba una buena base a la nueva economía.

En la agricultura, la situación anterior a la Ley de Reforma Agraria era que el 1,3% de las haciendas disponían del 73% de la superficie agrícola. En el período 1965-1970 habían sido expropiados 1.408 predios, con una superficie de 3.564.000 hectáreas, de las cuales 290.000 eran de riego. En el Gobierno Popular se expropiaron 3.440 predios, con una superficie de 5.355.000 hectáreas, de las cuales 380.000 eran de riego, llegándose así a la realización de la reforma agraria y la entrega a los campesinos para su explotación colectiva mediante asentamientos, centros de reforma agraria y otras modalidades, del 40% de la superficie agrícola y el 45% de la superficie regada. Los organismos estatales tomaron a su cargo la compra y comercialización del 14,1% de la producción de este sector reformado de la agricultura.

Hay que comprender la magnitud que revistió esta transformación profunda de la economía del país, realizada en sólo mil días, venciendo mil dificultades y disponiendo del viejo aparato estatal que estaba construido y adecuado a todo lo contrario, o sea, al ejercicio del poder de la oligarquía financiera, del imperialismo y de los terratenientes.

Ello fue posible porque se abordó como un gran proceso revolucionario de masas, en que la clase obrera desempeñó el papel fundamental. Los órganos de gobierno se vincularon con los sindicatos y actuaron sincronizadamente, rompiendo así la inercia y los obstáculos de carácter burocrático. Nuestra apreciación teórica de la posibilidad, en las nuevas condiciones actuales, del avance de la revolución por distintas vías, se vio comprobada a través del empleo de una gran variedad de formas de lucha, incluso violentas, poniendo el acento en el desarrollo de la conciencia de las masas y en la unidad y organización de la clase obrera y de sus aliados.

La creación del área social de la economía, la nacionalización del cobre, la estatización de la banca, la culminación de la reforma agraria fueron una nueva etapa en la aplicación del enunciado de que



la clase obrera es el centro y motor de los cambios revolucionarios, o sea, que le cabe reagrupar a todo el pueblo y conducir a la victoria sus objetivos. Fue en la aplicación de esta política que se creó, en varios decenios, un irrefrenable movimiento antiimperialista encabezado por la clase obrera, se unió las acciones políticas incluida la lucha parlamentaria con la arremetida de masas y se aplicó la legalidad y la institucionalidad burguesas en favor de los intereses populares. Esto implicó ubicar el proceso en el contexto del desarrollo de la contradicciones internacionales y precisar el papel de las reivindicaciones democráticas en el acercamiento a la revolución socialista.

Hubo meses en que la Comisión Política del Partido Comunista de Chile estaba atenta, día a día, a los movimientos reivindicativos que surgían en los sindicatos de empresas de importancia económica estratégica, en el desarrollo de acciones sucesivas, y que conducían a ocupación de los centros de producción por los trabajadores y a su exigencia de que fuesen requisados o intervenidos por el Gobierno Popular. Esta era, igualmente en este tiempo, la preocupación preferente del presidente Allende, que acogía entusiastamente las iniciativas de las masas. Lo mismo cabe decir, sobre todo, de la Central Unica de Trabajadores y, en su esfera, también de cada uno de los partidos integrantes de la Unidad Popular. Se hizo usual un mecanismo, por ejemplo, de consultas al respecto de los partidos Comunista y Socialista. Muchas veces debía frenarse impacencias de personalidades que sentían la tentación de resolverlo todo fácilmente con decretos, y muchas otras veces era necesario romper vacilaciones y arrollar las tendencias de los blandengues a detener el gran proceso social en marcha. Algo muy importante fue la cohesión en la base, derivada de que la lucha por el área social de la economía unía en los sindicatos a los trabajadores militantes de la Unidad Popular con los del Partido Demócratacristiano, los del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el gran contingente de los independientes.

La raíz y el vigor de los mil días de 1970 a 1973 vivían, en primer término, en la proyección de la obra de Luis Emilio Recabarren, en la tradición de lucha del proletariado chileno, en los resultados de los decenios de actividad imperturbable y tesonera del viejo Partido

Obrero Socialista y del Partido Comunista de Chile, en la asimilación del leninismo por sucesivas generaciones, en esa escuela admirable que ha sido el empeño por afianzar la unidad sindical, en el planteamiento trascendental de Allende de anteponer a todo la unidad socialista-comunista, en la difícil brega desde comienzos del siglo por ir conquistando uno a uno los derechos del pueblo e ir ascendiendo trabajosamente a la libertad, en la experiencia adquirida en el desarrollo de larga data de la política de alianzas forjando coaliciones democráticas auténticamente renovadoras.

El gran impulso desde la base, la iniciativa revolucionaria de las masas y la fuerza de la clase obrera fueron factores decisivos no sólo de las transformaciones estructurales, sino también, y muy especialmente, de los éxitos espectaculares alcanzados en el funcionamiento y en el crecimiento de la actividad económica.

Uno de los aspectos más notables de la labor del gobierno del presidente Allende fue que, apoyándose en las masas, obtuvo que la nacionalización de determinadas actividades decisivas, aislando el gran capital monopólico nacional y supranacional, no paralizase ni perturbase al resto de la economía, con lo cual demostró que las transformaciones estructurales no implican necesariamente un deterioro de la producción, sino que, a la inversa, pueden determinar su inmediato auge. Los resultados económicos alcanzados en 1971 y 1972 significaron la mayor y más aplastante derrota en Chile de la oligarquía financiera y de los terratenientes. Se demostró que sin el mando de ellos funcionaba mejor la economía, ascendía la producción, se elevaban los índices de productividad. Es cierto que algunos analistas, que ponen el acento en la derrota sufrida en 1973, niegan aún hoy que se pueda invocar el caso chileno como una posibilidad

de causación positiva entre las transformaciones estructurales masivas y el «inmediato auge» de la producción. Pero, creemos que hay dos fenómenos por analizar, distinguiéndolos y considerándolos dialécticamente. Uno de ellos es, en efecto, el hecho real de que las transformaciones estructurales condujeron a un efectivo auge de la producción y se tradujeron en factores de animación de la economía. El otro es el contrarresto del imperialismo de Estados Unidos, que, actuando como gendarme mundial, reagrupó y galvanizó a la reacción chilena, puso en marcha los mecanismos criminales de la CIA y del Pentágono, organizó una conspiración contra nuestro país, intervino fundamentalmente con procedimientos extraeconómicos y también aprovechó algunos retrasos y ciertas deficiencias en la dirección de la economía. Cuando la vitalidad del nuevo régimen se reflejó en que fuera poniendo orden en la esfera económica, venciendo las dificultades y estableciendo las premisas de un desarrollo ascendente sólido, desbaratando lo que el imperialismo y la reacción habían conseguido momentáneamente en el terreno de la desestabilización de la producción, entonces Kissinger y la CIA se decidieron

por emplear a fondo los mecanismos extraeconómicos. Necesitaron el putsch fascista del 11 de septiembre de 1973.

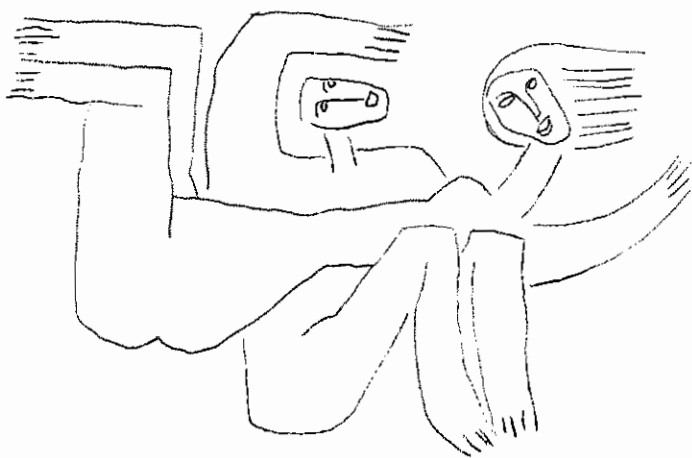
En la minería del cobre las empresas imperialistas norteamericanas aplicaron, antes de la nacionalización, un plan de sabotaje, acumulando gran cantidad de material estéril que obstruía las faenas, explotando desconsideradamente ricas vetas, agotando los stocks de repuestos, deteriorando los equipos y las instalaciones, y dejando sin atender faenas indispensables de mantenimiento. Los capitalistas chilenos pusieron en práctica en la mediana minería una política aún más salvaje de extracción con el mayor apresuramiento del máximo posible de metal, a costa de la destrucción de las minas. Después de la nacionalización, en algunos de los grandes minerales, especialmente en Chuquicamata y El Teniente, agentes del imperialismo consiguieron dificultar las faenas, aprovechando una red de vinculaciones secretas de soborno con algunos sectores de trabajadores y promoviendo conflictos artificiales. Por eso mismo, son notables los éxitos alcanzados. En corto plazo se restableció la mediana minería del cobre, a pesar de la magnitud de los estragos de que había sido víctima. Conjuntamente, la pequeña y la mediana minería habían entregado en 1968 una producción de 137.300 toneladas métricas, en 1969 de 147.700 y en 1970 de 151.500. Aunque 1971 y 1972 fueron años básicamente de restablecimiento de faenas, en ellos no dejó de producirse, por la pequeña y mediana minería, en el primero 127.400 toneladas de cobre, y en el segundo 124.200, y los fascistas encontraron minas en pleno funcionamiento y modernizadas. Con todo, la mayor proeza se cumplió en la gran minería. Su producción había sido en 1968 de 519.700 toneladas de cobre, en 1969 de 540.400, en 1970 de 540.500, y fue elevada, de la nacionalización, a 571.300 en 1971 y 593.300 en 1972, al tiempo que se solucionaban los problemas dejados por el sabotaje yanqui y se efectuaban inversiones que han hecho posibles los rendimientos posteriores. Esta fue la obra de los núcleos revolucionarios y de la gran masa del proletariado minero, de los técnicos chilenos y de ese verdadero héroe, David Silberman, el joven y talentoso ingeniero comunista que defendió creadoramente el interés nacional como gerente general de Chuquicamata, y al que la antipatria fascista mantiene como uno de los prisioneros políticos desaparecidos, sabiéndose que se le han aplicado las más feroces torturas y temiéndose por su vida. No debe olvidarse que también en Chuquicamata el imperialismo hizo que los jefes militares traidores a Chile fusilaran a David Miranda, miembro del Comité Central del Partido Comunista de Chile, y a Carlos Berger, junto al socialista Haroldo Cabrera, así como en Potrerillos a Dewert Bascuñán, y en El Salvador al ingeniero socialista Ricardo García y al dirigente de las Juventudes Comunistas Benito Tapia, junto a muchos otros trabajadores de todas las tendencias. En El Teniente se desató, igualmente, una represión bestial. Los antiguos amos yanquis quisieron así vengarse de que el

Gobierno Popular mostrase una mayor capacidad para dirigir la producción, junto con colocarla al servicio de nuestro pueblo.

1971, el año de la nacionalización de la gran minería del cobre y de las minerías del salitre y del carbón, de la creación, en lo fundamental, del área social de la economía, especialmente en la industria, de la estatización de los bancos y del despliegue a gran ritmo de la reforma agraria, se tradujo en el crecimiento del producto geográfico bruto en el 8,5%, con un aumento de la producción respecto de 1970 del 12,2% en la construcción, el 12,1% en la industria, el 6% en la agricultura y pesca, y el 5,7% en la minería. Permanece como una cumbre en nuestra Historia que la producción nacional se expandió en los dos primeros años del gobierno popular a casi el doble de la tasa del período de los dos gobiernos anteriores. Fue necesario el golpe alevé de los paros patronales, el bloqueo financiero externo, la sedición en gran escala, el putsch del 11 de septiembre de 1973 que comenzó cerrando durante una semana todos los centros de producción, el baño de sangre y la guerra contra nuestro pueblo, para que se afectara esa expansión de la economía, se volviera atrás y se haya caído en una crisis caótica.

En una economía como la de Chile reviste singular importancia la actividad de la construcción. Pues bien, su nivel en 1978, aun dando por efectivos los porcentajes de recuperación adelantados por la prensa fascista, estaría todavía un 37% por debajo del nivel alcanzado en 1972, o sea, en el Gobierno Popular.

Pero lo decisivo es la producción industrial, y de acuerdo a las estimaciones oficiales de los ministros de Pinochet y los datos del Instituto Nacional de Estadística controlado por la tiranía, aparece en 1978 aproximadamente un 15,8% por debajo del índice promedio registrado por nosotros en 1972. La caída en la producción in-



ustrial con el fascismo es como un retrato del carácter de ambos regímenes: creador, ascendente, realizador el gobierno democrático de Allende, y demoleedor, decadente y regresivo el gobierno tiránico de Pinochet. En el primer semestre del año pasado, sólo tres de las veinte agrupaciones industriales en que divide la producción manufacturera el Instituto Nacional de Estadística lograron niveles que excedieran los de 1972 con Allende. En cambio, diecisiete permanecen por debajo, entre ellas los muebles y accesorios de madera, con una caída respecto de 1972 del 64%, las imprentas y editoriales del 55,5%, la madera (excluyendo muebles) del 53,2%, los textiles del 41,4%, los productos de caucho del 40,3%, las sustancias y productos químicos del 32,6%, el material de transporte del 32,6%, el calzado y las prendas de vestir del 31%, y el cuero (excluyendo el calzado) del 31,2%.

Los índices de producción industrial manufacturera del gobierno del presidente Allende, de acuerdo a las cifras reconocidas posteriormente por las propias autoridades fascistas, constituyen una elocuente manifestación del éxito de la gestión económica revolucionaria. Sobre la base de 1968 igual a 100, el índice general de producción industrial manufacturera fue en Chile de 104,0 en 1970, de 119,3 en 1971, de 122,6 en 1972 y de 117,3 en 1973 (donde ya pesó el putsch fascista). Después se vino abajo, como jamás había ocurrido, ya que en 1975 disminuyó 28,1% respecto de 1974, y 33,8% respecto de 1972. Por agrupaciones industriales, siempre teniendo 1968 como igual a 100, el Instituto Nacional de Estadística da los siguientes índices⁵ que permiten apreciar la situación en el Gobierno Popular:

Agrupación de industrias	1970	1971	1972	1973
Productos alimenticios	99,6	107,7	105,9	102,0
Bebidas	91,1	114,9	123,3	134,3
Tabaco	97,7	123,1	126,3	131,3
Productos textiles	96,0	110,1	113,1	101,5
Calzado y prendas de vestir	104,8	118,9	123,5	117,1
Madera (excepto muebles)	108,1	131,7	146,7	93,1
Muebles	113,4	109,1	155,6	120,8
Celulosa y papel	88,3	91,8	90,1	104,5
Imprentas y editoriales	109,5	173,8	126,4	96,0
Cuero y sus productos (excepto calzado) ..	103,9	119,7	90,0	85,8
Productos de caucho	111,0	135,5	138,8	127,5
Productos químicos	120,9	144,0	150,4	147,6
Derivados de petróleo y carbón	105,4	128,6	138,5	129,9
Productos minerales no metálicos	102,9	120,9	123,2	126,5
Industrias metálicas básicas	108,0	116,7	124,2	119,7
Productos metálicos (exc. maquinaria) ...	98,6	109,1	117,8	121,4
Construcción de maquinaria no eléctrica ..	94,2	126,3	151,5	189,3
Aparatos eléctricos	99,5	113,3	104,2	89,1
Materia de transporte	127,0	111,9	120,3	140,8
Diver	81,0	108,0	123,1	119,0
TOTAL	104,0	119,3	122,6	117,3

⁵ Instituto Nacional de Estadística. Mayo de 1974. Santiago de Chile.

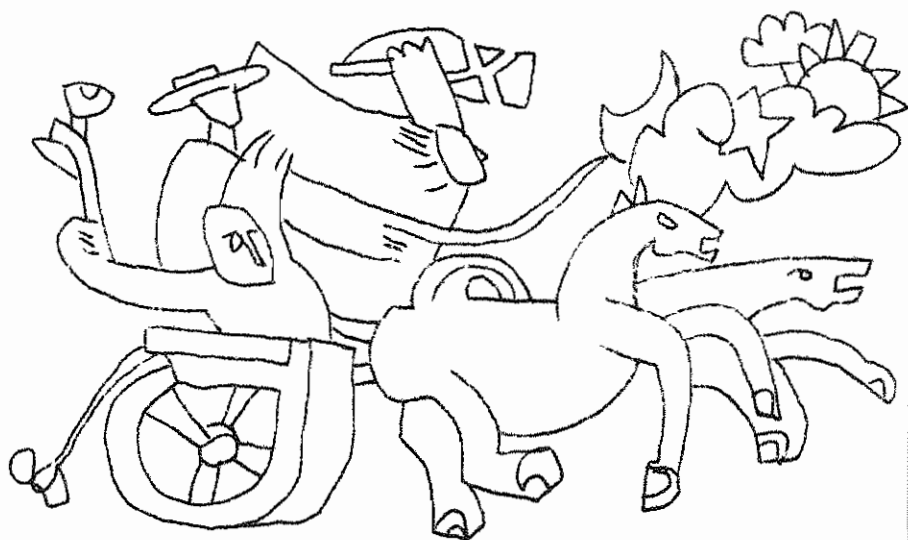
Estos datos son concluyentes. Por una parte, muestran un crecimiento de la producción industrial en 1971 del 14,7% en relación a 1970, lo que rectifica el 12,1% anotado provisionalmente con prudencia, en su tiempo, por nuestra Oficina Nacional de Planificación, y a que he hecho referencia en este trabajo. De otra parte, el cuadro inserto argumenta por sí solo sobre el carácter sostenido, sólido, bien trabado, general y complejo del auge económico bajo el Gobierno Popular. Los que vivimos las tempestades sociales de esos días, las múltiples dificultades creadas por el implacable bloqueo financiero imperialista, las acechanzas de todo tipo, la aguda lucha de clases, el fuego graneado a que estábamos sometidos de parte de la reacción, ahora al releer ese cuadro no podemos hacerlo sin emoción, deteniéndonos en cada cifra que sabemos todo lo que tiene detrás y apreciándolo en conjunto como una obra con más belleza que cualquier poema y más dramatismo que la novela mejor lograda. Es el compendio de lo obtenido por la fuerza creadora de la clase obrera chilena en circunstancias memorables, procurando su liberación. Puede servir de parte de guerra de nuestra «batalla de la producción», como entonces la designábamos.

Tales cifras hacen justicia a cada obrero, empleado, técnico, ingeniero, economista chileno que participó en hacerlo realidad y, en primer lugar, a Salvador Allende. Debe ser motivo de orgullo para todo chileno de conciencia patriótica, aunque entonces hubiese estado en la oposición a ese gobierno, por razones circunstanciales.

Hay algo más. Los comunistas formulamos a tiempo una serie de críticas a la gestión ministerial de Pedro Vuskovic. Esas críticas las expresamos desde el punto de vista del papel que le correspondía a la clase obrera en las nuevas relaciones económicas. Exigimos que la participación fuese elevada de calidad, que se estableciese una dirección económica ajena a voluntarismos y basada en la planificación, que se fuese riguroso en todos los niveles de la gestión y del manejo de la economía, que se estableciese una disciplina financiera desde las empresas, que se pusiera atajo a cierto oportunismo que despuntaba en expresiones peligrosas en algunos lugares. Ahora hemos escuchado de algunos economistas otro tipo de críticas al período en que Pedro Vuskovic fue ministro. Se pretende separar en su actuación, como asuntos disímiles, sus medidas de corto plazo de reanimación económica y las transformaciones estructurales, acusándolo de que las primeras habrían creado una situación insostenible para afianzar las segundas. Este es un enfoque limitado, no dialéctico, de un esquematismo ajeno a la situación que entonces se vivió. Las dificultades fueron de otro orden: una parte de ellas las creó el enemigo y no se dispuso de la correlación de fuerzas para impedir las a tiempo, y las otras derivaron de no haber constituido sin tardanza una dirección económica adecuada a las nuevas condiciones, lo que tuvo que ver no con un hombre, sino con la insuficiente hegemonía obrera en el proceso, con las tentaciones de crear «polos» tratando de aislar a los comunistas, con deficiencias de la alianza de partidos.

Pero las medidas económicas de corto plazo, de reactivación económica, aplicadas en tiempos de Vuskovic fueron congruentes con la transformación en marcha, y lo demuestra el hecho de que esta animación de la producción no se detuvo en el curso de un proceso intrincado. Siempre hemos visto dichas medidas como inseparables de la actitud de ese ministro al abordar la creación del área social. Lo decimos sin ambages cuando, lamentablemente, se ha ido haciendo mayor el distanciamiento con él en otros terrenos, nada menos que en la política contingente. Lo importante es que, por sobre las diferencias de entonces, no vaciló en echar a andar grandes transformaciones. Para nosotros esto vale más que nada en relación a esos años.

Otra observación. Se ha sostenido con ligereza que el aumento de la producción habría estado unido, especialmente en 1971, a una absorción de la desocupación en una escala artificial, llegándose a hablar de «cesantes con salario asegurado en labores improductivas». Eso no es cierto. El Banco Mundial publicó en octubre de 1974 un estudio de carácter negativo respecto de la economía chilena durante el gobierno del presidente Allende; pero en él indica que la productividad de la industria fue en 1971 un 6,5% superior a la de 1970, y que en 1972 superó, en todo caso, en el 3,7% a la de 1970⁶. Otros análisis arrojan una evolución aún más favorable.



⁶ Banco Mundial. «*Special Report on the Chilean Economic Outlook*». Octubre de 1974. Volumen III. Cuadro 2.2.

Un antecedente más. La energía eléctrica consumida por la industria fue 845.000 KWH en 1970; 928.000 KWH en 1971; 992.000 KWH en 1972, y 948.000 KWH en 1973⁷.

En cuanto a la tasa de desocupación calculada por el Instituto de Economía de la Universidad de Chile en el Gran Santiago, fue de 7,1% en 1970, de 5,5% en 1971, de 3,7% en 1972 y de 4,7% en 1973, mereciendo anotarse que en diciembre de 1970 alcanzó al 8,3%, en diciembre de 1971 al 3,8%, en diciembre de 1972 al 3,6% y en junio de 1973 al 3,1%. Este fue uno de los resultados más concluyentes de la gestión económica del Gobierno Popular, destruida por el fascismo⁸. En las zonas urbanas de Concepción-Talcahuano y Lota-Coronel, tradicionalmente las de mayor desocupación en el país, las encuestas de abril de cada año del mismo Instituto de Economía arrojaron las siguientes tasas de desocupación: en 1970 el 11,4%, en 1971 el 9,9%, en 1972 el 6,5% y en 1973 el 4,4%⁹.

Donde los resultados no tuvieron el mismo carácter halagador fue en la agricultura. La cosecha de 1972-1973 mostró que no se estaban aprovechando las inmensas posibilidades creadas por la reforma agraria. Es cierto que fue el año de peores condiciones climáticas de varios decenios, pero eso no justifica la gran caída en los cultivos anuales en la cosecha indicada. Sobre la base de la producción agropecuaria de 1965/1969, en promedio, igual a 100, la producción agropecuaria del Gobierno Popular fue la siguiente:

Producción en:	1970-71	1971-72	1972-73
Cultivos anuales	110,3	105,2	75,6
Frutales	123,1	133,2	143,3
Viñas	115,8	133,0	125,5
Hortalizas	109,0	125,0	117,3
Pecuarios	107,9	107,5	104,2
Índice general	110,9	114,3	104,7

Esta situación se abordó recurriendo a las masas¹⁰ y desplegando una gran campaña popular por mejores cosechas. En el curso de 1973 se observó ya un viraje positivo. Pero además el Gobierno Popular se preocupó de asegurar, mediante exportaciones, la alimentación del pueblo, que era su primera preocupación. En 1972 se distribuyó gratuitamente a los niños chilenos 42.593.624 kilogramos de leche en polvo.¹¹ La disponibilidad per cápita de trigo fue en 1971

⁷ Banco Central de Chile. Boletín Mensual; septiembre 1975.

⁸ Banco Central de Chile. Boletín Mensual; septiembre 1975.

⁹ Banco Central de Chile. Boletín Mensual; julio 1973.

¹⁰ José Calderón: «Apuntes sobre la reforma agraria chilena». Foro Internacional, número 58. Colegio de México. Pá. 299.

¹¹ Salvador Allende. Mensaje presidencial. 21 de mayo de 1973. Santiago de Chile.

de 189,4 kilos, en 1972 de 194,8, y en 1973 de 196,1; la de arroz en 1971 de 10,9 kilos, en 1972 de 11,3, y en 1973 de 10,6; la de azúcar cruda en 1971 de 34,9 kilos, en 1972 de 39,6, y en 1973 de 36,3; la de aceite crudo en 1971 de 7,7 kilos, en 1972 de 10,5, y en 1973 de 8,5; la de papas en 1971 de 85,6 kilos, en 1972 de 74,3, y en 1973 de 61,2; y la de leguminosas en 1971 de 8,3 kilos, en 1972 de 10,1, y en 1973 de 7,8, cantidades que, en general, no se han vuelto a alcanzar¹². El consumo de carne era de 31,8 kilos anuales per cápita, y el de huevos, de 136 unidades.

El imperialismo creyó posible asfixiar y derrotar a Chile mediante el bloqueo financiero, pero no lo consiguió. El Gobierno Popular triunfó en esa difícil batalla. El déficit de cuenta corriente era tradicional en la economía chilena anterior a Allende: en 1961 equivalió al 55% del valor de las exportaciones, en 1962 al 38%, en 1963 al 29% durante el gobierno de Jorge Alessandri, y continuó durante el de Eduardo Frei, en que la deuda externa creció a un promedio anual del 17%, mientras el producto geográfico bruto a menos del 4%. Las reservas de libre disponibilidad alcanzaban en noviembre de 1970, al asumir el nuevo gobierno, a 380 millones de dólares, equivalentes aproximadamente al servicio de la deuda de mediano y largo plazo en 1971, mientras, además, en pocos meses salieron del país 60 millones de dólares en capitales a corto plazo, y el precio del cobre tuvo una baja que en el primer año ya significó una reducción de ingresos por más de otros 200 millones de dólares. La industria chilena era absolutamente dependiente de las importaciones. En 1970, el 52% de las importaciones de bienes estaba constituido por materias primas industriales y repuestos, fuera de que un 80% de las adquisiciones de equipos y maquinarias eran hechas al exterior, y un 35,4% de la inversión correspondía a importaciones. Si bien sólo el 37% de las importaciones provenían directamente de Estados Unidos, ese 37% estaba formado básicamente por repuestos relativamente insustituibles a corto plazo, cuya falta paralizaba la economía. De otro lado, las importaciones desde Estados Unidos eran el doble que las exportaciones a ese país. Además, el 63% del abastecimiento de petróleo crudo provenía de empresas norteamericanas, aunque no viniera de allá, y lo mismo sucedía con las materias primas y productos finales químicos, petroquímicos y farmacéuticos. Era previsible que el bloqueo financiero, la cesación de las facilidades habituales y de los créditos bancarios para las importaciones desde Estados Unidos, la suspensión más adelante de los abastecimientos, unido a la detención de las operaciones con Chile del Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco de Exportaciones e Importaciones, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento y otras agencias internacionales, la manipulación negativa de los precios del

¹² Manuel Ipinza: «Fascismo y desnutrición en Chile». Revista Araucaria, número 4 (1978), pág. 68. Fuente: José Aldunate «El hambre en Chile». Revista «Mensaje», número 253, octubre 1976. Santiago de Chile.

cobre y los embargos de ese metal, afectasen demoleedoramente nuestra economía. Pero todo eso se superó. El país no incurrió en cesación de pagos, se diversificó el comercio exterior y se le reestructuró, se salvó las dificultades mediante operaciones con los países socialistas, con América Latina y con Europa Occidental. En los días críticos de fines de 1971 y el primer semestre de 1973, ayudaron a Chile la Unión Soviética, la República Democrática Alemana, Cuba y otros países socialistas. La actitud de la Unión Soviética fue ejemplar. Cuba socialista actuó con una generosidad verdaderamente fraternal. El país contó siempre con lo que necesitaba.

Quedó demostrado, así, que con la actual correlación de fuerzas en el terreno internacional no puede asfixiarse ni aun a la economía más vulnerable. El imperialismo no está solo en el mundo. Un país que lucha por su liberación puede aprovechar las contradicciones que se manifiestan en la propia esfera capitalista y, sobre todo, está en condiciones de beneficiarse del hecho de que la Unión Soviética y la comunidad socialista han alcanzado un alto nivel en todas las ramas de la economía y pueden contribuir así a la inoperancia de los bloqueos imperialistas.

La inmensa obra del gobierno del presidente Allende en el terreno económico daría aún para analizar muchos otros aspectos. Por ejemplo, habría bastante que decir sobre la incidencia que en perspectiva iban a tener el considerable desarrollo de la educación, las inversiones de breve maduración en agroindustria y avicultura —que eran la gran preocupación y a las que entregó un aporte notable Luis Alberto Corvalán—, etc. Consideramos indispensable, eso sí, decir algo sobre la capacidad que mostró el régimen naciente para afrontar y corregir sus errores y deficiencias.

A la luz de los sufrimientos terribles que ha significado para millones de chilenos el que no hayamos sabido cerrar el paso al fascismo, sentimos con mayor convicción y amargura cada una de las debilidades, cada uno de los retrasos y todos los defectos que tuvimos los revolucionarios en nuestro trabajo de ese tiempo. La verdad es que pesaron negativamente las tendencias oportunistas, conjugadas, de derecha y de ultraizquierda que debimos haber rechazado más en sazón. El proceso se resintió de falta de planificación y por la irresponsabilidad financiera de toda una etapa en el manejo concreto de las industrias recién incorporadas al área social así como por el conjunto de los factores vinculados a la debilidad de la dirección económica.

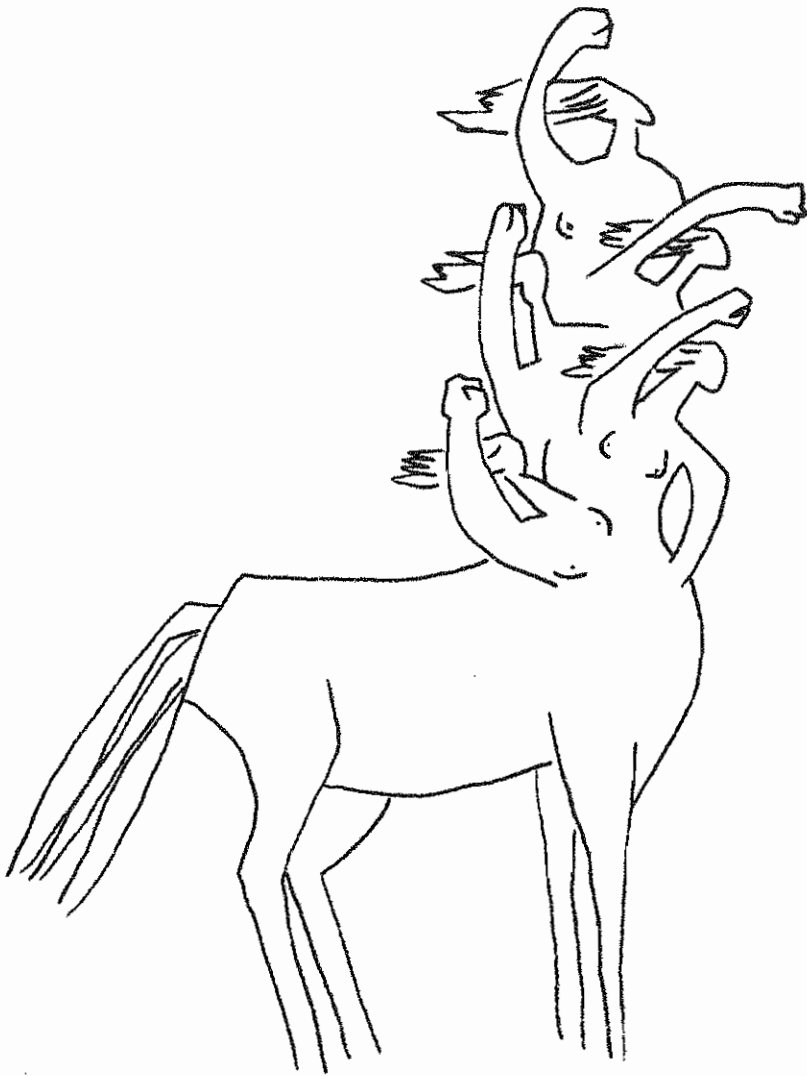
La conciliación con el oportunismo, el reivindicacionismo desenfrenado, ciertos afanes irresponsables de igualitarismo, alguna hostilidad respecto de sectores profesionales y técnicos, la tolerancia con acciones que hicieron sentir a las capas medias en peligro sus intereses económicos, la incorporación desconsiderada de pequeñas y medianas empresas no rentables al área social, el descuido de la alianza obrero-campesina y la ineficiencia de determinados servicios

se tradujeron en fenómenos peligrosos. En el primer año del Gobierno Popular el producto bruto creció 8,5%, pero el consumo global aumentó 13%, exigiendo un incremento en el 22% de las importaciones intermedias y finales. Ello se reflejó, entre otras cosas, en emisiones desorbitadas y un déficit presupuestario fiscal desmedido. No se atendió la advertencia leninista sobre el peligro que, al abordar cambios sociales, representa la inflación monetaria: «La emisión ilimitada de papel moneda estimula la especulación, permite a los capitalistas amasar con ella millones y crea enormes dificultades al tan necesario aumento de la producción, pues la carestía de los materiales, la maquinaria, etc. sigue aumentando y progresando a saltos»¹³.

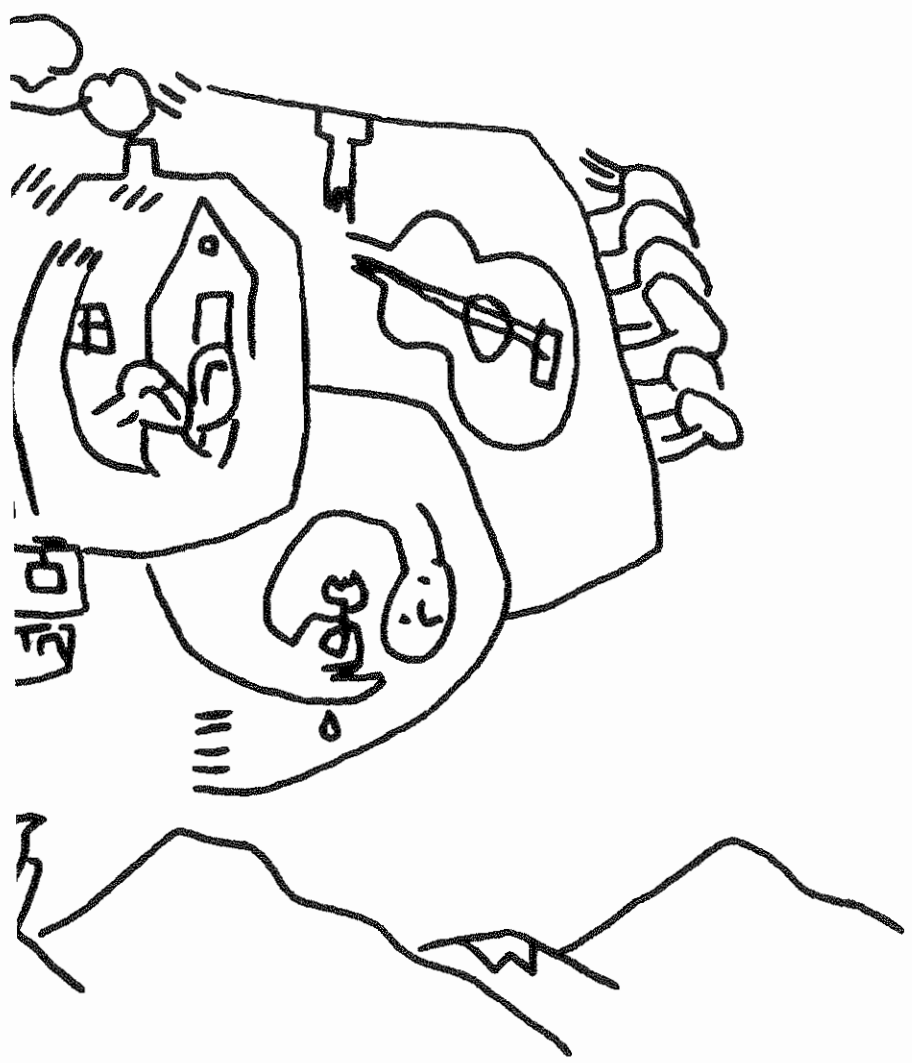
Todo esto abrió brechas. Por ellas aplicaron el imperialismo y la reacción su criminal política de desestabilización económica. Sin embargo, esas brechas se iban cerrando. Para 1974 se preparaba un plan que incluía el saneamiento monetario, realista y plenamente posible de aplicar, en cuya preparación se fueron cogiendo en el curso de 1973 los hilos de dirección de la nueva área social. Con la movilización de masas se alcanzó a asestar golpes demoledores a la especulación. Las JAP y los sindicatos tomaron en sus manos la lucha contra el mercado negro y por el abastecimiento de la población. Entonces, como hemos expuesto, el enemigo necesitó el putsch fascista, porque estaba una vez más derrotado en el terreno de la acción creadora del gobierno del pueblo.

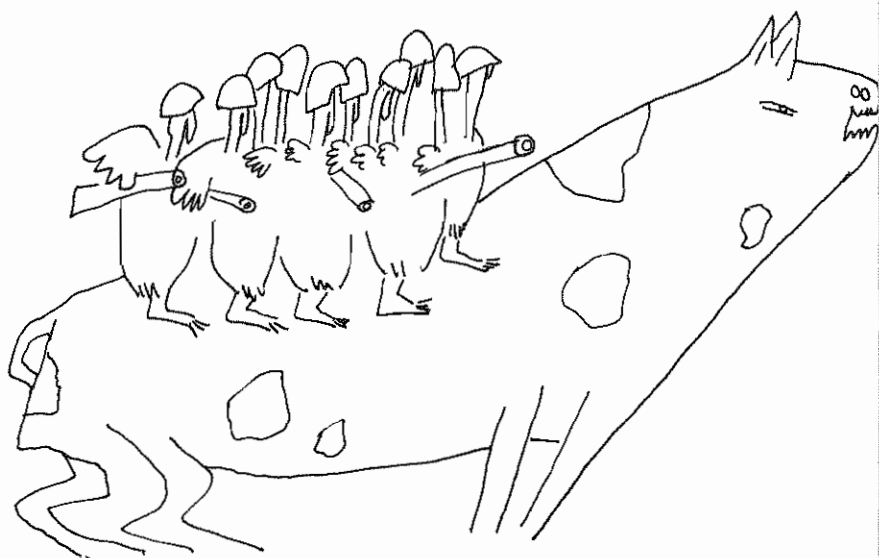
En resumen, hasta el día de hoy las más altas cifras de producción alcanzadas en Chile son las del gobierno de Salvador Allende. Estos son los hechos indiscutibles y elocuentes. Cuando los fascistas dan cifras sólo mentan de 1974 adelante. Proceden igual algunos pusilánimes. Es que previamente hubo victorias del pueblo.

¹³ V. I. Lenin: «*La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla*». 10-14 de septiembre de 1917. Obras Escogidas, en español, en 12 tomos. Tomo VII, pág. 207









MERCADO DE CAPITALES Y CONCENTRACION FINANCIERA

HUGO FAZIO

En Chile, en estos años, se han producido cambios importantes en la estructura económico-social. Ha tenido lugar un agudo proceso de diferenciación entre los reducidos grupos que usufructan el poder y la aplastante mayoría de los chilenos. En este contexto se ha producido una alta centralización financiera, creciendo, al mismo tiempo, fuertemente las relaciones de dependencia de los grandes centros bancarios capitalistas, ante todo los de origen norteamericano.

La política del fascismo dio —como lo señaló Pablo Baraona en su intervención ante la X Reunión de Gobernadores de la Federación Latinoamericana de Bancos— una importancia «especial» al desarrollo financiero. «Sus objetivos fundamentales —manifestó— son promover la formación de mercados financieros eficientes y el surgimiento de intermediarios e instrumentos adecuados para movilizar ahorros internos y externos...»¹. Esta eficiencia se consigue —en opinión de los propagandistas de la política económica seguida— con «la creación de un mercado de capitales libres»². Entendiendo por tal un mercado en que no existen limitaciones para la acción de los diferentes intermediarios financieros, extranjeros o nacionales. Es lógico que en tal contexto de «libertad» pasen a predominar los grupos financieros más poderosos. La presencia de la banca capitalista internacional, ante todo la norteamericana, se ha producido desde el exterior, mediante un caudaloso flujo de recursos preferentemente bajo la forma de préstamos, mientras que las

¹ Banco Central, Boletín mensual, diciembre de 1976; págs. 1.992-3.

² «Informe Económico 1976-1977», de José Piñera; pág. 76.

instituciones financieras internas han pasado a ser copadas por los principales grupos económicos internos.

Alcanzar este predominio de la oligarquía financiera extranjera y nacional, era, de otra parte, el objetivo buscado. La política oficial preconiza el máximo predominio de estos intereses, cuyo desarrollo confunde con el progreso del país. «El crecimiento —editorializó el diario "El Mercurio"— no se hace con un grupo de chicos que se miran con desconfianza entre sí... Chile no se desarrollará con el progreso lento y anónimo de todos sus habitantes, sino con unos pocos que toman la delantera y abren camino a los demás... crecer económicamente no es un delito, sino un mérito... y debería haber aliento para los que luchan por crear la riqueza aunque ciertamente esta lucha se hace en busca de provecho»³. Para este diario, vocero oficial del régimen, no se debe «otorgar exagerada importancia a la concentración que pudiera presentarse en el capital», agregando que es necesario «que la autoridad económica en general y el Banco Central y la Superintendencia de Bancos en particular no interfieran erróneamente en el mercado crediticio...»⁴. Es decir, que se garantice la «libre» operatividad de los grupos financieros foráneos e internos.

Esta política ha hecho que en estos años el crédito foráneo haya ingresado al país en una magnitud sin precedentes, cobrando elevados intereses y sin que se ejerza ningún control sobre su uso. La salida de recursos generados en el país que se produce por este motivo es muy grande. Sin embargo, lo fundamental reside en las relaciones de dependencia, que se acentúan, de esta manera, al máximo.

La oligarquía financiera interna paralelamente se ha reconstruido plenamente y a una escala mayor que en el pasado, utilizando en su beneficio una parte importante del ahorro nacional, que administra en un elevado porcentaje directamente y traspasando para sí, al generarse un mercado de capitales altamente especulativo, una porción significativa de las ganancias medias correspondientes a otros sectores de la economía. Cuando su poderío económico no basta para destruir a sus competidores o para copar aquellos sectores que le interesan recurre al poder arbitrario del Estado fascista.

Los monopolios transnacionales que operan en Chile, los grupos más poderosos de la oligarquía financiera interna y el aparato del Estado han pasado a conformar un mecanismo de acción única. Ello conduce a que en el país se refuerzan las manifestaciones de capitalismo monopolista de Estado dependiente.

Primera fase: el «boom» de las financieras

En una primera etapa, cuando la mayor parte de la banca comercial era aún estatal, la acción de los clanes económicos se efectuó prefe-

³ «El Mercurio», 17-8-1975.

⁴ «El Mercurio», 29-11-1975.

rentemente a través de las financieras. Estas instituciones se multiplicaron en pocos meses, funcionando prácticamente al margen de cualquier tipo de control. Las financieras, por muchos meses, no tuvieron ninguna obligación de mantener reservas mínimas. Recién al finalizar 1975 se les estableció un tope en cuanto a los montos que podían colocar, determinándose que ellos no podían ser superiores a más de cinco veces su capital, proporción que de todas maneras los dejaba en condiciones más favorables que los bancos comerciales. No puede extrañar, por tanto, que en un corto período las financieras hayan pasado a tener un volumen de actividad muy apreciable en comparación con el de los bancos.

Para tener una magnitud de la importancia que las financieras han alcanzado, comentaba la revista «Política y Espíritu» en esos meses, «parece interesante mencionar que en febrero de 1975 los depósitos de las principales sociedades financieras no bancarias (sin incluir el SINAP) alcanzaron a representar cerca de un tercio del total de depósitos en cuenta corriente del sistema bancario, y sus colocaciones o préstamos representaron más del 60 por 100 del total de las colocaciones del sistema bancario».

«Las cifras hablan por sí mismas —continuaba dicha publicación—: en menos de un año las “financieras” llegaron a representar más de la mitad de todo el sistema bancario chileno. Dadas las características del mercado, el volumen de recursos envueltos y el plazo de operaciones en cuestión, es indudable que hubo una concentración de capital y de poder en muy pocas manos...».

«Lo anterior —finalizaba “Política y Espíritu”— es tanto más grave cuanto que en gran medida lo que hubo fue un traspaso de recursos desde los bancos (que eran estatales) hacia las financieras, con lo que se reducían de hecho los ingresos públicos, con el consiguiente efecto sobre el déficit y problemas de financiamiento del sector público, que finalmente implicarían mayor emisión y presiones inflacionarias adicionales»⁵.

Los más poderosos grupos económicos constituyeron sus financieras y centraron sus actividades en el mercado de capitales a través de ellas como una etapa transitoria. Su máxima importancia la alcanzaron estas instituciones durante 1975 y la mayor parte de 1976. Paralelamente se constituyeron otras «financieras» sin respaldo mayor, aprovechando las facilidades otorgadas, hecho que explica en parte la magnitud de la crisis que sacudió a estas empresas hacia fines de 1976 y que terminó con el cierre o la quiebra de un gran número de ellas, especialmente de las llamadas «informales». «La disminución de la liquidez —ha escrito Rolf Lüders, presidente de la agrupación patronal que agrupa a la mayor parte de las “financieras”— fue de tal magnitud que las instituciones de crédito fueron incapaces de satisfacer la demanda de crédito, dando oportunidad para el apareamiento en el mercado de operadores informales, cons-

⁵ «Política y Espíritu», número 357; pág. 73.

tituidos en cualquier forma y dedicados a la intermediación del dinero en grandes volúmenes y sin control de la autoridad. Esta informalidad en el mercado financiero originó los problemas que son posibles de deducir, obligando a la autoridad, el 30 de diciembre de 1976, a emitir un cuerpo legal prohibiendo la intermediación de dinero a toda persona no constituida como banco, sociedad financiera o corredor de la Bolsa de Valores. La emisión de este cuerpo produjo la quiebra de la mayoría de los operadores informales, un banco, una sociedad financiera, de algunas cooperativas de ahorro y crédito y de varias empresas...»⁶

Segunda etapa: toma de control de la Banca Comercial

El desarrollo pujante de las financieras persistió mientras no se procedió por la dictadura a privatizar los bancos comerciales. Este proceso fue empujado al mismo tiempo por la crisis que se desató en el conjunto del sistema financiero, como un componente de la crisis económica del país que llegó a su fase máxima en el año 1975 y los primeros meses de 1976.

La oligarquía, a través de los medios de comunicación, empezó a ambientar la privatización de los bancos comerciales. «En general —editorializó, por ejemplo, “El Mercurio” en esos días— se observa un comportamiento de los bancos *bastante conservador*. Al parecer, el origen profundo del comportamiento de la banca comercial se deriva del hecho de ser casi toda ella de propiedad del Estado...»

«No hay duda —agregó— de que si la gestión de la banca estuviese más descentralizada, y a cargo de ejecutivos con intereses económicos en la gestión, habría una mayor competencia y como consecuencia de ella un mejor servicio a los usuarios. La regularización de la sustitución de propiedad de la banca comercial tiene en consecuencia una alta prioridad...»⁷. Los argumentos usados para su traspaso fueron, como se puede apreciar, los mismos utilizados en el conjunto del proceso de privatización.

En septiembre de 1975 la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) anunció que empezaría de inmediato a vender las acciones bancarias en su poder, con lo cual se daba el paso práctico para la privatización de la banca. Ya previamente se había levantado la intervención del Banco de Crédito e Inversiones, devolviendo así su dirección al grupo de Jorge Yarur, que controla la mayor parte de sus acciones. La venta de acciones se realizó formalmente de manera que ninguna persona natural quedase con más del 1,5% de ellas y ninguna persona jurídica con más del 3%. El vicepresidente de CORFO, en conferencia de prensa concedida en esos días, rechazó «enérgicamente algunas críticas de que esa institución

⁶ Rölf Luders, «Las sociedades financieras en Chile», Santiago, 1978.

⁷ «El Mercurio», 8-8-1975.

estaba entregando las empresas a los "empresarios tradicionales"⁸. Los hechos demostraron posteriormente lo contrario. En enero de 1978, al dar a conocer una reforma de la ley de bancos que derogaba dichos límites, el vicepresidente del Banco Central, Sergio de la Cuadra, no tuvo el menor reparo en reconocer: «Se vio en la práctica que éste era un límite muy difícil de controlar, porque era simple repartir entre varias empresas o personas pertenecientes a un mismo grupo la propiedad del banco, como sucedió en varios casos»⁹. Lo cierto es que esta cláusula no fue nunca aplicada en la realidad, su dictación se hizo con el burdo objeto de tratar de ocultar el proceso de entrega de la banca estatal a los grandes intereses económicos. El superintendente de Bancos e Instituciones Financieras, Miguel Ibáñez, organismo encargado de hacer cumplir la disposición, reconoció, al momento de la derogación de ella, que este control resultaba «imposible».

El cambio de propiedad en la banca comercial fue acompañado por la eliminación de aquellas ventajas que se habían otorgado a las financieras en relación con los bancos. La relación se invirtió. Tanto es así que en agosto de 1978 Rolf Lüders, presidente de la Corporación de Entidades Financieras, denunció «siete limitaciones legales que afectan a las financieras y no a los bancos»¹⁰. Señalando entre éstas la relación deuda-capital (5 a 1 para financieras y 20 a 1 para bancos comerciales), la obligación de enterar encajes por avales y fianzas (disposición que no rige para los bancos), la prohibición de efectuar préstamos hipotecarios para vivienda (los bancos pueden otorgarlos), y la prohibición de otorgar créditos a sociedades de inversión, sociedades colocadoras, fondos mutuos y corredores de la Bolsa (los bancos pueden otorgar este tipo de préstamos).

La atención de la oligarquía financiera pasó a concentrarse en los bancos comerciales. Ya en 1976 la participación de las financieras en el volumen total de captaciones y colocaciones comenzó a descender, mientras que el de los bancos crecía. Proceso que también influyó, y que a su vez se aceleró a consecuencia de ello en la crisis abierta que estalló en las «financieras» al finalizar dicho año.

Esta situación desmedrada de las sociedades financieras en el mercado de capitales se ha continuado acentuando, representando, en marzo del 78, sus capitales y reservas sólo el 5,92% del total de capitales y reservas de bancos comerciales, bancos de fomento y financieras. Todo hace pensar que el número de estas instituciones se reducirá y su importancia en el conjunto seguirá disminuyendo. El propio presidente de la organización que las agrupa ha pronosticado su «jibarización». Agregando que «el futuro de ellas dependerá del grado de especialización que consigan en ciertas operaciones y en que logren ventajas sobre los bancos»¹¹.

⁸ «El Mercurio», 21-10-1975.

⁹ «El Mercurio», 13-1-1978. El subrayado es del autor.

¹⁰ «El Mercurio», 22-8-1978.

¹¹ Rolf Lüders, «Las sociedades financieras en Chile», Santiago, 1978.

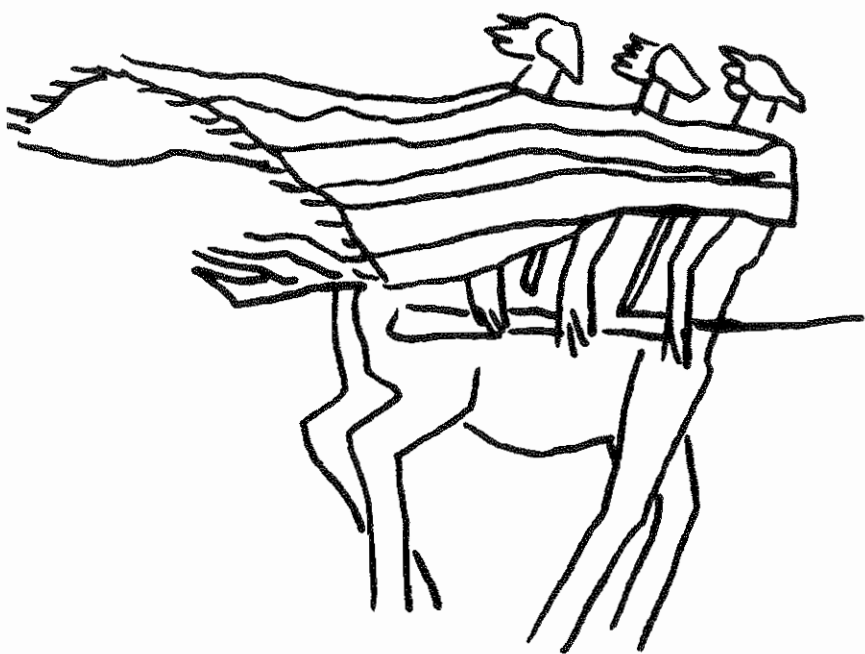
La «operación» SINAP

A los clanes monopólicos les restaba aún, luego de acordarse la privatización de la banca comercial, para extender su control sobre el sistema financiero, resolver otro problema. El Sistema Nacional de Ahorro y Préstamos, SINAP, manejaba un volumen de recursos líquidos muy elevado. Sus alternativas eran dos: o tomar también el control de este sistema o reducir su margen de operaciones. Se eligió esta última alternativa, dado que la situación de las asociaciones no era favorable y las operaciones que éstas realizaban hasta ahora en forma exclusiva empezaron a ser autorizadas para ser efectuadas igualmente por los bancos comerciales. La oligarquía financiera no requería, en consecuencia, de realizar inversiones en este sector.

Se inició entonces una ofensiva para eliminar un competidor, para lo cual se usó —al igual que se ha hecho en numerosos casos— abiertamente el aparato estatal. En agosto de 1975 se congelaron los depósitos en Valores Hipotecarios Reajustables, debilitando ostensiblemente el sistema. El SINAP, en los años anteriores, con la excepción de 1974, en que se le sobreprogramó irracionalmente, había estado financiando aproximadamente 10.000 viviendas anuales, de las cuales unas 7.000 recibían fondos provenientes de los VHR. Igual como aconteció con los bancos comerciales en una primera etapa, se recurrió también al expediente de colocarlo en una situación desventajosa en relación con los otros sectores del sistema financiero.

«La verdadera causa de la crisis que enfrentaba al SINAP —comentó en los días de la congelación de los VHR la revista "Mensaje", analizando las razones dadas oficialmente como justificación de medida— y que se manifestó en persistentes retiros de fondos durante los primeros meses del año, es doble: por una parte la pérdida de confianza, debido al cambio de las reglas del juego con efecto retroactivo y, sobre todo, el surgimiento de un mercado de capitales no sujeto a ningún control. Para el mercado financiero existía libertad absoluta, para las asociaciones, no. Mientras los depósitos en VHR debían permanecer seis meses para tener derecho al reajuste completo, en el mercado de capitales no se exigía ningún plazo. Fue así como en este mercado se llegó a ofrecer intereses por depósitos de hasta cuatro días. Recién en marzo (de 1975) se creó en el SINAP el mercado de corto plazo que las asociaciones venían pidiendo desde un año antes; pero este instrumento llegó tarde, cuando ya se habían transferido fuertes recursos a las financieras y bancos.»

«Esta diferencia de trato al SINAP y a las financieras —continuaba el comentario— hace pensar que la medida tomada respecto a los VHR no está orientada principalmente a detener la inflación (como argumentó la Junta). Parece, más bien, perseguirse fundamentalmente que el Estado deje de intervenir, o intervenga lo menos posible,



en la captación del ahorro y en la orientación del crédito, dejando éste entregado a manos privadas...»¹²

Pocos meses después las Asociaciones de Ahorro y Préstamos sufrían otro serio perjuicio al obligárseles a «vender al valor comercial y en el estado en que se encuentren» todas sus construcciones de financiamiento directo. Ello en un momento de fuerte contracción económica que dificultaba su traspaso y en el cual, por tanto, los «valores comerciales» eran necesariamente bajos. Los beneficiarios de esta disposición los decidió de antemano la propia Caja Central de Ahorro y Préstamos al establecer que en su adquisición «tendrán preferencia prioritaria los adquirentes que ofrezcan la mayor cantidad del precio en dinero efectivo»¹³. Se dejaba así nuevamente en las mejores condiciones, por una decisión del aparato del Estado, a los grupos económicos que tenían recursos líquidos en su poder.

¹² «Mensaje», agosto de 1975.

¹³ «Ercilla», 9-7-1975.

Las diferentes asociaciones fueron posteriormente intervenidas. El régimen fascista designó en su administración a personeros de los mismos grupos económicos que habían desarrollado la campaña en contra de ellas. Procediendo además a fusionarlas, reduciendo su número.

Este proceso de liquidación de las asociaciones continúa. Las tres asociaciones que quedaron, luego del proceso de fusión reseñado, funcionando en Santiago, se debieron integrar en una sola. Esperándose que las dos asociaciones que quedan operando en provincias —«Diego Portales», de Valparaíso, y «Porvenir», de Punta Arenas— se integrarán también a la empresa fusionada formada en Santiago. En definitiva, lo que se busca es que el sistema de ahorro y préstamos se convierta en un mero intermediario para el otorgamiento de algunos créditos estatales subsidiados y que, por ese mismo hecho, no resultan atractivos para los bancos, ya que no proporcionan los márgenes de utilidad que éstos buscan. Esta «solución» tiene para los bancos comerciales la ventaja que les deja operando a ellos en los demás tipos de créditos para la vivienda. «Se estima que el SINAP —ha adelantado “El Mercurio”— pasará a ser primordialmente un intermediario financiero de créditos hipotecarios y se especializará en los créditos subsidiados, como por ejemplo, los que otorga el SERVIU. Estos créditos, por su bajo monto, largos plazos y pequeños dividendos, no interesan a los bancos privados, dados los altos costos de operación y recuperación. El SINAP pasaría eventualmente a ser el organismo especializado del Estado para atender este tipo de créditos»¹⁴. Para el Taller de Coyuntura del Departamento de Economía de la Universidad de Chile, esta tarea debería cumplirla el SINAP fusionándose con el Banco del Estado «que puede hacer las mismas funciones en forma más eficiente»¹⁵.

Lo concreto es que el SINAP atraviesa una crisis que, bajo el fascismo, resulta imposible de superar. Actualmente sus captaciones del público son menores que los giros que debe hacer mensualmente. «Todas las operaciones nuevas de créditos —constata el Taller de Coyuntura— son financiadas con fondos otorgados por el Banco Central», quien es ya dueño de gran parte de la cartera hipotecaria del SINAP¹⁶. Hasta fines de agosto las Asociaciones de Ahorro y Préstamo habían cedido al Banco Central hipotecas por un valor cercano a los 14.000 millones de pesos.

El SINAP, con todo, aún mueve una cantidad de recursos financieros significativos, de allí el interés de la oligarquía financiera porque se reduzca su ámbito de acción y se entregue en plenitud las

¹⁴ «El Mercurio», 10-9-1978.

¹⁵ «Comentarios sobre la situación económica», primer semestre 1978. Publicación del Taller de Coyuntura del Departamento de Economía de la Universidad.

¹⁶ «Comentarios sobre la situación económica», primer semestre 1978. Taller de Coyuntura.

operaciones que realizaba antes dicha institución a los bancos comerciales, con la sola excepción de aquellas que no les resulten atractivas. Esta política ya ha conducido a que las colocaciones del SINAP hayan venido disminuyendo y que su participación en las colocaciones totales del sistema financiero en moneda corriente haya sido en los últimos meses del año pasado superada por la realizada por los bancos comerciales.

El uso y abuso del aparato estatal

Todos estos hechos evidencian que el proceso de centralización financiera se ha producido con la activa utilización por los clanes económicos más poderosos del aparato estatal. El Estado fascista ha constituido un dócil instrumento de esta política. Es en base a su papel, ya sea mediante disposiciones especiales o de la violencia, que se han ido concretando los pasos fundamentales de este proceso. Primero, se dieron amplias facilidades a las financieras, dejándolas en condiciones superiores a los bancos comerciales, a pesar de ser éstos en ese momento estatales. El cambio de actitud se produjo al privatizarse los bancos. Se procedió, de otra parte, luego de decidida por la oligarquía financiera su alternativa frente a él, a liquidar sistemáticamente el SINAP, planteándose ahora lisa y llanamente su liquidación al no interesar a la oligarquía financiera en la situación existente, el traspaso de su propiedad. De la misma manera se procedió a intervenir el Instituto de Financiamiento Cooperativo (IFICOOP), el organismo crediticio más importante del país en su tipo, que contaba a la fecha de la intervención con capitales y reservas superiores a los de cualquier otro banco de fomento. Esta toma de control de IFICOOP forma parte, a su vez, de una campaña de la oligarquía financiera dirigida contra el conjunto del sistema cooperativo. Los clanes económicos no aceptan competidores de ninguna naturaleza.

La propaganda de los voveros de la dictadura acerca de un supuesto papel «impersonal» del Estado, es falso. El Estado actúa abiertamente en beneficio de las oligarquías, extranjera e interna. Al permitir el «libre juego» de los factores económicos en las condiciones de un régimen represivo que persigue cualquier manifestación democrática, acentúa al extremo el poder y las ventajas de esos sectores.

Este uso del aparato del Estado por los grupos más fuertes de la oligarquía financiera obviamente que también se ha producido en el interior del sistema bancario. El ejemplo más típico lo entrega el caso del Banco Osorno y La Unión. Resulta evidente de los hechos producidos en este banco —junto con dejar al desnudo la forma de operar del grupo que lo controlaba, que buscó sacar provecho de la propia política económica de la dictadura— que se trató, en definitiva, de una lucha entre grupos de la oligarquía financiera, que se

resolvió en favor de los más poderosos económicamente, los cuales se apoyaron en el aparato del Estado.

Cuando, en diciembre de 1976, la situación del Banco Osorno y La Unión era ya crítica, el grupo Fluxá-Yaconi, que tenía su control, gestionó la adquisición del 40 por 100 del total de las acciones por el Banco de Colombia —propiedad de uno de los más poderosos grupos económicos de dicho país—, operación que se iba a concretar durante los primeros meses de 1977. En el intertanto, según testimonio del propio Francisco Fluxá, se dirigió «a las autoridades del Banco Central para plantearle la necesidad de una ayuda de diez millones de dólares, por un período de 60 a 90 días, hasta que se consolidaran los capitales que iban a llegar del Banco de Colombia, para el período de enero que lo 'veíamos con bastante sobresalto todos los bancos, pero ninguno acudió a la autoridad, *porque tenían autoridades dentro*, participando en el directorio'. Se llegó a un acuerdo... pero, 'sin decir agua va' se decreta la intervención del banco... Los inversionistas quisieron su plata, y se produce la corrida, no sólo en el Banco Osorno en beneficio del Banco de Chile, que crece violentamente, sino también en las empresas vinculadas»¹⁷. La orden de intervención, agrega Fluxá, fue dada directamente por el actual ministro de Hacienda de Pinochet, Sergio de Castro.

Este hecho va mucho más allá de la simple anécdota. Muestra la colusión entre el aparato estatal y los grupos más fuertes de la oligarquía financiera. La «libertad» de funcionamiento del mercado de capitales rige cuando ello conviene a esos grupos oligárquicos, que pueden así, por su mayor potencialidad, imponer sus condiciones. Pero cuando les surgen obstáculos esa «libertad» desaparece. Este fenómeno forma parte del proceso de fusión que se ha dado en Chile entre el Estado y las oligarquías financieras, nacional y extranjera. Muestra, de otra parte, cómo los principales clanes tienen representantes directos en los centros de mando de la economía, y dictan, en último término, junto con el capital extranjero, la política en curso.

La base económica objetiva de este proceso de fusión descansa en el acentuado proceso descrito de centralización financiera y de concentración de la producción en pocas manos, lo que ha llevado a un punto muy elevado el control sobre la economía del capital extranjero y de la oligarquía financiera.

En Chile, en las condiciones del fascismo, se acentúan las expresiones de capitalismo monopolista de Estado dependiente. Los monopolios transnacionales que operan en Chile, particularmente los de origen norteamericano, los grupos más poderosos de la oligarquía financiera y el aparato del Estado han pasado a conformar un mecanismo de acción única. En este mecanismo único, como lo comprueba la práctica, el papel dirigente, por su indiscutida mayor potencialidad, lo desempeña el capital monopolista transnacional.

17 «Qué Pasa», 26-1-1978. Subrayado del autor.

Los principales beneficiados internos

Los grupos más poderosos de la oligarquía financiera han pasado a tener en el sistema bancario posiciones dominantes. Ello es significativo, dado que en el sistema financiero se ha producido una fuerte centralización. Poco más de las dos terceras partes del capital y reservas totales de los bancos comerciales de fomento, y financieras, pertenecían en 1978 a apenas cuatro instituciones, los bancos del Estado (38,3%), de Chile (16,21%), Osorno y La Unión (6,68%), y Crédito e Inversiones (5,30%). Este porcentaje sube a cerca de un 85% si se agregan a este listado otros siete bancos comerciales (Español-Chile, Sudamericano, O'Higgins, Concepción, Trabajo, Comercial de Curicó y Talca). Las restantes 36 instituciones financieras del país, entre las que se cuentan la totalidad de las «financieras» y los bancos de fomento, cuentan, por tanto, con el 15% restante. Ello revela que el control del sistema bancario se produce básicamente a través de un grupo reducido de bancos.

Para determinar las posiciones de los clanes económicos es fundamental, por tanto, precisar la propiedad o el control de los bancos principales. El banco privado más importante es el Banco de Chile. El principal accionista de este banco es el grupo de Javier Vial, quien personalmente ocupa la vicepresidencia y tiene su dirección en los hechos. El Banco de Chile toma parte activa en muchos de los planes de este grupo económico. Las últimas ventas de acciones realizadas por CORFO han afirmado su predominio.

Los otros bancos comerciales privados más importantes son controlados por los siguientes intereses económicos:

- Banco Crédito e Inversiones: grupo de Jorge Yarur, que posee más de la mitad de las acciones. Este banco tiene desde 1975 un contrato de asesoría con el Bank of America, por medio del cual éste se compromete a aportarle en la implementación de los métodos más modernos de la actividad bancaria y en el mejor manejo de los instrumentos del mercado de capitales.
- Banco Español-Chile: Grupo Vicente Puig (56% de las acciones). La Corporación de Molinos de Chile tiene, a su vez, un 33% de las acciones.
- Banco Sudamericano: Grupo Andrónico Luksic (20,6% de las acciones), Grupo Eleodoro Matte, Asociación de Molineiros (17,9%), Guillermo Schiess (5,35%), Carlos Vial Espantoso (4,35%).
- Trabajo: Grupo José Said (20% de las acciones), tiene la presidencia del banco; Grupo Agustín Edwards (20% acciones) y la Compañía Interamericana de Desarrollo, capitales venezolanos (39%).
- Concepción: Grupo Juan Cueto-Antonio Martínez (15%); hermanos Sáenz, industriales madereros, y Luis Giner, con intereses en empresas hoteleras y agropecuarias.

- Talca: sus acciones están en manos de una serie de empresas de la VII Región (Calaf, Yarza, Compañía Agrícola y Comercial Copihue, Aceitera de Talca, Fundación Cruz, Productos Fernández, Compañía de Fósforos).
- O'Higgins: sus acciones fueron adquiridas por 23 cooperativas agrícolas.
- Israelita: Jonás Gómez (30% de las acciones), que ocupa la presidencia.
- Continental: Grupo Nicolás Yarur. Este banco aún se encuentra intervenido por la Superintendencia de Bancos, y no se han vendido las acciones en poder de la Corfo por existir un juicio pendiente entablado por Nicolás Yarur, que busca tomar su control absoluto por la vía judicial.
- Constitución: Eugenio Correa (40% de las acciones), Organización Las Condes (30%) y Germán Picó Cañas (15%).
- Santiago: Grupo Cruzat-Larraín (100%). Este banco comenzó a funcionar en noviembre de 1977. Es presidido actualmente por el ex ministro de Hacienda de la dictadura, Jorge Cauas, quien reemplazó al actual ministro de Agricultura, Alfonso Márquez de la Plata. Hecho éste que sirve de paso para apreciar el trasvasijamiento que se produce entre altos cargos de la Administración Pública y altas funciones en las instituciones de los clanes económicos y viceversa.

El Banco Osorno y La Unión ha vuelto a poder de Corfo, luego de su virtual quiebra, preparándose las condiciones para una nueva licitación de sus acciones. El Banco Comercial de Curicó (que absorbió durante el Gobierno de la Unidad Popular el banco de Agustín Edwards) no ha sido licitado por estar pendiente, al igual como acontece con el Banco Continental, una acción judicial entablada por Agustín Edwards, que quiere tomar su control por vía judicial.

En cuanto al Banco del Estado hay que señalar que aún representa casi el 40% de los capitales y reservas totales del sistema financiero. Sin embargo, en los marcos de la política en aplicación su participación en los activos bancarios viene disminuyendo fuertemente. En 1977 ella disminuyó de 40,3 a 33,9%. Su rentabilidad, de otra parte, es muy inferior a la del banco privado más grande, el Banco de Chile, Mientras la de este banco alcanzó el año pasado a un 15,4% de utilidad sobre su capital y reservas, en el caso del Banco del Estado llegó a 8,4%. Los departamentos comerciales del Banco del Estado están en proceso de liquidación y su función como abastecedor de insumos agrícolas desaparecerá en un lapso máximo de tres años, traspasándose a sectores privados. El papel del Banco del Estado, dicho en otras palabras, se reduce deliberadamente, transformándose en un mero banco comercial más.

En 1977, tomado ya el control de la banca comercial por los grupos financieros, el sistema bancario pasó a incrementar fuerte-

mente sus utilidades. A ello contribuyeron poderosamente sucesivas medidas en su beneficio adoptadas a nivel gubernamental. En el citado año las utilidades de los bancos —si no se considera a los bancos Osorno y La Unión y Chileno-Yugoslavo, que se encontraban intervenidos como consecuencia de sus virtuales quiebras— aumentaron, en relación al año precedente, en 5,7 veces, pasando de 6,3 millones de dólares a 36,2 millones de dólares, tendencia que continuó en 1978.

La propiedad de las demás instituciones financieras

La importancia de las financieras es muy secundaria en relación con la que tienen los bancos. Los capitales y reservas del conjunto de ellas equivalían, de acuerdo a los estados de situación al 20 de marzo de 1978, al 5,9% de los capitales y reservas totales de bancos comerciales y de fomento y de las «financieras». Mientras que los capitales y reservas de los bancos constituían el 91,8% del mismo total.

Entre las financieras se dio en 1978 un proceso muy fluido al tener que cumplir con la disposición que las obligaba a tener, al finalizar este año, un capital y reservas mínimo de tres millones de dólares (al que se le fijó una equivalencia durante 1978 de 84 millones de pesos). Al 31 de julio, según sus estados de situación, eran sólo tres las empresas que contaban con capitales y reservas por más de 100 millones de pesos. Ellas eran: a) Financiera Nacional (FINANSA), indiscutiblemente la más poderosa entre todas las instituciones de este tipo, con cerca de 155 millones de pesos; pertenece al grupo de Javier Vial. b) Financiera Papeles y Cartones, propiedad de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, y que, por tanto, es controlada por el grupo de Eliodoro Matte, con capitales y reservas por 124 millones de pesos. c) Colocadora Nacional de Valores, propiedad del Grupo Cruzat-Larraín, con capitales y reservas por cerca de 113 millones de pesos.

La mayoría de las financieras son empresas bastante débiles, con capitales y reservas muy bajos; al 31 de julio eran muy pocas las que habían cumplido con el mínimo exigido. Generándose por ello numerosos rumores sobre su suerte futura, que incluso se han visto reflejadas, aunque se haga con pretensión de minimizarlas, en la prensa de la dictadura. «Qué Pasa», por ejemplo, se ha preguntado: «¿Qué está sucediendo en torno a las financieras? ¿Están en mal pie? ¿Hay un quiebre del sistema? Rumores y más rumores...»¹⁸. Estos rumores han crecido por las dificultades enfrentadas por algunas de ellas para completar el capital mínimo exigido. Por la imposibilidad de cumplir con esta disposición, ya en el curso de 1978 desapareció Financiera Transamérica. Otras tres corrieron igual suerte desde fines de 1976. Otras más, con seguridad, también deberán cerrar sus

18 «Qué pasa», 11-5-1978.

puertas o fusionarse con otras más poderosas. Su debilidad se acentúa por el hecho de que una parte significativa de sus colocaciones son difícilmente recuperables por la precaria situación en que se encuentran un porcentaje muy alto de los receptores de los créditos. Los principales clientes de las financieras son pequeños o medianos empresarios, los que han sido setiamente afectados por la política económica del fascismo, viéndose frecuentemente obligados a contratar nuevos créditos para cancelar incluso los intereses de los anteriores.

La tendencia en desarrollo es igualar, desde el punto de vista de su operatividad, a los bancos con las financieras. Mirado desde esta perspectiva, DINANSA, es mayor que los bancos Constitución o Santiago; mientras que Papeles y Cartones o Colocadora Nacional de Valores tienen capitales superiores a los de los bancos de provincia y a algunas de las filiales de los bancos extranjeros.

En el aparataje de algunos grupos económicos desempeñan un papel de mucha importancia las Sociedades de Fondos Mtuos. A través de ellas estos clanes pueden manejar cuantiosos recursos de terceros, que les permiten tener intereses o controlar distintas sociedades anónimas y, desde luego, también traspasar recursos a las empresas de su propiedad. Su objeto último es servir para tomar control de paquetes de acciones. En el país funcionan tres instituciones de este tipo: *a)* Cooperativa Vitalicia, que tenía a mediados de 1977, 55.000 partícipes y un patrimonio ascendente a 30 millones de dólares, es controlada por el Grupo Cruzat-Larraín; *b)* Fondos Mtuos BHC, controlada por el Grupo de Javier Vial, y que a pesar de haber sido recién constituida en enero de 1976 tenía ya, a mediados de 1977, 9.000 partícipes y un patrimonio de 23,4 millones de dólares; y *c)* Capitales Unidos, que preside Guillermo Villaseca, con un patrimonio al 30 de julio de 1977 de 5,1 millones de dólares.

El proceso de centralización también opera entre las compañías de seguros. En el país, fuera del Instituto de Seguros del Estado, actúan 79 compañías de seguros agrupadas en una treintena de administraciones o consorcios. La institución de seguros privada más grande del país es el Consorcio Nacional de Seguros, controlado por el Grupo Cruzat-Larraín. Le siguen en orden de importancia: *a)* Cruz del Sur, consorcio en el cual el 50% de las acciones pertenece al grupo de Anacleto Angelini, siendo su otro accionista principal Benjamín Davis, que es su gerente general. Cruz del Sur, para ganar posiciones en el mercado de seguros, rebajó a mediados de 1978 en un 25% todas las tasas de seguros de Incendios y sus Adicionales (hasta no hace mucho las tarifas de las diferentes compañías de seguros eran iguales) y *b)* Consorcio de Seguros BHC (Grupo Javier Vial), Chilena Consolidada (Grupo Agustín Edwards), Lloyd de Chile (su accionista principal es Juan Colombo), Organización Kappés (de Jacobo Ergas) y Consorcio Santiago.

Este proceso de centralización se intensificó luego que a fines de

1977 se acordó la libertad de tarifas, estableciéndose además que en el futuro las empresas deberían tener un capital mínimo ascendente a dos millones de dólares y que los reaseguros podrán pactarse libremente, eliminándose la obligación de hacerlo a través de la Caja Reaseguradora de Chile, lo que aumentará la influencia directa o indirecta de compañías extranjeras, implicando, de otra parte, una salida adicional de divisas del país. Todo ello conduce a que se creen las mejores condiciones para que subsistan sólo en el sector las compañías más poderosas, aumentando paralelamente la presencia del capital extranjero.

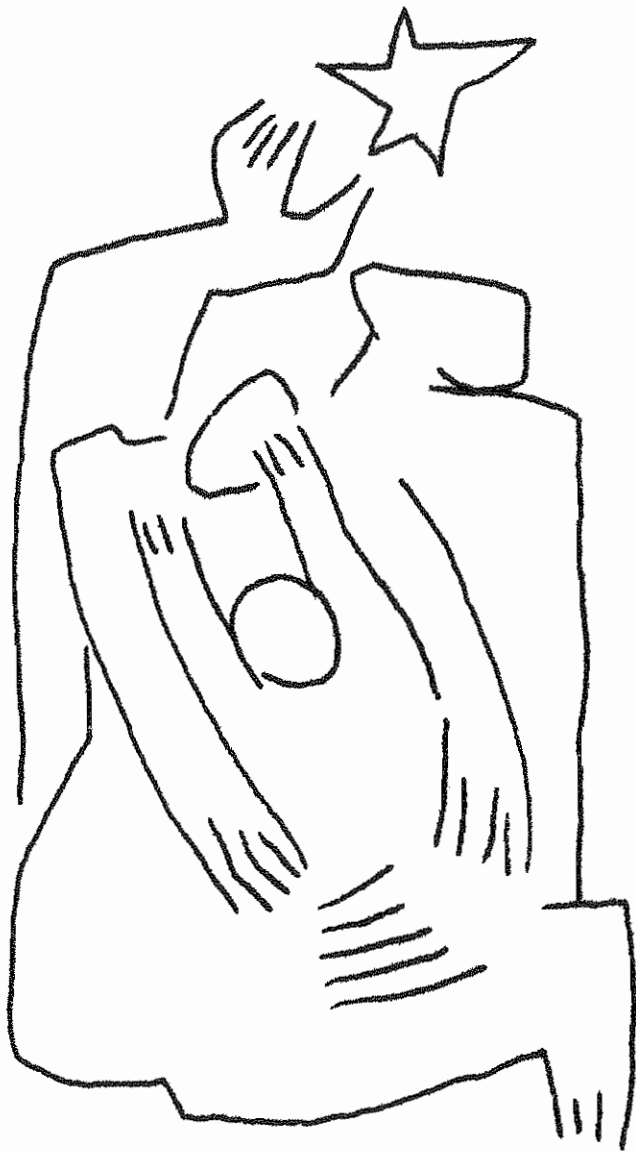
El peso alcanzado por los bancos de fomento es aún escaso. Los cinco bancos de este tipo que existen poseen apenas el 2,29% de todos los capitales y reservas del sector, incluyendo en él además a los bancos comerciales y a las financieras. Su monto total asciende a 15 millones de dólares. Las instituciones más importantes de este tipo son tres: *a*) Banco Hipotecario y de Fomento de Chile (BHC), controlado por el Grupo de Javier Vial; *b*) Banco Hipotecario y de Fomento Nacional, adquirido en 1977 por el Grupo Cruzat-Larraín, en conjunto con Francisco Soza y algunos empresarios de la construcción; y *c*) el Banco Unido de Fomento, que es presidido por Edmundo Miquel, del grupo multinacional Adela. El 49% de las acciones de este Banco está en poder de firmas extranjeras (Adela, Banco do Brasil, Banco Exterior de España, Deutsche Sudamerikanische Bank, Bank of Tokio, Manufacturers Hannover y Crédit Suisse). Entre los accionistas nacionales figuran el Banco Sudamericano, el Banco de Crédito e Inversiones, la Sociedad Nacional de Minería, la Sociedad Nacional de Agricultura, el Registro Nacional de Comerciantes y la empresa Abalos y González. La reforma introducida en la ley de bancos facilita el control de los bancos de fomento por capitales extranjeros, al derogar la disposición que sólo les permitía poseer el 49% de las acciones de ellos.

Los principales grupos

Los antecedentes señalados llevan a la conclusión que son un reducido grupo de clanes económicos los que alcanzan las posiciones preponderantes en el control de las instituciones financieras nacionales, en un proceso de centralización que todavía se encuentra en pleno desarrollo.

Entre estos grupos destacan claramente dos:

a) El grupo encabezado por Javier Vial, que tiene la dirección y el paquete mayoritario de las acciones del Banco de Chile y el control absoluto de Financiera Nacional, el Banco Hipotecario y de Fomento de Chile, Financiera Atlas (adquirida durante 1977 y que se ha especializado en los créditos de consumo), la Sociedad de Fondos Mutuos BHC, la Compañía de Seguros BHC y una oficina bancaria instalada en Nueva York, BHC Development Corp. Controla además el Banco Andino, inaugurado a mediados de 1978 en



Panamá con capitales aportados por el Banco de Chile, el Banco de Fomento BHC y el BHC Development Corp., todos ellos dirigidos por este grupo, y los bancos Sudamericano y O'Higgins. Este es, sin duda, el clan económico que tiene más fuertes posiciones en el sector financiero.

b) El Grupo Manuel Cruzat-Fernando Larraín, que se separó del anterior a comienzos de la presente década. Este grupo está recién estableciendo su imperio en el sector financiero. A fines de 1977 fundaron el Banco de Santiago, descartando la posibilidad de adquirir algunos de los bancos privatizados por la CORFO, de manera de alcanzar una mayor rentabilidad trabajando con un personal reducido y colocando de otra manera su patrimonio. Controlan, además, la Colocadora Nacional de Valores, el Banco Hipotecario y de Fomento Nacional, el Consorcio Nacional de Seguros y el Fondo Mutuo Cooperativa Vitalicia.

Orros grupos económicos tienen también posiciones significativas. Son los de Jorge Yarur (Banco de Crédito e Inversiones), Agustín Edwards (Banco del Trabajo, Financiera Andes y Chilena Consolidada, aspirando a controlar por vía judicial el Banco Comercial de Curicó), Vicente Puig (Banco Español-Chile), Eleodoro Matte (Banco Sudamericano, Financiera Melón y Financiera Papeles y Cartones, que son las dos financieras que en 1977 obtuvieron las tasas de rentabilidad más elevadas), Andrónico Luksic (Banco Sudamericano), José Said (Banco del Trabajo) y Juan Cueto-Antonio Martínez (Banco de Concepción).

La forma de expresarse de la dependencia

Del cuadro descrito se deduce que la presencia directa del capital extranjero en el sector financiero, si se considera desde el punto de vista de las empresas que controla, es reducida, aunque tiende a ampliarse. Las relaciones de dependencia muy fuertes que ligan al régimen fascista con la oligarquía financiera internacional, se expresa en lo fundamental de otra manera, sin que ello signifique, ni mucho menos, que tiene una significación inferior. Por el contrario, el esquema económico del fascismo requiere para funcionar imperiosamente de un caudaloso financiamiento externo. El se lo proporciona la banca privada capitalista, ante todo la de origen norteamericano, mediante lo cual consigue el control de la vida económica del país.

En 1977 y 1978 la dictadura ha tenido elevados déficits en la cuenta corriente de la balanza de pagos, déficits que son cubiertos con flujos de recursos externos, que llegan básicamente bajo la forma de préstamos y que han alcanzado niveles sin precedentes. En 1977 su monto alcanzó a 1.361 millones de dólares, cantidad que en 1978 se estima sobrepasará los 2.300 millones de dólares.

Este aumento en el flujo de recursos, en especialidad de la banca privada internacional, se materializó en el curso de 1978 en la firma de numerosos créditos. Este tipo de financiamiento, en los marcos

de la política global del régimen fascista, genera las formas más agudas de dependencia. El desenvolvimiento del país queda supeditado a lo que le proporciona el núcleo central de la oligarquía financiera internacional. Las crecientes concesiones que entrega el régimen fascista a capitales extranjeros tienen una relación directa con este tipo de financiamiento. El ejemplo más nítido de ello se da en las relaciones que se han establecido entre la dictadura y el consorcio transnacional EXXON, que pertenece a los clanes económicos Rockefeller. Estos han dado financiamiento a la dictadura a través del Chase Manhattan Bank, de su propiedad. Evidentemente que este financiamiento no es posible desligarlo de las sucesivas granjerías que se han otorgado a la EXXON. Ya a fines de 1973 el régimen fascista dejó caducar el convenio de suministro de petróleo existente con varios consorcios internacionales, entre ellos la EXXON, que permitiría al país recibir dicho combustible a precios inferiores del mercado mundial. A comienzos de este año le vendió la Compañía Minera «Disputada de Las Condes» en una negociación escandalosa. «Lo más significativo de esta operación —han escrito Ernesto Tironi y Jorge Barria, en un documentado estudio de este traspaso— es que esas reservas o el yacimiento de Disputada, en general, se entregó a la EXXON prácticamente gratis, porque el país ha vendido una empresa con sus instalaciones actuales y reservas por un precio que ni siquiera alcanza a cubrir el valor de las primeras. Instalaciones y reservas se vendieron por aproximadamente 175 millones de dólares, en circunstancias en que el valor de aquéllas, solamente, debe ser por lo menos de unos 220 millones de dólares». Fuera de que esta venta se hizo luego de confusos traspasos de yacimientos de Andina a Disputada, aprovechando que ambos minerales, en los hechos, constituyen una unidad. «Se sabe —han agregado Tironi y Barria— que incluso existían avanzados proyectos diseñados por ingenieros chilenos para una explotación conjunta de ambas empresas. Hoy la EXXON está anunciando la posible construcción de obras que esaban contempladas en esos proyectos desde hace años...»¹⁹.

EXXON, con la complicidad de la dictadura, tiende a convertirse en el principal latifundio del país. Ya tiene solicitadas pertenencias mineras adicionales por un total de 106.900 hectáreas en las comunas de Colina y Las Condes, en la provincia de Santiago. Sus geólogos han ido a analizar también el yacimiento cuprífero de «Los Pelambres», ubicado a 4.300 metros de altura frente a la ciudad de Salamanca, en los límites con Argentina («Disputada» también limita con Argentina, frente a la ciudad de Santiago), con reservas estimadas en más o menos 500 millones de toneladas.

Este financiamiento externo implica, de otra parte, una pesada carga para el país. Lo demuestran los crecientes déficits que viene arrojando la balanza de servicios, que en 1978 alcanzará, de acuerdo

¹⁹ «Mensaje», agosto de 1978.

a las estimaciones realizadas, a una cifra que se acerca a los 500 millones de dólares. Esta suma proviene en gran parte del pago de intereses, implicando, por tanto, un traspaso directo, en lo fundamental, a los consorcios financieros internacionales de recursos generados en el país.

Esta es la vía principal a través de la cual se expresa la dependencia de los bancos capitalistas internacionales. Ahora bien, por otro lado, si bien la magnitud directa de las inversiones del capital extranjero en el sistema financiero es relativamente pequeña, ella reviste importancia porque constituye un importante punto de apoyo a los consorcios transnacionales que actúan hacia el país para realizar aquellas operaciones que les interesan.

Hacia fines de 1978 operaban en el país, en la banca comercial, cinco sucursales de empresas extranjeras, pertenecientes a los dos consorcios financieros más grandes de los Estados Unidos, el City Bank y el Bank of America, y a tres bancos brasileños: Do Brasil, Real y Banco del Estado de Sao Paulo.

Entre las financieras tienen oficinas el City Bank (Adelantos y Créditos), el Banco Unión de Venezuela, que es el principal accionista de Financiera Cash, y los bancos Boston (EE.UU.) y de Vizcaya (España).

Las posiciones de control de instituciones financieras se expresan finalmente en el Banco Unido de Fomento.

La reforma de la ley de bancos decretada por la dictadura a comienzos del año 1978 tiene el propósito expreso de facilitar la entrada del capital financiero extranjero. La derogación del tope establecido para la posesión de acciones bancarias entre los bancos comerciales que se privatizaron persigue, entre otros, este objetivo. «El levantamiento de este límite —declaró el vicepresidente del Banco Central, Sergio de la Cuadra— va a atraer muchos bancos extranjeros a nuestro país, que prefieren incorporarse a una institución ya instalada que abrir una sucursal propia.»²⁰

Las relaciones entre el Estado y la oligarquía financiera

Todo el proceso de concentración ha sido estimulado con la activa participación del aparato estatal. Fue el régimen fascista el que privatizó el Area de Propiedad Social, incluida la banca comercial, el que ha procedido a devolver una parte muy importante de la tierra expropiada y dictó el Estatuto de Inversión Extranjera, a través del cual penetran los capitales externos que llegan a radicarse directamente en el sistema financiero. En algunos sectores particularmente importantes para los grandes intereses económicos han entregado fuertes subsidios y condiciones especiales privilegiadas, mientras, de

²⁰ «El Mercurio», 13-1-1978.

otra parte, eliminaba las franquicias de que gozaban los pequeños empresarios y algunas regiones del país.

Realidad que no puede perderse de vista unilateralizando determinados hechos parciales. La participación del Estado en la política del fascismo debe analizarse en su contexto global. Es cierto que, por ejemplo, el Estado ha reducido su participación directa en la producción de bienes y servicios. La privatización de empresas estatales, como hemos visto en el caso de los bancos, es una realidad. Sin embargo, el peso en la economía de las empresas en poder del Estado es siempre importante. Lo comprueba el estudio sobre las cien empresas no financieras más grandes del país, realizado por la revista «Economía y Sociedad», que dirige José Piñera, y en el cual se muestra que, a diciembre de 1977, la participación estatal en estas empresas alcanzaba a un 78% del patrimonio del conjunto de ellas. El Banco del Estado, como se ha señalado, por su parte representa, a pesar que su influencia disminuye, la tercera parte de los activos totales del sistema bancario.

Si se examina el conjunto de la actividad del aparato estatal se aprecia que, a pesar del abandono que ha hecho del uso de ciertos mecanismos en interés precisamente de los monopolios, toda ella está dirigida a servir al capital extranjero y a los grandes grupos internos que se benefician directamente con su política.

En el caso del sector financiero, la influencia en la vida económica nacional de los grandes intereses que lo controlan va mucho más allá de las posiciones directas que han alcanzado por las múltiples ventajas que les concede el aparato estatal. Situación que ha vuelto a quedar claramente en evidencia con muchas de las últimas disposiciones adoptadas por el Banco Central. Sucesivas rebajas en los encajes bancarios, liberando fondos que quedan a la libre disposición de los bancos comerciales. Las autorizaciones para aumentar los endeudamientos en el exterior operan de la misma manera: las instituciones financieras pueden disponer a su arbitrio de estos recursos. Igual cosa acontece con las «licitaciones» de dinero realizadas por el instituto emisor. El Banco Central, como producto de esta política, reduce su ámbito de acción. Desaparecen líneas de crédito dirigidas a sectores determinados y a estimular actividades específicas. La emisión se canaliza a través de las instituciones privadas, las cuales disponen, además, de múltiples formas para crear en los hechos dinero.

Evidentemente que esta menor actividad del Banco Central no rige cuando se trata de conceder nuevos privilegios a sectores que interesan a la oligarquía financiera. Es lo que acontece, por ejemplo, en el caso de la industria forestal. A ésta se le han concedido una serie de subsidios que le permiten efectuar nuevas plantaciones en base prácticamente a recursos estatales. El Estado cubre el 75% del costo que implica realizar la plantación. De otra parte, se ha establecido en favor de los clanes que actúan en el sector una línea de crédito de largo plazo refinanciada por el Banco Central, que se

concede a tasas de interés similares a las existentes en los mercados internacionales, en circunstancias que el resto de las actividades nacionales deben pagar las tasas de interés usuarias que imperan en el mercado financiero chileno. De la misma manera, la actividad forestal está exenta de impuestos hasta que el bosque haya madurado, es decir, por aproximadamente veinte años. El negociado que hacen los clanes económicos es redondo. Ello explica que en la actividad las plantaciones anuales que realizan las empresas privadas se aproximen a las 5.000 hectáreas anuales, en circunstancias que no hace mucho no plantaban más de 2.000 hectáreas en el año.

Los beneficiarios de esta medida son los grandes grupos económicos, los mismos que controlan el sistema financiero. El 60,4% de las plantaciones realizadas por el sector privado (que alcanzaron en 1977 a un 52,2% del total) fueron efectuadas por apenas cinco empresas: Crecex, Grupo Javier Vial, un 20%; Forestal Arauco, Grupo Cruzat-Larraín, 17,3%; Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, Grupo Matte, 10,8%; Forestal, S. A., Grupo Cruzat-Larraín, 8,1%; e Inforsa, Grupo Javier Vial, 3,9%.

De la misma manera se procedió en mayo pasado a condonar por el Fisco un crédito concedido entre los años 1975 y 1976 a siete industrias aceiteras que ascendía en esa fecha, incluidos intereses, a más de 22 millones de dólares. Entre las industrias aceiteras hay también intereses del Grupo de J. Vial. En cambio, el Estado ha negado su aval para créditos conseguidos en el exterior que permitirían normalizar la actividad de instituciones cooperativas tan importantes como Ificoop o Unicoop.

En resumen, la oligarquía financiera hace uso y abuso del aparato del Estado para imponer su política, ya sea cuando se apoya directamente en él como cuando le disminuye o elimina algunas de las funciones que hasta entonces venía cumpliendo. De allí que se produzca en un país que ya hace años tenía manifestaciones de capitalismo monopolista de Estado dependiente, un acentuamiento de ese fenómeno.

Cómo utiliza la oligarquía los recursos a su disposición

Los recursos en poder de la oligarquía financiera son utilizados, antes que nada, para ampliar sus posiciones o para desarrollar sus negocios. No existe ninguna norma que la obligue a actuar de otra manera. Este hecho ha permitido que una importante cantidad de fondos hayan sido utilizados para adquirir empresas estatales, que son «compradas» por los clanes económicos en base a recursos sociales. Los clanes más poderosos de la oligarquía financiera han ampliado sus posiciones en diferentes actividades, actuando como conglomerados. Su influencia se ve claramente al analizar el listado elaborado por «Economía y Sociedad» sobre las cien empresas no financieras más grandes del país. En este listado resaltan nítidamente tres grupos que ya destacamos al analizar la propiedad en el sector

financiero: a) el encabezado por Manuel Cruzat y Fernando Larraín, que controla o tiene una participación decisiva en empresas con activos superiores a los 733,78 millones de dólares; b) el dirigido por Javier Vial, con activos por 271,15 millones de dólares; c) el de Eleodoro Matte, con activos por 206,55 millones de dólares.

PARTICIPACION DE LAS CIEN MAYORES EMPRESAS NO FINANCIERAS

(Fuente: «Economía y Sociedad», N.º 5, septiembre-octubre 1978. En millones de dólares de diciembre de 1977)

a) Grupo Manuel Cruzat-Fernando Larraín*			
<i>Empresa</i>	<i>Activo**</i>	<i>Patrimonio***</i>	<i>Grado control</i>
1. Copec	249,48	124,74	A lo menos 35%
2. Celulosa Arauco	102,04	37,81	A través COPEC
3. Forestal Arauco	94,14	67,78	A través COPEC
4. Forestal, S. A.	71,52	37,08	Más del 50%
5. CRAV	71,02	17,07	26%
6. COIA	61,89	35,98	Más del 50%
7. Cervecerías Unidas ..	55,02	34,70	40%
8. Pesquera Coloso	28,67	12,91	Más del 50%
	733,78	368,07	
b) Grupo Javier Vial			
1. Cía Industrial	98,31	30,16	Más del 50%
2. CTI	70,66	32,95	Más del 50%
3. INFORSA	66,33	44,62	A través de Cía. Ind.
4. Indus. Lever	35,85	21,77	50% (a)
	271,15	129,50	
c) Grupo Eleodoro Matte			
1. Papeles y Carrones ..	174,54	122,69	Más del 50%
2. Pizarreno	32,01	22,77	12% (a)
	206,55	145,46	

(a) El otro 50% pertenece al consorcio transnacional Uni Lever.

(a) Se incluye, porque si bien sus accionistas principales son capitalistas belgas, su presidente es Jorge Alessandri Rodríguez, cuya relación con el Grupo Matte es conocida, siendo el presidente de su principal empresa, la Compañía Manufacturera de Papeles y Carrones. Este grupo controla, además, empresas con fuertes activos, como Renta Urbana Pasaje Matte (25,1 millones de dólares en diciembre de 1976) y Minera Valparaíso (23,8 millones de dólares en diciembre de 1976).

* La pertenencia a uno u otro grupo se ha establecido teniendo como referencia la revista «Qué Pasa» (24-2-77), «De quién son las mayores empresas», complementado con antecedentes periodísticos y balances

** Activos totales a la fecha de los balances en 1977.

*** Capital más reservas y resultado del ejercicio 1977.

Otros grupos con participación significativa en el sector financiero tienen también fuertes posiciones en el sector industrial. Es el caso del Grupo de Jorge Yarur, que controla Yarur, S. A. (activos por 53,6 millones de dólares), Tejidos Caupolicán (activos por 20,9 millones de dólares) y Fiap Tomé (activos por 14,2 millones de dóla-

res). De Andrónico Luksic, Electricidad Industrial (activos por 67,4 millones de dólares) y Lucchetti (activos por 28,2 millones de dólares). De Agustín Edwards, «El Mercurio» (activos por 33,2 millones de dólares), Cervecerías Unidas, empresa que preside, con un 38% de las acciones (activos por 55,02 millones de dólares) y Editorial Lord Cochrane (activos por 10,4 millones de dólares). Del Grupo Said, Industrias Químicas Generales (activo de 16 millones de dólares).

Una oligarquía parasitaria y especuladora

Los recursos que controlan han sido utilizados muy escasamente en generar nuevas actividades productivas. Su función es marcadamente parasitaria. Fuera de apropiarse de empresas estatales, la otra dirección principal que le dan a los recursos de que disponen es dirigirlos hacia el mercado de capitales, que viene operando sobre bases fuertemente especulativas. De esta manera se acentúa la distribución en su beneficio de la plusvalía total producida en el conjunto de la economía.

El carácter especulativo del mercado de capitales se aprecia con sólo observar las tasas de interés reales alcanzadas en las operaciones de corto plazo. En el curso de los diez primeros meses de 1978 los bancos pagaron por las captaciones una tasa de interés real promedio mensual de 1,6%, y las financieras 1,8%, mientras cobraban por las colocaciones, respectivamente, cada 30 días, en promedio, 2,8% y 3%; porcentajes estos últimos que implican tasas anuales reales por los préstamos superiores a un 40%.

Chile, en estos años, ha sido el paraíso de la especulación financiera. Tanto es así que hasta uno de los inspiradores del «modelo» económico seguido, el director del Instituto de Economía de la Universidad de Chicago, Arnold Harberger, debió constatar que «una de las varias materias en que los chilenos tienen el récord mundial, es precisamente el nivel de las tasas de interés»²¹.

La especulación financiera ha pasado a ser un mecanismo que es presentado como normal, siendo defendido públicamente por los más caracterizados voceros propagandísticos del régimen. El diario «El Mercurio», repitiendo lo expresado por Friedman en su visita a Chile, por ejemplo, señaló que «la especulación ha existido siempre y posee una función social favorable al desarrollo, al contribuir a una mayor estabilidad de precios en el mediano y en el largo plazo». En función de ello, recalca dicho diario, es que la existencia de altas tasas de interés constituye un «mecanismo técnico de eficiencia económica. En la coyuntura —concluye—..., mientras la economía se normaliza, la tasa de interés que sea elevada». «Ello hace posible —acota— que se asignen mejor los recursos y se estimule el ahorro»²². La verdad es, por cierto, lo contrario: que la existencia de altas tasas de interés ha constituido una fuerte traba para el desenvolvimiento económico,

21 «El Mercurio», 6-6-1977.

22 «El Mercurio», 30-4-1978.

y no ha facilitado una mejor asignación de los recursos, porque a tales niveles sólo pueden contratarse créditos con fines especulativos o para cubrir compromisos impostergables. A su vez, esta realidad ha frenado el ahorro productivo y la inversión en el sector. Situación que retrató muy nítidamente el presidente de la Asociación de Industriales Metalúrgicos, Jorge Cheyre, al analizar que el alto costo del dinero es una de las causas principales de la muy reducida inversión. «En este momento —manifestó el presidente de Asimet— estamos tan endeudados que trabajamos y trabajamos para pagar deudas y ni siquiera se puede comprar maquinaria, porque ya no tenemos garantías que ofrecer. Todas las empresas tienen sus activos hipotecados y dadas en prenda a los bancos». Además, agregó, «cualquier estudio que se haga lleva a la conclusión que el dinero invertido en el mercado de capitales o en importaciones rinde más que trabajándolos, y sin riesgos. Pero... así no se crean nuevos empleos»²³. El bajo nivel del ahorro destinado a fines productivos lo evidencia el hecho que en 1977 apenas la mitad de la escasa inversión efectuada fue realizada con recursos internos, en circunstancias que los aportes nacionales habían sido habitualmente del 75%²⁴.

La oligarquía financiera ve, de otra parte, su control del mercado de capitales como un expediente para disponer de los recursos sociales que en él se encuentran en función de los intereses inmediatos de sus empresas. La distribución del crédito se hace profundamente regresiva.

El control del Banco Osorno y La Unión sirvió al Grupo Fluxá-Yaconi para apoderarse de numerosas empresas estatales que se privatizaban. En los alegatos en los tribunales a que dio lugar la situación producida, el abogado del Consejo de Defensa del Estado, Ricardo Rivadeneira, mostró cómo este grupo se asoció en 1974 «para comprar empresas sin aportes de capital propios, sino recurriendo al mercado de capitales para pagar las cuotas al contado de las empresas que adquirirían, y una vez que adquirirían esas empresas —añadió textualmente— las cuotas siguientes ya ni siquiera las pagaban ellos, sino que esas empresas las endeudaban para seguir pagando su propio precio». Este procedimiento fue llevado a extremos tales «que se habían conseguido créditos en el exterior en favor de Fundación Libertad (una de las empresas que adquirieron del Estado a través de los procedimientos antes citados), con el aval del citado banco, y se destinaron a pagar las cuotas que se adeudaban de la adquisición del mismo banco»²⁵.

Este aprovechamiento del banco se manifestó también en el otorgamiento de cuantiosos créditos a sus propias empresas. El abogado del Consejo de Defensa del Estado manifestó ante los tribunales que el Banco Osorno y La Unión tenía un capital y reservas de 652 millones de pesos a la fecha de su crisis, «y habían

23 «Hoy», 21-12-1977.

24 «Ercilla», 19-4-1978.

25 «El Mercurio», 6-4-1978.

derivado hacia las empresas del Grupo Fluxá-Yaconi la cantidad de 748 millones de pesos. Casi 100 millones más que todo el capital y las reservas del banco»²⁶. En el mismo juicio se señaló que las colocaciones del banco en favor de las empresas del grupo llegaron en diciembre de 1976 a un 86% de todos sus préstamos, «dejando un 14% para las colocaciones de los deudores ajenos al Grupo Fluxá».

La historia de Finregio, en dimensiones menores, es porcentualmente muy similar. Más del 90% de la colocaciones de esta financiera estaban en Comercial Citroen, de la cual, casualmente, el presidente de Finregio era uno de los accionistas principales. «De esta manera, como se constató en la revista "Qué Pasa", Eugenio Lagos (el presidente de Finregio) se prestaba plata a sí mismo, o, dicho de otra manera, con su financiera captaba dinero para su negocio de distribución de automóviles»²⁷.

El manejo del crédito por la oligarquía financiera, así como el carácter especulativo que éste tiene, coloca a los grandes grupos económicos que profitan del poder en contradicción objetiva con las restantes capas de usuarios de créditos, incluidos amplios sectores de la burguesía. La carga insostenible que implica el servicio de los préstamos es tan grande que se manifiesta brutalmente hasta en aquellos sectores que los reciben en condiciones más «favorables» que los dados en los términos generales. Lo demuestra la situación del sector agrícola, al cual se le han dado créditos con el «privilegio» de cobrarles, en términos reales, como aconteció en la temporada agrícola 1977-1978, tasas de interés del 16% anual. Los anticipos que les conceden algunas empresas molineras, cerveceras o IANSA han sido todavía peores. «Al término de la cosecha los campesinos —constata "Mensaje"—, debido a los altos intereses y a los bajos precios de los productos agrícolas, no alcanzan a devolver el crédito concedido como anticipo para siembras y otros rubros de explotación... y al no poder responder por sus deudas se les rematan entonces sus ganados y enseres»²⁸. Existe una contradicción objetiva muy fuerte entre la oligarquía financiera y los usuarios de los créditos. Los principales perjudicados son aquellos sectores más débiles económicamente, pero alcanza a muchas capas de la burguesía. La posibilidad de contratar créditos en el exterior, que ha creado la Junta y que estimula, queda abierta para los grupos económicos y las empresas más poderosas. El resto no cuenta con esa posibilidad a menos que lo haga a través de un banco pagando los altos porcentajes que éstos cobran en concepto de avales.

Algunas reflexiones finales

El país sufre una aguda dependencia de la banca privada internacional, particularmente de la de origen norteamericano. El análisis del sistema financiero revela, además, que él ha servido para que un

²⁶ «El Mercurio», 6-4-1978.

²⁷ «Qué Pasa», 23-12-1976.

²⁸ «Mensaje», mayo 1978.

número muy reducido de grupos económicos, que conforman la oligarquía financiera chilena, extiendan su control sobre el conjunto de la economía. Esta oligarquía financiera juega en el desenvolvimiento nacional, al igual que el capital imperialista, un papel marcadamente regresivo. Su actividad es fuertemente parasitaria y especulativa, aportando escasamente a incrementar las fuerzas productivas. Su control sobre el mercado financiero afecta al conjunto del país y a muy amplios sectores de la población.

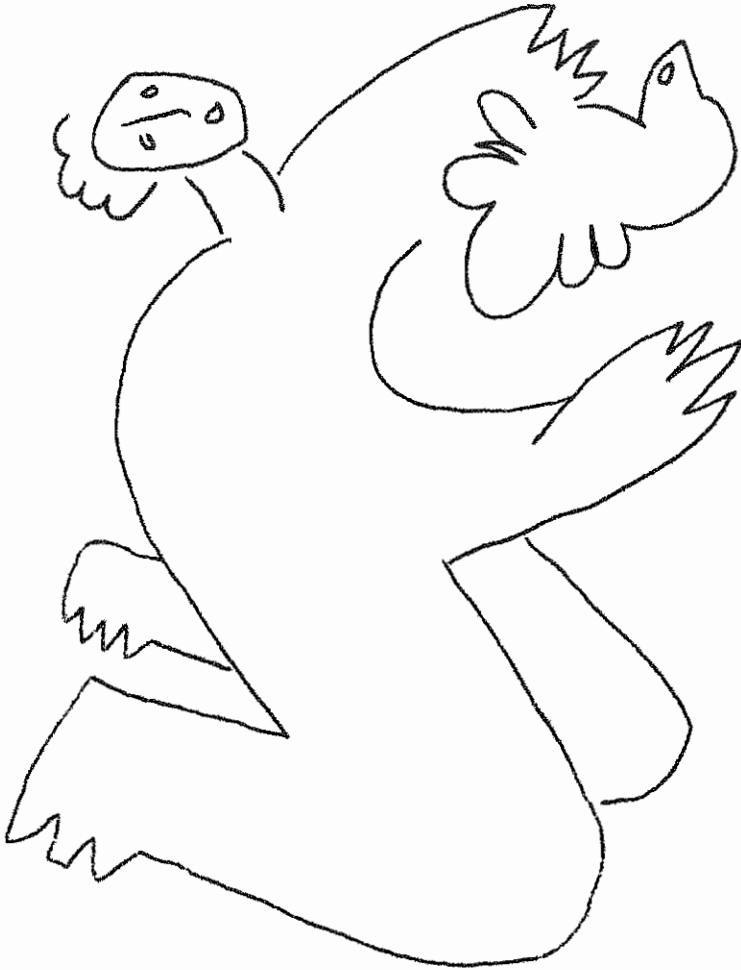
El dominio del capital imperialista, así como el de la oligarquía financiera interna, se apoya abiertamente en la acción del Estado fascista. En el país crecen las manifestaciones de capitalismo monopolista de Estado dependiente. Es este núcleo de poder que se ha configurado el que dirige la economía a través del régimen fascista.

Erradicar el fascismo implica necesariamente, por eso, terminar con el dominio que ejercen estos sectores. De otra manera, no resulta posible sacar al país de la aguda crisis de estructura en que se debate. Poner fin a la dependencia, en el plano financiero, por un gobierno democrático, exige desarrollar una política que no se base en un endeudamiento creciente y utilizar los recursos externos que se obtengan básicamente a estimular el proceso productivo. Exige, igualmente, restablecer el control pleno del Estado sobre el uso de los recursos en moneda extranjera con que el país cuente, reprogramar la deuda externa, estimular las exportaciones defeudiendo en especial el precio del cobre en los mercados internacionales, terminar con las importaciones suntuarias o no necesarias, establecer medidas de protección arancelarias adecuadas y diversificar el comercio exterior y el financiamiento externo.

Las palancas fundamentales del sistema bancario y crediticio en un gobierno democrático deben estar en manos del Estado. Se trata de recursos sociales que deben ser administrados de acuerdo a los intereses generales del país. Paso que debe materializarse, en primer término, a través de la nacionalización y estatización del sistema bancario; y que exige terminar con el reducido número de clanes económicos que controlan el país, entre los cuales destacan los que encabezan Javier Vial, Manuel Cruzat y Fernando Larraín, Eliodoro Matte y Agustín Edwards.

Transformaciones de fondo que hacen posible establecer una banca democrática, destinada a cumplir una triple función: *a*) contribuir a que los recursos monetarios varíen en correspondencia con la política económica que en el país se dé y con las exigencias provenientes de los procesos económicos, objetivos que se encuentren en desarrollo; *b*) poner el crédito al servicio de los objetivos económicos generales y de las mayorías nacionales, y *c*) controlar el buen uso de estos recursos que son un bien perteneciente al conjunto de la sociedad.

Avances que son posibles solamente poniendo fin previamente a la dictadura fascista, que se ha transformado en el principal estímulo al proceso de centralización financiera y de desnacionalización que vive actualmente Chile.





MOVIMIENTO SINDICAL CHILENO: ¿UNIDAD O DIVISION?

HECTOR TORO

Introducción

El origen de los grupos que componen actualmente el movimiento sindical chileno habría que encontrarlo en el objetivo político perseguido y en el comportamiento observado antes y después del golpe de estado por los dirigentes que hoy día lo encabezan.

Este comportamiento se define fundamentalmente en torno a los problemas de la unidad: la lucha por defenderla y las tentativas de quebrarla. Desde el 12 de febrero de 1953, fecha del Congreso constitutivo de la Central Unica de Trabajadores (CUT), son escasos los intentos de división del movimiento sindical.

Durante el gobierno de Alessandri (1958-1964), un grupo de dirigentes encabezado por Wenceslao Moreno, vicepresidente de la Organización Regional Interamericana de Trabajadores, ORIT, y presidente de la Confederación Marítima de Chile, COMACH¹, intentan, con el apoyo de esa organización regional y especialmente de los sindicatos norteamericanos, una operación de división de la CUT. La tentativa fracasa estrepitosamente.

Más serio es el intento que se produce durante el período de Eduardo Frei (1964-1970). Aunque los sectores sindicales social-cristianos (posteriormente demócrata-cristianos) habían jugado un pa-

¹ Wenceslao Moreno fue designado representante laboral de la Junta en la Embajada del régimen en Estados Unidos.

pel de gran importancia en el desarrollo de la CUT, intentan crear en este período un sindicalismo cristiano alternativo (ASICH, MUS, el Comando Nacional de Trabajadores, y más adelante el FUT)², y aunque, sin embargo, mantienen simultáneamente una orientación unitaria favorable a la CUT —la que en definitiva predomina— el hecho es que a nivel de gobierno el ministro William Thayer procura hacer aprobar un proyecto de ley destinado a legalizar el paralelismo sindical. El proyecto es rechazado con los votos de socialistas, comunistas, radicales y un amplio sector de la Democracia Cristiana.

En todo caso, la política de Thayer trae como secuela gérmenes de división en algunas organizaciones nacionales del transporte importantes, como portuarios y ferroviarios.

En los meses previos al golpe de Estado la unidad de los trabajadores chilenos se resintió profundamente. Un amplio frente de clases nucleado en torno a la burguesía monopólica exigía el término del Gobierno Popular. Dichas clases y sectores de clases habían sido atraídos mediante una gigantesca campaña ideológica en que los valores más caros del pueblo chileno aparecían como patrimonio del bloque antipopular. Formaba parte del atractivo de esta adhesión, la promesa de satisfacer sus reivindicaciones, recibidas por amplios sectores de la pequeña y mediana burguesía y de importantes sectores de trabajadores.

El movimiento sindical fue un campo privilegiado para el desarrollo de la batalla política que vivía el país. En todas las organizaciones sindicales hubo enfrentamientos políticos entre los trabajadores, y en la CUT, los dirigentes demócrata-cristianos, minoritarios como fuerza de oposición³ habían cesado, sin formalizar su retiro, de participar en las tareas de la organización.

La naturaleza de estos conflictos nos lleva a hacer una afirmación que tendrá importancia para las ideas que a continuación vamos a desarrollar: una parte considerable de los trabajadores, convencida por la dirección golpista que la solución de sus problemas pasaba por el derrocamiento del Gobierno democrático de Chile, apoyó este objetivo.

Con todo, no es posible afirmar que los trabajadores que siguieron a la DC y a la dirección golpista hayan tenido conciencia clara

² ASICH: Agrupación de Sindicalistas Cristianos de Chile; MUS: Movimiento Unitario Sindical; FUT: Freute Unitario Sindical.

³ En la elección por la base decidida por el 6.º Congreso CUT (diciembre 1971), realizada durante el mes de mayo de 1972, se presentaron trece listas, correspondientes a otras tantas tendencias políticas. El resultado fue el siguiente:

Lista del PC	— 173.068 votos	— 30,93 %
PS	— 148.140	» — 26,50 %
PDC	— 147.531	» — 26,36 %
MAPU	— 25.983	» — 4,64 %
PR	— 21.190	» — 3,91 %

La extrema izquierda obtuvo sólo un representante al Consejo Directivo Nacional. Los partidos de centro-derecha, PIR y Democracia Radical, no obtuvieron representación.

de que estaban pavimentando la entronización de un régimen fascista en Chile. Más correcto creemos que es afirmar que, como una reacción ante los errores cometidos por la izquierda, tomaron la decisión de impulsar la apertura de un breve paréntesis «autoritario» que pusiera término al «caos», atribuido por ellos a la UP, y recreara las condiciones para restablecer el régimen democrático, bajo su control, naturalmente.

Incluso con posterioridad al golpe de Estado, algunos de esos dirigentes sindicales continuaron ignorando el verdadero carácter del Gobierno que se había instalado en el poder. A comienzos del 74, por ejemplo, proponían la formación de una nueva central sindical nacional, y en junio del mismo año participaban en la Conferencia de la OIT en representación de la Junta y justificaban allí el golpe de Estado. El boicot acordado por los trabajadores del puerto de Liverpool contra el nuevo régimen era postergado justamente ante la intervención de un dirigente sindical DC⁴.

Todavía en 1974, los sectores dominantes en la dirección DC partían de la base de que el fracaso de la política de la Junta generaría a corto plazo un «vacío de dirección» que la DC podría llenar. Se podrían rectificar los errores de la Junta (provocar cambios en la política económica y restablecer el respeto de los Derechos Humanos) a cambio del apoyo de la DC y de una eventual incorporación al Gobierno.

La ilusión se rompe, sin embargo, finalmente. Los primeros signos claros de oposición de la DC aparecen ya a fines de 1974 y las conversaciones entre ese partido y la Junta se terminan en la segunda mitad de 1975⁵.

La acción de la Junta en el movimiento sindical

En general puede afirmarse que en un primer momento, y mientras el proyecto político de la dictadura no se encuentra bien defi-

⁴ Eduardo Ríos, actual Presidente de COMACH, intervino ante los trabajadores portuarios de Liverpool a fines de 1973 para impedir el boicot declarado por éstos contra la Junta. A comienzos de 1974 propuso públicamente la creación de una central nacional. En 1975, con ocasión del cumplimiento de los acuerdos de boicot del XXXI Congreso de la International Transport Federation (7-15 agosto 1974), viajó a Estocolmo para tratar de impedir las acciones contra el régimen.

Los dirigentes que representaron a la Junta en Ginebra ante la 59 Conferencia de la OIT en 1974 fueron: Eduardo Ríos Arias; Ernesto Vogel Rodríguez, Presidente de FIFCH; Federico Mujica Canales, Presidente de CEPCH; Pedro Briceño Molina, Sind. Industrial de los Trabajadores del Acero; Tucapel Jiménez Alfaro, Presidente de ANEF; Gustavo Díaz Fabres, Confederación Campesina «Libertad»; Guillermo Medina Gálvez, Presidente Zonal «El Teniente» de la CTC; Claudio Astudillo, Presidente de la Federación de Empleados Hoteleros.

⁵ Encarcelamiento del ex diputado Claudio Huepe: octubre 1974. Expulsión de Renán Fuentesalba: 27 noviembre 1974. Expulsión de Huepe: febrero 1975.

nido, el régimen pretende utilizar al movimiento sindical⁶, el cual, una vez «depurado» de sus elementos «marxistas» y «extremistas», es considerado proclive a la colaboración.

Sin embargo, eliminada la CUT y el SUTE⁷ y habiendo sido asesinados, encarcelados o neutralizados los principales dirigentes sindicales militantes de partidos de la UP, y dispuesta, en fin, la prohibición de los derechos y libertades sindicales, la Junta tropieza aún con un escollo de magnitud. La gran represión desatada, el terror, el soplónaje, la inseguridad suscitan el apoyo de un gran movimiento de solidaridad internacional, la ayuda abnegada de la Iglesia e incluso la defensa de un sector de los militares que se oponen a llevar más allá la represión⁸.

⁶ Nuestra opinión es que, a partir del golpe de Estado, no es posible hablar de movimiento sindical refiriéndolo a un movimiento de masas. Para nosotros, movimiento sindical se identifica con el conjunto de dirigentes sindicales que representan a los trabajadores chilenos durante el período iniciado el 11 de septiembre de 1973. Comprendemos, además, dentro de esta designación, a los representantes de las organizaciones que forman parte del movimiento sindical histórico chileno: trabajadores de la construcción, marítimos, empleados particulares, mineros, trabajadores textiles, del petróleo, metalúrgicos, trabajadores del azúcar, del cobre, bancarios, municipales, portuarios, ferroviarios, trabajadores agrícolas, principalmente.

Este carácter superestructural se ha ido, sin embargo, modificando paulatinamente a partir de la vinculación orgánica de los dirigentes de los grupos con bases de algunas provincias como Antofagasta, Santiago, Valparaíso y Concepción.

⁷ LA CUT fue puesta fuera de la ley por el Decreto-ley número 12 del 17 de septiembre de 1973. Pocos días después el SUTE corrió la misma suerte. El D. L. número 198 «institucionalizó» la prohibición de las actividades sindicales, restringiendo el derecho de reunión, prohibiendo las elecciones de dirigentes, las cotizaciones sindicales, el derecho de petición, de negociación colectiva y de huelga. Su artículo 4.º, transitorio dice lo siguiente: «Durante la vigencia del estado de guerra o estado de sitio que vive el país, los organismos sindicales sólo podrán efectuar reuniones de carácter informativo o relativo al manejo interno de la organización. Toda reunión deberá realizarse fuera de las horas de trabajo, respetando las disposiciones sobre toque de queda, y sobre su realización, lugar de reunión, temario, deberá informarse por escrito con dos días de anticipación a lo menos, a la Unidad de Carabineros más próxima al lugar de trabajo o a la sede social en su caso.»

El estado de sitio fue suspendido el 11 de marzo de 1978. En su reemplazo se implanta el estado de emergencia, de características similares.

⁸ Aunque el estado de guerra y el estado de sitio eliminaban toda posibilidad de efectuar alguna actividad sindical, la realidad, sin embargo, es que las organizaciones sindicales más importantes han seguido existiendo durante todo este período. Este fenómeno se explica por las contradicciones existentes en el seno de los golpistas (fascistas ortodoxos, fascistas de nuevo cuño, «nacionalistas», republicanos), que dan origen a proyectos políticos diversos en el interior de la propia burguesía monopólica. Mientras ésta, fuertemente asesorada por la CIA y por los cerebros de la «desestabilización» del gobierno constitucional, consideraba urgente la liquidación de los partidos obreros, de la CUT, sus dirigentes y toda organización democrática, otros sectores buscaron asegurar el control de los sindicatos y trataron de impedir que la represión se extendiera más allá de la UP.

Está también el hecho que, pese a la represión brutal, a la campaña ideológica de los fascistas, el movimiento sindical chileno, gracias a su tradición his-

Instalada en el poder, la Junta diseña una política laboral que tiene por objeto institucionalizar la situación represiva que ha impuesto al movimiento sindical. Tales iniciativas son: la Reforma al Código del Trabajo, el llamado «Estatuto Social de la Empresa», el «Estatuto de Capacitación Profesional» y la Reforma Previsional.

Confiada en un respaldo de las organizaciones sindicales «democráticas» que han quedado formalmente en pie, pero sin posibilidades de ejercer derecho sindical alguno, la Junta somete sus proyectos al conocimiento de los trabajadores, confiando en una caución. Esta situación obliga a los trabajadores a buscar una respuesta. Los dirigentes proceden a agruparse en función de su afinidad política y de la coincidencia que tienen respecto del tipo de Movimiento Sindical que conciben y de su perspectiva futura. Desde sus federaciones logran realizar una cierta consulta a sus bases. El resultado es que de una u otra manera, los proyectos son condenados por los trabajadores: desde declaraciones, cartas a las autoridades, hasta actos públicos muchas veces masivos. Según las propias declaraciones de la Junta, la iniciativa de reformar los Libros I y II del Código del Trabajo recibió más de 800 objeciones de parte de los sindicatos.

A esta altura, la Junta ha comenzado a aplicar una política económica que golpea duramente a los trabajadores⁹. Sus efectos son la pérdida drástica del poder de compra de los salarios; la cesantía; la pérdida de conquistas sociales en las áreas de la previsión, la salud, la capacitación. La participación es eliminada.

La aplicación de esta política y las iniciativas de la Junta en el plano laboral, obligan a las federaciones y sindicatos a comenzar a actuar públicamente. Para ello se programan seminarios, jornadas de estudio. Documentos públicos respecto a la realidad económica y social de los trabajadores afiliados comienzan a ser publicados por las organizaciones. Además, una amplia actividad cultural y deportiva comienza a ser desarrollada, con el apoyo de la Iglesia, en todos aquellos lugares en que una organización sindical de oposición está bien implantada.

Como el Partido Nacional y el movimiento de inspiración fascista «Patria y Libertad», principales partícipes directos en el putsch, carecían de toda influencia entre los trabajadores, los dirigentes del régimen se enfrentan a la carencia de apoyo social a su política. Procuran entonces poner en marcha diversos medios para dotarse a cualquier precio de apoyo entre los trabajadores organizados. La primera medida consiste en designar en cargos de alta responsabilidad sindical a dirigentes de trayectoria marcadamente anticomunista, como Gui-

tórica, sigue gozando de un gran prestigio, de un gran ascendiente. Sus líderes, a pesar de todo, son respetados, y sus opiniones son un parámetro que hay que tener en cuenta.

⁹ La llamada «política de shock» comenzó a aplicarse desde abril de 1975, bajo recomendación de los economistas Friedman y Harberger.

lermo Medina, del mineral El Teniente, y León Vilarín, presidente del Sindicato de Dueños de Camiones. Ambos aparecen directamente vinculados al financiamiento que los norteamericanos acotdaron a la huelga de los camioneros, la huelga de El Teniente y la campaña del diario «El Mercurio», según lo prueban las audiencias de la Comisión Church del Senado de los Estados Unidos.

A ellos se agregan otros dirigentes de extracción derechista, tales como Hernol Flores, impuesto como presidente de la APTCH y vicepresidente de ANEF; Carlos Ortega, presidente de la Federación Bancaria; Raúl Orrego, presidente de la Confederación Agrícola Provincias Agrarias Unidas; René Sotollicio, presidente de los Empleados Municipales, y otros dirigentes anticomunistas y antidemócrata-cristianos, colocados al frente de federaciones o sindicatos.

La Junta crea con todos ellos el «Frente de Unidad Laboral», que se constituye sobre la base de comprometer su incondicionalidad al Gobierno Militar.

Pero como este Frente no tiene verdadero peso sindical, la Junta procura incrementar su representatividad, creando ciertas formas de paralelismo sindical, mediante la sustitución ilegal de dirigentes. Esta etapa se inicia con el reemplazo ilegal de Guillermo Santana por Bernardino Castillo en la presidencia de la Confederación de Trabajadores del Cobre. Por otra parte, se crea una nueva COMACH dirigida por Martín Bustos, presidente de la Federación de Estibadores. Los intentos de creación de organizaciones paralelas en Ferrocarriles, la construcción, los gráficos, y otros organismos, fracasan, sin embargo.

El conjunto de todas estas iniciativas converge a comienzos de 1977 en la creación de la «Unión Nacional de Trabajadores de Chile», UNTRACH, que preside Bernardino Castillo y conforman catorce organizaciones, entre las cuales las más importantes son la Confederación del Cobre, los trabajadores del Acero, la Asociación Postal Telegráfica (APTCH) y la «Comachita» de Martín Bustos.

Las nuevas organizaciones sindicales

Como hemos dicho al principio, algunos dirigentes sindicales de inspiración demócrata-cristiana apoyaron inicialmente a la Junta Militar.

Al no restablecerse las libertades sindicales y prolongarse y endurecerse la política económica antipopular, comienzan a distanciarse del Gobierno, hasta dar a conocer públicamente en 1976, junto a otros dirigentes DC que nunca habían apoyado a la Junta (tales como Manuel Bustos, presidente del Sindicato Sumar y vicepresidente de FENATEX; Juan Manuel Sepúlveda, vicepresidente de FENSIMET, y Hernán Mery, presidente de la Asociación Nacional de Trabajadores de Obras Sanitarias, ANODOS, su oposición pública a la política económica y laboral del régimen, constituyéndose en un

grupo al cual dan el nombre de «Grupo de los Diez», nombre que corresponde al número de signatarios de sus primeros documentos¹⁰.

Las principales organizaciones vinculadas al grupo, fuera de las ya mencionadas son la Confederación Marítima de Chile, COMACH (Eduardo Ríos); la Federación Industrial Ferroviaria, FIFCH (Ernesto Vogel); la Asociación Nacional de Empleados Fiscales, ANEF (Tucapel Jiménez), la Confederación Triunfo Campesino (Enrique Mellado); el Comando de los Trabajadores del Petróleo (Antonio Mími-za); la Federación de Trabajadores del Banco del Estado (Andrés del Campo); el Sindicato Industrial de la Industria Azucarera Nacional (IANSA) (Pedro Cifuentes); la Federación del Plástico (Luis Alegría); el Sindicato Industrial FENSA-MADEMSA; y, en un comienzo, la Confederación de Trabajadores del Cobre. La Confederación de Empleados Particulares, CEPCH, también integra al principio el grupo, pero se aleja luego que su presidente, Federico Mujica, adopta una posición de apoyo general a la Junta, aunque de «crítica a su política económica».

En una primera etapa, el único nexo que parecen tener los componentes del grupo, al margen de su oposición a la política del régimen, en su definición ideológica demócrata-cristiana, con la única excepción de Tucapel Jiménez, radical de centro.

El «Grupo de los Diez» se fija, posteriormente, objetivos y políticas propias y desarrolla una política interna y una estructura orgánica.

Hay que señalar que con anterioridad a la formación del «Grupo de los diez», un núcleo de dirigentes sindicales que profesan diferentes credos y militan en diversos partidos, comienzan a actuar coordinadamente en estrecha vinculación con la Iglesia, que les procura protección y ayuda. Primero trabajan con el llamado «Comité de la Paz» y luego en el seno de la Fundación Cardijn.» Al disolverse esta fundación debido a la represión y asedio de la DINA, los dirigentes de esta estructura unitaria se reencuentran en la «Vicaría de la Pastoral Obrera». Como esfuerzo de coordinación, es más amplio y representativo que el intentado por el «Grupo de los Diez» y por los otros grupos que nacen después, y su acción permite en numerosas oportunidades reunir a lo más representativo del movimiento sindical en su lucha contra la política de la dictadura.

En cuanto a los dirigentes sindicales vinculados a los partidos de la Unidad Popular, ya sabemos cómo recayó sobre ellos, con toda su fuerza, la represión fascista. Muy pocos pudieron mantenerse a la cabeza de sus organizaciones y algunos, luego de períodos de encarcelamiento y torturas, se limitan durante un tiempo a luchar por su

¹⁰ El primer documento público emanado del «Grupo de los Diez» data del 26 de mayo de 1976. Lo suscribieron: Tucapel Jiménez, Manuel Bustos, Enrique Mellado, Ernesto Vogel, Pedro Cifuentes, Federico Mujica, Andrés del Campo, Antonio Mími-za, Guillermo Santana y Eduardo Ríos.

existencia y por la de sus organizaciones¹¹. Al darse a conocer, sin embargo, los proyectos laborales del Gobierno, hacen su aparición a través de una declaración pública suscrita por siete federaciones. De este modo, empiezan a ser ubicados como el «Grupo de los Siete». Las principales organizaciones vinculadas a él son la Federación Nacional Textil, FENATEX, la Confederación Campesina e Indígena Ranquil, la Confederación Unidad Obrero-Campesina, la Federación Nacional Minera, la Federación de la Madera y la Construcción, la Asociación Nacional de Pensionados de la ley 10.383 y la Federación Nacional de Sindicatos Metalúrgicos.

Hay aún otro grupo, el llamado Frente Unido de Trabajadores, FUT, que es una organización formada por dirigentes de tendencia democrata-cristiana, vinculado a la CLAT y a la Confederación Mundial del Trabajo. El nexo que une a estos dirigentes es su definición ideológico-política y su vinculación internacional¹².

Todos estos grupos han ido sufriendo una evolución a medida que aumenta la importancia de la lucha democrática. Sus objetivos políticos se han ido definiendo y se acrecienta su fuerza y su prestigio.

En general, desde su creación, las mayores coincidencias se han producido entre el «Grupo de los Diez» y el «Grupo de los Siete», los que, reunidos, representan no menos del 90 por 100 de los trabajadores organizados. (El FUT también ha prestado su concurso, especialmente en los últimos dos años.)

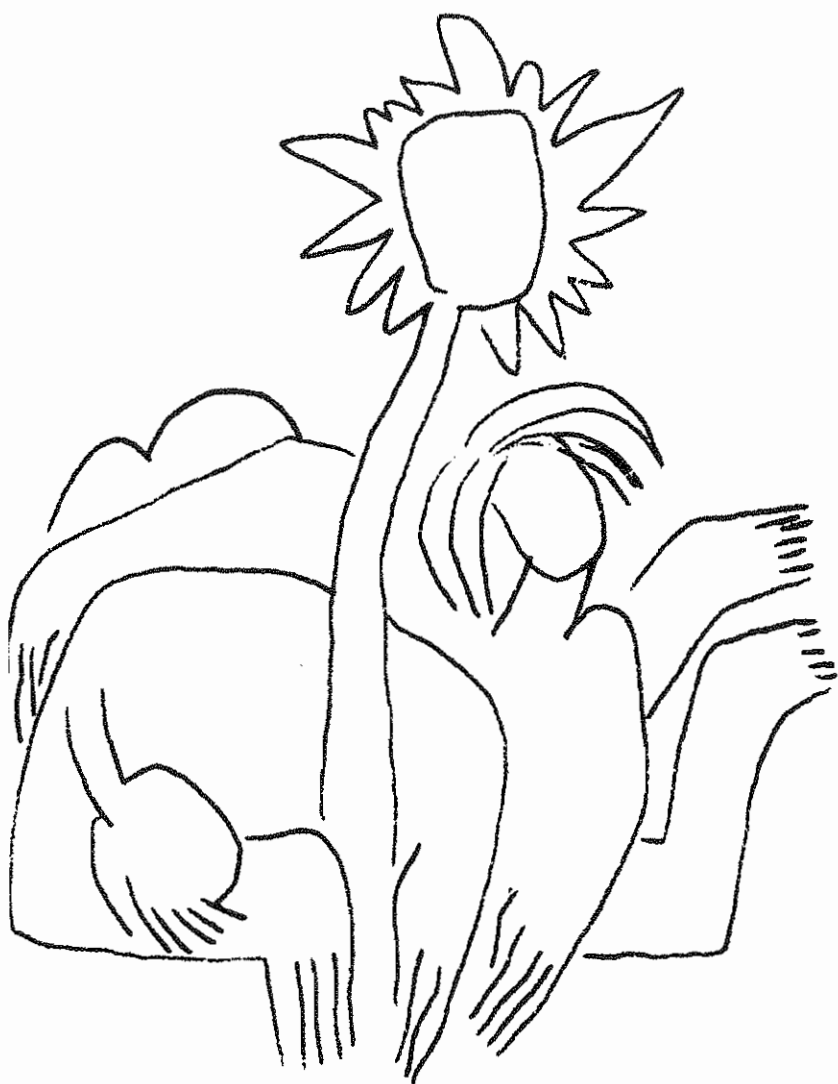
Ambos grupos han tenido, por separado, una amplia vinculación con la Iglesia Católica, y sus coincidencias se han producido en torno a la crítica, a la política del régimen y a la defensa de los derechos y libertades sindicales. Hasta 1977, sus coincidencias no siempre correspondían a una actitud concertada. Sin embargo, sus posiciones han coincidido en cuanto al rechazo de la legislación propuesta por la Junta, del proyecto de una nueva institucionalidad del régimen a partir del llamado Discurso de Chacarillas¹³, y al reclamo común del restablecimiento de los derechos y libertades sindicales.

Ambos grupos han realizado en conjunto las jornadas conmemorativas del 1.º de mayo de los últimos años. La de 1976, que fue la culminación de una gran jornada nacional de actividades culturales y deportivas; la del 77, realizada en la Catedral de Santiago, y la de

¹¹ Alamiro Guzmán y Héctor Cuevas, presidentes de la Federación Nacional Minera y de la Federación Industrial de la Madera y Materiales de Construcción, y Humberto Vergara, de la Confederación «Unidad Obrero-Campesina», fueron apresados mientras ejercían sus funciones sindicales, torturados y mantenidos en campos de concentración durante varios meses, hasta que, producto de la presión internacional, fueron liberados. Los tres retomaron sus responsabilidades sindicales.

¹² CLAT, Confederación Latinoamericana de Trabajadores: Organización Sindical de inspiración cristiana, con sede en Caracas, y afiliada en el plano internacional a la CMT, Confederación Mundial del Trabajo.

¹³ 9 de julio de 1977.



1978, celebrada en la plaza Pedro Aguirre Cerda, a pesar de la represión desatada por la Junta.

Las coincidencias se han producido fundamentalmente por exigencias de las bases, ya que la represión, la cesantía, los despidos arbitrarios, las quiebras de empresas, la falta de libertades y las dificultades económicas afectan a todos los trabajadores por igual, cualquiera sea su signo ideológico.

A partir de 1977 se advierte, especialmente en el «Grupo de los Diez», la tendencia a tratar de excluir definitivamente la posibilidad de formar parte de una estructura única en que también participen los trabajadores de definición marxista. Su vinculación con la AFL-CIO norteamericana se robustece, y con ello la tendencia de desestimar las proposiciones unitarias provenientes de miembros de su propio grupo y del «Grupo de los Siete», tendientes a adoptar una política de acciones comunes contra la Junta.

Al nacer la Coordinadora Nacional Sindical¹⁴, en momentos en que se desarrolla en el país un gran movimiento de protesta encabezado por los familiares de los detenidos-desaparecidos, el «Grupo de los Diez» expulsa a dos de sus miembros, acusándolos de haber traicionado los principios del grupo. Un tercero aparece cuestionado.

Las diferencias subsistentes no impiden que durante 1978 se produzcan coincidencias no sólo entre la Coordinadora Nacional y el «Grupo de los Diez», sino en el conjunto del espectro sindical chileno, incluyendo hasta a Guillermo Medina, para rechazar las principales iniciativas del régimen. Por primera vez desde el golpe de Estado, la totalidad del movimiento sindical, expresado en los dirigentes que tienen alguna representatividad de masas, condena las iniciativas que tienden a liquidar la organización y las principales conquistas de los trabajadores. De este modo, en 1978, los trabajadores chilenos se unen en la práctica en torno a los siguientes problemas:

- Rechazo al Plan Kelly.
- Rechazo a la Reforma del Código del Trabajo.
- Rechazo al proyecto de Reforma Previsional.
- Crítica a la política económica de la Junta.
- Preocupación por el problema de los desaparecidos.
- Respaldo a la «Huelga de las viandas», de Chuquicamata, El Salvador y Hnachiato.
- Rechazo a la política agraria.
- Rechazo de la ilegalización de siete federaciones nacionales y a la represión del movimiento sindical.
- Rechazo a la imposición de elecciones y limitación de los derechos de los dirigentes sindicales en ejercicio.

¹⁴ 9 de junio de 1978. Presidida por Manuel Bustos, presidente del Sindicato Textil SUMAR, militante del PDC.

- Rechazo a la privatización de Ferrocarriles, Empresa de Transportes Colectivos, Empresa Portuaria, SERMENA, EMPRESAMAR, etc.
- Declaración ante el boicot de la AFL-CIO.
- Crítica del Plan Laboral (principios de 1979).

La política económica del régimen

La política económica del régimen ha jugado, sin duda, el sol más determinante en la convergencia opositora unánime de los trabajadores chilenos. Ella parte de la premisa de que el mercado es el más eficiente asignador de recursos. El libre juego de las fuerzas en su interior debe determinar precios, consumos, cantidades, etc., que deberán satisfacer a productores y consumidores.

La realidad chilena demuestra que tal «libre juego» no existe. Los monopolios predominan en la producción de papel, textiles, detergentes, azúcar, línea blanca, etc. Ellos fijan unilateralmente el precio de sus productos. Los consumidores no tienen ni la fuerza ni la organización para contrarrestar dichas decisiones.

Entre trabajadores y empresarios la situación es similar. Los empresarios pueden organizarse y hacer presión sobre el Gobierno. La SOFONA, la SNA, la AMPICH¹⁵ y otras organizaciones exigen, por ejemplo, alza de precios, modificación de disposiciones legales, etcétera. Los trabajadores, en cambio, se encuentran atados de pies y manos y sus organizaciones debilitadas por la prohibición de los Derechos y Libertades Sindicales.

El Gobierno, obediente al modelo impuesto por la burguesía monopólica, asigna al Estado un rol distinto al que históricamente desempeñó. En lugar de intentar modificar las líneas que se dan en la economía tendiendo al bienestar social, todas sus intervenciones están dirigidas a garantizar el desarrollo «natural» de aquellas que derivan del modelo impuesto por los monopolios.

Es así como se explica que el Estado reduzca su aparato administrativo y abandone su papel de agente dinámico en la economía del país. Por eso puede permitirse efectuar despidos masivos en transportes, en el agro, privatizar sus empresas, reducir los efectivos de la Administración Pública.

El gasto en salud, en educación, en vivienda, se contrae, afectando justamente a los sectores de más bajos ingresos. La redistribución del ingreso es así cada vez más regresiva. Además, al no realizar inversiones productivas o de empleo intenso de mano de obra, las cuales tampoco se realizan por iniciativa privada, mantienen indefinidamente la alta tasa de cesantía.

¹⁵ SOFOFA: Sociedad de Fomento Fabril; SNA: Sociedad Nacional de Agricultura; AMPICH: Asociación de Medianos y Pequeños Industriales de Chile.

El régimen impone además al estado un rol «orientador» cuyo objetivo es transformar la economía chilena en una economía social de mercado. Pero todos aquellos que no concuerdan con el modelo son privados de todo recurso y condenados a cerrar. Este es el caso de numerosos empresarios no monopolistas.

Es en el cumplimiento de este rol que el régimen intenta aplastar a la organización de los trabajadores mediante la aplicación de una violenta represión en su contra.

La política laboral de la dictadura

Paralelamente a su política represiva, la Junta procura desarrollar una concepción del sindicalismo cuyo objetivo —según expresan sus mentores— no sea la lucha, sino la integración, que contribuya a eliminar los conflictos, a disimular las diferencias, a evitar los enfrentamientos entre trabajadores y empresarios. En una palabra, «integrar a todos los individuos y clases» sin que se produzcan conflictos antagónicos entre ellos.

La Junta promueve, a través de cursos de formación «Sindical», estos «valores». Pretende que el trabajo, la remuneración y la previsión se rijan por las leyes del mercado. Esto significa que los salarios se sometan a la ley de la oferta y la demanda; que los fondos de la previsión entren igualmente a competir en el mercado.

Naturalmente, quien controla el mercado es el sector empresarial. Otro objetivo del régimen es que las organizaciones sindicales adhieran incondicionalmente a sus objetivos económicos, sociales y políticos.

A objetivos distintos, organizaciones y herramientas de lucha distintas. Así, el régimen pretende convencer a los trabajadores de que la huelga es un arma «del pasado». De hecho impone su prohibición, pues considera que en las actuales condiciones, la huelga no tiene justificación.

La Negociación Colectiva, suspendida hasta hoy, debe buscar la integración entre capital y trabajo, y no caer en la tradicional pugna entre esos factores de la producción.

El Estatuto Social de la Empresa debe procurar la «convivencia tranquila y armoniosa de las partes» integrando al trabajador al papel que el régimen quiere que juegue en la empresa. Formalmente él participa, pero en la práctica sólo tiene acceso a algunos aspectos del funcionamiento de ésta y a una cierta capacitación. Pero nada puede decidir respecto de sus condiciones de trabajo ni menos sobre sus remuneraciones.

La Junta, además, ha dictado disposiciones mediante las cuales las conquistas de los trabajadores han experimentado un retroceso considerable:

- Aumento de la jornada de trabajo en cuatro horas (D. L. 35).
- Facultades para poner término a las labores de los trabajadores del Sector Público (D. L. núms. 6 y 22).
- Disposiciones relativas al quiebre de empresas ¹⁶.
- Comisiones Tripartitas cuya acción abarca a cerca de 200.000 trabajadores ¹⁷.
- Plan del Empleo Mínimo que ocupa a 150.000 trabajadores.
- Los reajustes trimestrales no cubren la erosión real del poder adquisitivo de los sueldos y salarios.

Presionado por el movimiento sindical internacional ¹⁸, el Gobierno ha prometido restablecer algunas libertades y derechos sindicales, de acuerdo a lo que ha denominado «Plan Laboral». Se trata de levantar de inmediato las restricciones al derecho de reunión y reglamentar los derechos de afiliación y cotización a los sindicatos, así como los de negociación colectiva y huelga. Respecto a esta última, el Gobierno ha anunciado que ésta es aceptable como recurso de última instancia, pero no «cuando dañe en forma seria al resto de la Comunidad» ¹⁹. Al igual que lo establece el proyecto de constitución preparado por la Comisión Ortúzar ²⁰, el Estado prohibirá toda huelga que afecte «a la salud o al abastecimiento de la población o a la economía del país o a la seguridad nacional».

La prohibición de realizar huelgas se extiende en forma expresa a los trabajadores del Estado y de las municipalidades. Y por sí

¹⁶ El objetivo del D. L. sobre Administración Provisional de Empresas es «regular su quiebra», manteniéndolas en funcionamiento durante dieciocho meses. Las consecuencias para los trabajadores: Pueden ser despedidos en cualquier momento sin necesidad de dar aviso al Ministerio de Economía. Se les pueden retener beneficios colectivos si el interventor los considera exagerados. Los beneficios les pueden ser cancelados en cuotas, en un lapso de un año.

¹⁷ Creadas por Bando número 36 del 18 de septiembre de 1973. El Gobierno juega el rol más importante. Puede dirimir votaciones entre empresarios y trabajadores. Si hay acuerdo entre los últimos y el Gobierno se opone, éste impone su veto. «Los empleadores están manifiestamente conformes, ya que la negociación se ha efectuado sin amenaza de huelga ni presiones políticas.» *El Mercurio*, 28-12-1977.

¹⁸ La ORIT, Organización Regional Interamericana de Trabajadores, afiliada a la CIOSL, Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, aprobó una resolución de boicot contra Chile.

La AFL-CIO norteamericana (American Federation of Labour + Congress of International Organizations) se unió al boicot. El 8 de enero, ante el anuncio del «Plan Laboral» por la Junra (Plan introducido por un nuevo gabinete), se suspendió el boicot. Al momento de entregar este artículo, el boicot ha sido repuesto, ante el rechazo por la CNS, el FUT y el Grupo de los Diez del «Plan Laboral», en la reunión de Toronto, Canadá, realizada el 1 y 2 de febrero de 1979 por la CIOSL.

¹⁹ Declaraciones del Ministro del Trabajo de la Junra, José Piñera, en entrevista concedida a «Ercilla», del 24 de enero de 1979.

²⁰ Comisión designada por la Junta para estudiar un anteproyecto de Reforma Constitucional. Está compuesta por: Juan de Dios Carmona, Gustavo Lorca, Raúl Berresen, Alicia Romo, Luz Bulnes, Jaime Guzmán, Sergio Diez, y presidida por Enrique Orriúzar Escobar, ex Ministro de Justicia durante el Gobierno de Jorge Alessandri.

algún conflicto laboral pudiera escapar a las prohibiciones, se otorga a los empresarios la facultad de aplicar el «lock-out» al conjunto de los trabajadores de una empresa como recurso frente a una negociación colectiva en que las partes no lleguen a acuerdo.

El Plan contempla, además, el propósito de atomizar la organización de los trabajadores. Para ello se establece una negociación colectiva a nivel de empresa y no de rama, debilitando con ello el rol de las federaciones. El resultado de la negociación sólo beneficiará a los militantes del sindicato negociador, con lo cual en la práctica el interlocutor sindical es escogido por el patrón consagrando el paralelismo sindical desde el sindicato de base.

Este Plan ha sido categóricamente rechazado por la Coordinadora Nacional Sindical y el FUTm, y luego de algunas vacilaciones, también por el CNOSD. La UNTRACH expulsó a dos de sus dirigentes por haber adoptado una posición crítica frente a la Junta (ambos pasaron en seguida a formar parte del CNOSD²¹), pero poco a poco, sin embargo, ha ido presentando también algunas inquietudes al Gobierno respecto al Plan.

La solidaridad internacional y la CUT Exterior

Hemos mencionado algunas acciones llevadas a cabo por el movimiento sindical internacional. Nos parece importante proporcionar algunos antecedentes adicionales.

Desde los inicios del fascismo en Chile, la profundidad y amplitud de la acción solidaria incluye activamente a los trabajadores y organizaciones sindicales en todo el mundo. Son los trabajadores, especialmente por su percepción más clara de lo que significa el fascismo y las vinculaciones de éste con las grandes empresas multinacionales que aseguran su subsistencia, quienes adoptan desde el primer momento una acción de solidaridad activa y decidida. Desde la primera hora, las tres centrales internaciones —la CMT, la CIOSL y la FSM— adoptan acuerdos de solidaridad con el movimiento sindical chileno, en los organismos de las Naciones Unidas, como

²¹ El CNOSD Consejo Nacional de Organizaciones Sindicales Democráticas— se conformó a iniciativa del sector mayoritario del Grupo de los Diez con claras connotaciones excluyentes en relación con los grupos sindicales de izquierda. El Consejo comprende a dos dirigentes de la UNTRACH, Hernol Flores Opazo, presidente de la Asociación Postal Telegráfica, y Germán Freire Grendy, presidente del Sindicato Nacional de Trabajadores de Buses Interprovinciales.

En los momentos, sin embargo, de entregar este artículo para su publicación llega la información de que el CNOSD ha sido postergado por decisión del Grupo de los Diez. «La nueva organización será creada cuando existan condiciones legales», declaró Antonio Mimiza. En el punto 2 de esta declaración se expresa que el grupo mantiene su denominación de Grupo de los Diez, «no con espíritu mezquino de excluir a nadie, pues manrenemos hoy y siempre la decisión de acoger a todas las organizaciones y dirigentes que compartan nuestros postulados humanistas y cristianos».

la OIT y otros, y en numerosas otras instancias internacionales y mundiales y concretan esos acuerdos en el llamado boicot.

Por su parte, la dirección política de la CUT puesta al margen de la ley, crea desde la clandestinidad una representación exterior que debe desarrollar y orientar la solidaridad internacional. Este organismo es el Comité Exterior de la CUT, constituido en junio de 1974.

Sobre la base de la plataforma y la acción de este Comité, el movimiento sindical internacional condena a la Junta y repudia a sus representantes en las LIX y LX Conferencias de la OIT en 1974 y 1975. Además, numerosas acciones de boicot, que causan graves problemas al comercio exterior y a la credibilidad de la Junta, son efectuadas en diferentes países del mundo. El CEXCUT se convierte en el interlocutor único del movimiento sindical internacional para la solidaridad con la lucha democrática de los trabajadores chilenos. Es, además, el único organismo que expresa en su dirección a los trabajadores de todas las tendencias políticas que se oponen a la dictadura²².

Su mérito fundamental es haber desarrollado un trabajo unitario con el conjunto del movimiento sindical internacional y haber buscado el apoyo de éste a toda acción de las organizaciones sindicales democráticas contra la dictadura independientemente del signo político de las organizaciones sindicales que las han desarrollado en Chile.

A partir de 1977, los grupos desde el interior han podido entablar un diálogo directo con los responsables del movimiento sindical internacional tanto dentro como fuera de Chile. Así, las acciones democráticas de los «Diez», de la CNS y del FUT han encontrado un amplio respaldo.

Sin embargo, el sector mayoritario del «Grupo de los Diez» ha intentado desconocer la representatividad del CEXCUT aduciendo no sentirse representado por él. Pero con la sola excepción de la AFL-CIO, el movimiento sindical internacional ha ratificado al Comité Exterior de la CUT como su interlocutor privilegiado para la solidaridad.

Este hecho guarda relación con la Unidad del Movimiento Sindical Chileno, ya que se ha demostrado imposible para los sectores divisionistas hacer aceptar a los trabajadores del mundo un discurso que comience con la justificación del golpe de Estado, o que intente reclamar la solidaridad haciendo abstracción del proceso de reales transformaciones que estaba en curso en Chile bajo el Gobierno de la Unidad Popular; que desconozca el heroico sacrificio de Salvador Allende o que omita la represión desatada por el fascismo contra la izquierda, y no dé cuenta de la forma como la bur-

²² Desde su fundación en 1953 la CUT ha conservado su autonomía internacional. Es fundadora y afiliada de CUPSTAL (Congreso Permanente de Unidad Sindical de los Trabajadores de América Latina), fundado en 1963.

guesía monopólica chilena con el apoyo de las multinacionales y del Gobierno norteamericano construyó el frente de masas que hizo posible el golpe y la entronización del fascismo en el poder.

No es posible, pues, explicar la Historia de Chile interrumpiéndola a fines del Gobierno de Frei para retomarla en los momentos en que la DC adopta definitivamente una actitud opositora a la Junta.

No es posible exigir en consecuencia, del movimiento sindical internacional, ni del movimiento sindical no afiliado, la exclusión de los trabajadores de ideología marxista o marxista-leninista del apoyo solidario.

La acción de los sectores divisionistas en el movimiento sindical no ha dejado, sin embargo, de crear tropiezos para la acción unitaria y de perturbar a algunos sectores del movimiento de solidaridad internacional. Afortunadamente, hasta el momento los esfuerzos por parcelar el movimiento de solidaridad han resultado infructuosos.

Algunas consideraciones políticas

Todas las corrientes de pensamiento que han estado presentes en el movimiento obrero internacional a lo largo de su historia han tenido y tienen presencia en las organizaciones de los trabajadores chilenos: el anarquismo, el trotskismo, el marxismo-leninismo, el socialcristiano, el socialdemocratismo. Esto se expresa en términos de representación política, y a veintiséis años de su fundación siguen presentes en la CUT las tendencias políticas que aparecían ya entonces en ella.

La CUT fue el organismo precursor del frente político que posteriormente conformaría la UP, y a través de sus Congresos fue conformando una plataforma de lucha que exigía transformaciones revolucionarias en lo político, social y económico para el país que constituyeron parte sustancial del programa de Gobierno de la Unidad Popular.

En relación a la práctica de la organización sindical en este período, el movimiento sindical de hoy desarrolla importantes críticas. La persistencia en dicho período de prácticas sectarias en el movimiento sindical contribuye aún hoy a dar pretexto a los sectores divisionistas para proseguir sus intentos.

Pero además se advierte de declaraciones unitarias de los grupos sindicales más representativos el agotamiento de un cierto tipo de relación practicado en Chile entre el sindicato y el partido. La existencia, por un lado, del reconocimiento formal de la autonomía sindical frente a los partidos y al Gobierno, y, por otro lado, la identificación total en la práctica en contenido y forma con la política de esos partidos.

En el caso de la CUT, es evidente que su identificación total con la política de la Unidad Popular no correspondía a su realidad, ya

que en su seno había corrientes y tendencias importantes diametralmente opuestas a la UP. Este hecho afectó de manera cierta su capacidad para defender los intereses de los trabajadores.

No se trata de predicar el apoliticismo que plantean hoy algunos sectores del movimiento sindical. Este es, ni más ni menos, el objetivo que busca la Junta y, en definitiva, todo régimen reaccionario que quiero impedir que los trabajadores conecten sus problemas a la cuestión del poder político.

Tampoco se trata de convertir al sindicato en el departamento sindical de un partido. Sobre todo porque en el hecho existen diversos partidos y lo más probable es que menospreciando por completo el carácter de masas del movimiento sindical éste se atomice en tantos departamentos sindicales como partidos haya.

La organización sindical no es independiente de los partidos. Pero tampoco es la suma de ellos.

A pesar de la veracidad que contienen estas críticas, un sector importante de dirigentes demócrata-cristianos que condenaron el golpe de Estado, han venido compartiendo desde los primeros momentos de la resistencia sindical democrática las mismas denuncias de la política de la Junta, las mismas formas de acción y la misma organización coordinadora que los sectores más radicalizados y conscientes del movimiento sindical chileno.

Ellos han ido procesando e incorporando a su análisis los nuevos datos de la realidad que afloran de la derrota estratégica sufrida por la clase obrera chilena y de la experiencia de más de cinco años de dictadura fascista. Han ido así diseñando los contornos de un verdadero programa del movimiento sindical unitario para la alternativa democrática que reemplazará al fascismo.

La dificultad principal para la unidad del movimiento sindical estriba en la posición de los adherentes al proyecto centrista de la burguesía democrática. Estos sectores desahucian la posibilidad de participar en la misma organización que los trabajadores de tendencia marxista. La razón principal aducida es el distinto proyecto de sociedad concebido por éstos, y en consecuencia el diferente rol de los sindicatos en una y otra. Atribuyen a los trabajadores influidos por los partidos obreros chilenos la intención de querer construir en Chile una sociedad carente de pluralismo ideológico, en que el Estado se confundiría con el partido, del cual «el movimiento sindical no sería sino la prolongación»²³.

Esta contradicción en el interior de la Democracia Cristiana tiene que ver con las características de clase de esa organización, con su origen histórico, con el papel político que le ha tocado desempeñar en Chile en los últimos decenios. Problemas que no queremos desarrollar aquí, porque reclaman un análisis particular.

La contradicción existe y ella genera una lucha que no está de-

²³ Eduardo Ríos, entrevista concedida a revista «Hoy», del 31 de enero al 6 de febrero de 1979.

finida. Las fuerzas que intentan recorrer el «camino propio», que aspiran a encabezar el proyecto de la burguesía democrática y a desarrollar una línea reformista burguesa alternativa al movimiento obrero chileno, mantienen su predominio en el Partido Demócrata-cristiano. Estos sectores están convencidos de que a partir de una firme oposición democrática a la Junta pueden imponer su hegemonía en los diferentes frentes del movimiento democrático y alinearlos tras su proyecto. Pero no puede desconocerse que las posiciones democráticas y populares han alcanzado en su seno un gran desarrollo y continúan luchando por llevar su franca y abierta oposición al fascismo a una alianza con la clase obrera y la UP y a incorporarse claramente al movimiento popular.

A comienzos de 1979 —insistimos— esta lucha no se encuentra definida. En el movimiento sindical, el sector mayoritario del «Grupo de los Diez» ha hecho un nuevo intento para conformar una organización sindical excluyente. Con la incorporación de algunos dirigentes de la UNTRACH, ha anunciado la formación del Consejo Nacional de Organizaciones Sindicales Democráticas, CNOSD.

No puede considerarse, sin embargo, que se trate de la división definitiva del movimiento sindical. Numerosos factores juegan poderosamente en favor de la unidad. Ya hemos visto las numerosas coincidencias que en 1978 han hecho converger la acción del conjunto de las organizaciones sindicales. Está también el problema de la tradición del movimiento obrero, que es una tradición de lucha y unidad, y que tiene, además, la característica de mostrar la vinculación entre movimiento sindical y democracia. Esta tradición opera de modo que, incluso aquellos que vieron con simpatía el término del Gobierno Popular, repudian hoy la brutalidad y la magnitud de la represión. Todo lo cual opera en favor de la unidad. Bajo el fascismo, en efecto, los trabajadores han visto al desnudo la rapacidad y la inhumanidad del capitalismo, y la tradición unitaria tiende a ser más y más apreciada.

El fascismo ha alejado más que ningún otro régimen en el pasado a la clase obrera de las decisiones que la conciernen.

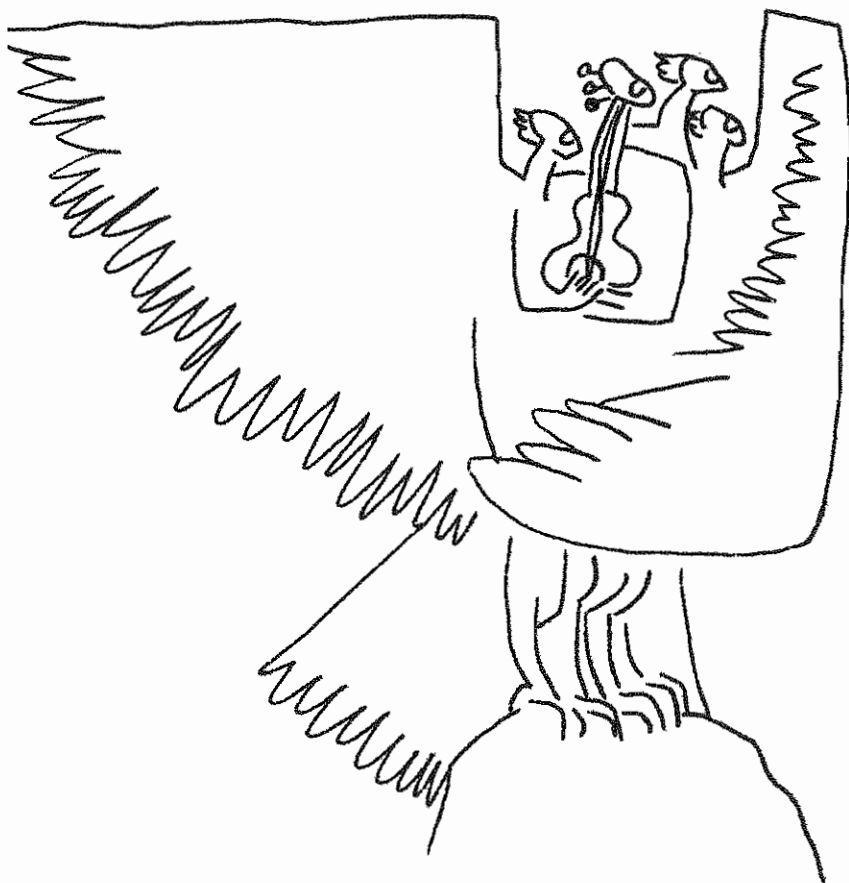
El régimen fascista sigue avanzando hacia su institucionalización. Se sigue dotando de todos los mecanismos que garanticen la permanencia de su modelo económico y social. El plebiscito sobre el proyecto integrista de Constitución, por ejemplo, es un hito de la vasta ofensiva librada en todos los frentes para consagrar el régimen autoritario.

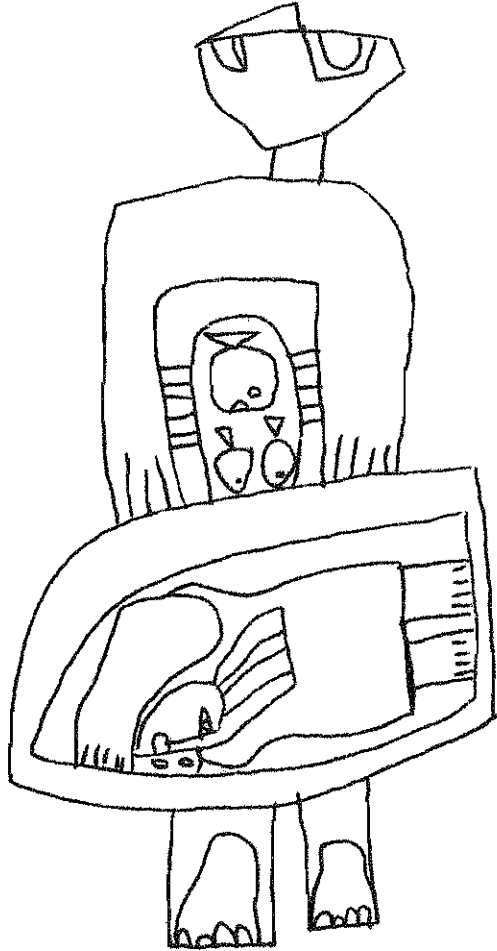
Los proyectos democráticos que se encuentran en desarrollo suponen la alianza de un vasto conjunto de fuerzas sociales dispuestas a derribar la dictadura y restablecer la libertad y la democracia. Pero no coinciden en el papel que le asignan a la clase obrera.

Por esta razón, el movimiento sindical está llamado a jugar un rol superior en la construcción de una alternativa democrática. Ha sido capaz de asegurar, aun en los momentos más difíciles del terror y la represión fascistas, el funcionamiento de sus estructuras.

Cuenta, por su tradición e historia, con una credibilidad susceptible de abarcar a masas más amplias que las que pueda influir por separado cualquiera otra organización democrática. Es el frente en que se dan las mejores condiciones para producir el germen del consenso nacional antifascista capaz de proyectarse a todos los sectores democráticos del país.

De ahí el carácter de cuestión clave que adquiere hoy para los trabajadores y para Chile la dramática alternativa: Unidad o división.





LOS MUERTOS NO CALLAN*

ISABEL LETELIER

El 30 de agosto de 1973 hubo un nuevo cambio de gabinete.

En esa ocasión mi esposo Orlando Letelier juró como ministro de Defensa y el general Augusto Pinochet fue nombrado Comandante en Jefe del Ejército.

El día antes del golpe, Orlando fue a trabajar con el Presidente a Tomás Moro. Estuvo allí hasta altas horas de la mañana, trabajando con otras personas de la confianza del Presidente, redactando un documento. Cuando llegó a la casa eran pasadas las dos. Yo desperté y le pregunté: «¿Qué pasa?», y él me dijo: «El Presidente llamará mañana a un plebiscito; hemos redactado un documento muy bueno.»

Como a las seis de la mañana recibimos una llamada del Presidente, quien le comunicó a Orlando que había movimientos de tropas en Valparaíso, que, por favor, averiguara qué sucedía y que llamara a los tres comandantes en jefe, al general Leigh, al general Pinochet y al almirante Montero. Tratamos infructuosamente de llamar con los dos teléfonos que había en la casa, pero ninguno de los teléfonos contestó. Ahora sabemos que el teléfono del almirante Montero estaba cortado y su casa intervenida militarmente. Luego volvió a hablar con el Presidente, quien le dijo que se iba a La Moneda. Orlando le dijo: «Presidente, yo también voy a La Mo-

* Texto extraído de la banda sonora del filme del mismo nombre, de los cineastas alemanes (RDA) Heynovsky y Scheumann.

neda.» Y el Presidente le dijo: «No, Orlando, yo prefiero que mi ministro de Defensa vaya al Ministerio de Defensa.»

Alrededor de las siete de la mañana llegó el chófer del Ministerio de Defensa a buscar a Orlando. A Orlando le sorprendió que el chófer llegara solo, no con el acompañante que generalmente tenía. Le preguntó al chófer: «¿Y dónde está su compañero?» El chófer dijo: «Ministro, discúlpelo, es que tenía problemas familiares, su esposa estaba por dar a luz hoy día.» Alcanzó a dar unos pasos en el hall, cuando de pronto sintió un culatazo en la espalda, se dio la vuelta y vio que era su guardaespaldas, el que no llegó acompañando al chófer ese día. Ese fue el primer contacto de Orlando con la traición.

Alrededor de las ocho y veinte lo sacaron del Ministerio de Defensa con un grupo de hombres armados. Eran más o menos doce hombres con metralletas y en gran estado de excitación y de conmoción y lo llevaron al regimiento Tacna. Estuvo ahí largas horas, incomunicado.

En la noche, como a las dos de la mañana, pudo ver que había unas descargas que se oían dentro del regimiento Tacna, y al mirar por las rendijas vio que cada siete minutos más o menos venía un pelotón arrastrando a alguien, luego se oía una descarga. Luego arrastaban un cuerpo por el patio, la luz era muy mala, veía con mucha dificultad, así que no distinguía los rostros de las personas que estaban siendo fusiladas. El presencié el fusilamiento de más o menos veinte personas, hasta que de pronto una voz dijo: «Ahora le toca al ministro.» Irrumpieron en su cuarto, lo sacaron a empujones seis personas y lo hicieron bajar la escalera que conducía al patio interior. Orlando vio que una de las personas llevaba una toalla, que servía de venda para los ojos.

Estaban ya casi llegando al patio interior donde hacían los fusilamientos, cuando una voz dijo: «¡Alto!» Empezó una discusión entre alguien a quien le decían mi teniente y otra voz que evidentemente tenía más rango, la discusión se prolongó varios minutos, que a Orlando le parecieron interminables, hasta que finalmente, como él lo contó muchas veces después: «Ganó la verticalidad del mando y el oficial de más alto rango decidió que el prisionero tenía que volver a su cuarto.» Orlando dijo muchas veces también que posiblemente este oficial de mayor rango no sabía lo que estaba pasando; solamente quiso hacer valer su autoridad.

El personal que el Ministerio de Defensa asignaba al ministro de Defensa estaba en nuestra casa. Había un cocinero, un mayordomo y un chófer asignado a mí. Al empezar a oír los bandos militares, les dije: «Retírense de mi casa.» Pero ellos dijeron: «No, señora.» Les pedí repetidas veces a los miembros del personal que se retiraran de mi casa. Rehusaron hacerlo y dijeron que tenían órdenes superiores de permanecer en mi casa. Me imagino que con el propósito de vigilarnos. Y así sucedió que mientras en las calles mataban, asesinaban, saqueaban a nuestro pueblo y La Mo-

neda era bombardeada y nuestro Presidente, elegido democráticamente, era asesinado, dentro de mi casa, un cocinero de la Marina cocinaba mermelada de naranja y un mayordomo limpiaba la casa y la dejaba immaculada.

Letelier en Dawson

Conseguí viajar rápidamente a Punta Arenas y ahí traté por todos los medios de visitarlo. Estando en la plaza, sin conocer a nadie en Punta Arenas, se me acercó alguien y tocándome el hombro me dijo: «Compañera, estamos con usted.» Seguí caminando y se me acercaron dos personas y me dijeron: «Compañera, la felicitamos por su valentía.» Yo no sabía qué es lo que pasaba; seguía caminando, camino a la Intendencia, y se me acercaron una y otra y otra persona, que me decían: «Estamos de solidaridad con usted, compañera; la felicitamos por su valentía; adelante, compañera.» Solamente después me di cuenta que ese día llevaba colgada al cuello una piedra y la cargaba muy notoriamente.

En la isla Dawson —y sólo allí— se pueden encontrar piedras muy particulares de color verdegris. Todo el que estuvo allí tuvo una de ellas en sus manos y puede describirla. Los presos han grabado en esas piedras nombres, símbolos y números, y sus mujeres las hicieron engastar como piedras preciosas; portarlas en el Chile de la Junta Militar era una protesta política.

Esta piedra tiene un valor muy especial para mí: es una historia personal. Orlando muchas veces me decía que yo era demasiado independiente o por lo menos eso le parecía a él y me llamaba gaviota y me decía: «Ya se va volando la gaviota.» Entonces él me talló en esta piedra una gaviota y al otro lado escribió: «Isabel, *seagull*», que quiere decir gaviota en inglés y lo escribió en forma de gaviota. Esta piedra tan hermosa, la Junta que ve enemigos en todas partes, la encontró amenazadora y en varias partes del país estas piedras, que fueron talladas por nuestros maridos cuando estaban en campos de concentración, fueron prohibidas. Aquí en el otro lado, hay un número: S. 26, ese era el número de mi esposo, Orlando Letelier. Era solamente un número. Era otra manera de anular su personalidad y su imagen.

En cuanto a la campaña por liberar prisioneros, la campaña por Orlando culminó con la gestión del gobernador de Caracas, señor Diego Arrias, quien viajó en un viaje muy rápido, en una gestión relámpago, que duró dos días. Se entrevistó con el general Pinochet y consiguió inmediatamente la liberación de Orlando, viajando al día siguiente a Venezuela con él.

En el exterior, la resistencia chilena antifascista decidió que el mejor lugar de lucha para Orlando Letelier era Estados Unidos. Tomaron esta decisión, dado el gran conocimiento que Orlando

tenía del país por haber vivido diez años como funcionario internacional y tres años como diplomático.

El asesinato

Esa mañana alrededor de las nueve y media sonó el teléfono. La secretaria de Orlando me llamaba diciéndome: «Vente inmediatamente al hospital de George Washington, porque Orlando tuvo un accidente.» No alcanzamos a decir nada más en el teléfono, pero tuve una sensación de lo fatal.

Al llegar al hospital vi ambulancias, muchos autos de la policía, un canal de televisión, periodistas y mucha, mucha gente. Y también traté de decirme a mí misma: no, debe haber habido un accidente, debe ser para otra persona todo esto. Pero al entrar al hospital estaban los colegas de Orlando, quienes me miraron y no me dijeron nada. Finalmente entramos a un cuarto y se me acercó Susan Bernard, una colega de Orlando, y en su cara lo vi todo.

Me abrazó llorando. Y una sensación de vacío horrible me envolvió y dije: «Está muerto.»

Michael Moffitt, el marido de la muchacha que murió en ese accidente horrible, se me abrazó diciendo: «Mataron a Ronnie también, mataron a Ronnie también.» En inglés decía: «They got my baby, they got my baby.» Inmediatamente pedí ver a Orlando y alguien mencionó: «Bomba, fue una bomba.» Vino un agente del FBI y me llevó a un cuarto, cerró la puerta, me sentó y me dijo: «Señora, esto no fue un accidente; pusieron una bomba en el auto de su esposo. Su cuerpo ha quedado completamente destrozado. Usted no puede verlo.» Pero yo insistí: «No importa, yo necesito la autorización de verlo.» Hablé con todos los médicos en los pasillos, hablé con las enfermeras. Era imposible. La negativa era constante. Finalmente, una amiga, un médico, la señora Ann Barnett, entendió lo que yo estaba diciendo; yo le dije: «Ann, yo necesito despedirme de mi compañero de veinte años. Aunque lo que haya quedado de él sea una mano, yo necesito tomar esa mano para seguir viviendo, necesito ver lo que sucedió para aceptarlo.»

Solamente quería verlo, verlo.

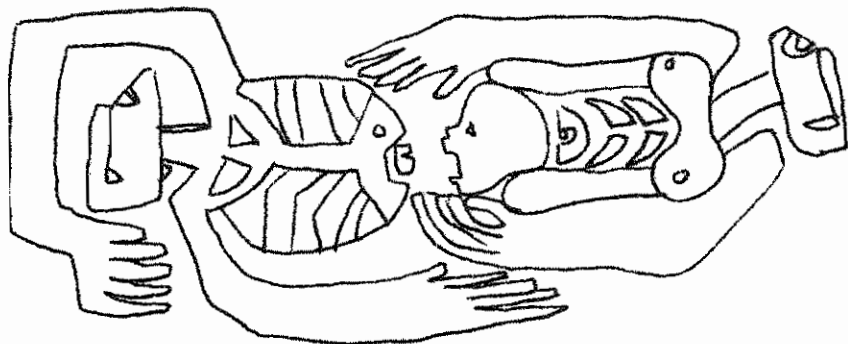
Finalmente me hicieron pasar al cuarto. Vi el rostro de Orlando; su cuerpo informe estaba tapado con una sábana. La indignación, el horror eran demasiados, pero lo besé en la frente.

Y vi sus ojos y me quedé mirando sus ojos. Así nos matan, Orlando, le dije; te han despedazado; canallas, asesinos. Y sus ojos reflejaban asombro, estaba con los ojos abiertos y había asombro y dolor en su mirada. Antes de entrar al cuarto, yo le había preguntado a Michael Moffitt si Orlando murió instantáneamente. Y él me dijo: «No, Isabel, yo traté de sacarlo del auto; él estaba consciente.» Yo trataba de imaginar el cuerpo de Orlando sin piernas, mirando, viendo lo que había pasado. Y sus ojos y su rostro, al

mirarlo, me decían: Al final lo hicieron, lo habían amenazado tantas veces; al final lo hicieron.

Ese rostro nunca lo olvidaré. Es el rostro de todos nuestros compañeros asesinados por la Junta fascista.

Después del asesinato me han llegado muchísimos mensajes desde Chile, muchísimos mensajes no solamente de nuestros compañeros que comparten nuestra indignación y dolor, sino también de muchos miembros activos de las fuerzas armadas que de alguna u otra manera me han hecho conocer su pensamiento, diciendo que repudian este asesinato y diciendo, insinuando que saben muy bien quién mató a Orlando. Si Pinochet supiera los nombres de estas personas, no podría dormir tranquilo.





BORGES, LA CLARA ESPADA Y LA FURTIVA DINAMITA

MIGUEL ROTAS-MIX

¡Paradoja de paradojas!: en materia cultural, las dictaduras latino-americanas se declaran «libertarias»... Libertarias... Curioso término éste en boca de los autócratas, homólogo de ácrata y próximo del lenguaje anarquista y que en lo político quiere decir partidario de una libertad absoluta y de la no existencia de gobiernos y leyes. En todo caso, declarándose «libertarios» los dictadores piensan que no necesitan sacar una prueba en positivo de la institución cultura; que les basta con blufear, alardeando con que tienen la «placa» y enseñan la imagen-cultura a su modo: como los vendedores de fotos pornográficas: en la esquina penumbriente de un callejón, abriendo furtivamente las hojas del abrigo. Muestran la cultura en la forma que quieren que sea vista, pero sobre todo, en la forma que funcione: como cultura o ideología dominante. Ninistamente, en cambio, sí la determinan: ni debe ser cultura comprometida, ni debe ser pintura de protesta, ni debe ser literatura política... Ni lo uno ni lo otro. Lo más corriente es que den ejemplos de quiénes a su juicio representan esta «cultura libertaria». Jorge Luis Borges y Solzhenitsyn encabezan la lista de sus autores favoritos. Del ruso hablaré en otra ocasión *. Veamos ahora a Borges.



, el autor de *Ficciones*, se ha convertido en estos últimos años en el paradigma del intelectual totalitario. Parece ser

* Este texto forma parte de un libro de próxima aparición: *El Dios del dictador*.

él quien mejor encarna los valores cristo-occidentales: «Conocedor eximio de las literaturas clásicas, de las germanas-nórdicas, de la francesa y la inglesa, y de las obras fundamentales de la cultura occidental... En medio de la actual maraña de literaturas supuestamente comprometidas, que en el fondo no son sino imitaciones o instrumentos de las posiciones marxistas, Borges ha constituido un testimonio tenaz e insobornable de adhesión a los principios que inspiran al Occidente y en los cuales se basa la concepción de la dignidad y el valor supremo de la persona humana y de la inconciliabilidad con el materialismo histórico...»¹. Y las declaraciones de simpatía vuelan de parte a parte. Todos los autarcas lo colman de honores, lo aplauden y, cuando pueden, lo condecoran. De Pinochet ha recibido cúmulo de distinciones. La más alta condecoración militar del país: la Orden de Bernardo O'Higgins, un doctorado *honoris causa*...

El 18 de septiembre de 1976, el general Toro, rector delegado de la Universidad, otorgaba, en nombre del Jefe del Estado, Presidente de la Junta Militar y Generalísimo de las Fuerzas de Tierra, general Augusto Pinochet, el título de doctor *honoris causa* a Jorge Luis Borges. El discurso de recepción estuvo a cargo del decano delegado (delegado del general Toro, a su vez delegado del señor Presidente) de la Facultad de Filosofía. Destacó la alocución que



los méritos del escritor, de , residían en haber «permanecido siempre en la tarea de rescatar el espíritu de la vorágine de irracionalidad y degradación contemporáneas», en que él constituía, junto a otros «hombres superiores, una esperanza de salvación frente a una civilización que agoniza y languidece», y en que su obra ayudaba a combatir con más brío «contra lo feo, lo grotesco, la náusea, el odio, la violencia, el mal gusto, la crueldad, el egoísmo...»². Se presentaba, en síntesis, al argentino en caballero de la pluma encargado de defender los colores de la civilización occidental. El mismo Borges, a la ocasión de una clase dictada en el colegio libre de estudios superiores y que se conoce en versión taquigráfica con el título de «El escritor argentino y la tradición», preguntándose: «Cuál es la tradición argentina?», respondía con palabras propias: «Creo que podemos contestar fácilmente que no hay problema en esta pregunta. Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental y creo también que tenemos derecho a esta tradición, mayor que el que pueden tener los habitantes de una u otra nación occidental.» Porque, en su sentir, «los argentinos, los sudamericanos en

¹ «Distinción a Borges», *El Mercurio*, Santiago de Chile, 18-9-1976.

² *El Mercurio*, 26-9-1976.

general, estamos en una situación análoga; podemos manejar todos los temas europeos, manejarlos sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas».

Reúne el autor todos los requisitos deseados por los caudillos castrenses para definir la cultura y al hombre culto. Se presenta como apolítico, terciando sobre sus opiniones: la *Tarnkappe* de Sigfrido para hacerlas invisibles. El escritor puro, en valedor de *l'art pour l'art*, se yergue para defender los principios superiores de Occidente y se ofrece a guisa de pilar «de una concepción de la persona humana irreconciliable con el marxismo». Representa la continuidad con el pasado, la fuerza vital de la cultura dominante. Y, lo que más les interesa, los apoya descaradamente.

En realidad, Borges es una verdadera figura retórica del discurso oligarca. Mientras se niega el valor de García Márquez, de Cortázar, de Alejo Carpentier y se trata de soslayar a Neruda por comprometidos, se exalta al argentino por «irresponsable». A García Márquez no pueden perdonarle los partidarios de la Junta militar chilena el haber declarado que no volvería a escribir mientras no cayera Pinochet; a Cortázar lo odian por haber editado un *Chili, dossier noir*; y bien que hipócritamente quieren hacer creer que respetan a Neruda, se dedican a publicar de éste todo aquello que pueda disminuir su imagen: cartas infidentes de su vida privada, etc. Sorprendente resulta constatar (aunque en realidad, pensándolo una segunda vez, de sorprendente no tiene nada) que forma parte de esta lucha el intento de reescribir la historia literaria del país, aupando la figura de Gabriela Mistral; no con verdadero amor, sino buscando crear una sombra bajo la cual puedan oscurecer el genio de Neruda.

Borges, en cambio, es un valor. Y es un valor —repiten— porque defiende una continuidad de la vida espiritual. Lo que en el revés de la trama quiere decir que mantiene la continuidad de la ideología dominante. «Hombre de pensamiento modernísimo, a la vez que tradicional, ha sabido poner en evidencia que en la evolución cultural no hay ni tiene que haber fisuras, negaciones del auténtico pasado y quebrantos de la vida espiritual. Nunca se plegó servilmente a las modas políticas extremistas y reafirmó siempre el papel del intelectual como servidor e intérprete supremo del valor del hombre frente a la avalancha de los totalitarismos opresores y de los materialismos destructores»³. En tanto que servidor de la presunta verdad, el escritor argentino va a identificarse con la ideología de la dictadura. Para ella todo lo que la sostiene es la Verdad y todo aquello que la ataca es lo Falso. No obstante, si Borges representa los valores de Occidente es principalmente porque frente a la usurpación del poder por los militares «mostró idéntica lucidez y fue de los primeros en comprender y destacar la importancia y el significado patriótico de este pronunciamiento»⁴.

³ Idem, 18-9-1976.

⁴ Loc. cit.

Y el autor de la *Historia universal de la infamia* se presta al juego. En países donde las libertades son pisoteadas día tras día por regímenes tiránicos, donde los ciudadanos han llegado a no tener garantía alguna; en sociedades donde reina lo arbitrario, en ciudades parecidas a escenarios de los más angustiosos relatos de ciencia-ficción..., ¡tal vez por eso! Borges se declara partidario de los «Amos», enemigo de la libertad y de la democracia. Llevado por un macabro juego intelectual, en el que no se sabe cuándo termina su histrónico gusto por la ficción y dónde comienza su ideología conservadora (y quizá no sea necesario saberlo), ve en los dictadores de América los Paráclitos, los Consoladores, que, según el decir de los gnósticos, venían al mundo a ayudar en la eliminación de La Materia y El Mal. Ve en ellos los poseedores de una ciencia infusa, deposi-



tarios de la gnosis. , mistagogo, está impregnado de estoicismo, pitagorismo y maniqueísmo, la cábala lo fascina, la referencia al esoterismo druídico es constante y la simetría del falso Basíliades parece organizar gran parte de su obra. Para los gnósticos, el cuerpo carecía de consideración: así, ¿qué puede importar el asesinato y la tortura? Pensaban que los que poseían la gnosis (el saber) estaban por encima de las reglas morales que gobiernan la conducta de los gentiles, y que el conocimiento estaba reservado únicamente a un pequeño grupo de iniciados. A su vez, la idea de redención, de un salvador por la espada, es básica para los maniqueos... Borges, frente a un periodista que le preguntaba «cómo un hombre alejado de la política, que habla de la misma sólo desde un punto de vista abstracto, hacía una defensa tan decidida y concreta de Chile y su situación actual», replicó: porque «me parece que si ahora Chile está salvándose y, de algún modo, salvándonos, le debo gratitud. Yo, como argentino, le debo gratitud»⁵.

Pareciera que de todo esto quisiéramos concluir diciendo que el gusto por los esoterismos le lleva lejos a Borges; o al menos que el traslado de éstos a la política resulta infeliz. En realidad, no. Creo poco en ese tipo de coartadas. La verdad es que su esoterismo «abstracto» no alcanza a enmascarar sus compromisos políticos concretos. En él se reencuentran y se dan cita los intereses de la oligarquía y los viejos temas de la Hispanidad: espiritualismo, elitismo, amor a la patria fuerte y gusto por las espadas.

⁵ Loc. cit.

BORGES: LA CLARA ESPADA Y LA FURTIVA DINAMITA

Pero hay, además, otro hecho, un hecho que sería cobarde silenciar. Y el hecho es que nuestra época, como todas las épocas, es una época de anarquía; como todas las épocas, es una época de transición. El tiempo es transición; el tiempo es siempre turbulento río de Heráclito, y quienes lo viven no pueden pensar que viven en una época plácida. La serenidad pertenece al pasado, pertenece a la memoria o pertenece a la esperanza. Pero la serenidad nunca es presente. El presente es siempre tembloroso. El presente puede ser destruido en cualquier momento, el presente es frágil. Y, sin embargo, hay un hecho que debe confortarnos a todos, que debe confortar a todo continente, y acaso a todo el mundo. En esta época de anarquía, sé que hay aquí, entre la cordillera y el mar, una patria fuerte. Lugones predicó la patria fuerte cuando habló de la hora de la espada. Yo declaro preferir la espada, la clara espada, a la furtiva dinamita. Y lo digo, sabiendo muy claramente, muy precisamente, lo que digo. Pues bien, mi país está emergiendo de la ciénaga en que estuvimos. Ya estamos saliendo, por obra de las espadas, precisamente. Y aquí ya han emergido de esa ciénaga. Y aquí tenemos: Chile, esa región, esa patria, que es a la vez una larga patria y una espada honrosa⁶.



Es el mundo de *La Historia de la Eternidad*, de *Ficciones...*, la negación esotérica del tiempo y del presente; pero si este juego tiene una dimensión literaria, tiene otra muy distinta para los que comen el «pan de cada día», para los que están dispuestos a renunciar a la serenidad del pasado y a la serenidad de la esperanza, por la urgencia de un presente y la necesidad de un futuro, aunque éstos sean turbulentos. Borges niega el presente y, el buen reaccionario tiene razón, pues el presente afantasma a la oligarquía. El pasado es oligarca y la tranquiliza y el futuro no la inquieta. Mientras no esté compro-

⁶ «Discurso de recepción del grado de *doctor honoris causa*», *El Mercurio*, 21-9-1976.

metido por el presente es la continuación del pasado; o, a lo más, una utopía abstracta (para diferenciarla de la utopía concreta de Ernst Bloch). Únicamente el presente puede ser revolucionario y comprometer el futuro de la oligarquía. La visión política de Borges difiere poco —aunque radicalmente en lo que dice al robustecimiento del pasado— del racionamiento especioso de aquella Escuela de Tlön, de la cual habla el mismo autor en *Ficciones*, que negaba el tiempo, razonando que el presente es indefinido, que el futuro no tiene realidad sino como esperanza presente, que el pasado no tiene realidad sino como recuerdo presente. Con razón de oligarca, el argentino trata de disolver el presente en transición, en temblor y en fragilidad. ¿La historia?... Es la *Historia de la Eternidad*.

La patria fuerte de Lugones. Gran poeta, mejor prosista, Leopoldo Lugones es el ancestro espiritual de Borges. En 1924, invitado por el gobierno de Leguía a celebrar el centenario de la batalla de Ayacucho, pronunció en Lima un bienfamoso discurso: «La hora de la espada». Para felicidad del mundo —decía Lugones—, la hora de la espada ha sonado una vez más y los gobiernos militares han desbancado a la democracia, al pacifismo y al colectivismo, porque los militares son jefes designados por el Destino y mandan en virtud del derecho innato de los mejores con la ley... o, contra ella. En 1930 publica *La patria fuerte*, en que renueva su diatriba contra la democracia y afirma que Argentina no será una gran nación, sino el día que abandone el sufragio universal. En *quiénes maduraba la influencia del poeta, manifiéstase en un hecho simple: La patria fuerte* fue publicada por la Subcomisión de Instrucción del Círculo Militar.

Sería demasiado decir, sin embargo, cual me aseguraba uno de sus críticos argentinos, que para Borges la historia no existe. Existe, sí, pero de otra manera: existe un poco al catártico modo de los gnósticos, un poco al modo «eterno retorno» de los estoicos; existe, máxime, al modo de El Señor. Borges, autor, se sitúa frente a *su* historia en demiurgo. En lógico implacable, historia omniscio sus hechos: los sabe todos de una vez, el tiempo y el espacio son para él *uno intelligendi actu*: los movimientos los conoce todos; no únicamente los que ya colman el espacio literario, sino los que tendrán o tendrían lugar «si el más evanescente de ellos cambiara».

En sus relatos convergen estas inteligencias de la historia en un memorial acrónico: la historia de la Eternidad.

Por cierto, que esta procelosa confluencia de perspectivas no es sin eficacia en sus concepciones políticas. Ya lo veremos. Antes de ello, una última palabra sobre una fuente histórica principal de Borges.

Desconozco si alguien se ha preocupado de estudiar la importancia que tiene para el argentino la referencia a *The Decline and fall of the roman empire*, de Edward Gibbon. Borges cita la obra sin cesar. El hecho es que entre el historiador inglés y nuestro escritor hay numerosas cosas en común. Cuentan los biógrafos de aquél que, al igual a éste, vivió en un agradable retiro sin aspirar a otro éxito que la gloria literaria. Idéntico al argentino se paseó Gibbon por más de mil años de historia (su trama avanza hasta 1453) e invadió

miles de páginas, olvidando completamente que en la historia hay también hechos económicos y sociales. Los *limes* temporales y geográficos de su relación parecen asimismo delimitar el territorio más frecuentado por Borges en su deambular por las leyendas europeas. *The Decline and fall* tiene, finalmente, otro perfil que necesariamente debe haberlo seducido y que, dicho sea de paso, constituye quizá el mayor mérito de esta copiosa obra: es una de las primeras en bocetar la historia de Oriente, ocuparse de las religiones y en analizar los tiempos tormentosos y revueltos de las herejías y los esoterismos. Todo esto esclarecido por la mano escéptica de Gibbon y contado en un estilo clásico, en un tono entre la ficción y el ensayo, resultado del admirable talento del escritor inglés para incluir lo circunstancial y servirse de la anécdota significativa. Es una prosa conversada, como le gusta al argentino. Cuando se coteja la obra del uno con la del otro, en numerosos pasajes la verba se siente próxima.

Hay algo más. En relación con el análisis de la civilización occidental y la decadencia, Gibbon inicia la serie de las así llamadas interpretaciones catastróficas del fin del Imperio romano. Su ruina es para él el triunfo de la barbarie. «I have describe —señalaba cerrando el último volumen— the triumph of barbarism and religion.» En el antagonismo entre civilización y barbarie, Borges reencuentra a Sarmiento. ¡Y Gibbon siente a lo menos el mismo desprecio que éste por la barbarie! Refiriéndose en el capítulo quincuagésimo a los *Ichthyophagi*, pueblos que frecuentaban las costas del golfo Pérsico, del Océano e incluso las del mar Rojo, decía de ellos «en ese primitivo y abyecto estado, que malamente merece el nombre de sociedad, el bruto humano sin arte y sin leyes, casi sin el sentido de un lenguaje, apenas se distingue del resto de los animales de la creación»⁷. La idea de colapso, consecuencia de la barbarie, representa siempre una afirmación del elitismo. Catástrofe y elitismo son iududablemente ideas que han tocado de cerca a Borges. En ellas se reconcilia, otra vez, con la ideología hispanista, así que con las visiones cataclísmicas de la civilización occidental, divulgadas por historiógrafos contemporáneos, que al modo de Spengler y Toynbee van a espejar la ruina de la civilización romana en la crisis de la sociedad actual⁸.

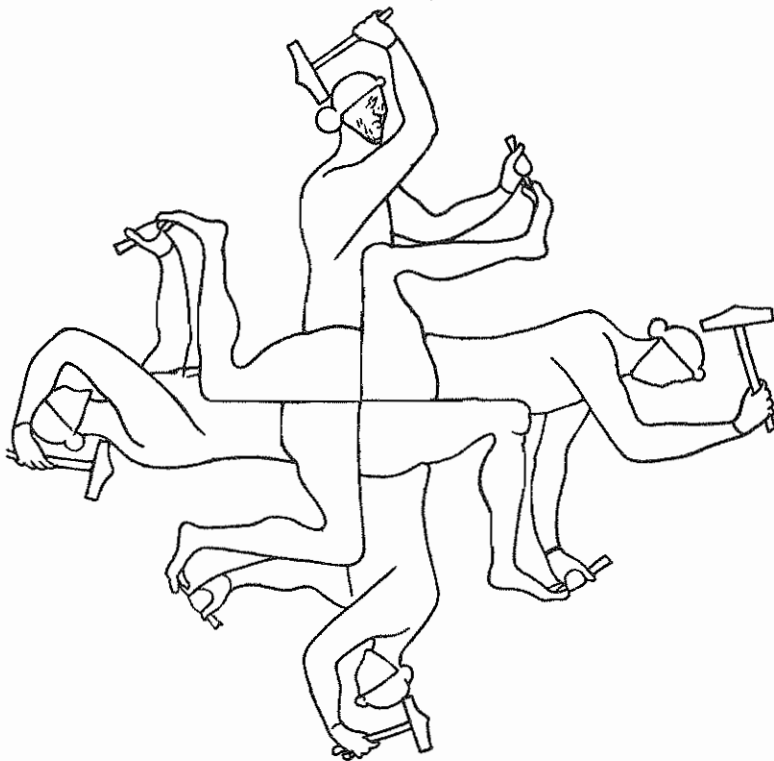
Regresemos a las referencias esotéricas. Encuéntrase en Borges, al igual que en los iluminados gnósticos o maniqueos, una concepción qualismática de la historia, que hace que ésta llegue a término cuando se completa y se perfecciona. En el instante mismo en que los «Hijos de la luz» se liberan por el saber, venciendo en una batalla cósmica a la Materia, la historia cumple su recorrido de alfa a omega, terminando de deletrear un alfabeto preestablecido... Luego comienza nuevamente, repitiéndose los ciclos en un torneo infinito. Borges deja cuidadosa constancia de cada una de las concepciones

⁷ Gibbon, *op. cit.*, Everyman's Library, London, 1938, vol. 5, pág. 210.

⁸ Cf. *infra*.

cíclicas con que tropieza en sus andanzas por la literatura o la filosofía: del falso Basílides de que hablé o de las leyendas con valor de metáfora que recensa en las *Antiguas literaturas germánicas*: la de los guerreros que se dan muerte y renacen cada mañana para reanudar la justa en la Casa de Oro del Valhala o la de los combatientes de la séptima narración de los *Mabinogion*, que «año tras año se batirán por una princesa, el primer día de mayo, hasta que los separe el Juicio Final»⁹. Repítense los ciclos en una carrera sin fin, análoga a la del que fatiga laborioso los sucesivos patios de un laberinto inagotable, o lánzase en el recorrido perpetuo del número indefinido de las galerías hexagonales de la Biblioteca de Babel; figuras ambas del Universo en Borges.

Así une éste a la noción providencial de la historia la idea de un Universo que se desenvuelve en ciclos, ora análogos y ascendentes: imagen característica de las cosmologías del Indostán, ora idénticos, renaciendo infinitamente los mismos individuos para cumplir el mismo destino: doctrina propia a los pitagóricos y estoicos¹⁰.



⁹ Cit. por Borges, *Antiguas literaturas germánicas*, FCE, México, 1951, p. 69, fr. pp. 68, 142 y 165. Una verdadera imagen de su filosofía histórica la constituye la «Tempestad de los Hjadnings»; otra batalla de su panoplia literaria, la cual, como las anteriores, continúa día a día y se renueva cada mañana.

¹⁰ Dibujo de Villard de Honnecourt, siglo XIII.

Green, sin embargo, la mayoría de las sectas gnósticas, y especialmente los seguidores de Manes, que el Fin de los Tiempos se producirá algún día, al cerrarse un ciclo. Cuando los Hijos de la Luz, que no son sino uno y sí mismo, pues sus múltiples identidades resultan meros trampantojos: fugaces y fantasmagóricas concreciones de un hombre primordial (el espejo de Borges), aniquilen completamente la Materia, destruyendo a los Hijos de las Tinieblas. Es el Muspille de la literatura germánica, que refiere la batalla de Elías con el Anticristo: el juicio universal que recorre la tierra para juzgar por el fuego a los hombres. Sólo entonces, después de esta lid que abarcará el mundo, los eones caídos, las chispas de la luz, se liberarán, yendo a integrarse en la Columna de Luz de los maniqueos o en el pleroma gnóstico.

La Historia es, pues, permanente enfrentamiento. Contra el Mal hay que desenvainar la espada (y Borges ama las espadas. Sus relatos están llenos de ellas; las que cuando no se criollizan en el facón del gaucho o en el cuchillo arrabalero, llámense Gram, Bal-mung, Dainsleif o espada de Simón Pedro). «La clara espada»: la misma que Dios hizo esgrimir a Pinochet. ¡Qué importa si ella se levanta contra las libertades! En todo caso, para Borges «la libertad no es nn absoluto. Creo que el libre albedrío y la libertad son únicamente ilusiones necesarias». Y en este aserto se ponen de manifiesto sus contradicciones, pues al mismo tiempo que declara que sus opiniones políticas, que él afirma abstractas, «no tienen por qué intervenir en mis cuentos o en mis poemas. Porque mis cuentos y mis poemas son más profundos que mis opiniones. Además, porque mis opiniones pueden cambiar...», anuncia su próximo libro, en cuyo prólogo dice: «La democracia, ese abuso estadístico.» Y, comentando este propósito durante una entrevista, observaba: «Porque viene a ser eso, y nada más. Nadie supone que la mayoría de las personas puedan opinar de un modo válido sobre literatura o matemáticas; pero se supone que todo el mundo puede opinar de un modo válido sobre política, que es tanto o más delicado que las otras disciplinas»¹¹. Es el hispanismo que reaparece, el elitismo político: la angustia frente al principio «un hombre, un voto». Tampoco es cierto que sus opiniones políticas no intervengan en sus cuentos. ¿Qué mejor ejemplo que ése que incluye en *Ficciones*, «La forma de la espada», en el que se dedica a socavar la imagen del marxismo, marcando con una cicatriz, que quisiera dejar indeleble (de cobarde y de traidor), al protagonista: el camarada John Vincent Moon... Y que sus cuentos sean más profundos que sus opiniones. ¡Si a veces se tiene la impresión de que se puede pasar de aquéllos a éstas cambiando únicamente algunos nombres! Perfectamente podría enunciarse su discurso de adhesión a la dictadura, de respaldo a Videla o Pinochet, interpolando ligeramente las palabras del alemán que protagoniza «Deutsches Requiem», uno de los relatos más signi-

¹¹ *El Mercurio*, 30-8-1976.

ficativos de *El Aleph*: «Hitler (Pinochet o Videla) creyó luchar por un país, pero luchó por todos. No importa que su yo lo ignorara; lo sabían su sangre, su voluntad. El mundo se moría de judaísmo (de marxismo)... Muchas cosas hay que destruir para edificar el nuevo orden... Se cierne ahora sobre el mundo una época implacable...»

Finalmente, mientras, por una parte, Borges niega el presente y se refugia en lo absoluto; por otra, cada vez que se le enfrenta con los crímenes del sistema busca amparo en las circunstancias. De esta suerte, ni la dictadura ni la guerra le parecen censurables de antemano, «porque hay que considerar las circunstancias que llevan a ella. Asimismo, los imperios no parecen censurables...». ¿La democracia? «Ahora no ctee en ella; por lo menos en lo que se refiere a mi país...»¹².

POLITICA Y CIRCUNSTANCIAS

Ayer un señor me detuvo en la calle y me dijo: «yo preciso su firma». ¿Para qué. «Es una manifestación que vamos a hacer en favor de la paz.» Yo le dije: «mire, yo no le doy mi firma. Hay que ponerse en las circunstancias de cada caso. Una paz puede ser benéfica; una paz puede ser bochornosa también. Además, si Ud. repudia la guerra, repudiará todas las guerras pasadas. ¿Usted está listo para declarar que la guerra de la independencia fue un crimen?» Por supuesto se alejó sin insistir. Así pienso y así me comporto. Creo que desde el punto de vista político y civil, mi vida está justificada. Tengo mi conciencia limpia. Políticamente no tengo de qué arrepentirme...¹³.



¹² Loc. cit.

¹³ Loc. cit.

Aparte de que en buen gnóstico, en druida, Borges no puede creer en la paz en un mundo cuyo principio es la guerra, cabe preguntarse al punto: ¿Quién juzga las circunstancias? No es por azar que el juicio del escritor sobre el valor de las situaciones coincide plenamente con la forma que ellas son interpretadas por las oligarquías. Sus juicios de valor sobre el *Hombre* se refieren exclusivamente a las élites. Hace ya algún tiempo, en una entrevista dada a una publicación francesa, un agudo crítico del argentino, Néstor Ibarra, respondía así a la pregunta de lo que para éste podía significar un obrero: «No debe saber muy bien lo que es. Probablemente los ha visto en la calle, pero Borges camina ligero»¹⁴.



¹⁴ Néstor Ibarra, «Jorge Luis Borges», *L'Herne*, Paris, 1965.



«CABALLEROS» DE CHILE

ARMANDO ORIBE ARCE

*«Trazaron una línea negra:
Aquí nosotros, caballeros de Chile...
Allá vosotros, rotos, pueblo.»*

(Pablo Neruda, **Canto General**)

Han pasado veinte o treinta años. Cuarenta desde que nací. Ya no somos niños los de las páginas anteriores *. Entre nosotros hay muertos, perdidos, olvidados. ¿Hay ricos y poderosos? Sí los hay: están con la Junta.

Otros estamos desterrados. El exilio no es estar en otra parte que en el país donde se nació: es no estar en ninguna parte.

Ellos, con la Junta, ¿están en Chile?

Creo que son más desterrados que yo. Se asilan en sus intereses, en los bienes que creen que tienen. Se identifican con sus bienes. Esas cosas son su patria.

¡Pobres hombres! ellos, pero también yo, que creíamos ser más que las cosas. Ellos han terminado identificándose con cosas y yo perdiéndolas. Dije que prefiero renunciar a esa gente. ¿No debería decir también que la he perdido?

¿Qué creíamos ser?

* El presente trabajo es un fragmento del libro —inédito en español— *Ces «messieurs» du Chili*, París, Éditions de la Différence, 1978.

No una clase. En el sentido escolar podíamos ser clase: Cuarto Año B o Sexto de Preparatorias, último de Humanidades, clases. Compañeros de clase.

Socialmente no. ¡Cuántas diferencias creíamos que había! Infinitas. Cada familia era una clase por sí sola; los parentescos eran ley. «Somos medio parientes.» «Mi primo el guatón T.» «El papá de...»

De muchos se decía o se sabía sin decirlo: son de clase media, medio pelo. Algunos se decían a sí mismos (inseguros): Nosotros, los de la clase alta..., gente bien. Pero otros, más seguros, no se lo decían: lo sabían.

Otros no sabíamos, en esas épocas, sino que éramos: «decentes».

Qué imporrán las distinciones sutilísimas a que nos fuimos acostumbrando. Nosotros éramos, todos, sin distinción, el más perseguido entre nosotros como el más dominante, todos aventajados frente a los pobres.

La existencia de los pobres era lo que nos daba unidad a nosotros.

La cultura que teníamos de los pobres era nuestra fuerza de cohesión. Los observábamos todo el tiempo, tácitamente. Ellos eran: los otros absolutos, los otros de todos nosotros, los otros de todo.

Escarnecidos, peligrosos, feos. Contagiosos, protegibles. Necesitaban de nosotros, debíamos actuar de manera que les fuéramos necesarios para siempre. Dependientes.

Los caballeros deben mandar. Si no este país se acaba.

La palabra caballero es elástica. En sentido estricto estaba siempre implícita: se portó como lo que es (como un caballero). Aceptación moral, imponderable. O bien la acepción social, desde lo sublime hasta lo trivialísimo: eso no es de caballeros (desear la mujer de su prójimo); palabra de caballero (no es violada en los negocios o en cualquier pacto social concreto, una apuesta entre niños o un acuerdo entre políticos: acuerdo de caballeros); él es un verdadero caballero (no hace trampas); es muy caballero (da el asiento a las mujeres, que en este contexto pasan a llamarse «señoras»: deja pasar primero a las señoras). Y había la acepción política y contingente: un caballero es conservador y puede ser liberal (aunque no todos los liberales ni conservadores son caballeros; y en cierto modo, muy difundida opinión, ningún político era caballero); pero caballeros comunistas y socialistas no hay, y los radicales —en los recreos de los colegios en la década del cuarenta— eran objeto de risa porque algunos de ellos, que estaban esos años en el gobierno, pretendían ser caballeros. Había, además, los caballeros católicos, especie singular no muy tomada en serio: se daban grandes golpes en el pecho, iban a misa temprano y con demasiada frecuencia rondaban a los curas, eran «beatos». Los falangistas (predecesores de los demócrata-cristianos) eran entonces siempre «jóvenes». No se decía por ningún motivo, eso no existía: un caballero falangista; después, en cambio, hubo caballeros demócrata-cristianos (como los

había habido dentro del Partido Conservador: caballeros social-cristianos, pero ésta era casi una contradicción en términos y equivalía más bien a decir: algo chiflados).

En sentido amplio era caballero todo el que tenía algo, empezando por la posesión de alguna identidad por mínima que fuera; en contraste especial con los que no tenían nada, ni siquiera identidad. El contraste resultaba la piedra de toque.

El contraste del caballero con los demás era tan fundamental para su condición que uno pensaba, cuando chico, que —salvo quizá en cuanto a las calidades morales más altas: el honor, ser quien se es, tener palabra de honor— si no hubiera pobres, no habría tampoco caballeros. Si todos fueran iguales, no habría caballeros. Si todos se vistieran igual, si todos tuvieran las mismas maneras («no tiene maneras» servía para descalificar gravemente: «¿qué maneras son ésas?»), si todos anduvieran igual, si todos hablaran igual, ¿cómo notar quién era caballero y quién no? ¡No se sabría quién es quién!

¡Eso sí que no! Hasta ahí no más. Eso no puede ser. Es imposible. Pobres habrá siempre ¿no lo dice el propio Evangelio? (y, por lo tanto, habrá siempre caballeros —proposición tácita, pero no menos teológica—). Porque implícito en nuestra cultura social más profunda en esos remotos tiempos estaba que lo contrario a pobres no era ricos, sino, en cambio, caballeros.

Luego las cosas variaron, después del frente popular, supongo, y de la consolidación de las clases medias, hasta el punto que a fines de la década del sesenta, gobierno demócrata-cristiano, ya casi no se osaba usar la palabra, y era casi un juego de sociedad calcular cuántos caballeros quedaban en Chile: ¿cinco, tres, uno? ¡Don Tanto Cuanto es el último caballero chileno! Pero ésta es otra historia y viene más tarde, si es que llego a ella.

Lo curioso es que los pobres más selváticos: los niños pobres de la ciudad, hijos de obreros de la construcción, o del agua potable, o de algún obrero de fábrica (no me acuerdo ahora, pasados treinta y tres años), capaces de ver más allá de nuestras narices y las suyas si no los había deformado la escuela primaria, sobre todo parroquial («saluden, niños, al Caballero Benefactor»), sabían muy claramente que lo contrario a pobres era ricos.

«Nosotros, los pobres; ustedes, los ricos. Ustedes, los ricos, son todos iguales. ¡Nos tienen fregados a nosotros, los pobres!» Me enojé: «Yo no tengo nada en contra de los pobres.» «Ustedes tienen de todo: por eso son ricos. ¡Nosotros sí que no tenemos nada!» (De todo, significaba: hasta dos pares de zapatos.) «Pero nosotros les damos limosna a los pobres.» El niño, mayor que yo, que tenía siete, él tendría nueve años o diez, pero no más alto que yo ni más fuerte, saltó como un gato al que le pisan la cola: «¡Rico desgraciado!» Retrocedió, se agachó. Al pararse de nuevo, vi que tenía las manos llenas de piedras. «¡Vas a ver!» me gritó retrocediendo de espaldas y tirándome piedras. Tenía buena puntería. «Van a ver lo que les va a pasar, ricos de mierda.» Retrocedía rápidamente,

cateando a lado y lado por si salía una empleada a la puerta o alguien a mirar por la ventana. «¡Son todos iguales!», gritó y lanzó la última piedra. Dobló la esquina y desapareció. No se le vio nunca más por esos lados.

Existíamos por contraste, teníamos identidad en comparación con lo que no éramos, contra los otros. De ahí el sadismo social chileno.

(Si me pregunto, pasados tantos años, muchos meses después del golpe, cómo se explica la brutalidad de los militares y ciertos civiles condescendientes a sus voluntades, qué significa el endoso apenas disimulado de un buen número de otros que no quieren saber, pero saben —más allá de la pasividad que provoca el terror a la Junta—, la única respuesta es: el antiguo sadismo social contra los pobres, con sus mil formas imperceptibles en el pasado, cubiertas como estaban por la famosa institucionalidad legal, las libertades públicas, una especie de pacto social —impuesto, pero de apariencia viable—, disfrazado por la gran ideología histórica nacional; las peculiaridades de Chile... ¡Éramos muy distintos a los demás sudamericanos! Sí: muy distintos: cuando se trató de matar, los militares y sus paniaguados y sus consejeros demostraron que la actual singularidad chilena en Sudamérica es marar más, violando más leyes.)

Se consideraba que el pueblo era muy feo. Tener cara de roto, manos de roto, facha de roto: insultos. La misma palabra roto —cualquiera que sea su origen histórico y su etimología— expresa: lo incompleto, lo violado, lo inservible, lo que se puede y se debe votar. ¡Modos de roto! No saberse mover, ni sentar, ni comer, ni vivir. Lo que está roto es barato. A los rotos chilenos se los puede tratar como cosas de utilidad limitada. ¡Hay tantos y todos igualmente rotos! Más de los necesarios.

La hipocresía social hace que estas nociones no sean casi nunca explícitas. La prudencia social en los últimos treinta o cuarenta años evita incluso que se manifiesten en el trato directo de patronos con asalariados. Pero en la conversación, y con más frecuencia en los chistes entre «patrones», la idea de la inferioridad congénita, espiritual y física, moral, estética y sensible de la gente del pueblo chileno domina siempre y es una cantidad mesurable que los privilegiados están dispuestos a restar en sus cálculos sobre lo que merece el pueblo (lo que merece comer, la dignidad que merece).

Me dirán que exagero. Naturalmente hay excepciones. Naturalmente una actitud colectiva inconfesable como ésta se disfraza de paternalismos, racionalizaciones, argumentos económicos, piedad religiosa. No es del todo consciente. No sería soportada por la conciencia civil si no fuera secreta.

Pero se revela incluso en la celebración, de los dientes para afuera, de las cualidades del roto chileno. La escultura de bronce que hay en una plaza en Santiago representa a un «roto» más griego, romano y mediterráneo de proporciones clásicas que chileno.

El físico del hombre popular de Chile suscita en la clase «alta» repugnancia y escarnio; cuando en el extranjero o frente a extran-

jeros debe caracterizarlo, o lo idealiza, o trata de disculpar sus «fallas» con pacata vergüenza. En la reserva de sus conversaciones de negocios con extranjeros critica sin ambages los defectos morales y físicos que —¡en su expetencia!— tienen aquellos que llama: esa gente. El apelativo suena como un latigazo. ¡Qué gente ésa! Floja, torpe, exigente, desordenada, irresponsable.

Trato de ilustrar, barajando mi experiencia de cuarenta años, una situación que varios otros han descrito: el abismo social que en la psicología de quienes dominan Chile los separa del pueblo, cuyo trabajo es condición para que exista el dominio. Una compleja serie de mitos nacionales justifica y al mismo tiempo encubre tal percepción de una diferencia que se desea básica, esencial, eterna. La ideología pública fundada por los grupos dominantes, nutriéndose de una historia mítica, proyectándose en instituciones que eran consideradas intocables y a la vez susceptibles de perpetua renovación intetior, legitimizaba la gran diferencia entre explotados y patrones de derecho.

Este rasgo colectivo de Chile se refleja, a mi juicio, no menos que en los estudios de ingresos y repartición de la riqueza —y la pobreza—, en el mundo cultural del lenguaje social chileno. Y es al lenguaje que recurrimos para revelarlo. Las palabras tabúes tri-bales, cuando salen a luz, parecen siempre caricatutas.

Este sadismo ahora desatado exhibe aspectos femeninos. Bajo la voz bronca de los militares y en sus actos de fuerza cuartelera, en los escritos que se quieren definitivos y en los discursos que se quieren terminantes, hay notas de estridencia y espasmo. En sus condenas a los políticos hay despuntes de celos, como un perfil de la envidia que desde generaciones han covado las mujeres de los militares —empleados públicos subalternos— hacia sus coetáneas, las mujeres de los hombres de poder. Y en las admoniciones a quienes llaman (es la expresión de un Decreto-Ley de la Junta) «nuestros trabajadores», en la amenaza inflexible de más trabajo por la misma o menos paga, disciplina sin derecho a voz ni réplica, se repite a escala nacional el estilo de la «dueña de casa» que administraba a los «sirvientes» de mano para todo servicio. («No sea respondona. ¡Se va, pues, de la casa! Váyase con sus trapos a la calle.»)

Hoy, desde este ángulo, en Chile ha parido Marte.

Para dominar y ser clase dirigente era necesario tener los bienes de capital hajo control, el gobierno y las instituciones de Estado por sí o por mandatarios, jugar a la política con más entrenamiento y mejores equipos. Pero igualmente necesario, en régimen formal de libertades públicas, derechos políticos y civiles, en la democracia histórica de Chile, controlar la ideología del Estado. Y a la ideología de las clases dirigentes hacerla pasar por consenso nacional.

En esto, quienes han sido dueños del Chile histórico demostraron durante muchas décadas suma habilidad.

La hegemonía estaba asegurada por una ideología «nacional» secretada por las acciones y las omisiones de quienes dirigían el

país, por su reacción frente a quienes soportaban el peso económico de tal dirección minoritaria y también frente a los hechos aparentemente exteriores de la gran política, la gran economía, las grandes finanzas internacionales, que —desde centros de poder misteriosos— fueron la condición irrecusable del privilegio de los que mandaban dentro.

La legislación de Chile, la institucionalidad chilena, las formas de su democracia, las distorsiones de su economía (la inflación perpetua, por ejemplo, verdadero *fatum* en la vida del país), los tipos humanos de la política diaria, como las situaciones recurrentes de conflicto social, los partidos y las universidades, las iglesias, la presencia de extranjeros, el drama y lo cotidiano, todo iba asimilándose en una estructura de mitos. No era una operación fácil, no bastaban las fantasías o las intenciones individuales; era una labor colectiva en que la tendencia la indicaban —con sus decisiones políticas, y cuando era indispensable con uso de fuerza bruta— las clases dirigentes, mientras su estructura, minuciosa, compleja y formal, constituía la función de los intelectuales del sistema.

Intelectuales en sentido muy amplio, comprendiendo profesionales y burocracia (inclusive oficiales militares y sacerdotes, para no hablar de esos pilares fehacientes que son los profesores, los periodistas, los políticos), sin atender a su personal colocación en derechas o izquierdas; intelectuales del sistema, no de los regímenes de gobierno.

El número relativo de intelectuales chilenos, en esta acepción, ha sido desde hace mucho notablemente grande. La cohesión fundamental de su concepción ideológica de lo que Chile era, había sido en el pasado y podía ser en el futuro, alcanzaba un grado que no es frecuente sino en países viejos. Resultaría sencillo objetar esta característica diciendo que las tensiones políticas, los altibajos del debate público, las divisiones de opinión, los bloques sociales, que marcaban desde hace largos años al Chile de antes del golpe, contradicen toda idea de cohesión. Error: pues parte de la fuerza integradora del sistema era en Chile justamente el margen notorio de contraste político en lo secundario, en todo aquello que no ponía en duda las bases últimas del sistema.

Hasta qué punto esta serie de mitos garantizados y legitimizados constituía una mistificación enorme, se vio el 11 de septiembre de 1973.

Pero la verdad de los mitos consiste en su eficacia temporal. Y estos mitos, que servían un fin histórico en beneficio de algunos, no de todos los chilenos (sin perjuicio de que los fundamentos de una parte de ellos —como los relativos a las libertades— tuviesen una validez superior al aprovechamiento minoritario a que se los sometió), demostraron su eficacia; pero asimismo su fugacidad, su carácter de trucos sociales manipulados.

Cuando una ideología es «nacional» y dura un buen tiempo, cuando es compartida prácticamente sin discusión —como sistema



de valores y principios elementales—, cuando es confirmada por un debate abierto y continuo sobre sus consecuencias y sus formas, no es necesario que haya dolo directo ni siquiera en el más malicioso de sus manipuladores. Los chilenos de poder —creo decirlo de buena fe— eran inconscientes de la mentira final conrenida en su sociedad. Ello no los hace menos responsables, sino más.

¿En qué consistió esa ideología? Todos sus trazos claves podrían deducirse —no lo haremos aquí ni ahora— de la acumulación contrapuesta de los discursos políticos del presidente Allende y los de las cuatro personas uniformadas de la Junta que lo mató.

La poderosa burguesía de Chile, con sus intelectuales, su historia social identificada a la historia del país, su hegemonía ideológica cristalizada en una institucionalidad capaz de englohar todo lo legítimo, de legitimizar lo asimilable y de condenar lo refractario, con sus mitos ancestrales y su aptitud a continuar poblando el olimpo chileno, esa burguesía, fauna y bosque sagrados de la «copia feliz del Edén», ¿quiénes la componían, cómo se había formado, qué era?

A Chile llegaron los conquistadores. Ciento cincuenta hombres jóvenes y una mujer, concubina de su jefe, Pedro de Valdivia. Se cree en Chile que una circunstancia diferenciaba a estos conquistadores de las otras meznadas españolas: mientras aquellos que cubrieron las otras vías de América se abrían camino por tierras ajenas en busca de oro y para mayor gloria de rey y Dios, los conquistadores de Chile habrían celado, además, un diverso propósito. Se sabía que lo que fue por ellos llamado Chile era pobre, su naturaleza cruel, su escasa población más irreductible que las conocidas desde Nueva España hasta el Perú. La experiencia frustrada de una primera conquista en 1537, que diezmó los soldados selectos del gran Almagro y arruinó para siempre a su jefe, había hecho de Chile una palabra maldita. Valdivia y sus compañeros habrían partido a la conquista de las tierras del sur, no para hacer fortuna y retornar a España, sino para crear una nación para ellos y las generaciones de sus descendientes.

¿Será cierto? En todo caso es la versión clásica. Muchas penurias pueden haber imaginado Valdivia y sus seguidores, para sí y para sus herederos; pero no es probable que hayan previsto la resistencia encarnizada de un pueblo indígena que no tenía impetio ni gran nombre en América, y que, sin embargo, se hizo de un nombre en la propia guerra con los españoles: Arauco. El nombre a este pueblo le fue dado por sus enemigos, se hizo nación en sus combates, la gesta de su guerra que duró siglos fue obra de un poeta que los admiró peleando en su contra. La epopeya de La Araucana, de don Alonso de Ercilla y Zúñiga (uno de los pocos conquistadores de las primeras hornadas que tenía derecho legal a usar el Don), creó el segundo catálogo de mitos chilenos: la guerra natal de gran estilo, cuyos episodios de sangre y de honor harían de Chile la única nación moderna nacida de una epopeya.

Por décadas en los siglos XVI y XVII, los colonizadores de Chile eran guerreros. Estaban obligados a empuñar las armas y juntamente impelidos, so pena de aniquilamiento, a ser más industriosos y más duros en su trabajo y en la administración de la fuerza de trabajo de indígenas y mestizos que los colonizadores de las tierras fáciles de los grandes imperios, de las fabulosas riquezas del resto de América. He aquí una tercera fuente de mitologías.

En el siglo XVIII, los Borbones de España hicieron posible, con sus provisiones económicas y administrativas, el flujo a Chile de ondas colonizadoras de un carácter distinto: los llamados en general «los vascos» comenzaron a llegar, primero hombres solos, luego en ligas de hermanos, primos, parientes. Se casaron entre ellos, pero también eligieron las herederas más ricas en tierras, joyas, casas, tradiciones, entre las antiguas familias de las cohortes conquistadoras. Habrían absorbido así la mejor riqueza del país. Habrían formado bloque, desde fines del siglo XVIII hasta entrado el XX. Serían la «clase alta» chilena. Su tensión social con los grupos, más numerosos pero más disgregados, de los linajes «venidos a menos», sería el tema de la verdadera «cuestión social» interior por el mando del país. Cuarta serie de mitos.

Las guerras de independencia entre mil ochocientos diez y mil ochocientos veintitantos habrían sido la quinta gesta chilena. La población mestiza sería ya prácticamente homogénea. Dirigidos simbólicamente sus intereses por los caballeros de la capital y las provincias, descubierta la ignominia del estado colonial, se decide la independencia política, y que el país sea gobernado por los «criollos», no por los empleados del rey. Ayudados por los patriotas argentinos, los chilenos libran su tierra y emprenden la hazaña de libertar el Perú, virreinato legendario, pero inepto, que necesita de Chile, más pobre, más sobrio, pero más valeroso y decidido, para expulsar a los españoles.

Las luchas de la independencia provocan, sin embargo, el caos político en Chile. Muchos «ideólogos» provenientes de toda América impiden que el país se dé un gobierno ordenado. El genio de la raza chilena suscita un hombre de razón: don Diego Portales. Mercader al por mayor, contratante de un estanco fiscal, sin compromisos —por demasiado joven e indiferente— en las escaramuzas políticas de la Independencia, devela con un golpe de ojo magistral en poquísimos tiempo cuáles son las fuerzas sociales y económicas vivas y aptas para formar un bloque sólido de poder en el Chile del 1830. En la República recién nacida funda el Estado. Sexto mito.

Las peripecias de la fundación del Estado cuestan la vida a Portales; pero su muerte, a manos de un grupo de oficiales insurrectos fracasados, consolida la forma institucional de esa obra de razón política. La Constitución (de 1833) y los Códigos, cuyo modelo está en el Código civil de don Andrés Bello —el arquetipo definitivo del intelectual chileno—, reciben la garantía de sangre de que esta obra impersonal de las clases dirigentes: el Estado y sus instituciones, merece que los mejores hombres de carne y hueso



mueran por ella. Morir por la legitimidad es el séptimo gran complejo mítico.

Chile no es sólo una Nación; es ya un Estado. La república, como persona moral en una América confusa, indecisa, inmadura, es superior a sus fronteras geográficas. Chilenos de empresa se esparcen en las zonas vacías de jurisdicción dudosa: el desierto del norte, los contrafuertes de los Andes, el océano infinito al oeste. Labran minas de plata nueva, disfrutan la utilidad inédita del salitre, ¡hacen correr el peso chileno en las islas del otro lado del Pacífico y hasta en China! La burguesía es nacional. Tienen capitales, bancos, barcos de cabotaje y alta mar, hombres de empresa, una administración organizada del Estado, un ejército capaz de guerras de anexión. En la era de Portales y Andrés Bello, el ejército, sometido finalmente sin discusión al poder civil impersonal, había servido, triunfando en la guerra preventiva contra la confederación Perú-boliviana, para que la entidad moral del nuevo estado de Chile fuera reconocida inviolable por sus vecinos. Cuarenta años después, la existencia de una clase empresarial nativa deseosa de probarse en la expansión económica justifica la proeza de una nueva guerra contra Perú y Bolivia que tenga ahora fines económicos de provecho. Esta guerra es ganada. Chile crece geográficamente. Octava galería de mitos.

Aparece la concupiscencia del capital extranjero. Chile tiene demasiadas riquezas. El monopolio natural del salitre, conquistado en la guerra «del Pacífico», es presa apreciable y también natural del

imperio británico que no en balde domina medio mundo. La liquidación de la guerra del Pacífico le da la oportunidad de introducirse masivamente en esta nueva cucaña de millones. El último de los burgueses nacionales, el presidente Balmaceda, osa enfrentarse al extranjero. No sabe dar satisfacción política al bloque social dominante éste hace causa común con los intereses británicos, y Balmaceda, pese a haber recurrido en su desesperación a una incipiente «clase media» burocrática, piete de la guerra civil y se suicida. Queda consagrado el rito de que la legitimidad nacional cuesta la vida de quien la simboliza. Noveno mito.

Chile se transforma en factoría privilegiada. Vive de las rentas del salitre que otros explotan; la política es cosa de gente de club y de círculo, un juego serio de sociedad. Pero el espíritu de la burguesía nacional ha impregnado, desde la época heroica de los hombres de Estado y empresa del siglo XIX, la representación ideológica que el chileno dirigente se hace de su país. Después de treinta años de política de salón, las crisis generadas por la primera guerra mundial y por la reconstrucción postbélica del mundo dan lugar en Chile a ensayos tenaces y superficiales para recuperar, reconstruir o reinventar una forma viable para el estado nacional, repristinando el rol de la clase dirigente como verdadera administradora legítima de las fuerzas de la nación. Con altibajos, tal intento habría asumido el buen camino, aunque incorporando a la vicisitud del camino cierta hostigosa sensación de que una crisis mayor puede ser siempre inminente. Dirige el país por segunda vez Arturo Alessandri Palma (bajo sus presidencias nacen o crecen quienes hoy dirigen Chile); deja lugar a Aguirre Cerda, el del Frente Popular, a quien sucede Juan Antonio Ríos, radical también, pero más autoritario, a cuya muerte es elegido González Videla, quien traiciona hasta los restos del espíritu de ese frente y es seguido, en reacción populista, por Ibáñez (que ya había fracasado en la década del veinte en un movimiento, que simulaba ser profundo, de reacción contra la irrisoria «fronda aristocrática» de principios de siglo), y a Ibáñez, nuevamente fracasado, lo reemplaza un hijo de Alessandri, que ensaya todas las recetas conservadoras a su alcance sin éxito, y a éste Frei y a éste Allende. La curva de ficticias acciones y reacciones del mismo círculo encantado, para quebrar la recurrente pesadilla política que había sido, a contar de fines del siglo XIX, el efecto en la conciencia y en la subconciencia social de la burguesía chilena, de su enorme y costosa frustración al no poder constituir una verdadera burguesía nacional, ha dado origen durante los últimos cincuenta años a una décima categoría de mitos burgueses.

Yo no pretendo hacer historia científica. No puedo pretender que la enumeración anterior forme un cuadro de la realidad social efectiva de Chile. (Faltan nada menos proletarios y campesinos...) Pero expresa los datos de que disponía la conciencia histórica de la clase dirigente chilena sobre sus propios avatares como clase. Son

los arquetipos psicológicos con que el pueblo de Chile se encontró al iniciar su odisea de gobierno Salvador Allende.

En esta historia reducida y deformada se delinea además la parteno-génesis por la cual la clase dirigente creaba estratos sociales interiores en su lucha con su propia sombra por el poder.

La llamada clase alta... Mejor ni hablar de ella: cada vez sabe menos ella misma lo que es hoy. Su conciencia de sí la componen una vaga nostalgia porfiada de sus tiempos favoritos, los de la época del parlamentarismo y las tentas del salitre, su hella época inútil de hasta el año veinte, el tributo mental que paga a sus penates —las duras figuras de cera de los constructores de la república en el siglo XIX—, la idea de que se hace de una Europa que no existe —que tal vez nunca existió—, lugar de «retorno» deseado e imposible; pero en lo profundo de sí misma se ha ido reconociendo —con la pérdida del presigio que tuvo cuando sus costumbres hacían ley— lo que siempre ha sido en realidad: una burguesía tenaz y rapaz. Vuelve a abrir tiendas, como en el siglo XVIII, a veces muy concretamente, otras ejerciendo las actividades más variadas con un espíritu de comercio al por menor. Pero pierde la ilusión de sobrevivir compacta, se disfraza de clase media, sumiéndose en cualesquiera familias que prometan fuerza económica o política, se resigna gustosa a la compañía poco recomendable de hombres de fortuna nueva, de extranjeros o hijos de extranjeros de apetito insaciable y urgente, está dispuesta a servir a los militares, renunciando, como eran sus hábitos, a servirse de ellos. Sin embargo, produce, ya que no tropas, al menos cerebros de choque, capaces de indicar el sentido correcto a la nueva coalición de la burguesía, de administrar la nueva concentración monopólica, de seducir a ciertos militares inseguros y atrasados de noticias, de prestar apariencia histórica respetable a la traición colectiva de la clase burguesa al país.

Si la «gente conocida» ha olvidado o perdido hasta el modo de andar sobre el país que le era propio, ¿qué le queda a la clase media que no aprendió nunca a caminar por sí sola, en su estúpido y ruin delirio de imitar, sin conseguirlo, a una clase alta que no era tan alta?

Todo el resto le queda. Es decir, culturalmente, en los dominios de la burguesía como clase, todo. El problema para este descomunal conglomerado informe es que no ha sabido jamás identificarse a sí misma, excepto cuando —como la rana— se ha tomado por el país («Chile es un país de clase media») sin llegar siquiera a hacer los honestos trabajos del buey.

La componían, a disgusto, los «venidos a menos»; la acrecentaban, incómodos, los «venidos a más» («en Chile, dijo un testigo en sus Memorias sobre la guerra civil del 91, donde todo *parvenu* es un *arrivé*»), los legendarios «siúticos» (apelativo que se complacían en repetir, sardónicos, los «caballeros» de familia vasca, para descalificar a aquellos que no tenían «calidades» para mandar en el país, y sus señoras para lucir superioridad social y hartarse de placer

sádico; maltratando así a sus mejores aliados potenciales, esos «siú-ticos egregios» que ardían por ser adoptados en la alta clase agonizante —sin caer, unos ni otros, en lo obvio: que unos y otros se necesitaban porque ambos formaban el núcleo de su verdadera clase, la burguesía criolla sedicente—); en sus amplios bordes se radicaba, invasor, el «medio pelaje» proveniente de pequeños comerciantes, militares profesionales, empleados públicos, pequeños agricultores e industriales, personal nuevo de gobiernos renovados cada seis años, inciertos de carácter, bastos de maneras, oscuros de ánimo, ambiciones y tez, pisoteando y empuñándose sobre los estratos populares de los que deseaban desesperadamente distanciarse («¡no ser más pobres!, ¡no volver nunca más a caer entre los pobres!»), los peores cuchillos de los pobres porque los mangos que empuñaban eran de leña semejante y en muchas ocasiones de la misma; «metidos a gente» (—decían los caballeros al hablar de estas categorías), «gente decente» (pensaban ellos de sí mismos, apropiándose de una fórmula neutra difícilmente disputable), «futres», no caballeros (agregaban los «caballeros»: «Esta clase media chilena no cría caballeros, sino “pijes”...»).

Desde hace cincuenta años, ser oficial del ejército, de carabineros, de fuerza aérea y (con supuestas excepciones de carácter mítico), de marina era intrínsecamente ser «de clase media». Pero el lugar institucional de las fuerzas armadas en la monumental legalidad chilena, las doctrinas sobre su abstinencia política, su vida reclusa y burocrática, los arcaicos privilegios menores que se concedía a su ocio forzado, para mantenerlos entretenidos, domesticados e inofensivos (los almirantes podían posar de lores en las cubiertas pulidas de sus barcos y recibían trato de caballeros, lo cual creían ser de hecho cuando conversaban entre ellos en sus clubes de campo, desde Valparaíso a Viña del Mar; los oficiales de caballería, y hasta ciertos centauros de carabineros, disponían de tiempo, asistentes u ordenanzas, caballerizas, picaderos, pesebreras, y podían sentirse —literalmente— caballeros, lo que ya les estaba vedado por las exigencias de la lucha social y política a los antiguos caballeros, aun a los dueños de fundos con haras); todas estas singularidades gratuitas, que aislaban en un ángulo del grupo escultórico burgués al inocente militar, separaban a estos oficiales de la clase media civil.

Cuando esta clase media, frente al sordo tronar de las masas populares, se descubrió como lo que era: el tronco de la burguesía chilena; cuando la «clase alta» decidió reconocerse cabeza predestinada no de todo el país, sino de dicha burguesía; cuando los pequeños trepadores del pequeño comercio, la pequeña empresa, la pequeña profesión liberal cerraron filas admitiendo que la burguesía de Chile era una sola, muchos oficiales de las fuerzas armadas sintieron el llamado a la guerra social, recordaron a sus padres, pensaron en sus hijos, tantearon sus bolsillos, revisaron sus armas, catraspearon y dieron órdenes: eran, se dijeron, clase media; es más: eran



el nervio de la burguesía. Fueron la punta de lanza del bloque burgués. Se alzaron contra el pueblo.

En Chile, donde no pasa nunca nada...

Entre las frases de hechizo y exorcismo que en el seno de las familias constituían la presunta sabiduría oral chilena, ésta, «en Chile nunca pasa nada», parecía adaptarse a la concepción de un Chile que era un lugar común *naïf*: la copia feliz del Edén. Todo se podía arreglar en Chile, era cuestión de confianza, de acuerdos entre caballeros, fórmulas de pasillo de parlamento y redacción de periódicos, encontrarse en la calle Ahumada con huérfanos y solucionar el problema, celebrar la solución en una comida. Todo podía terminar felizmente en un banquete de reconciliación. Fórmulas para cualquier problema de política, tanto el más casero como el más universal. Cuando Arturo Alessandri Palma, después de su segunda presidencia, al día siguiente de la asunción al mando del Frente Popular, luego, es claro, de los muertos del seguro obrero, hizo naturalmente un viaje a Europa para descansar y «estudiar la situación internacional», se entrevistó en Roma con Ciano, el ministro de Relaciones Exteriores de Mussolini (1939). Después de hablarle de la situación de Chile, de extenderse sobre las condiciones sudamericanas, inquirió el viejo presidente al joven conde italiano cuál era la verdad, la «firme» y secreta verdad de los graves conflictos europeos en curso. Después de oír atentamente al ministro —que por cierto se abstuvo de transmitirle sus firmes secretos—, Alessandri, descendiente de italianos y famoso en Chile por su sentido del humor (aunque los caballeros chilenos llaman humor a un pesado sarcasmo pueblerino), pero sin sombra de intención humorística esta vez, reveló hasta qué punto era el paradigma de los políticos chilenos, diciéndole como observación final: ¿Y no habrá una solución de conjunto para los problemas europeos? Hasra el propio jerarca fascista creyó del caso contar con estupor esta entrevista en su diario.

Una «solución de conjunto...», el ideal del político cazarro chileno. Hemos visto tantas soluciones de conjunto, de compromiso, fórmulas mágicas de equilibrio inestable que muchos llegaron a creer en la trivialidad de que a fin de cuentas en Chile no pasaba nada nunca. («Este país está enfermo de ponderación», le oía comentar, mientras yo seguía jugando en el patio solo, a mi tío Pedro por esos años.) Todo se arreglaba en pasillos, y pasillos eran también los órganos de publicidad, pasillos las manifestaciones públicas, los cortejos políticos se parecían a las procesiones religiosas. Todos eran, finalmente, de los mismos. Pero el pueblo era otro y a sus espaldas se arreglaba todo. Sobre sus espaldas. Estas acrobacias, en régimen democrático, se hacen en público y con aplausos del honorable público que paga. Prestidigitaciones.

Pero, también por cazarrería, el pesimismo, un escepticismo también trivial y barato, se abría lugar frente a cada pequeña crisis —los saltos mortales del índice de precios, el fuelle de la inflación perpetua (crisis no tan pequeñas para quienes vivían al *minimum* de

subsistencia)—, y entonces los chilenos de sobremesa exclamaban limpiándose la boca y alzando los brazos a media altura: «¡Este país no tiene remedio!» Lo que no tenía remedio era su sistema de poder, pero como tal sistema se quería idéntico al país, era Chile entero con su geografía, su natutaleza física y humana, su mayoría de pobres, que no tenía remedio. Luego de la exclamación, el chileno en su comedor quedaba desahogado y podía volver al día siguiente al trabajo de cada día, al servicio público de hacer funcionar la inflación succionadora.

Los caballeros más viejos, más desesperados y más caballeros requerían, para descargarse de estas graves preocupaciones de bien común, de una exclamación más radical, la operación quirúrgica imaginaria que debía practicarse en el cuerpo lamentable de Chile era eutanásica, pero sin piedad: como recuerda haber oído hace muchos años un escritor chileno cuando niño, mientras era lustrabotas de club, «hay que vender este país y comprarse algo más chico en Europa». ¿Rasgo de humor? ¿Sarcasmo, rasgo de psicología social!

Vender, comprar. Los caballeros han tenido siempre una afición irresistible por la compraventa en grande, pero con criterio en chico. ¡Vender el país! Si estaba siendo vendido mes a mes, sus minas subterráneas, el salitre, el cobre, el hierro, sus riquezas más profundas a ingleses, a norteamericanos, al extranjero...

¡Europa! se fue a Europa. Volvió de Europa pasando por Estados Unidos, está de viaje en Europa, está estudiando en Estados Unidos. Tiene amigos extranjeros, goza de la confianza de una gran firma de inversionistas, es persona seria: hace negocios con el extranjero. El sueño del criollo rico, transmitido de generación en generación aun después de siglos en América: volver a «Europa», una Europa «del alma» (llamando «alma» al vacío moral dejado por el desprecio hacia los propios pueblos americanos), instalarse en esa costa azul que cubre todo el continente europeo, en esas aguas milagrosas, Baden-Baden, Trevi, Lourdes, termas. ¡Europa!, que con el tiempo pasó también a comprender Estados Unidos.

La muerte en Chile no es respetada. Se dice del vanidoso, hombre o mujer, del que tiene prerensión a elegante, de la que se contonea sin mirar a diestra ni a siniestra, del solitario que no disimula que sus compatriotas le aburren, del que merece ataques porque a los demás él «les ataca» (no interesarse activa y celosamente por el propio grupo social es considerado en Chile una agresión): «¡Se cree la muerte!» El que no comparte la mezquindad de juicio, el que no usa esa vara —esa vara de tendero— que permite medir al centímetro los motivos exactos de todas las acciones humanas, la verdad que el chileno «razonable» y receloso sabe medir de reojo con la vara de la envidia (pero no es llamada envidia, este sentido de la pequeñez o «pisquifiería», sabiduría máxima de lo «real» en esta clase de chilenos), ése no tiene sentido de la realidad, es ridículo, ¡se cree la muerte!

El sentido de la grandeza para ese Chile social es invisible. Al gran luto como a los grandes amores, que no pueden ser medidos con huinchas de medir géneros fungibles, se les atribuye causas minúsculas, locales, conocidas. ¡En Chile todos nos conocemos! (entre nosotros, gente conocida; porque a los otros, a los anónimos de la ciudad y el campo, aunque tengan nombre en el registro civil, ¿quién los conoce? Los pobres, ¿a quién le interesan?). Cómo no vamos a saber los porqué del que tiene la pretensión de emocionarse. Es un pretensioso. Las pasiones, aun cuando sean malas pasiones —y es sabido que lo malo es más grande en Chile para esta gente que la honrad: piensa mal y no errará—, todas pueden medirse con la misma vara. Pequeñas pasiones todas. La gran emoción, la grandeza son cosa inconcebible. ¡Qué se habrá figurado!, pretende ser distinto. ¡Pretensioso!

Al mismo tiempo la muerte es común y corriente. No tiene nada de particular. Todos los días desde hace un siglo (la historia económica de Chile lo ha probado sin lugar a dudas) la inflación monetaria mata anónimos, niños, viejos, pobres. Hasta hay una frase de panfleto, subversiva, ingeniosa e ingenua sobre la materia. La metáfora, que trae a la mente la imagen de asaltos a mano armada en desdoblado, el bandillaje anárquico en los caminos atravesados de un Chile rural de hace cien años, demuestra la vetustez de esta inflación centenaria, genocida: los pobres recortan las carabinas para matar a los ricos, los ricos recortan el peso para matar a los pobres.

No ha habido ni habrá carabinas recortadas con tanta capacidad de tiro en manos de los pobres que puedan afrontar la metralla de la inflación y sus grandes cañonazos que estallan de tiempo en tiempo.

Por ejemplo, a la época en que fue inventado ese juego de palabras, la unidad monetaria chilena era el peso. Bajo el gobierno de Jorge Alessandri hasta la palabra peso cayó víctima de la devaluación. Ahora la moneda se llama escudo. ¿A quién defiende?

La inflación ha sido la manera más cotidiana de morir. Se la ha llamado el «*fatum*» de Chile. Ha habido escritor que piensa que en Chile toda novela debería terminar con un mismo episodio, eternamente renovado y cada vez diferente, trágico, porque cambia las vidas y las cosas y es a la vez previsible, una siniestra parca familiar chilena: la devaluación de la moneda por decisión del gobierno. ¡Se la ha llamado «*fatum*»! Es el *deus ex machina*.

En la alegoría social chilena inventada por quienes se aprovechan del pánico, la inflación galopante es un fenómeno natural como los terremotos.

Chile, país de terremotos. A raíz de uno de los innumerables que hacen pensar, mientras se mueve todavía la tierra, que verdaderamente es probable que el destino de Chile sea correrse entero hacia el mar, resbalando a la insondable fosa geológica de la costa del Pacífico y quedar sepultado ahí en la justicia de toneladas de agua iodada y salobre, caballeros y rotos, pobres y ricos, juntos pero no revueltos (*amicitia sed non familiaritas*, tampoco en la muerte), una

insigne personalidad de las letras criollas, hombre de largo mentón y edad luenga (el *Saint-Beuve* chileno, el *Brunetièrre* y el Maurras, porque las referencias intelectuales debían ser francesas, cuestión de estilo, y asimismo había el Balzac nacional. Y así el hijo de un novelista de sociedad sostuvo —sin convencer, es cierto, sino a sus parientes cercanos— que había un Proust entre el Maule y el Mapocho, ¡cuántos Bourget no ha habido: Víctor Hugo, Zolás, Daudet, y hasta Rimbaud!), contó la placentera anécdota de haber visto en Italia, al momento de comprar el diario, él, de viaje en Europa, el titular de primera página que le heló la sangre. Lo contó riéndose, es hombre de humor fino, mientras nos ofrecían té y dulces: «Il Cile, povero paese terremotato e maremotato!»

¿Quedaré algo?, se preguntó cuando el avión cruzaba desde Argentina los Andes, que a Chile caen de punta y van dejando valles transversales en la región central. «¡Ahí se ven luces! ¡Santiago existe!» El avión lo dejó en el aeropuerto de los Cerrillos, y nos contaba la historia a los pocos días en una terraza interior elevada en la calle Teatinos.

Terremotos; mueren algunos, pierden muchos. Tema de conversación en las terrazas interiores elevadas. Tema de políticos y negociantes; buenos para activas corporaciones de reconstrucción, auxilio, ayúdate, que Dios te ayudará —o el fisco—. Terremotos: así es la vida. Hay que saber perder (sabio principio cuando pierden los otros). Borrón y cuenta nueva.

Cuando los militares el 12 de septiembre, usurpado ya el poder, ocupándolo ilegal, aunque no clandestinamente, desenvainaron sus palabras de orden, recordaron los terremotos y ofrecieron: reconstrucción nacional.

La historia de Chile quisiera —quisieran los empresarios satisfechos de su historia de hoy— ser fenómeno de la naturaleza. Los militares creen ser telúricos —y lo son, terrosos, prehistóricos, con sus cabezas agujereadas como piedras pómez— y erosionar la historia: efectivamente, han hecho un forado en esa historia: han abierto la boca del volcán.



SOLANO



Givoco il Quechucague

Pino Chileno

Palma Chilena

Culen

Juan Ignacia Molina, *Compendio della storia geográfica, naturale e civile del Reyno de Chile*. Bologna, 1776.

LA CIENCIA

Antes de abrir este capítulo de la Cultura Chilena, se impone una explicación acerca del empleo de la palabra ciencia para congregar sólo a los cultores de disciplinas de base matemática, física o biológica. La presente documentación soslaya, pues, conscientemente los problemas relativos a las ciencias sociales o humanas. Al operar esta exclusión transitoria hemos querido concentrar la atención en un sector de la producción cultural que, por su objeto e infraestructuras necesarias haría más visibles los efectos de la brecha existente entre países desarrollados y países subdesarrollados. Evidentemente, al reflexionar sobre las condiciones y objetivos de su labor, el grupo de científicos que ha respondido al cuestionario discurre en un terreno colindante con el de las ciencias sociales. Valioso esfuerzo que revela la estrecha alianza entre el talento relativo a un campo específico, en el que han conquistado reputación en centros de renombre mundial, y la lucidez acerca de su inserción en la evolución cultural de la formación social chilena.

Sorprende al observador, en primer término, la fuerza que cobra en los actuales científicos chilenos el sentimiento de continuidad de una tradición que se remonta a la época de organización de la República. Son evocados con familiaridad apasionada los nombres de aquellos personajes, en su mayoría extranjeros, que contribuyeron a trasladar al país «el espíritu de la ciencia europea» que reclamaba don Andrés Bello. El geofísico Armando Cisternas llega aún más lejos al interrogar a la historia de la cultura acerca de las razones del florecimiento de la actividad científica de ese amanecer republicano y su declinación comprobada en épocas posteriores. El caso del eminente sabio Montessus de Ballore, al que ayudó a rescatar de

un inexcusable olvido nacional, ilustra para él los altibajos de este proceso.

Las respuestas confirman el decisivo papel de la Universidad en el estímulo y desarrollo de la investigación científica. Desde sus documentos de fundación, el vínculo entre Universidad y ciencia ha hecho difícil concebir perspectivas de organización científicas diferentes. De este modo, el proceso de modernización que altera la fisonomía de la educación superior en los años cincuenta tiene también consecuencias apreciables para la ciencia en Chile. El remozamiento de las ideas y de los equipos, la apertura de nuevas áreas de investigación en Facultades e Institutos proponen el rostro académico de las optimistas teorías del desarrollo en boga en el terreno económico. Además, nuevos sectores sociales, en particular las capas medias, que se benefician con la ampliación y diversificación de la vida universitaria, suministran un importante contingente humano a la actividad científica.

Como en el resto de América Latina, los acontecimientos se precipitan en la década siguiente. La necesidad imperiosa de ordenar los elementos de un crecimiento hasta entonces signado por la espontaneidad introducen el tema del planeamiento del desarrollo científico. Surge, así, un organismo destinado a racionalizar los esfuerzos realizados en el campo científico y tecnológico: CONICYT. Los científicos que hablan en estas páginas señalan que los alcances de su acción se vieron limitados por una insuficiente definición de atribuciones y los recursos financieros restringidos. Sin embargo, se anota a su haber la realización de un encuentro de capital importancia: el llamado a un Congreso que reunió a varios centenares de especialistas para definir los rumbos de una política científica. La exacta influencia de la Reforma Universitaria 1967-69 para esta meditación acerca del sentido y fines de la ciencia en Chile es uno de los aspectos interesantes por dilucidar. Lo cierto es que la noción de una Universidad identificada con las necesidades fundamentales del país y con el cambio social parece aún prolongarse hasta los textos de los hombres de ciencia entrevistados.

Independientemente de sus edades, los científicos, cuyas opiniones integran el presente capítulo, pertenecen a promociones formadas con posterioridad a los años cincuenta. Al reunirlos se ha intentado escrutar una duda de fondo: ¿Es posible un desarrollo de la ciencia en una formación social dependiente y subdesarrollada? Con matices distintos, las respuestas son plenamente positivas y es decidor, que desde la perspectiva de centros de decisión cultural se subraye, con entusiasmo, como en los juicios del físico Claudio Teitelboim, el alto nivel de los trabajos de la más reciente promoción de especialistas chilenos.

Antes de terminar permítasenos una nota sobre la selección iconográfica. Juan Ignacio Molina (Guaraculén, 1737 - Bolonia, 1829) es el antecedente más lejano del exilio de intelectuales chilenos. Obligado a abandonar el país debido a la expulsión de la orden de los jesuitas, fijó su residencia en Bolonia, en cuya Universidad profesó largos años. Su vastísima erudición y cultura llamaron la atención de su época. Su obra fundamental, entre sus muchas investigaciones, es el *Saggio sulla Storia Naturale di Chile*, publicada en Bolonia en 1782.

Ignacio Domeyko (Niedzeriadka, Polonia, 1802 - Santiago, 1889). Estudió Filosofía y Ciencias en la Universidad de Vilna. En razón de las persecuciones sufridas como participante del movimiento revolucionario de 1830, hubo de exiliarse de su patria. Prosiguió estudios en la Escuela de Minas de París. En 1838 viajó a Chile, donde ocupó las cátedras de Mineralogía, Geología y Física en la Universidad de Chile. Más tarde llegó al cargo de rector. Su enorme actividad dejó valiosísimos elementos de investigación, especialmente en el campo de la Mineralogía.

Claudio Gay (Draguignan, Francia, 1800 - Flayosc, 1873). Contratado por el Gobierno chileno, sus investigaciones acerca del país fueron entregadas en su monumental obra acerca de la *Historia Física y Política de Chile* (París, Santiago, 1844-1854) en veinticuatro volúmenes. De ellos, seis están consagrados a la historia, dos a una recopilación de documentos históricos, ocho a la flora y ocho a la fauna.

Alejandro Lipschutz (Riga, 1883). En Chile, desde 1926, tiene la nacionalidad chilena. Estudios en Gottingen. Figura muy importante del desarrollo científico en Chile. Creador del Instituto de Fisiología de la U. de Concepción, fundador del Instituto de Medicina Experimental del Servicio Nacional de Salud. Ha sido objeto de innumerables distinciones honoríficas. Sus investigaciones acerca del cáncer le han dado notoriedad internacional. En el campo de las investigaciones acerca de América Latina sobresale su obra *El problema racial en la conquista de América y el mestizaje* (Santiago, 1963). Recibió el Premio Nacional de Ciencias en 1969.

Y una precisión final sobre el protagonista de este capítulo. Armando Cisternas es sismólogo, con títulos de ingeniero civil de Minas, Master of Science y Ph. D. en Geofísica y Matemáticas. Fue profesor de la Universidad de Chile, en la Facultad de Ciencias y en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas. Con posterioridad al golpe, profesor en la Universidad Nacional de La Plata, Argentina, y en la actualidad Maître de Conférences de la Universidad de París. Ha realizado trabajos en Teoría de Propagación de Ondas y Análisis de Mecanismos de Temblores.

Luis BOCAZ

DESARROLLO CIENTIFICO Y SUBDESARROLLO ECONOMICO

ENTREVISTA A
ARMANDO CISTERNAS

—Para comenzar esta conversación quizá fuera útil que tuvieras la amabilidad de explicarnos a los legos cuál es la naturaleza de tu disciplina y qué papel le asignas en el total de la cultura chilena.

Siendo geofísico, me interesan los procesos físicos relacionados con la Tierra sólida. Dentro de esta disciplina estoy especializado en la Sismología, es decir, en el estudio de los terremotos. No necesito explicar a los chilenos lo que es un sismo, pues cada uno de nosotros ha sentido en carne propia innumerables experiencias al respecto. En Chile hemos vivido y continuaremos viviendo con los terremotos. Se los encuentra en las leyendas araucanas, en el folklore, en nuestra literatura; el paisaje de nuestro país ha sido labrado por la actividad sísmica.

Al elegir la Sismología, he tomado a los terremotos como objeto de investigación, con el fin de estudiarlos científicamente. La Sismología es una ciencia relativamente joven: los primeros instrumentos capaces de registrar el movimiento del suelo fueron inventados a fines del siglo pasado. Uno de los pioneros de la nueva ciencia, el francés Montessus de Ballore, fue invitado a Chile después del terremoto de Valparaíso de 1906. Él fundó el Instituto Sismológico y fue su director hasta su muerte, en 1923. Fue una gran época, de una actividad incansable, de publicaciones continuas, de intercambio con otros países. Aún hoy día se citan las obras de Montessus de Ballore. Pero, sobre todo, pienso que es notable el espíritu con que desarrolló su actividad, pues se decidió a venir a nuestro país no por dinero ni por las comodidades, sino fascinado con sus investigaciones, con las perspectivas de realizarlas en un país sísmico.

Demostro durante esos años que era posible hacer trabajo científico de primera clase en un país pequeño como Chile.

Pero mucho antes de Montessus de Ballore, hubo ya esfuerzos por comprender la naturaleza de los temblores en nuestro país. Quiero hacer notar el caso de Mary Graham, amiga de Lord Cochrane, mujer de gran cultura y sensibilidad artística, quien estaba en Valparaíso durante el temblor del año 1822. Gracias a ella poseemos una relación detallada de la sucesión de réplicas de aquel temblor. En medio de la confusión y el pánico, ella guardó la sangre fría y tomó nota detallada de todo lo que ocurría. Sus observaciones sobre el levantamiento de la costa fueron recibidas con escepticismo en los medios científicos europeos, hasta que Darwin efectuara observaciones similares durante el terremoto de Valdivia de 1835.

—¿Qué motivos te llevaron a escoger esa orientación? ¿Puedes contarnos algunas experiencias que consideres importantes en tu vida científica?

—Los geofísicos vienen de diferentes escuelas. Hay quienes salen de la Física, otros de las Matemáticas, de la Ingeniería, de la Geología. Nuestra ciencia tiene el carácter de encrucijada de varias disciplinas. En mi caso, comencé con un interés por las Matemáticas que jamás me ha abandonado. Pero en esa época en Chile no existía una buena carrera de Matemáticas y opté por estudiar Ingeniería, eligiendo la especialidad de Minas. Al terminar mis estudios trabajé durante un año en ENAP, en Magallanes, mi tierra, como ingeniero en exploración de petróleo con métodos sísmicos. En esa época había vuelto a Chile el sismólogo Cinna Lomnitz, y comenzaban a darse las condiciones para formar grupos de investigación. Lomnitz me ofreció trabajo en la Universidad con la mitad del sueldo que ganaba en ENAP. No lo pensé dos veces, y volví a Santiago. Al poco tiempo fui becado a Estados Unidos. Tuve la suerte de estudiar en el Instituto Tecnológico de California (CALTECH), un lugar excepcional por la calidad de las investigaciones que se efectúan allí y por el dinamismo y la vitalidad de los estudios. ¡Era llegar a la primera línea del conocimiento científico! ¡Aprender a investigar! ¡Todos mis sueños de muchacho se realizaban finalmente!

Debo decir que pasé más de cuatro años en un ambiente extraordinariamente creativo, tratando de aprender y evolucionando a medida que iba realizando mi propia investigación. Creo que fui cambiando mi visión un tanto romántica de la actividad científica y de los científicos por otra más madura y más realista. Conociendo la gente y el medio norteamericano, puedo decir que muchos de mis compañeros en Chile eran tan buenos o aun mejores que los buenos estudiantes norteamericanos y que la diferencia radicaba en un problema de organización y de estructuras.

Fui alumno de Frank Press, actual consejero científico del Gobierno de Carter. De él aprendí que una teoría no es buena si no está ligada estrechamente a la práctica, cosa que iba a encontrar después en los textos de Marx. Tengo un excelente recuerdo de él como persona y como uno de los creadores de la Sismología moderna. Ayudó desinteresadamente a los geofísicos chilenos después del golpe, y me ofreció la página editorial de la Revista EOS, órgano de la Sociedad Geofísica Americana para denunciar las persecucio-

nes de la Junta. Pero el apoliticismo y la indiferencia por todo lo que no fuera ciencia eran la regla allí. Mis compañeros que aplicaban brillantemente el método científico al estudio de un problema concreto, no tenían, en general, un gran espíritu crítico en relación con las situaciones sociales o prácticas. Siendo revolucionarios en ciencia, eran más bien conformistas en la vida. Entre los profesores la única voz de protesta veuía de Linnus Pauling, quien llevaba adelante una solitaria y valiente cruzada contra las experiencias nucleares y por la paz.

Yo vivía a dos cuadras de CALTECH y lo veía pasar todas las mañanas en bicicleta. Era lo que en Chile se llama «un viejo choro». Recuerdo que cuando Kennedy organizó en la Casa Blanca un banquete en honor de los Premios Nobel americanos, hubo una manifestación en contra de las experiencias nucleares. Pues bien, Linnus Pauling participó en aquella manifestación en mangas de camisa y con un gran cartel de denuncia, y luego asistió al bauquete. El escándalo fue grande, y también el impacto que causó esta acción. Se habló de encarcelarlo por actividades antinorteamericanas. Los estudiantes de CALTECH, esta vez se movilizaron y organizaron un acto debajo de un enorme nogal, en medio de los jardines. Pauling subió a la tribuna con su esposa y dijo, más o menos, lo siguiente: «Yo no soy un mártir, no quiero ir a la cárcel, entre otras cosas porque tengo una bonita mujer y no quiero separarme de ella; pero aquí está en juego algo mucho más importante, que es el crimen que continuamente se comete contra la humanidad con las explosiones nucleares, cuyos efectos a largo plazo nadie conoce y que irresponsablemente nuestros gobernantes minimizan.» Era 1963, en los albores del movimiento ecologista.

Yo pasaba la mayor parte del tiempo en el Laboratorio Sismológico y asistía a cursos dados por Erdélyi, Feynmann, Robertson, que eran profesores notables. Fueron años de trabajo tranquilo, de producción, ricos en experiencias.

Volví a Chile con un doctorado bajo el brazo, y me tocó a mi vez comenzar a desarrollar algo en mi país, librado a mi propia suerte. Todos los que han vivido esta experiencia saben que es la parte más difícil, que es la etapa decisiva, donde es fácil perderse en el desaliento. Creo que la vivencia más importante —para mí— fue el trabajo con los estudiantes. La iniciación en el trabajo de investigación de alguien que, tiempo después, puede convertirse en un colega lleno de recursos, de seguridad y de iniciativas; es, sin duda, una labor gratísima.

—Sabemos que en estos últimos meses has estado a cargo de equipos científicos de Francia. ¿Cuál es la dirección de tus trabajos actuales y qué utilidad eventual le asignas en relación con Chile?

—Actualmente soy «Maestro de Conferencias» en la Facultad de Ciencias de París. Enseño Sismología y además trabajo en investigación. Sigo estudiando los problemas teóricos de la propagación de las ondas sísmicas y los mecanismos de ruptura de las fallas que producen los terremotos. Pero, además, he iniciado con mis colegas franceses el estudio geofísico de la cadena de los Pirineos. Soy responsable de un proyecto de estudio de la sismicidad en estas montañas. Dos cosas nos interesan: Primero, estudiar en detalle la génesis de los te-

rrerotos, haciendo observaciones geofísicas detalladas, diversas y complementarias; y, en segundo lugar, tener una idea general del movimiento relativo entre España y Francia en relación con el origen de las montañas. Hemos realizado un trabajo de conjunto con la Universidad de Grenoble, la de Estrasburgo y el Instituto Geográfico Nacional de España. Como acabo de decir, tratamos de entender los fenómenos sísmicos, mirando el problema desde varios ángulos: midiendo deformaciones, inclinaciones, campo magnético, geoquímica de las aguas, tensiones existentes en la roca, etc. De este modo, al comprender la génesis de los sismos podemos llegar a la predicción. Hemos descubierto ya que el movimiento entre Francia y España está controlado por una red de enormes fracturas, algunas de las cuales cruzan la cordillera desde Francia hasta España.

Este tipo de trabajo es posible por el desarrollo instrumental que ha habido en los últimos años, y es algo que debe hacerse en Chile. Indudablemente que la elección de este problema está ligada a mi eventual vuelta a la patria. Tal como ya dijimos, el territorio chileno está en continuo movimiento. Sabemos, en líneas generales, que el fondo oceánico se entierra bajo el Continente, a lo largo de la fosa que bordea la costa, y que los Andes y los volcanes son el resultado de esta colisión; pero es necesario conocer el detalle de lo que pasa, poder conocer las características de este movimiento en las diversas regiones del país. Esto sólo es posible si se hacen mapas precisos y detallados de la sismicidad; de este modo se puede llegar a precisar mejor el riesgo sísmico y, aún más, el problema de la predicción de los terremotos.

Nuestro país es uno de los lugares donde estos procesos pueden ser bien estudiados. Recuerdo un caso interesantísimo, la erupción volcánica en Isla Decepción en 1967. Había tres bases en la isla: una chilena, otra argentina y la tercera inglesa. Las tres fueron destruidas por la erupción. Sólo la base chilena poseía una estación sismológica con registro fotográfico, y uno de los militares estaba a cargo de la interpretación y el envío periódico de los datos a Santiago. Desgraciadamente, el operador no se dio cuenta de que la cantidad de sismos iba en aumento. Los datos que llegaron a Santiago al mismo tiempo que comenzaba la erupción, permitían observar que las fracturas iban acercándose a la superficie y por lo tanto predecir la erupción volcánica. Ante nuestra desesperación, el marino que fue a retirar el sismograma del último día, el que contenía el instante de la erupción, iluminó con una linterna el papel fotográfico para ver si había algo registrado.

—*A ti te ha interesado el análisis del desarrollo de la ciencia en Chile. ¿Cuáles son tus ideas, a propósito de una posible periodización?*

—No puedo decir que haya trabajado el problema del desarrollo científico en Chile, pues eso corresponde a los historiadores, y me parece que ellos son los llamados a hacerlo. Tengo, eso sí, como la mayoría de mis colegas, ciertas ideas que se derivan del conocimiento de la evolución de las disciplinas que me interesan. Puede ser que correspondan a una visión muy parcial de las cosas. No hay duda que, a partir de 1964, se vivió una etapa de desarrollo científico acelerado, con un aumento en cantidad y calidad de los aportes,

y un comienzo de planificación; en pocas palabras, un verdadero reinado científico.

También es cierto que durante el siglo pasado un sector de la burguesía trató de elevar el nivel cultural y científico de nuestra patria. Pruebas elocuentes son la creación de la Universidad de Chile y la venida al país de muchos grandes científicos como Domeyko, Gay, Phillipí, sin dejar de nombrar a quien fue el alma de todo este desarrollo: Andrés Bello. Este desecho de constituir un desarrollo nacional en todos los campos correspondía a un espíritu dinámico, empresarial, ávido de conocer, bien expresado por la personalidad de Pérez Rosales, y a tono con la época.

Revisando los antiguos Anales de la Universidad de Chile, me llama la atención la declinación de la actividad científica después de los años 1920. Mi impresión es que existe un vacío que separa, aunque no exactamente en el tiempo, las grandes corrientes políticas y sociales que movilizaron a nuestro país y que fueron el motor de períodos de gran progreso: las etapas que acabaron con Balmaceda y con Allende. En medio de ellas viene un período de dependencia, de sumisión, de un languidecer de nuestra actividad científica. Cada etapa ha tenido características que correspondían a la situación social y a las estructuras existentes en la época. Me parece que éste es un problema que merece ser estudiado. Por ejemplo, ¿cómo concebir, con la actividad sísmica existente en Chile, que ya fuere el Gobierno o las Universidades, no se hayan preocupado de reemplazar debidamente a Montessus de Ballore después de su muerte y aun incrementar el esfuerzo hecho? Ya he dicho que Chile tuvo en él a un pionero, a un fundador de una disciplina científica. Sin embargo, no hay una calle que lleve su nombre, y es ampliamente ignorado en el país. Sólo en 1956, y casi en forma accidental, se comenzó a reparar el descuido con la presencia de Lomnitz. Y creo que cada uno de mis colegas, en forma separada, pueden hacerse preguntas similares en sus respectivas disciplinas.

—De lo que has contado se desprende que tu incorporación a la Universidad se produjo hacia los años cincuenta. Hay muchas opiniones en el sentido que ese período trajo transformaciones apreciables en la Universidad. ¿Cómo se reflejaron, a tu parecer, en el terreno de la investigación científica?

—Me tocó estudiar Ingeniería en la Universidad de Chile a partir de 1951 y conocí bien lo que era la Facultad en ese tiempo, y lo que fue después. No creo equivocarme si digo que cuando inicié mis estudios, los profesores de jornada completa podían contarse con los dedos de la mano. De este modo la Facultad transmitía conocimientos, pero no los creaba. Pero poco a poco comenzó a formarse una nueva generación con un criterio modernizador. Creo que don Hernán Ramírez lo plantea muy bien cuando se refiere a Gómez Millas*. Efectivamente, el recuerdo que tengo de Juan Gómez es ampliamente positivo, pues como rector de la Universidad entró a innovar en materia de política universitaria, y con él recomienza la preocupación seria por el desarrollo científico. Nadie sabía cómo co-

* Ver HERNÁN RAMÍREZ NECOCHEA, «Universidad chilena: democracia y fascismo», *Araucaria*, núm. 3.



Ignacio Domeyko

menzar, pero había que hacer algo, y se eligió la Física Nuclear. Se contrató a físicos holandeses, y un grupo de jóvenes comenzaron a estudiar bajo la dirección de Arturo Arias, que era un brillante profesor de Mecánica Racional. Pronto hubo un acelerador lineal instalado, y toda una serie de jóvenes que estudiaban eutusiasmados a su alrededor. Así se formó la primera generación de físicos. En contraste con ellos está la figura de Gustavo Lira, quien fue rector de la Universidad allá por 1930 y que había sido uno de los alumnos más brillantes de la Escuela de Ingeniería. Enseñaba Física y era el gran patrón todopoderoso a la antigua. En 1925 ya había redactado un curso de Física que era bastante novedoso para la época y que seguía enseñando, sin cambiar una coma..., ¡en 1955! Fue una víctima de las estructuras de la época. No supo o no pudo renovarse. Todo se hizo sin él o más bien contra él. Sólo se dio cuenta de que su rol en la Universidad había terminado, cuando al seguir automáticamente el mismo camino que recorría desde hacía ya treinta años para ir a la sala de clases, se encontró con que éste estaba obstruido por una pared de ladrillos que habían levantado los jóvenes nucleares. Su mundo inamovible había sido destruido en un segundo, y ya nunca más pudo recuperarse. La Reforma de 1968 terminó de cambiar este tipo de mentalidad.

Pienso que fue un error haber comenzado por la Física Nuclear, cuando la Física del Sólido hubiera sido más fácil de desarrollar y más variada en consecuencias. Pero en esa época nadie tenía experiencia y había que comenzar por algún lado.

Pero el representante más destacado de la corriente modernizante fue Enrique D'Etigny. Durante su decanato, la Facultad pasó a ser un centro muy dinámico, con una gran cantidad de investigadores a jornada completa, con material nuevo, recursos para desarrollar planes de investigación y personal que había realizado estudios en el extranjero y que volvía con experiencias diferentes y con ideas y entusiasmo para realizarlas. Todo esto muy desordenado, sin un plan u objeto bien preciso, excepto el deseo de elevar la calidad del trabajo universitario. Para quien conoció lo que era la Facultad antes y después de esta transformación, la diferencia es impresionante. En efecto, tal como ya indiqué, cuando llegué a la Facultad, prácticamente no había grupos de investigación (con contadas excepciones); los laboratorios estaban abandonados, la indolencia de profesores y ayudantes era aplastante y había, en general, la sensación de un gran bostezo. Con decir que Sergio Rodríguez, que ahora es profesor de Física en una Universidad norteamericana, y que era el mejor alumno que había pasado por la Escuela de Ingeniería en muchos años, no podía obtener una beca para estudiar en el extranjero. ¡Qué quedaba para los demás! Finalmente, Rodríguez pudo salir gracias a una beca... que le dio su propio padre. Pocos profesores mantenían viva la llama del interés, en medio de una gran indiferencia de los demás. Recuerdo con gran cariño a Domingo Almendros, profesor de Matemáticas, y a Arturo Arias, de Mecánica Racional, quienes llegaban antes los estudiantes con dignidad y elegancia a entregar lo mejor que podían ofrecer, y que en la Facultad de Ciencias, recíprocamente, contaban con la simpatía y el respeto de todos.

Con el primer contingente de investigadores chilenos que volvió del extranjero surgió, en forma natural, la idea de formar una Fa-

cultad de Ciencias que se desprendiera de la tutela de las Facultades Profesionales. Pero en un comienzo esta idea tropezó con una resistencia muy fuerte de parte de las autoridades de las Facultades afectadas. Hablar de la Facultad de Ciencias llevaría horas, y creo que debería ser el objeto de un estudio mucho más detallado. Sin embargo, no puedo dejar de decir que, a pesar de las enormes dificultades que hubo que superar para materializar esta idea, ha sido una de las experiencias más originales realizadas en el país, y que sus alumnos han sido fundamentales en la formación de la actual generación de científicos. El impacto directo o indirecto de la Facultad de Ciencias sobre la política de investigación en las Universidades chilenas ha sido inmenso.

La transformación posterior de la Universidad tiene sus raíces en el ingreso, durante ese período, de grandes contingentes de estudiantes, sobre todo de las capas medias. Este fenómeno correspondía a un deseo social en que convergían las tesis demócratas-cristianas con las exigencias de democratización de los sectores populares. Pienso que la Reforma Universitaria de 1967-1969 fue la explosión de estas exigencias en una Universidad que había cambiado en forma apreciable, pero cuyas estructuras impedían un mayor desarrollo. Es decir, que la Reforma no habría sido posible sin condiciones objetivas que ya se habían producido en la Universidad. Y me parece que, consciente o inconscientemente, una de las preguntas que se formuló desde los inicios fue: ¿Cuál es la finalidad que vamos a dar a nuestro desarrollo? O bien: ¿podemos contentarnos con una modernización abstracta?

Estas preguntas habían sido ya formuladas por los universitarios argentinos progresistas en su reacción frente a la ideología cientificista. Dados al debate teórico, los colegas argentinos elaboraron en los años sesenta un modelo de Universidad ligada a la realidad nacional. Desgraciadamente, el proceso argentino, y en particular la acción de los jóvenes peronistas en la Universidad, adoleció de fuertes dosis de sectarismo, lo que terminó por aislarlos y precipitó la caída de la Universidad en manos de los sectores más conservadores y fascistas.

Pienso que en Chile la discusión fue más madura, pues se realizó en el marco histórico de un proceso profundamente democrático y pluralista. El debate ideológico que se llevó a cabo durante la Reforma tuvo un carácter masivo, con participación de profesores, estudiantes y personal no académico. Algunos de mis colegas criticaron los excesos del democratismo, y muchas veces con razón. Pero lo cierto es que los investigadores jóvenes, bien formados y brillantes, jamás antes hubiesen podido presentar sus puntos de vista ante todo el mundo, obtener su aprobación y luego los medios de realización práctica. Mi sentimiento es que, junto al clima de tensión política que se vivió durante todos esos años, se tuvo la actividad científica más intensa que jamás hubo en Chile, y ciertamente mucho más libertad, más recursos, más científicos, más posibilidades reales de servir al país que ahora, bajo el Gobierno de Pinochet.

Recuerdo que, como resultado de la Reforma Universitaria, se formó la Comisión de Investigación de la Universidad de Chile, que en 1971 dispuso de un millón de dólares para financiar proyectos científicos durante ese año en las diferentes Facultades. ¡Y ahora, el

militar que ocupa la Presidencia de CONICYT, anuncia con grandes aspavientos que hay un plan de desarrollo de la investigación *en todo el país* con un financiamiento de un millón de dólares *para cuatro años!* Es un ejemplo concreto, irrefutable, de lo que ocurre ahora; de las diferencias no sólo de espíritu, sino reales, que afectan a los investigadores que quedan en el país. Para la Junta, la ciencia no reviste gran importancia, la Universidad debe autofinanciarse y la cultura debe vivir sometida a la censura.

Pero en mi opinión, la diferencia mayor respecto a la situación actual se puede observar a nivel ideológico. La Reforma Universitaria se declaraba partidaria de una Universidad comprometida con el pueblo de Chile. Creo que esta declaración, que fue repetida incansablemente hasta convertirse en un «slogan», tuvo un contenido real que no alcanzó a desarrollarse plenamente, pues el proceso de cambios en su totalidad fue cortado en 1973. Esta declaración tenía un claro contenido político, pues se oponía a la existencia de una Universidad neutral, abstracta, dedicada al cultivo de la ciencia por la ciencia, o a los altos valores del hombre en general, y en cambio exigía la presencia de los universitarios en las transformaciones del país, exigía de los científicos respuestas concretas a problemas urgentes e ideas nuevas para el futuro del país. Yo entendí en forma clara lo que significaba esta consigna, cuando vino la nacionalización del cobre, y la Universidad no estaba preparada para enfrentar los problemas técnicos que se crearon. A pesar del desarrollo que había en muchos campos, el Departamento de Minas de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas tenía una planta reducida de investigadores (no pasaba de diez) y no tenía la capacidad de jugar un rol importante en la resolución de muchas emergencias y menos aun de presentar programas a largo plazo. Hacía muchos años que se preveía que la nacionalización del cobre podía ser una realidad, pero la Universidad no había tomado nota y no se había preparado para la ocasión en que los intereses del pueblo de Chile necesitaban ser defendidos.

—*A través de toda la documentación que hemos venido acumulando en los Capítulos de la Cultura Chilena, la dependencia y el subdesarrollo son señaladas como limitaciones importantes para la producción cultural. ¿Estás de acuerdo con esa evaluación?*

—No se puede hablar del problema del desarrollo científico en Chile sin colocarlo dentro del marco histórico en que se plantea, ni alejado de las realidades socioeconómicas de nuestro país, en particular la dependencia del imperialismo norteamericano*. Tuve que vivir en Estados Unidos para darme cuenta, desde lejos, en qué medida estábamos sujetos a una dominación que se expresa en una variedad enorme de hilos que sujetan en forma más o menos sutil los diferentes aspectos de toda nuestra vida. Esta perspectiva la obtuve conversando con otros estudiantes latinoamericanos de diferentes países. Algunos tenían una claridad política que no necesariamente correspondía a una posición firme de principios, y muchos otros estaban totalmente colonizados ideológicamente hasta el punto de de-

* En este sentido, es muy interesante leer las opiniones del eminente físico brasileño José Leite López entregadas en 1977 a la revista *Impact*, de la Unesco.

fender más acaloradamente la política del Gobierno americano que los intereses de sus propios países. Ciertamente «the American way of life» es tentador para muchos que no pueden o no tienen interés en analizar a fondo las bases de tal sistema. Los casos de arribismo son frecuentes en muchos estudiantes becados. Otros, más honestos, quedan impresionados con los éxitos científicos de los norteamericanos, con la organización de la actividad científica, con la eficacia del proceso de producción de resultados, y prefieren quedarse a trabajar en un país que puede ofrecerles todos los adelantos con facilidad; o si vuelven a sus países se convierten en defensores de los métodos americanos y tratan de implantarlos sin fijarse cuáles son las condiciones reales del país.

Todo esto es bien conocido por los estrategas norteamericanos y es usado sistemáticamente como parte integrante de la política del imperialismo. Los científicos y los profesionales forman una parte importante del proceso de penetración ideológica. Tanto se han repetido estas ideas que todo puede parecer una trivialidad. Pero no por ser trivial deja de ser actual, real y tremendamente eficaz la influencia que ejercen los americanos a través de los lazos que establecen en todos los países con el enorme sistema de becas que manejan.

Evidentemente, después de estudiar en USA, a pesar de tener una posición ideológica de izquierda, y consciente de las relaciones de dependencia de mi país respecto de Estados Unidos, si tengo que elegir un computador voy a estar inclinado a elegir un IBM, pues es el que conozco bien y con el que he trabajado por años. Las cosas no pueden ser más simples.

El problema reside no en el intercambio, sino en la dominación. Nuestro país es subdesarrollado y dependiente; nuestra dependencia acentúa y perpetúa nuestro subdesarrollo, de modo que la lucha por superar nuestro atraso pasa por la lucha por la independencia nacional. Estoy de acuerdo con Jacques Chonchol* cuando dice que no ve alternativa a enviar cuadros a perfeccionarse al extranjero. Más aún, creo que aunque hayamos llegado a un buen grado de desarrollo científico en el futuro, deberemos seguir enviando jóvenes a los diferentes países, tanto capitalistas como socialistas, para que adquieran experiencias y conocimientos nuevos y sigan vitalizando nuestra actividad científica, pero todo esto de acuerdo a una política que refleje los intereses de nuestro país y a decisiones tomadas por nosotros.

En Estados Unidos, el sistema de producción de conocimientos científicos está estrechamente ligado a la dinámica del sistema dominante en ese país: el gran Capital y el Gobierno, incluyendo las Fuerzas Armadas. Existe una política científica determinada a nivel de Gobierno o de la Academia Nacional de Ciencias y que se expresa en grandes programas que orientan las investigaciones específicas. Ejemplos de estos grandes programas son los estudios espaciales, oceanográficos, detección de explosiones nucleares, investigación de formas nuevas de energía, etc. El control de cada investigación se efectúa a través de los «grants» otorgados a proyectos que justifiquen su interés con respecto a uno de estos grandes programas. Pero también investigaciones que se realizan en otros países contribuyen al desarrollo de estos programas a través de varios resortes, el más

* *Araucaria*, núm. 3.



directo siendo el de los «grants», como bien lo destaca el profesor Hernán Ramírez en la entrevista citada. Todos caemos en la disyuntiva de publicar en «revistas de prestigio internacional con comité editorial» o desaparecer como científicos. Y aquí existe otro canal que en la práctica se convierte en un medio de dominio ideológico, pues inconscientemente los investigadores de los países subdesarrollados se orientan a trabajar en «problemas importantes» o en los temas de moda, o investigación de cuestiones que corresponden en su mayoría a los grandes programas que los norteamericanos tienen interés en desarrollar, y siendo norteamericanas la mayoría de las revistas de prestigio internacional se llega a la situación de que los investigadores de los países subdesarrollados enajenan muchas veces inconscientemente su libertad en comités editoriales y en planes de investigación que ni responden a sus intereses personales ni a los de sus países.

La lucha por liberarse de esta situación es bastante compleja, no es fácil y pasa en primer lugar por una batalla ideológica dentro de nuestras comunidades científicas. Es claro que la libertad de un país en el terreno científico sólo será posible cuando se alcance la liberación económica y política. Pero es mucho lo que puede hacerse mientras tanto para avanzar la causa de los científicos y, naturalmente, esa lucha puede ayudar a la lucha más general.

Muchos esfuerzos y mucha discusión han sido ya adelantados en cada país; y a nivel mundial, la conciencia de este problema ha decidido a la UNESCO a adoptar una serie de acciones de apoyo a los esfuerzos de los científicos de los países explotados a superar las condiciones difíciles en que llevan a cabo sus investigaciones. Todo el sistema de producción de conocimientos científicos, con sus diferentes etapas, partiendo de la planificación general, al proceso de distribución de recursos en función de las ideas que tienen los investigadores respecto a esta planificación, al desarrollo de estos proyectos, hasta la publicación y evaluación de los resultados, es sumamente dinámico, pero susceptible de ser organizado. Indudablemente la lucha de muchos investigadores de los países subdesarrollados por llegar a establecer un sistema de producción de conocimiento independiente, forma parte de la lucha por librarse del colonialismo.

Muchas veces he escuchado decir: Chile es un país pobre que no puede darse el lujo de gastar dinero en investigación. Compremos la tecnología que ya funciona (de los americanos). Esta es una expresión de política. Es una política adecuada si el país es dependiente y no entra en contradicción con esta situación. Existe otra formulación de política que consiste en tomar la decisión de tener un desarrollo activo e independiente; reservar un porcentaje que no necesita ser elevado, de las entradas en cada actividad productiva (o algunas) para ser invertidas en investigación, en esa actividad o en otras. Esta decisión corresponde a considerar la investigación como una de las inversiones que hace el país. Evidentemente esta afirmación política entra en contradicción con una estructura económica dependiente en que la mayor parte de la actividad productiva está en manos de monopolios y sólo puede alcanzar el máximo de expresión cuando el Estado tiene los medios para influir en forma eficaz en ella o para controlarla.

Hubo un cierto momento en que la Universidad de Chile recibió 0,5 por 100 de los impuestos del cobre para realizar investigaciones. Creo que ese tipo de experiencias pueden ser estudiadas y ampliadas.

Pero, sobre todo, es importante destacar que en Chile se dan las condiciones naturales como para estar en la avanzada de muchos grandes problemas: por ejemplo, siendo un país con una costa privilegiada, no cabe duda que la oceanografía debería tener un desarrollo moderno y autónomo. Del mismo modo, al existir una riqueza minera excepcional, todos los procesos relacionados con propiedades de materiales deben ser bien conocidos. El salitre fue una gran riqueza mientras no entró en el mercado el nitrato sintético; sin embargo, no se hizo ningún esfuerzo para encontrar otras formas de tratamiento de los subproductos. En el país existe energía hidroeléctrica, solar, geotérmica; pues bien, todos estos campos deberían sernos bien conocidos y nuestros científicos deberían estar en la primera línea de producción de resultados.

Las Universidades no pueden dejar de tener una vocación esencial para hacer investigación. de otro modo, transmitirán sólo letra muerta. Sin embargo, en algunos de estos grandes proyectos es perfectamente lógico que el Estado cree Institutos encargados de estudiar problemas específicos, y que deberían estar estrechamente ligados a las Universidades.

El problema de la organización de la actividad científica se plantea con fuerza en todos nuestros países. La poca experiencia que tenemos nos ha llevado muchas veces a copiar, sin una mayor reflexión, lo que existe en los países desarrollados, y luego a preguntarnos por qué no funcionan aquellas recetas con nosotros.

Francia tiene una política de investigación independiente bien planificada y centralizada a través del CNRS (Centro Nacional de la Investigación Científica) y sus organizaciones filiales, que financian proyectos de investigación, contratan investigadores, crean e instalan nuevos centros y laboratorios, mantienen centros de documentación y la edición de libros y revistas científicos, todo dentro de una planificación organizada en grandes programas. Indudablemente, muchos de estos aspectos, y las experiencias correspondientes son útiles como antecedentes para una futura política a desarrollar en Chile, pero como corresponde a la realidad de un país capitalista desarrollado con grandes recursos, es necesario hacer un estudio crítico.

Otra experiencia apasionante en la organización del trabajo científico es la cubana, que corresponde a un país pequeño que tuvo que vencer dificultades económicas y políticas como el bloqueo de Estados Unidos, el éxodo de los profesionales, entre otras, para construir una sociedad socialista.

—Sería conveniente ahora dirigir nuestra atención hacia el sujeto del quehacer científico. Es evidente que tu imagen del hombre de ciencias difiere de ese perfil de historieta ilustrada que han contribuido a difundir en el público los medios de comunicación de masas.

—El trabajo de los científicos es apasionante por estar ligado al proceso del descubrimiento y al estado de ánimo que lo acompaña. Es un trabajo eminentemente dialéctico, en que el científico trabaja para conocer un objeto de investigación, y en este proceso modifica a este objeto, siendo a su vez modificado por éste. Es dialéctico

también en su relación con el medio en que se desarrolla, con el momento histórico, con el tipo de sociedad existente.

De este modo, la ideología dominante en los países capitalistas ha introducido un tipo de concepción de trabajo científico que está de acuerdo con sus intereses. En particular, lo ha rodeado de una serie de mitos. Bastante difundida es la noción de que el trabajo científico pertenece a unos pocos elegidos, personas excepcionales, que nacen con ciertas cualidades, y que trabajando aisladamente en un momento de genialidad pueden hacer un descubrimiento en un problema que ellos han elegido libremente y que pertenece al dominio de una ciencia universal o absoluta. En toda esta concepción hay muchos aspectos: la existencia de un conocimiento universal, el carácter neutral de las ciencias y de los científicos, la idea de que el trabajo creativo es individual o que la creación es independiente del medio, el científico es un ser que posee una libertad total. A todo lo cual se puede agregar como corolario el que los científicos pueden por su solo trabajo transformar la sociedad, y que el desarrollo científico produce necesariamente el bienestar de la humanidad.

Mucho se ha discutido sobre estos problemas, pero lo cierto del caso es que estas ideas subsisten con bastante fuerza aún hoy en los medios científicos. Cierta parte de la leyenda romántica del científico corresponde a una idealización de las condiciones artesanales en que se hacía ciencia en el pasado. Idealización acentuada por los casos individuales destacados, por ejemplo, por un premio Nobel.

En los países capitalistas avanzados, y más aún en los socialistas, desde hace varias décadas se sabe que el proceso de producción de conocimiento científico obedece a leyes que comienzan a ser bien conocidas. Que se puede pasar de la etapa artesanal y espontánea de los sabios aislados en su laboratorio, a un proceso de producción masiva de descubrimientos, donde lo fundamental es el trabajo en equipo. Este proceso puede ser orientado y planificado, su desarrollo puede ser controlado; se puede construir una infraestructura que vaya desde la formación masiva de personal científico hasta la etapa final de publicación, evaluación y síntesis de los resultados con las diversas salidas al desarrollo de las aplicaciones. Proceso íntimamente ligado a la actividad económica y social del país.

De este modo, en los países capitalistas, los científicos que creen en los valores ya citados en relación con su actividad, han chocado muchas veces dolorosamente con las realidades en que se desarrolla la ciencia en sus países. Por ejemplo, intervención cada vez mayor del Gobierno, de las Fuerzas Armadas y de los grandes monopolios en la definición de los objetivos de la investigación científica, con el consiguiente debate sobre la «libertad del hombre de ciencias». Con gran sorpresa han constatado que aun frente a problemas tan extremos como el trabajo para producir armas nucleares, o productos para la guerra química o bacteriológica, no han podido obtener un frente de científicos, sino que éstos se han dividido de acuerdo a su posición ideológica, de modo que el Gobierno puede llevar siempre adelante sus proyectos, a no ser que un movimiento de masas más amplio sea capaz de crear suficiente presión para detener las cosas.

Del mismo modo el carácter universal y público del conocimiento científico queda desmentido frente al secreto ya sea gubernamental o industrial que afecta a numerosas investigaciones.

Del mismo modo el carácter universal y público del conocimiento científico queda desmentido frente al secreto, ya sea gubernamental o industrial, que afecta a numerosas investigaciones.

Pienso que todo este proceso de desmitificación conduce a ver al científico como una persona que trabaja y vive en una sociedad determinada y que vibra con sus problemas. El desarrollo científico del futuro no será el resultado de algunos Einstein, sino el producto del esfuerzo organizado de miles de trabajadores científicos que atacan problemas que les son propuestos por la sociedad en que viven.

—Todas tus preocupaciones parecen converger a la idea de una Política Científica para el país. ¿Estimas que no la ha habido en el pasado?

—Creo que no puede hablarse de planificación científica en nuestro país en el sentido moderno del término, sino a partir del momento en que se crea CONICYT con el proyecto modernizante que defendía la Democracia Cristiana. Después vino el proceso revolucionario y la Unidad Popular propuso que la investigación científica fuese íntimamente conectada a los problemas planteados en el país por las exigencias múltiples de ese proceso. El dinamismo de las transformaciones producía una ebullición nunca vista. Las perspectivas eran infinitas y las ideas de una variedad sin límites. Es decir, había condiciones objetivas para producir un desarrollo acelerado de la actividad científica, y en la práctica unas Universidades más que otras, dependiendo del grado de compromiso con el proceso, se abocaron a estudiar un gran número de problemas. En el artículo de Enrique Kirberg* se pasa revista a la gran participación en el proceso que tuvo la Universidad Técnica.

El debate habido durante la Reforma Universitaria, y las transformaciones de estructura e ideológicas que siguieron fueron también elementos fundamentales para preparar el terreno para un buen trabajo. Por ejemplo, después de la Reforma se creó la Comisión de Investigación de la Universidad de Chile.

Sin embargo, creo que tuvimos serias deficiencias en la generación y aplicación de una política científica durante los tres años del gobierno de la Unidad Popular. Al mismo tiempo, durante ese período hubo logros significativos en el terreno de la democratización y de la planificación, en especial con el gran debate en torno al primer congreso de científicos organizado por CONICYT.

El Gobierno, enfrentado a urgentes problemas que requerían acción inmediata, y frente a los ataques que recibía en todos los terrenos, dio su prioridad a los problemas que afectaban directamente a la gran masa de la población. La investigación científica ocupó un lugar de espera. La distribución del presupuesto dejó a CONICYT con los medios para financiar los sueldos de los funcionarios y continuar con el ritmo de trabajo anterior, pero sin los recursos necesarios para ocuparse de controlar efectivamente la labor de los investigadores. Los diversos proyectos fueron financiados directamente por las Universidades o por las instituciones gubernamentales. El número de proyectos, los recursos, la cantidad de investigadores creció respecto al período anterior, pero no en la forma esperada,

* *Araucaria*, núm. 3.

necesaria para respaldar a largo plazo un enérgico desarrollo de la economía nacional.

Nuestra inesperienza en el manejo de la planificación científica pesó, desde luego, en los errores u omisiones que se cometieron, sobre todo omisiones. Los objetivos trazados por CONICYT: determinación democrática de las orientaciones del desarrollo científico, planificación de la investigación fundamental y aplicada y racionalización de los recursos (ver el libro *Por la Universidad chilena*) corresponden a condiciones necesarias para el buen desarrollo de una política científica, pero no resultaron suficientes. Es innegable el adelanto que significa haber llegado a aplicar estas ideas, pero es justamente en la aplicación en que no avanzamos suficientemente. Por ejemplo, los investigadores chilenos no llegaron a conocer una política científica coherente basada en el debate producido en el primer congreso de científicos. Otro punto importante es que aun si esta política hubiera estado claramente delineada, CONICYT no tenía control de los recursos que eran necesarios para llevarla a cabo. Es cierto que frente a esta insuficiencia, CONICYT trató de jugar un papel de coordinador de los proyectos que distintos ministerios llevaban a cabo, pero no tenía fuerza sino para servir de enlace o central de información.

—En la documentación acerca de la Universidad, la mayoría de los participantes consideraron normal la identificación que existe en Chile entre investigación científica y Universidad. Entre los rasgos de una Política Científica, ¿te parece adecuado ese criterio?

—Pienso que una de las causas de que nuestra planificación científica haya sido deficiente en el pasado corresponde al hecho de que si bien se progresó extraordinariamente en muy poco tiempo, todavía no se había alcanzado un desarrollo adecuado para dar contenido a tal planificación. Es por eso que toda política científica que elaboremos hacia el futuro debería contemplar la formación masiva de cuadros científicos.

Los nuevos científicos chilenos deben tener una muy buena formación básica que les permita atacar con facilidad una gran variedad de problemas. Deben tener la mejor educación posible, tanto en Chile como en el extranjero, recogiendo las experiencias más variadas y actuando como elementos que revitalizan permanentemente nuestra actividad. Pero al mismo tiempo, los nuevos científicos chilenos deben tener conciencia clara de las realidades y de los problemas del país, no sólo en su propia disciplina, sino en todo lo que concierne a la mayoría de los chilenos. Es decir, que no considero al científico como una persona neutra o indiferente. Mi experiencia me muestra que, en general, mis colegas que han elegido la carrera científica, muchas veces con sacrificios, son personas que poseen un alto grado de idealismo, y que siendo movidos por aspiraciones muy nobles pueden perfectamente comprender la importancia de su rol en el progreso del país en el campo económico y social.

En segundo lugar, ya hemos hablado de los aciertos y deficiencias de CONICYT en el pasado. Creo que no es posible solucionar aquellos problemas si el Gobierno que reemplace a la dictadura fascista no toma la decisión explícita de llevar adelante una vigorosa política científica, dando a CONICYT los recursos y los medios para

realizarla. No se trata, por supuesto, de centralizar todos los recursos en CONICYT, sino de dotarla de los adecuados para que pueda, efectivamente, guiar una política a través de programas coordinados con las Universidades y otras instituciones.

En tercer lugar, CONICYT debe tener como objetivo prioritario la formación de una estructura de producción de conocimiento científico, que contemple todas las etapas de tal proceso: formación de investigadores, creación de laboratorios e institutos, planes de investigación, presentación y evaluación de proyectos, congresos científicos, publicaciones, evaluación y aplicación de los resultados, infraestructura (bibliotecas, laboratorios, centros de cálculo, etc.).

Al llamar al I Congreso de Científicos, CONICYT rompió con los moldes burocráticos y se acercó a los investigadores enriqueciéndose con sus contribuciones, ligándolos a su vez a un proceso de carácter democrático y representativo de los anhelos de cambios de los chilenos. Esta u otra forma equivalente de participación debe formar parte de la futura organización de nuestra actividad científica.

Mucho y muy duro va a ser el trabajo para reconstruir todo el destrozo que el Gobierno de Pinochet ha causado en el terreno de la cultura, la educación, la ciencia. Sectores completos de la actividad creadora han sido lisa y llanamente suprimidos, como es el caso de excelentes departamentos de ciencias sociales o políticas; otros han sufrido tal descalabro que apenas funcionan normalmente; otros, en fin, la mayoría, no tienen fondos para funcionar y se reducen casi a la sola actividad docente. Esta destrucción masiva de nuestra capacidad creadora ha merecido la condena internacional y la preocupación especial de la UNESCO, que ha buscado formas de ayudar a mantener vivas ciertas áreas culturales o científicas amenazadas de asfixia o desaparición.

El pueblo chileno tiene grandes cualidades que se han expresado durante toda su historia en diversas formas. También en el terreno científico existe una potencialidad que debe ser desarrollada al máximo. Actualmente se pierde la mayor parte del talento de nuestros jóvenes. Prácticamente un porcentaje mínimo de hijos de obreros o campesinos pueden tener acceso a la Universidad, mucho menos a carreras científicas. Nuestro pueblo merece mucho más que aquello. Ningún joven con talento debería no tener una beca. Es el bienestar y la dignidad del país que lo exigen. Pero la raíz del problema es evidentemente política: aquellos Gobiernos que menos se preocupan de sus pueblos y que más aceptan el yugo de la dependencia son los que menos se preocupan del desarrollo científico. Por otro lado, el ejemplo cubano demuestra el grado de desarrollo que puede alcanzar un país pequeño, a pesar de condiciones especialmente difíciles, en el terreno científico.

—Y una última pregunta, como miembro del sector de las denominadas Ciencias Exactas. ¿Cuál es tu visión de las relaciones entre esas Ciencias y las Ciencias Sociales?

—El objeto de cada ciencia es diferente, pero el método científico es el mismo en todos los casos. Cada ciencia tiene, además, un desarrollo que le es propio y que corresponde a su historia. Por ejemplo, la Biología y la Química en estos momentos son mucho más cuantitativas de lo que eran en el siglo pasado. Lo mismo ocurre con la Geo-

logía y la Economía. Es obvio que en una primera etapa el conocimiento del objeto se hace en una forma muy directa, empírica; es la etapa de recolección de datos, de duración muy variable. Y más adelante viene el trabajo de síntesis, que produce las primeras formulaciones teóricas, es decir, la posibilidad de hacer predicciones que generan nuevos experimentos.

Las Ciencias Humanas no difieren de las llamadas Exactas sino por el objeto de estudio. El mismo rigor científico debe ser empleado en todas ellas. Quienes rechazan la calidad de ciencias a las relacionadas con los hombres y sociedades, cometen un grave error. Sin embargo, pienso que tal situación puede darse sólo en los regímenes más regresivos como los Gobiernos fascistas en América del Sur. La quema de libros en Chile y la prohibición de lo más importante de la cultura latinoamericana (Neruda, Vargas Llosa, Cortázar, García Márquez, Benedetti, etc.) en Argentina nos hacen pensar en la Alemania del año 1933.

Nombres como los de Marx, Freud, Chomsky están ligados en forma definitiva a la aplicación exitosa del método científico al estudio de los hombres.





Abate Molina.

CUESTIONARIO SOBRE POLITICA CIENTIFICA CHILENA

Pregunta 1: *¿Cuáles son, a su juicio, las limitaciones que la dependencia y el subdesarrollo imponen a la investigación científica, tanto en su especialidad como en el conjunto de las disciplinas científicas?*

Pregunta 2: *¿Qué opina sobre la política científica que ha existido en el pasado en Chile y sobre la que existe actualmente?*

Pregunta 3: *¿Cuáles serían, a su entender, las principales medidas de una política científica que permitiría conservar, recuperar o alcanzar el nivel de las ciencias de los países desarrollados?*

Este cuestionario fue enviado y respondido por las siguientes personalidades del mundo científico y profesional chileno:

Vladimir HERMOSILLA: Ecólogo, pionero de la especialidad en Chile, Investigador-jefe de Ecología y luego Director del Departamento de Ciencias Naturales y Exactas de la Universidad de Chile (Sede Santiago Sur). Autor de una treintena de trabajos en su especialidad. Actualmente en el exilio, Profesor Invitado de Ecología en la Facultad de Ciencias Agrarias, Universidad de Bonn, República Federal Alemana.

Claudio ITURRA: Profesor de Historia y Geografía, Profesor de Introducción y Teoría de la Historia, Universidad de Chile de Santiago y Valparaíso. Secretario Ejecutivo de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT). Actualmente en el exilio, desempeñándose como Wissenschaftler Oberassistent en la Sección Historia de la Universidad Karl-Marx, de Leipzig, República Democrática Alemana.

Jaime SCHWENCKE: Bioquímico, Profesor e Investigador del Departamento de Química, Facultad de Matemáticas y Ciencias Naturales de la Universidad de Chile (Valparaíso). Ha publicado numerosos trabajos científicos en revistas chilenas y extranjeras, y realizó estudios de postgrado en la Universidad de Albany, en Nueva York, Estados Unidos. En la actualidad, es Encargado de Investigaciones en el Laboratorio de Enzimología del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), Gif-Sur-Yvette, Francia.

Claudio TEITELBOIM: Licenciado en Ciencias, con mención en Física, 1969 (Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile); Ph. D. por la Princeton University (1973). Especialista en Relatividad General, materia en torno a la cual ha escrito innumerables trabajos, algunos de los cuales le han significado distinciones internacionales del más alto nivel. En la actualidad es Profesor Asociado en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Princeton.

VLADIMIR HERMOSILLA



1. A la dependencia y el subdesarrollo económico es consubstancial la dependencia y el subdesarrollo científico, hecho que se puede comprobar recurriendo a los más diversos parámetros. Me referiré a uno muy simple, el de las revistas científicas. Con la sola excepción de las que se editan en los países socialistas, la inmensa mayoría de estas publicaciones provienen de los grandes países industrializados y —al margen de su buen nivel científico— la mayoría de los trabajos que en ellas aparecen son el resultado de investigaciones realizadas por científicos de esos mismos países, en laboratorios que pertenecen a ellos y en torno a temas que les son propios. Rara vez está presente el Tercer Mundo en estas publicaciones.

El intercambio científico, por otra parte, es cada vez más y más un «diálogo Norte-Sur», pero no un diálogo entre iguales, sino entre «mundos científicos» muy dispares, a menudo antagónicos, y que ha llevado, por lo general, a imponer una visión de los problemas del Tercer Mundo que corresponde al prisma del mundo desarrollado (capitalista). Es un diálogo-intercambio muy desigual: entre científicos que lo tienen todo (laboratorios, bibliotecas, tranquilidad económica, personal técnico, equipos, pocas horas de docencia, posibilidades de perfeccionamiento, etc.) y científicos que no disponen sino de recursos mínimos y que están, por otra parte, «educados» para trasladar mecánicamente las experiencias científicas realizadas en el «Norte».

En verdad no es un diálogo, porque se ha impuesto sin discusión el criterio del poderoso. De allí nace en el plano científico nuestra dependencia total, que se expresa en el énfasis que se da a algunas disciplinas que tienen interés prioritario para el mundo desarrollado y en cuyo contexto se sitúa el problema llamado de la «exportación de cerebros».

Al «imperio económico y cultural» no le interesa ayudar al impulso o desarrollo en el Tercer Mundo de las ciencias naturales propiamente tales: Botánica, Zoología, Ecología, Geografía, Geología, Edafología, Entomología, Climatología, Mineralogía, etc. Estas ciencias tienen la particularidad de ser «nacionales», en el sentido que exigen soluciones nacionales, autóctonas, porque cada uno de sus problemas son peculiares a las regiones que los cobijan. Las solu-

ciones, por lo tanto, tienen que ser originales, no se pueden importar o ser el producto de la simple imitación de métodos foráneos

Hay un ejemplo en Ecología que muestra la dependencia científica en que se encuentra Chile. La inquietud ambiental que recorre el mundo también llega a nuestro país, pero desgraciadamente se pone énfasis en problemas que son de principal relevancia en las sociedades altamente industrializadas, como la contaminación ambiental o la polución de las aguas. Estos problemas existen, sin duda, en Chile, sobre todo en Santiago; pero nuestro problema mayor de desequilibrio ambiental es el de la erosión, con todas sus implicaciones directas y colaterales. Hoy en Chile tenemos erosionados el 65 por 100 de los suelos agrícolas, erosión severa en el caso del 25 por 100 de esos suelos. Se trata de una situación que se agrava de año en año sin que haya conciencia verdadera de ello. Nuestra dependencia nos ha llevado a eso: a «importar» hasta los problemas ambientales, des- cuidando los que efectivamente existen.

2. Tengo mis dudas acerca de si existió realmente en Chile, en el pasado, una política científica. Si la ha habido, habría que calificarla de «espontaneísta», debido a que no respondió a una política clara de desarrollo. Fue, más que nada, el producto de las inquietudes personales de algunas autoridades, principalmente en el ámbito universitario, mucho menos en el ámbito gubernamental.

Con la Reforma Universitaria se estaba empezando a formular una verdadera política en el campo de la investigación científica. Todos los síntomas en este aspecto eran altamente promisorios.

La realidad, hoy, como se sabe, es muy diferente. Con la llegada al Poder de la Junta Militar, la investigación científica chilena atraviesa por la peor de sus crisis. Cálculos conservadores estiman que necesitaremos entre treinta y cuarenta años para superar esta crisis a partir del día en que se logre cambiar la situación política.

Son muy pocos los investigadores que siguen trabajando en las Universidades chilenas, porque la investigación científica «no cabe» en el esquema de autofinanciamiento que hoy se preconiza. Somos más que nunca dependientes; seguimos, más que antes, importando las soluciones a nuestra problemática científica.

3. No creo conveniente que nuestra meta sea «alcanzar el nivel de la ciencia de los países desarrollados». Tenemos que hacer una planificación de nuestro desarrollo científico partiendo de nuestras propias premisas históricas, nuestras raíces culturales, que son distintas a las de los países desarrollados. Tenemos también que ser muy realistas y medir bien nuestras posibilidades concretas; tenemos que mirar más hacia «nuestros iguales», los países del Tercer Mundo. Hay que aprovechar, es cierto, el bagaje científico acumulado por los grandes países industriales, pero sin perder de vista nuestras propias escalas de valores.

En cuanto a las medidas a tomar, creo que son de dos órdenes. Un orden que se inscribe dentro de un marco general de referencia, es decir, la investigación científica inmersa en la situación política, económica, social y cultural del país. Esto comprende: derrota del fascismo y vuelta a la democracia plena; erradicación de la desnutri-

ción infantil, del analfabetismo; implementación de una educación general basada en una ética más humana, que induzca a los individuos y a la sociedad a adoptar actitudes y comportamientos que respondan de una manera sensible a las relaciones complejas y en constante evolución entre el hombre y la naturaleza y entre los hombres entre sí.

Un segundo orden de medidas se refiere a situaciones particulares: debe devolverse a las Universidades su autonomía, crear una Academia de Ciencias al más alto nivel de excelencia, que sea responsable de toda la política de investigación científica; reintegrar a todos los científicos a sus lugares de trabajo; aumentar el diálogo y el intercambio con los países del Tercer Mundo, sin descuidar el contacto ya existente con los grandes países desarrollados; mejorar sustancialmente nuestras bibliotecas especializadas y nuestros laboratorios; otorgar facilidades para la participación permanente en seminarios, simposios y congresos; aprovechar al máximo las posibilidades que ofrecen los organismos internacionales, gubernamentales y no gubernamentales. Hay muchas medidas menores más, pero creo que he enumerado las principales.

(Bonn, RFA)

CLAUDIO ITURRA



1. La dependencia y el subdesarrollo marginan, alejan de manera creciente a una sociedad de la Revolución Científico-Técnica (RCT). O sea, la enajenan de uno de los procesos más decisivos de la vida contemporánea, con lo que no hace sino reproducirse de manera progresivamente más profunda la dependencia y el subdesarrollo. Por ello, la ruptura de la dependencia —el camino hacia la independencia— es un eslabón decisivo para las posibilidades de desarrollo de la actividad científico-técnica. Tal es el sólido y esencial fundamento de la convergencia de los intereses de la comunidad científica y del conjunto de los trabajadores, los marcos de posibilidades objetivas de una alianza.

La RCT transforma de manera cualitativa, radical, las fuerzas productivas, al posibilitar la conversión de la ciencia en fuerza productiva directa, lo que suscita —correspondientemente— el cambio revolucionario de la base material y técnica de la producción social, de su contenido y de su forma, del carácter del trabajo y su división

social. Con ello, se modifican las diversas esferas de la vida social, de la educación al modo de vida, de la psicología individual a la cultura.

La dependencia tecnológica es el elemento determinante de la marginación de las sociedades dependientes y subdesarrolladas, dentro de las relaciones capitalistas, al inhibir la aparición desde la vida socio-productiva de una demanda pertinente a la actividad científico-técnica. Con ello se da un fenómeno estructural cuyo reconocimiento genera la convergencia de las más diversas tendencias:

«La actividad científica y tecnológica se desarrolla con independencia de las necesidades productivas locales y se vincula, en cambio, estrechamente con el flujo mundial de conocimiento, determinado por las necesidades de los países más avanzados»¹.

«Los grupos e institutos encargados de la planificación y control dentro de los países, los encargados de la implementación industrial y los grupos e instituciones con capacidad para copiar, adaptar o crear tecnología, esto es, las Universidades e Institutos Tecnológicos, trabajan desconectadas»².

«... en general, la actividad científica nacional ha vivido desvinculada de las actividades productivas, radicándose casi totalmente en las Universidades y asociada preferentemente a la docencia, cumpliendo de esa forma más bien finalidades metodológicas en la formación de profesionales e investigadores»³.

Incluso los Institutos de Investigación estatales generaban, antes del Gobierno Popular, su investigación en términos puramente internos en más del 80 por 100, como lo muestra el estudio de CONICYT, «Organismos Nacionales para la promoción, coordinación y ejecución de las investigaciones», elaborado en 1970.

Por otra parte, la organización de nuestra actividad científica y tecnológica —estructuralmente divorciada de la vida socioproductiva— muestra otros rasgos de dependencia y estrechez históricos, igualmente derivados del carácter capitalista dependiente y subdesarrollado de nuestra sociedad. Por ejemplo, una encuesta efectuada en 1966 mostró que «el 76 por 100 de los profesores realizó sus estudios en Estados Unidos o en Europa Occidental. Los Estados Unidos aparecen claramente distanciado del siguiente país, Francia... La dependencia con respecto a Estados Unidos, Francia, Alemania Federal y Gran Bretaña, iniciada con la formación, continúa durante la vida académica... se extiende al ámbito de perfeccionamiento ulterior... No sólo la abrumadora mayoría desea hacer estudios superiores de su especialidad en el extranjero, sino que el 83,5 por 100 de este grupo no ve más que cuatro países como sitios a donde ir»⁴.

¹ Corporación de Promoción Universitaria (CPU)-Centro Interuniversitario de Desarrollo Andino (CINDA) «El sistema de desarrollo científico tecnológico en la Subregión Andina», Santiago, 1977, pág. 121. Entre otros, participaron en este estudio, Joaquín Cordua, Jaime Lavados, etc.

² LUIS SOTO KREBS, *Algunas ideas sobre Institutos Tecnológicos*, en revista «Nueva Sociedad» núm. 8-9, septiembre-diciembre, 1973, Costa Rica, página 142.

³ RICARDO AROCA, *Informe a la Jornada sobre Ciencia y Tecnología del Partido Comunista de Chile*, en revista «Apuntes» núm. 3, mayo-junio 1972, Santiago, pág. 84.

⁴ Informe chileno a la II Conferencia para Dirigentes de Política Científica de América Latina, UNESCO-Conicyt, 6 a 13 julio 1971, Viña del Mar.

En la época actual, de desarrollo de la RCT, en todos los frentes se han superado las viejas antinomias entre ciencia pura y ciencia aplicada, puesto que la ciencia contemporánea es investigación organizada y, a la vez, deliberada explotación de sus resultados, aboliendo las tradicionales fronteras que separaban al saber de su utilización. Nuestra comunidad científica participa en la RCT en forma alienada, unilateral, en la medida que la mayor parte de nuestra ciencia se ha desarrollado «pura» respecto de nuestras necesidades socio-productivas, entrando, sin embargo, en el circuito de su aplicación en los países de los cuales dependemos más estrechamente en ese plano y que más arriba se han identificado. Así, un país capitalista dependiente y subdesarrollado y su comunidad científica han colaborado a la RCT que protagonizan los países capitalistas desarrollados, aumentando —con esa forma de participar— su subdesarrollo y dependencia.

2. En el pasado, la actividad científica tenía una vida democrática que ahora no tiene. El contraste entre el pasado y el presente es absoluto, sin perjuicio de que entre el Gobierno Popular y la actividad anteriormente desarrollada visualicemos importantes diferencias.

En la década del sesenta —y dentro de la «Alianza para el Progreso», estrategia continental trazada por los Estados Unidos como alternativa de la Revolución Cubana— la Organización de Estados Americanos (OEA) propicia la formación en los diferentes países americanos de Consejos o Comisiones gubernamentales de investigación científica y tecnológica destinados preferentemente a hacer «diagnósticos» sobre la actividad científica y a su «fomento», considerado éste como el estímulo a investigadores sobre la base de su «excelencia científica», sin referencia a las necesidades de desarrollo programado de la ciencia.

Es así cómo en Chile nace en 1967 la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT), que para realizar sus «acciones de fomento» había constituido cuatro secciones «científicas»: Biología, Ciencias Exactas, Tecnología y Ciencias Humanas. Estas secciones se constituyeron a partir del nombramiento —por el presidente Eduardo Frei— de doce científicos en cada una de ellas y se reproducían a partir de las proposiciones hechas por sus propios integrantes.

CONICYT, además, en las postrimerías de la Administración de Frei, pasó a administrar la llamada Asistencia Técnica Internacional, que está constituida por las becas de la cooperación científica y cultural intergubernamental, por la cooperación científica y técnica de los organismos del sistema de Naciones Unidas, de la Organización de Estados Americanos y de otros sistemas de carácter regional.

La actividad desarrollada por CONICYT hasta el momento de constitución del Gobierno de la Unidad Popular, no afectó de manera sustancial los rasgos característicos de la organización de la actividad científica en Chile.

Paralelamente al nacimiento de CONICYT, las Universidades chilenas vivían un intenso proceso de reforma que apuntaba a la simultánea democratización de su ingreso, así como de su gestión y gobierno, a la vez que se percibía la necesidad de dar un salto en los niveles de excelencia académica, así como de inscribir las tendencias

del desarrollo y actividad universitarios dentro de las tendencias de desarrollo del conjunto de la sociedad.

Con el surgimiento del Gobierno de la Unidad Popular se le planteó a CONICYT —y, por ende, a sus nuevas autoridades— el objetivo de promover la estructuración y desarrollo del sistema científico de un país capitalista dependiente y subdesarrollado que pugna por salir del subdesarrollo y romper la dependencia por medio de una vía no capitalista y de amplia democracia.

Para alcanzar lo anterior se diseñaron cuatro líneas centrales de acción:

- Determinación democrática de las líneas de desarrollo científico.
- Programación de los requerimientos científicos y tecnológicos de los diferentes sectores productivos y sociales.
- Racionalización de los recursos que concurren a la actividad científica.
- Adecuación institucional de CONICYT para posibilitar una acción sostenida en relación a los puntos anteriores.

Dentro de estos marcos, CONICYT realizó una permanente actividad de racionalización y captación de mayores recursos financieros tanto nacionales como internacionales; desarrolló y perfeccionó los mecanismos para la conformación de un sistema de documentación científica; se insertó en los mecanismos de importación del material científico (la inmensa mayoría del utilizado en la actividad científica chilena), y determinó la factibilidad e inició la constitución de una «Bodega de Material Científico» que mediante la formación de «stocks» centralizados abarataba costos, normalizaba marcas y tipos y aseguraba servicios; perfeccionó la programación de la demanda y uso de la Asistencia Técnica Internacional, etc. Sin embargo, su acción sustancial se centra en la organización, realización y aplicación de las conclusiones del I Congreso Nacional de Científicos.

El I Congreso Nacional de Científicos

Este Congreso fue un evento que se realizó en varias etapas: *a)* el Consejo de CONICYT dispuso la formación de veinticuatro «Comités de Tema», doce de carácter disciplinario y doce en torno a áreas problemáticas. Los primeros fueron integrados por científicos de reconocida excelencia y los segundos por técnicos, ejecutivos y científicos. De esta constitución preliminar de Comités de Tema surgió una serie de proposiciones que, al ser consideradas por el Congreso de CONICYT, hizo subir los Comités de Tema a treinta.

Aquéllos elaboraron el estudio y determinación preliminar del tema y se organizó en seguida: *b)* la Etapa Regional del Congreso, la que se llevó a cabo en Antofagasta, La Serena, al paraíso, Concepción y Punta Arenas.

Durante la Etapa Regional, sobre la base del documento preliminar elaborado por el Comité de Tema, se reprodujeron a esa escala los comités, en la medida que ya sea la dotación científica o las actividades sectoriales sustantivas lo permitieran.

Paralelamente, se perfeccionaban en terreno los estudios de diagnóstico del sistema científico realizado por CONICYT, que participaba técnicamente en todas las etapas del Congreso.

Finalmente, las conclusiones del Congreso en sus diversas Etapas Regionales convergieron a: c) la Etapa Final, realizada en Santiago en julio de 1972. En ésta participaron 1.200 personas, de las cuales más de 800 provenían de la comunidad científica y el resto de los diferentes sectores productivos o sociales.

Los científicos conformaron su representación de manera voluntaria, auspiciados por la respectiva estructura a la que pertenecían, y sancionados, en última instancia, por los miembros del Comité de Tema (a los cuales se integró desde los inicios a los miembros de las antiguas secciones científicas de CONICYT). Las conclusiones de este trabajo que en su conjunto abarcó a la inmensa mayoría de la comunidad científica y a importantes cantidades de técnicos provenientes de los diversos sectores de la vida nacional entregaron un riquísimo material para el desarrollo de la actividad científica, por un lado, requerimientos específicos de la producción y los servicios e igualmente formas de estructuración de la actividad institucional de CONICYT⁵.

Desde este ángulo —y para llevar a cabo las líneas de desarrollo científico y temático propuestas— se produjo la modificación institucional de CONICYT: en lugar de las cuatro Secciones Científicas se constituyeron doce, otras tantas «temáticas» referidas a áreas-problema y además se crearon dos de carácter institucional, la «Sección Universidades», en la cual participaban los rectores y los encargados de investigación de las ocho Universidades y la «Sección Institutos Gubernamentales de Investigación».

La síntesis de esta experiencia muestra la factibilidad de un desarrollo científico sobre la base de la participación democrática de los científicos a partir de su formación e interés en el desarrollo disciplinario, así como la incorporación a su actividad de los grandes desafíos de la vida nacional.

Me gustaría aludir, por otro lado, a las Universidades durante el Gobierno de la Unidad Popular. Desde la perspectiva de CONICYT —y sin perjuicio de valorar los inmensos avances en la democratización— se apreciaba con nitidez la inadecuación de una Educación Superior como cauce único y tan asistemática en su desarrollo: «Ninguna de ellas (las Universidades) tiene nexos legales o de coordinación con la planificación central del Estado y, salvo la reunión del Consejo de Rectores, tampoco existe relación o coordinación entre ellas. Estos dos hechos llevan a constatar que cada una de nuestras Universidades son pequeñas repúblicas independientes compitiendo entre sí...; cierto es que cada una de las Universidades realiza esfuerzos de planificación, a corto y mediano plazo, pero no es menos cierto que esta planificación, sin una planificación general, a nivel nacional, del conjunto universitario viene a ser otro elemento de anarquía»⁶. Esta situación constituía un desafío que no

⁵ Informe sobre el Congreso Nacional de Científicos, CONICYT, Dirección de Planificación, Departamento de Estudios, Santiago, noviembre 1972.

⁶ ENRIQUE PARÍS, *Hacia un sistema universitario*, en «Principios», número 151, mayo-junio, 1973, Santiago de Chile, págs. 55 y 58.

alcanzó a enfrentarse y que señala una tarea para la etapa de recuperación democrática de nuestra Patria.

Por otro lado, en el interior de las Universidades, fundamentalmente de la Universidad de Chile, el proceso de Reforma —positivo y progresista en sus rasgos esenciales— generó algunos elementos secundarios perturbadores para el desarrollo de la actividad científica y que considero necesario traer a la consideración de un más objetivo análisis sobre este aspecto de nuestra vida: «Embriagados por lo conseguido surgen entonces, en el seno de la Reforma —y los comunistas no constituyen una excepción— tendencias subjetivas, voluntaristas... La política de alianzas se resiente. En vez de agrupar fuerzas, la mira se desvía y surgen polémicas inoportunas que tienden a separar a un sector de la reforma, y las fuerzas progresistas no entienden que con ello se debilitan... En vez de agrupar fuerzas en torno de Programas de Acción que signifiquen en los hechos incorporar la Universidad a las tareas nacionales, los reformistas se embrollan en un conflicto que sólo ayuda a que en el seno del Frente Universitario se acentúe el peso de las fuerzas reaccionarias. El tono que adquirió la denuncia contra Boeninger, el hecho de que la actividad de los reformistas se centrara en el Salón de Honor, resintiendo la actividad de masas, el no distinguir oportunamente entre las distintas fuerzas que componían el Frente Universitario, el convertir a la Universidad en un centro de lucha sin evaluar debidamente el marco nacional en que ella se efectuaba, fueron todos factores que ayudaron a que la relación de fuerzas en la Universidad no se modificara»⁷.

Al hacer estas dos alusiones —a través de referencias expresadas por dos entrañables compañeros universitarios, asesinado el uno, desaparecido el segundo, por acción del fascismo— lo hago con vistas a lo que significan para el futuro y su construcción desde ahora:

— El desarrollo de la actividad científica en las Universidades debe ser visualizado en sus aspectos más generalizadores y dinámicos, buscando romper las «aduanas interiores» que significa la existencia de ocho instituciones universitarias con sus propias subestructuras.

— Lo anterior es posible y necesario de hacer a partir de la participación democrática de la comunidad científica y de los aparatos de planificación de un gobierno democrático, dentro de los marcos del respeto de la especificidad de la actividad científica, sus legítimas jerarquías y formas de relacionarse, así como de respeto de la autonomía universitaria.

— Esta dinámica puede adquirir su máxima expresión en la medida que la sociedad se organice correctamente en torno a la satisfacción de las necesidades de la mayoría de sus miembros y de la independencia nacional y que a tal organización concorra la mayoría de la nación, subdivisiones secundarias, que tienden a frustrar la consecución de los objetivos más esenciales.

Con el fascismo, la actividad científico-tecnológica ha sido profunda y básicamente afectada: la política fascista de entrega del

⁷ FERNANDO ORTIZ, *Elecciones en la U: Análisis y perspectivas*, en «Principios», núm. 145, mayo-junio 1972, Santiago de Chile, pág. 134.

país al capital monopolista internacional, de consecuente estrechamiento del mercado interno, con la destrucción de miles de empresas productivas, cesantía alta como un elemento estable de la economía, miseria y terror, han generado una dependencia tecnológica históricamente desconocida, reabriendo y profundizando el abismo entre las actividades socioeconómicas —centradas en el lucro despiadado— y las actividades científicas, orientadas por la política de autofinanciamiento. Es ése un rango estructural del capitalismo subdesarrollado y dependiente que el fascismo no ha hecho sino llevar a niveles de catástrofe nacional.

En otro horizonte, ha afectado a todos los elementos que concurren a la realización de la actividad científica y tecnológica:

a) *Recursos Humanos*. Al asesinato, la prisión y las torturas de numerosos miembros de la comunidad científica, así como a la sistemática expulsión masiva de 1973 y destrucción de equipos de trabajo por persecución directa de sus componentes, se suman los efectos de la política global del fascismo en el proceso de acelerado deterioro de los Recursos Humanos para la actividad científica y tecnológica. La tradicional «fuga de cerebros», propia del drenaje que hacen «normalmente» los países capitalistas desarrollados de personal de alto nivel formado en una sociedad capitalista y dependiente y subdesarrollada, ha sido subsistida por la situación actual, que adquiere los caracteres de una crisis profunda, con efectos a largo plazo.

La propia CONICYT ha realizado estudios al respecto, de los cuales no todos han sido publicados, ni continuados, sin embargo, ha de consignar: «... estudios preliminares realizados por CONICYT permiten afirmar que existe un *considerable éxodo de investigadores*, e identifican las causas del fenómeno en deficiencias económicas, laborales e institucionales... El elemento causal precipitante de mayor incidencia está constituido por las remuneraciones, que resultan inadecuadas al "status" mismo de la función y a las condiciones generales del mercado de trabajo en la actividad privada... En segundo término aparecen como causales las condiciones ambientales, la disponibilidad de instalaciones, equipos y financiamiento adecuados para llevar a cabo las investigaciones, publicar sus resultados y mantener el nivel necesario de información sobre la especialidad. Las agudas tendencias migratorias detectadas en los últimos años se han orientado preferentemente desde la investigación tecnológica hacia el sector productivo, y desde la investigación básica hacia el extranjero. A partir de fines de 1974 hay también emigración desde la investigación tecnológica hacia el exterior... Finalmente, el diagnóstico refleja que los estatutos laborales que rigen las relaciones entre el Estado y sus funcionarios o entre el empleador y sus empleados (Estatuto Administrativo y Código de Trabajo), así como sus variaciones, son inadecuados a la naturaleza misma de la investigación. No existe en la legislación vigente sino rudimentos de derecho común, que son perceptiblemente insuficientes»⁸.

En virtud de lo anterior, CONICYT se ha propuesto la infructuosa tarea —en las condiciones del fascismo— de «asegurar la existencia

⁸ CONICYT, «Plan Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico 1976-1980», págs. 27-28.

de una dotación creciente y diversificada de científicos y tecnólogos, en armonía con las necesidades del país, como preocupación preferente del Estado»⁹. A la vez que plantea la necesidad de realizar un «estudio de factibilidad de una política de recuperación de recursos humanos que han emigrado del país»¹⁰.

Tan elevados propósitos chocan con la real política del fascismo, como ha ocurrido en el caso de los médicos de las recientes promociones, de los cuales muchos han visto rechazada su contratación por el SNS: «El SNS no tiene obligación de contratarlos..., pueden ejercer la medicina privada, además podrían trabajar en el extranjero...; el SNS no desea contratarlos, para darle así oportunidad al sector privado para competir»¹¹ afirmaron personeros del régimen fascista.

b) *Recursos financieros.*—Al principio general de autofinanciamiento que rige la actividad de las unidades de trabajo científico-tecnológico de las universidades e institutos gubernamentales se debe el hecho de la depresión de la actividad de numerosos núcleos de trabajo que, por la naturaleza de su actividad, no entran al circuito de la competencia. Sólo escasas unidades de ciencias básicas han recibido financiamiento suficiente. La política oficial del fascismo es clara: «La aprobación del Plan Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico en marzo de 1976, determinó la imposibilidad de constituir el Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico, especialmente porque el proyecto de expansión que CONICYT había presentado en 1975 al Ministerio de Educación Pública y al Ministerio de Hacienda, no alcanzó prioridad»¹².

Economía social de mercado, autofinanciamiento de la actividad científica, éxodo masivo de científicos al extranjero y la actividad privada, inexistencia de la democracia y la participación de la comunidad científica, represión en diversos grados y niveles, pero de alcance generalizado, representan un daño profundo a la actividad científica y tecnológica de efecto duradero en los planos de la cultura, la economía, la educación y la soberanía de nuestra Patria.

3. Esta pregunta plantea una perspectiva muy difícil de concebir sin la derrota del fascismo y la recuperación de la vida democrática e independiente en Chile. En las circunstancias actuales pienso que la principal tarea de la comunidad científica chilena es luchar por obtener la posibilidad de trabajar en su específica actividad en la Patria, en las Universidades e institutos gubernamentales de investigación o, en último término, en las instituciones que —contrariando la ideología fascista del lucro como motor de la vida y la cultura— han surgido por iniciativa privada para cubrir estos abandonos.

La tradición de vida democrática, los estímulos que han significado la Reforma universitaria y el Congreso de la comunidad científica, y la vida bajo el fascismo, ya sea en Chile o el exilio, van creando las

⁹ CONICYT, ob. cit., pág. 9.

¹⁰ Ibid., pág. 64.

¹¹ Carta de la Directiva de Médicos sin Contrato, Mensaje, junio, 1978, páginas 275-276.

¹² CONICYT, «Memoria Anual Año 1976», Capítulo VI, Política de Recursos Financieros, Santiago de Chile, 1977, pág. 30.

condiciones para aunar el esfuerzo de todos los científicos y tecnólogos —sin cortapisas de carácter político o ideológico, como no sea no estar comprometido en el aparato de terror del fascismo— en pos de esa finalidad elemental. Corolario de ello, es la obtención de la libertad académica y de crítica, consustanciales tanto de la democracia política como de las normas que rigen el desarrollo de la ciencia.

(Leipzig, RDA.)

JAIME SCHWENCKE



1. La dependencia y el subdesarrollo no son más que la expresión de un mismo mal. La explotación del débil por el poderoso, del ignorante por el que sabe. Para que la explotación pueda continuar, el ignorante debe permanecer como tal. No hay, pues, interés real de los países dominantes, desarrollados, los que poseen un alto desarrollo científico y tecnológico, en transferir estos conocimientos al explotado, salvo un mínimo de conocimientos tecnológicos que les permita implantar, léase, vender los productos de su tecnología. Por el contrario, resulta perfectamente comprensible que tales países intenten desarrollar al máximo la investigación científica y tecnológica internamente; más aun, hoy día, que estos países conocen un importante problema de cesantía de científicos y tecnólogos.

En suma, resulta evidente que un desarrollo intensivo de la investigación científica es una palanca poderosa en la lucha por la independencia, no sólo en el terreno de la creación científica, sino que asimismo cultural y evidentemente económica y política.

2. El potencial científico chileno se construyó lenta y difícilmente en la primera mitad de este siglo, recibió un impulso extraordinario bajo el rectorado de don Juan Gómez Millas y comenzó a tener apoyo estatal organizado con la creación de CONICYT durante el Gobierno de la Democracia Cristiana. A continuación, resultó evidente la necesidad de elaborar una política nacional de desarrollo de la Investigación Científica. A pesar de los problemas connaturales con tal proceso, éste se acentuó durante el Gobierno de la UP, llevándose a cabo el I Congreso Nacional de Científicos, que intentó definir las bases de tal política de desarrollo. Conjuntamente con este esfuerzo de definición de vías y metas, se continuó incrementando el número

de cargos universitarios disponibles para la Investigación Científica, en particular en áreas deficitarias. Se continuó, asimismo, con el apoyo habitual a los proyectos de investigación en marcha a través de CONICYT y de las Comisiones Universitarias Regionales y Nacionales. Todo ello permitió, a pesar de deficiencias importantes por parte de CONICYT en el apoyo a proyectos, un nivel de funcionamiento casi normal de la Investigación Científica durante el Gobierno de la UP. Por otra parte, se puso en marcha un plan de recuperación de científicos chilenos, con el afán de enriquecer el núcleo científico ya existente.

Si actualmente se estima entre un 30 y un 40 por 100 la cantidad de científicos chilenos que, alejados de la Universidad, se han visto obligados, en su mayoría, a buscar trabajo en el exterior en países desarrollados, este simple hecho señala hasta la evidencia, no sólo la carencia de una política científica adecuada en nuestro país, sino además es un índice alarmante del desinterés oficial en esta delicada materia. Y ello, a pesar de las vivas advertencias y esfuerzos de destacadas personalidades del medio científico chileno.

3. Los países desarrollados tienen una realidad diferente y, por lo tanto, metas y estrategias diferentes para su desarrollo científico. Me parece, por lo tanto, que los esfuerzos de un país como Chile deben centrarse en la búsqueda de nuestra propia vía de desarrollo, adaptada a las características culturales, sociales y económicas de nuestro país y a la idiosincrasia de nuestro pueblo. Tales metas pueden ser similares en algunos aspectos, pero no necesariamente las mismas que aquellas que son válidas para un país desarrollado.

Hecho este alcance, a mi entender importante, las vías inmediatas que me parecen prioritarias para impulsar la investigación científica son las siguientes:

A) Recuperación del gobierno universitario. La Universidad concentra en Chile la inmensa mayoría de los laboratorios y del personal científico del país. Resulta totalmente anacrónico que esté dirigida por personas que nunca pertenecieron a ella, por honorables que ellas sean. Un plan realista de relance de la Investigación Científica en Chile necesita, como primera medida, que se restablezcan las condiciones normales del quehacer universitario. Por otra parte, es indiscutible que, en cualquier país del mundo y bajo cualquier sistema político, la Universidad sólo puede ser y es dirigida por académicos. De la misma manera que una Academia Militar sólo será razonablemente dirigida por militares de carrera.

B) Diseño, implementación económica y puesta en marcha de un plan de recuperación de científicos tanto en Chile, como de aquellos que hoy trabajan en el exterior. Este plan debe necesariamente acompañarse de medidas para el apoyo material a los proyectos científicos que se generen como consecuencia del retorno de científicos a la Universidad.

Estas medidas que podrían llamarse «de urgencia» tienden a facilitar, con la mayor rapidez posible, la reconstitución de una comunidad científica que permita «recuperar» el ritmo de producción científica del decenio 1963-73.

Sin embargo, es preciso señalar que el mero apoyo material a proyectos es insuficiente. Se necesita también un cambio en los criterios de selección de tales proyectos. En particular, el abandono de la falsa tesis de que la Investigación Científica debe ser necesariamente rentable o utilitaria. En efecto, la investigación no siempre resulta «rentable» en los estrechos criterios empresariales. Así, la investigación básica (que es esencialmente «no rentable» en lo inmediato) ha permitido desarrollar aquellas áreas en las que, desde los albores del desarrollo de la ciencia, la libertad de creación ha abierto la vía para aplicaciones tan «prácticas» o «rentables», como la fabricación de antibióticos, para no citar sino uno de los ejemplos más evidentes para el público general.

C) Apoyo a Programas de Doctorado y rol de CONICYT.

Este organismo debería ser el responsable no sólo de la administración de una determinada política científica en lo inmediato, sino que, además, debería, una vez superada la primera etapa de restablecimiento de una comunidad científica, abrir los canales necesarios para discutir con la comunidad científica y con los organismos de gobierno pertinentes, las orientaciones generales para la elaboración de una nueva política de desarrollo de la Ciencia en Chile.

Es probable que las actuales estructuras de CONICYT sean inadecuadas para cumplir esta tarea. En tal caso, cabe a las Comisiones Universitarias asumir un papel importante en estos aspectos.

Esta política, cualesquiera que fuesen sus vías y sus metas, debería necesariamente ser revisada periódicamente por la comunidad científica y los organismos de gobierno pertinentes. Deberá asimismo consultar, de manera prioritaria, el relance de los planes de doctorado, actualmente resentidos o suspendidos por la carencia de especialistas.

Me parece importante explicar que mi concepto de comunidad científica involucra lo que podría denominarse «Tamaño crítico» de tal comunidad. En efecto, para que una comunidad científica sea autosuficiente debe existir en cada dominio particular de la Ciencia, por ejemplo: Ciencias Físicas, un número mínimo de especialistas capaces de unirse en torno a un programa de Doctorado, de manera de formar nuevos científicos en su especialidad. Sólo a partir de entonces puede desarrollarse tal área en el país. Mientras no existan los mecanismos científico-académicos para «formar a los que crean», no habrá posibilidades de desarrollo acelerado e independiente de la ciencia.

Hasta el Gobierno de la UP, los científicos chilenos progresaron en su empeño por la creación de Programas de Doctorado en Chile; luego de su derrocamiento, muchos de estos programas se ven seriamente afectados o incluso suspendidos por la emigración de los especialistas calificados que constituían el grupo que había alcanzado el «Tamaño crítico» necesario para la realización de tales programas.

Por otra parte, es mi convencimiento personal que, dadas las limitaciones reales de nuestro país, una política de desarrollo del conjunto de las áreas científicas no puede elaborarse haciendo abstracción de lo que, en el mismo sentido, se planifique en otros países latinoamericanos y, por lo tanto, en tal política o plan de desarrollo deben incluirse, necesariamente, las reflexiones que permitan a largo

o mediano plazo, el desarrollo conjunto de la Ciencia en Latinoamérica.

Finalmente, si la recuperación de nuestro potencial científico es o no posible en las condiciones imperantes en el país en la actualidad, es una pregunta conexas pertinente. Lo real es que muchos, si no la mayoría de los científicos exilados, condicionan su retorno a un cambio perceptible de la situación política interna en Chile. También es cierto que, a medida que transcurre el tiempo, el número de científicos que retornaría disminuye en razón de la dinámica misma de la vida profesional y/o familiar.

No quisiera terminar estos breves comentarios sin rendir un sincero homenaje a todos aquellos colegas que, a pesar de todas las limitaciones ideológicas, científicas y económicas continúan, dentro de Chile, a luchar valiente y tenazmente por el desarrollo de la Ciencia. Vaya para todos ellos mi más cordial saludo. Su conocimiento actual y su vivencia del problema hacen que su opinión sea esencial en esta materia.

(Gif-sur-Ivette, Ile-de-France)

CLAUDIO TEITELBOIM *



El cuestionario que ustedes formulan es del tipo con el cual yo tengo, he tenido y tendré grandes dificultades. Lo encuentro demasiado general, quizá demasiado profundo y ambicioso. Las preguntas son de aquella categoría que me dejan siempre la sensación de responder sin haber estado a la altura de lo que de mí se esperaba. He reflexionado por eso largamente en torno a ellas y he llegado a la conclusión de que si ciño a su letra tengo poco que decir. Prefiero, por lo tanto, apartarme derechamente de las preguntas y abordar, en cambio, algunas cuestiones bastante más particulares.

Además, me ayuda a tranquilizar mi conciencia al responder de este modo, el que entre la gente interrogada esté Armando Cisternas, que fue mi profesor en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile, y que es ya una persona incorporada a la historia de la ciencia chilena. El podrá contestar el cuestionario con mucha mayor autoridad y propiedad que yo.

* Texto extraído de banda magnetofónica.

Por cierto, que las cosas que quiero abordar no son completamente ajenas al cuestionario, aunque alguien pueda pensar que se trata de cuestiones de Perogrullo. Por otra parte, tienen un cierto precedente en las opiniones vertidas por Hans Stein en el debate sobre la música chilena publicado en *Araucaria* núm. 2.

Cuando tengo la oportunidad de hacer un viaje, porque debo participar en algún torneo científico o por alguna otra razón, siempre procuro conectarme con los chilenos del país visitado. (Es bien sabido, según la expresión de alguien aficionado al humor negro, que «lo bueno de ahora es que hay amigos donde quiera que uno vaya».) Intento, sobre todo, ver a los jóvenes, a los estudiantes, y debo decir que después de conversar con ellos —salvo honrosas excepciones— quedo con una clara sensación de alarma. Veo repetirse un poco algo que para mí fue muy doloroso en mi juventud, en mis años de estudiante, en Chile. Entonces, como por desgracia pareciera también ocurrir ahora, en aras de una causa muy noble: el amor por nuestro país, el progreso de la humanidad se sacrifica cotidianamente, por así decirlo, lo más importante por lo transitorio. Quiero ilustrar lo que digo con una anécdota. Recuerdo que en la primera página del libro de inglés en que estudié en el Instituto Chileno Norteamericano (me había propuesto aprender la lengua para continuar mis estudios en los Estados Unidos) había una Advertencia donde se leía lo siguiente: *A diferencia del castellano, el inglés mal pronunciado no se entiende*. Con la ciencia ocurre lo mismo. La ciencia mal hecha no es ni «media ciencia» ni «un cuarto de ciencia». Simplemente *no es ciencia*; no sirve absolutamente para nada.

Lo anterior es algo que parece obvio, de Perogrullo —insisto—, pero que por desgracia conlleva una lección que a mi juicio no hemos aprendido lo suficiente. Si se quiere hacer honradamente ciencia, debe dedicársele la mayor parte del tiempo. Debe ser una parte absolutamente central de la vida de la persona que se consagra a ella. No puede ser un «hobby», no puede reducirse a ser algo que se aborda después de interminables reuniones de otro tipo, porque entonces se convierte en algo falso, en un remedo.

Creo, por lo demás, aunque esto me hace aventurarme en aguas menos familiares, que ésta y las reflexiones que siguen son aplicables en gran medida a la actividad humana en general.

Yo creo que —si es posible— debe ser una consigna del pensamiento progresista, de izquierda, el poner una y otra vez énfasis en esto: si alguien va a dedicarse a ser un científico, su tarea principal, incluso como hombre progresista, como hombre comprometido con su país, es el *hacer bien* la ciencia, con profundidad, con dedicación plena de su energía. Creo que si sólo tuviéramos suficientemente claro esto, sería ya un gran paso adelante. Porque esto es más importante, me parece, que formular grandes proyectos sobre el desarrollo científico, hablar sobre cifras de presupuesto, organizar sesudas reuniones sobre qué áreas de la ciencia hay que desarrollar con preferencia sobre otras, etc.

Quiero decir, en relación con esto, que no considero esta posición como elitista o reaccionaria. Todo lo contrario. Hay ideas y principios que uno no transa, uno está dispuesto a dar la vida por ellos en el momento indicado, en el momento en que sea necesario. Pero esas ideas, esos principios, ese convencimiento profundo, no son co-

sas que se puedan echar al trajín diario. Están allí; no se habla de ellas, sino que se actúa conforme a ellas, todos los días, y esta actuación cotidiana no puede convertirse en el despilfarro de nuestras vidas, el malgaste absoluto en forma continua de lo mejor que tenemos.

Con qué sensación de dolor me quedo después de hablar con jóvenes que estudian en Europa, en diversos países, y que me dicen: «No me va muy bien en la Universidad; no tengo tiempo para estudiar como debiera, porque, claro, tengo otras cosas más importantes que hacer; tengo que hacer trabajo por Chile.»

Esto es para mí el mundo al revés. Y evoco entonces lo que decía Hans Stein en aquel cuestionario sobre la música: «Cuando todos estos jóvenes vuelvan a Chile, porque sin duda lo harán en un futuro próximo, les preguntarán: ¿Qué hicieron en Europa, qué aprendieron, qué traen para entregar al país? Y muchos sólo podrán responder: Somos expertos en reuniones, tenemos el récord mundial de participación en reuniones.»

Creo que esto no puede ser, a lo mejor es ya irreparable, pero debiera tratar de cambiarse, tomar alguna medida seria, si es que se quiere contribuir de verdad al desarrollo futuro de la ciencia en Chile. (¡Y no sólo de la ciencia!)

Hay otro asunto que me interesa abordar, más técnico si se quiere, aunque en la misma línea central de lo anterior. La ciencia no la hacen las instituciones, no la hacen los institutos, ni los organismos, ni las comisiones, ni las Universidades. La ciencia la hacen los científicos. Esta es otra verdad de Perogrullo. Ahora bien, si esto es así, de allí sigue de inmediato una tarea, una actividad esencial para el desarrollo y el crecimiento de la ciencia en cualquier país, más aún en uno como el nuestro. Cada científico competente, con conocimiento de su oficio, debiera convertirse en un «caza-talentos». Es importante, muy importante, buscar gente bien dotada, gente con interés, gente con la llama de la ciencia ardiéndole dentro. Detectarla, arrancarla de donde esté y enviarla a estudiar a los mejores lugares posibles, si es que existen ya en ese momento esos lugares en Chile o si es que no existen, enviarla sin ninguna vacilación al extranjero.

Es solamente así que podrá haber en el futuro una ciencia chilena de relieve en el mundo. No hay que tener miedo de que vayamos a perder esa gente; no hay que atarla al país con lazos tontos, con cadenas. El mejor modo de mantener en ellos vivo el amor por su Patria a lo largo de los años es el que su país sea siempre una fuente de estímulo, una fuente de reconocimiento y de aliento.

Uno lee que fue la política de algunos Gobiernos en el pasado el dar a modo de estímulo puestos de cónsules a los escritores. Neruda mismo fue beneficiario de una medida como ésa. Quizá si una política del mismo tipo, con la misma filosofía, aunque más coherente, más activa, con más rigor, debiera seguirse con respecto a la ciencia. Sin miedo de que nuestra gente vaya a perderse. Siempre recuperaremos a la mayoría, porque el amor por Chile, la intención, el deseo de colaborar con el país se mantendrán vivos en esa mayoría. Y para que no se crea que esto es una pura teorización, quiero referirme a un ejemplo práctico, concreto, que ilustra lo que quiero decir. Este ejemplo es el Primer Simposio de Física Teórica que se realizó en Santiago entre Pascua y Año Nuevo del 78. Este torneo

—a mi juicio y también a juicio de los otros participantes— fue un hecho histórico, un hito en la historia de la Física en Chile. Llegaron allí chilenos de todos los rincones del mundo, de todas las edades. Aunque la organización fue muy apresurada, la gente acudió de inmediato al llamado, y garantizó con su presencia la calidad científica del Congreso, que fue realmente magnífica. Tuvimos la sensación de estar en la mejor, en la más encumbrada de las reuniones científicas, en cualquier lugar del mundo. Nadie se atrevió, por el hecho de estar en Chile, a decir tonterías, a hablar irresponsablemente, a decir cosas que no se hubiera atrevido a decir en una reunión científica en otra parte. No hubo nada de provinciano, nada de subdesarrollado en el Congreso; es decir, uno tuvo la prueba viva de que la Física Teórica chilena existe, es amplia y madura, y que en torno a ella hay distintas generaciones que conversan, colaboran, discuten y se integran.

La calidad del Simposio es un hecho absolutamente macizo e inatacable, y esto es importante no sólo desde el punto de vista científico, sino por otras proyecciones que el torneo tuvo, más allá de lo estrictamente científico. Por ejemplo, cito el acto cultural que se realizó como parte del programa del Simposio, en la sala del Conservatorio, al lado de El Mercurio, con participación del conjunto Aquelarre, el grupo de teatro de la Escuela de Medicina, algunos poetas jóvenes. Según me dijeron, fue la primera vez en cinco años que una quena entraba otra vez al Conservatorio, se la oía en esa sala; la primera vez, también, que alguien expulsado de esa escuela —uno de los integrantes del conjunto— volvía a tocar en ella.

Todo esto deja en claro que los treinta o cuarenta físicos allí reunidos no se consideraban aislados del resto de la actividad cultural nacional, sino que, por el contrario, se consideraban —diría yo— parte de la lucha por la supervivencia de la cultura chilena. Y esta actitud no tendría la misma solidez, la misma significación, si no fuera por la alta calidad, la madurez, la responsabilidad del torneo, características que le confieren autoridad a sus preocupaciones en otros aspectos.

* * *

Vuelvo, para terminar, al tema de lo que nos preguntarán al volver a Chile, y quiero, para ilustrarlo, relatar un encuentro con una quincena de jóvenes poetas chilenos que se produjo gracias a una invitación de Matilde de Neruda. La velada se desarrolló en «La chascona», la casa del poeta, al pie de San Cristóbal. Algunos eran bastante jóvenes, dieciocho años o algo así; leyeron sus poemas, discutieron sobre lo divino y lo humano hasta bastante tarde y preguntaron, ¡cómo preguntaron!, sobre la vida de los chilenos en el extranjero: cómo les iba, qué hacían, cómo ellos esperaban nuestro regreso con los brazos abiertos.

Esto último es cierto, pero más vale que cuando regresemos tengamos, efectivamente, algo que decirles, porque si bien nos esperan como amigos fraternales, también sabrán ser si es necesario un tribunal implacable, y tienen todo el derecho a serlo, y en realidad espero que lo sean y sin duda lo serán. ¡Que a nadie se le ocurra decir que en estos años lo único que ha hecho es sentir nostalgia

por las empanadas! Nos van a someter a un verdadero examen y hay que estar preparado para aprobarlo, para pasarlo con gloria. Nos van a exigir que entregemos muchas cosas y más vale que nos preparemos a tenerlas listas desde ahora. Estamos bastante atrasados, hemos dejado pasar mucho tiempo, y hay que hacer de inmediato un gran esfuerzo por recuperarlo.

(Princeton, New Jersey)



DESDE EL FONDO DE LAS SEGOVIAS

ELVIO ROMERO

«Bajo el nicaragüense sol de encendidos aros»

Rubén Darío

Desde el fondo de Las Segovias
regresa el general de acero;
trae una estrella sobre el hombro
y en la mano un fusil certero;
calza botas de nubes blancas,
ciñe cinto de lluvia y viento,
suenan sus pasos por el campo,
su camisa es de bosque y fuego.

(El pueblo lo acompaña,
el pueblo entero.)

Desde el fondo de Las Segovias,
Sandino avanza en un destello
de luz sobre las viejas casas,
las calles y los entreveros;
tiene un diamante en la mirada,
el horizonte está en su gesto,
llega envuelto por una hoguera
que ocupa el aire, cielo a cielo.

(El pueblo lo protega,
el pueblo pueblo.)

Desde el fondo de Las Segovias,
despliega por el firmamento
como un torrente de colores
su bandeta de guerrillero;
se acerca a la gente y le dice
como al oído: —Todo es nuestro,
nuestra es la tierra en que nacimos,
nada es aquí del extranjero.

(El pueblo alza la frente,
escucha atento.)

Desde el fondo de Las Segovias
su voz resuena como un trueno:
—Desde hoy, como desde siempre,
todo será del compañero,
del hombre fiel, del combatiente
que cumpla con sus altos sueños,
de quienes pasen con la aurora
cantando con el tiempo nuevo.

(El pueblo, que es de oro,
levanta el pecho.)

Desde el fondo de Las Segovias,
por donde anidan los luceros,
lo ha saludado el sol naciente,
Nicaragua le da su aliento;
vuelve a decir lo que ya ha dicho:
—Terminará lo que es ajeno,
será nuestra la tierra nuestra,
nada será del extranjero.

(El pueblo, fusil en mano,
responde fiero.)

Desde el fondo de las Segovias,
sonríe el general de acero...

CARTA DE MATILDE

VICENTE ZITO LEMA

*¿Cuál es mi fortaleza para
esperar aún?*

*¿Y cuál mi fin para dilatar
mi vida?*

(Libro de Job.)

Cuando secuestraron a sus hijos —uno a uno cuando los
arrancaron con forcep de la vida ¡ay Matilde
tus hijos! — Matilde su alma
de súbito un lóbrego páramo
el aire del temblor mismo
Exigió / rogó / clamó tanto hasta quedar
ahogada en ira y lloro (tus lágrimas Matilde desde
la ventana abierta a las palmeras a la aurora
abierta del parque Lezama,
llorabas Matilde caminabas a nadie veías
por la rue Junot tan lejos Matilde ¿qué sombrío sueño!
nuestra patria).
Ante ella —una rama más consumida
en el fuego de un tiempo perverso—
Los verdugos de sus hijos
Callaron
Mintieron
Amenazaron con más tortuoso espanto para sus ojos

Matilde sintió cómo crecía el muro
que apesta sin pausas a cadáver.
Sintió la agonía la soledad de la víctima
en un ímpune coto de caza
y recurrió solitaria / agónica y suplicante
a los jueces los diarios el alto clero
los políticos respetables.
A todo aquel henchido de palabras que podía hacer
o decir algo
Sólo encontró un desierto de piedras negras.

Matilde pudo verse en gordas horas
de espera nocturno y pesadumbre
la más seca de las mujetes
Pudo gritar con boca exhausta
y desgraciada: ¡Mi vientre sólo es
un enorme sepulcro!
Pudo maldecir a un Dios ciego a unos hombres asesinos
a los perversos de perversa indiferencia
Abierto a sus pies estaba un desnudo pozo
de la mayor locura
y muerte (toma esta cruz y sígueme y sepúltate de
tinieblas la voz en tus oídos Matilde la voz)
Pero Matilde mujer velada en el dolor
convertido su dolor en lluvia de humanas
resurrecciones
tomó un lápiz y un papel
puso su corazón bien desnudo sobre la mesa
y escribió una carta que respaldece de vida
como la tierra viviente

Desde aquel día Matilde anda con su carta
a cuestas
Lo que es igual a decir que lleva no la dicha
pero sí la pasión de sus hijos otra vez
en brazos
Cuenta Matilde que el 26 de julio de 1976
su hijo Martín —cumplía veinte años al día siguiente—
y la mujer de su hijo
María Cristina —estaba embarazada / estaba su vientre
goloso de ventura—
en el momento en que entraban a su casa
terminada la jornada de trabajo
se encontraron frente a quince hombres armados
los estaban aguardando
escondidos como fieras en un lutuoso bosque
Los llamados *hombres de civil* forzaron la entrada
con sus metralletas



obligaron a los vecinos a cerrar las ventanas
y se llevaron a Martín y a María Cristina
con sus cabezas cubiertas por una capucha
Y Matilde se pregunta: ¿Dónde están ellos? ¿Quién
los tiene? Si los han muerto, ¿por qué no devuelven
sus cuerpos
a unos padres desesperados?
Nadie le responde a Matilde
El país es un desierto de piedras negras

El 13 de mayo de 1977 —sigue contando Matilde / sigue
la sal que baña en frío la redonda llaga—
personas que no se identificaron y no ocultaron
sus armas
dejaron en un hospital del oeste de Buenos Aires
a una criatura con una pancarta atada
al cuello que decía:
«Soy la hija de Valeria»
Como la pequeña lloraba muy excitada
le dieron un calmante
luego la llevaron a la Comisaría (tu arcángel de
inocencia en la hedionda cueva tu nietita
Matilde ¿clamabas tú en ella en sus labios
nuevos?)
Lo que no cuenta Matilde lo que la congoja
desciende y calla
pero puedo recordarlo —Oh yo náufrago del manto
blanco oh yo guardián
devoto de recuerdos—
es que Valeria tiene en los ojos
el agua del que siempre sueña —*la dicha se construye
entre todos y en la tierra*: sus palabras aún suenan
como buena brisa—.
Y Ricardo su compañero el padre de la pequeña —*tenerla
en brazos es como subir una montaña en mitad del cielo
me causa vértigos* decía—
es de voz un poco ronca pero clara
mira bien de frente y decidido se apasiona
¡cambiaremos el mundo! grita como el primero
Nadie sabe Matilde, ahora
de su hija Valeria
y de Ricardo
Si volverán ellos a ver a la pequeña —también tiene los
ojos de agua y mal duerme nerviosa
por las noches—
Si están vivos
torturados y presos en algún campo clandestino

O si son una tumba más
en el desierto de piedras negras...

El 30 de mayo de 1977 Fuerzas Armadas conjuntas
irrupieron en un apartamento en el centro
de Buenos Aires
donde vivía mi hijo José
y su mujer Electra
Ellos tenían veintitrés años —continúa Matilde—
y un hipito de apenas veinte meses
Ya en la vereda José alcanzó a gritar:
¡Nos secuestran! ¡Nos secuestran!... y resistió imposible
digno / solo
... Y no es cierto Matilde que aunque muchos
los escucharon y los vieron
y los conocían
nadie se movió
ni respondió en auxilio de quien no hizo mucho más
en su hermosa vida
que abrir su alma a la desdicha ajena?

En menos de un año la familia entera de Matilde
ha desaparecido
Así de simple y silencioso
es el terror
Así vasto y comulgado por millares
el pan de la tragedia
Lo sabe Matilde desfallecida hasta el fondo
de la cruda mar
cuando dice:
No creo poseer más dolor que nadie
He dado a conocer mi historia
Pero quiero también hacer mía
la angustia de todas las madres que atraviesan
circunstancias parecidas...
(¿Es parecido y único el gemido del que
gime Matilde?
¿Es eterno el duelo por los hijos el duelo de
los justos sin justicia Matilde?
¿Siempre habrá lágrimas viejas y nuevas
lágrimas / rostros celestísimos aventurados
del destino Matilde?
¿Ya no dejarán de volar las malditas carroñas
de pico ducho
ensangrentado sobre el desierto
de piedras negras
Matilde?)

Ayuda / Ayuda no compasión
de corazón afuera
para lograr que la Junta Militar
publique las listas con los nombres
de los secuestrados
desaparecidos
y muertos
QUE RINDAN CUENTA DE SUS ACTOS
QUE CESE EL GENOCIDIO
El grito de Matilde no deja de ser el frágil eco
de una campana de vidrio
la humilde luz de una conciencia
No basta para iluminar la máscara de los ciegos
El ciego desierto de piedras negras

Terminando su carta y no su fortaleza
ante el horror
y no la desesperación que dilata
sin treguas los días de la vida escribe
Matilde:
Si mis hijos están vivos pido a aquellos
que los detienen
me lo hagan saber
Si están muertos espero tener la fuerza
y el coraje de proseguir mi ruta y enseñar
a mis nietos el amor
a los hombres y a la vida
Sí Matilde sí y aun colmada tu alma
por un ladrido difunto dulce Matilde ¿también enseñarás
a tus nietos
que tus hijos guardaron la ambición
de que la patria no fuera para siempre
un callado desierto
de piedras negras?

Ayer he visto a Matilde en Barcelona
Llovía muy fuerte
Hablamos de sus hijos
La abracé
Me dio una copia de su carta.

MARIA

CARLOS OSSA

Siempre habrá recreaciones para el horror, se dijo, recordando las ingenuidades de los primeros relatos infantiles: ogros, dragones y basiliscos entusiastas que desafiaban rayos flamígeros y la intrepidez de los hombres; después, historias de aparecidos que, en noches de invierno y brasero, contaban viejecitas temblorosas. Luego, los castigos escolares impuestos por maestros y celadores en años en que se confundían con facilidad esencias y apariencias. Mezclaba, día a día, los terrores, mientras los guardianes se solazaban en sus estrépitos, golpeándole intermitentemente su celda para evitar que durmiera, emitiendo gruesas voces de mando. Sólo le quedaba como opción revisar prolijamente su vida y preguntarse cuál sería su destino y cuáles las acusaciones en que se prodigarían los jueces de instrucción, aunque —lo sabía— siempre eran las mismas: asociación ilícita para atentar contra la integridad de las fuerzas armadas. Comprendía, entonces, que en ese mundo de brumas y desmayos la justicia era obtusa, pero simple de desentrañar sus intenciones últimas. Eso también lo ayudaba a asumir con coherencia, como nunca antes, los signos más nítidos y concretos de la vesanía: noches y madrugadas a la intemperie, los brazos en alto hasta la extenuación, inmersiones continuadas en tachos con orines, flagelaciones en que se alternaban sadísimo y brutalidad tersa, llana, habitual en los cuarteles.

Después, cuando completó el período propedéutico, le dijeron que podía largarse, aunque le recomendaron que era conveniente para su salud que se alejara del país. Cuando salió a la calle, pudo compro-

bar —tras ocho meses de encierro— que el paisaje humano había cambiado casi totalmente: la gente se deslizaba silenciosa, hosca, buscando los rincones. Un amigo que pasó, la mirada distraída, fingió no conocerlo. Ocho meses de mazmorras lo convertían en un hombre peligroso, evitable. Sin embargo, no pudieron acusarme de nada, pensó.

Empezó a preparar su exilio obligado, advirtiendo que vigilaban todos sus movimientos, sin ninguna precaución, sin el más elemental sigilo. Hasta llegó a acostumbrarse a tales calamidades. Supo en esas semanas que a María la habían confinado en un campo, entendiéndolo recién por qué durante todo ese tiempo no había recibido una carta, una señal vivificante.

No era difícil darse cuenta de que Santiago era una ciudad ocupada, en la que se había instituido otro ordeu, muy diversos hábitos de vida: las experiencias se comunicaban en susurros, las conversaciones eran casi monosilábicas. Nada permitía hacerse ilusiones: las noches eran más largas que de costumbre, hombres y mujeres taciturnos se escondían desde temprano en sus casas. Sólo las incesantes patrullas militares rompían los silencios y aumentaban los miedos nocturnos. En los barrios, se escuchaban balaceras aisladas, intimidatorias. Casi todos sus amigos y conocidos ya no estaban en el país o, como María, habían sido arrastrados a campos y cuarteles.

Compartió esos días con su madre: volver al departamento no sólo implicaba un riesgo inútil, sino que (además) lo habían destrozado minuciosamente, con toda la furia, sagacidad y esfuerzo de que eran capaces. El allanamiento había adquirido los contornos de un operativo de guerra. Y en ese sentido —le dijo a la madre— tienen una capacidad ilimitada de destrucción. Consiguió, luego de esperas, tramitaciones, luchas burocráticas, un pasaporte por un año de vigencia. Trató, antes de partir, de hacerle llegar provisiones, una carta a María, pero nunca supo cuál había sido el resultado. No hubo respuesta. Le comunicaba, en todo caso, que viajaba luego a Buenos Aires, que ahí le esperaría, que su madre la tendría informada.

Atrás quedaba todo un sistema de vida: usos, costumbres, esquemas mentales. El 14 de noviembre de 1974, un avión de una línea española lo depositó en Ezeiza: naturalmente, nadie lo esperaba, no tenía conocidos en Buenos Aires y si los había ignoraba dónde podían estar. Nunca antes había salido de Chile y nunca tampoco imaginó que su primer viaje tuviera que orgauizarse en condiciones tan escasamente propicias. Un bus lo trasladó a la Plaza Once, donde pudo apreciar un mundo casi alucinado de gente que pugnaba por hacerse transportar a los más diversos lugares suburbanos. No fue necesario averiguar demasiado para encontrar un hotel más o menos barato, aunque bastante pulcro. Eludió uno que se llamaba 11 de Septiembre, situado sobre la calle del mismo nombre. La connotación era demasiado obvia.

Al día siguiente escribió a su madre: «Quisiera que me enviaras noticias reales de María, diciéndome si has podido comunicarte con

ella o con la mamá. Aún no puedo decirte cómo es Buenos Aires, sólo que es muy grande y me siento algo perdido. Veré qué puedo hacer para conseguirme un trabajo en el menor tiempo posible.» Deambuló por Corrientes, deteniéndose a la entrada de los cines, confrontando horarios, asombrándose cada tanto por la gran cantidad de filmes que no había podido ver, que ni siquiera estaban en su hipotética lista de espera. En cambio, se contentó con comer pizzas y beber cerveza, reservándose la noche para ir a un restorán y cenar a gusto. Dos veces estuvo a punto de introducirse en una sala de cine, pero su mente estaba en otra cosa. Cuando a medianoche volvió al hotel, luego de una incesante caminata, el encargado le informó que se alojaba otro chileno.

Se trataba, aparentemente, de un comerciante —como pudo darse cuenta después— cuyas actividades, sin embargo, no le resultaban del todo claras; fue, al menos, su primera impresión. El mismo encargado se afanó en vincularlos. Para disimular su desconfianza, él dijo que sólo era un turista algo desorientado; había aprovechado una pequeña herencia para hacer el viaje, pues desde hacía mucho tiempo planeaba conocer Buenos Aires. El otro respondió que se dedicaba a asuntos comerciales, en el rubro importaciones, pero no se explayó en muchos comentarios. Almorzaron juntos, aunque hablaron poco; no se hicieron confidencias personales ni aludieron a la situación económica y política del país. El hombre de negocios, que dijo conocer la ciudad como la palma de su mano, le transmitió experiencias elementales y señaló, no sin cierta jactancia, que tenía amistades importantes debido a sus contactos financieros. No entró en otras locuacidades. A él, que empezaba a acostumbrarse a sus recelos, todo le pareció implacablemente sospechoso. «Tal vez un agente», pensó, aunque debió reconocer que el otro hombre era jovial, de buenas maneras, generoso; pagó la cuenta en el restorán y, de paso, lo invitó para que esa noche fuera al teatro Maipo. «Le va a gustar —dijo—: es un espectáculo espléndido.»

Ocho días después, por fin, recibió carta de la madre. Al margen de las efusiones epistolares, puntualizaba: «Me dicen que María está bien, pero que su mamá no ha podido verla. Ella, como sabes, está en Tres Alamos. Hasta ahora ha sido imposible averiguar cuáles son los cargos que le hacen y tampoco se sabe hasta cuándo permanecerá detenida. La mamá de María me dijo que te enviaría otras noticias. Te tendré informado de todo lo que ocurra. Escríbeme pronto.»

No hubo evidencia, por esos días, de que su situación pudiera cambiar. Se confortaba con vagas y elusivas conversaciones con el comerciante, pero eso duró poco. Unos negocios de madera, según dijo, lo obligaban a viajar a Chile, aunque aseguró que en dos semanas, a lo sumo, estaría de vuelta. Le dejó una recomendación para que viera a un tal Coralaccio, que podría ayudarlo en caso de que decidiera quedarse en Buenos Aires (él, levemente, había expresado esa posibilidad debido a las dificultades económicas que se advertían en Santiago; además, dijo, tenía temores de perder su empleo en una ofi-

cina pública: el gobierno llevaba adelante una campaña de supresión de cargos fiscales).

Pensó: la peor diligencia es la que no se hace. Decidió, por lo tanto, visitar a Coralaccio, un hombre alto, canoso, seguro de sí mismo, quien lo recibió con frialdad no exenta de cortesía. Le hizo preguntas concretas: qué sabía hacer, qué experiencia tenía en problemas de contabilidad, cuáles eran sus aspiraciones pecuniarias. Expuso sus habilidades: dijo que estaba en condiciones de hacer con eficiencia todas las labores que se le proponían. Y era cierto: su tránsito oficioso se había desarrollado sin tropiezos en su época de estudiante, cuando alternaba sus idas y venidas a la facultad de economía con sus trances supernumerarios en una firma importadora. Coralaccio, experto en inmobiliarias, advirtió que lo sometería a una semana de prueba, asegurando que era muy rígido: si había mal rendimiento no tendría reparos en decírselo; en caso contrario, se podía dar por aceptado. En cuanto al sueldo, hablarían después.

Esa misma noche volvió a escribirle a su madre: «En principio, creo haber conseguido trabajo en una oficina, lo cual me conforta mucho. Pienso, ahora más que nunca, que María podrá venir apenas salga. La estoy esperando verdaderamente ansioso, con la incertidumbre de no saber cuándo será esa fecha, si es que hay alguna. Espero que hayas seguido indagando sobre ese aspecto.»

No tuvo dificultades con las pruebas a que lo sometió Coralaccio, quien le informó que a partir de ese momento empezaría a ganar 2.500 pesos; él había pensado en una cantidad mayor, pero los tiempos no eran para hacer exigencias. Como el dinero empezaba a agotarse, se tuvo que mudar a una pensión de la calle Pasos, cerca del hotel, donde encontró un buen ambiente: estudiantes de provincias que llevaban una vida tranquila, sin excentricidades; un matrimonio paraguayo que no se hacía notar demasiado; tres empleados de tienda que habitaban el mismo cuarto y una correntina que, al parecer, trabajaba en una fábrica o algo por el estilo. El precio, además, era conveniente. La dueña, una española, le exigió dos meses por adelantado.

Su gran sorpresa ocurrió una tarde que salía de la oficina, cuando caminaba por Maipú en dirección a Corrientes para tomar el tren subterráneo: se encontró frente a frente con Ricardo; casi le pareció irreal. Habían sido compañeros en la facultad y por breves años siguieron cultivando una amistad cálida, que sólo se interrumpió cuando Ricardo, después de haberse casado, se había radicado en el norte del país, unos tres años atrás. Sí, Ricardo también había sido detenido y enviado al campo de Chacabuco, donde estuvo casi tres meses. Dijo que su mujer había quedado en Chile, pero omitió otras pormenorizaciones.

Contó a Ricardo sus actuales pasos, en qué trabajaba, sus tribulaciones por el confinamiento de María —«esa morena de cara redonda, ¿te acuerdas?»—, señalando que noticias concretas llegaban pocas, que no existía mucho espacio para el optimismo. Pasaron, desde lue-

go, a tomarse unos tragos. Fue entonces que Ricardo dijo: «En dos semanas más me voy a Rumania. Aquí todo es demasiado incierto. No sé bien a qué voy, pero allá me las arreglaré». En fin, advirtió, quiero olvidar un poco lo pasado, sobre todo, mi situación familiar. Insinuó, en escasas palabras, que su mujer había flaqueado, no sólo por falta de claridad política, sino por influencia de los padres, apegados a viejas teorías tradicionalistas. Antes de despedirse, convinieron en que se verían dos días después.

Esa misma noche, cuando volvió a la pensión, le entregaron una carta, pero se dio cuenta de que no era letra de su madre. «Querido Armando: aquí, ya lo sabe, las cosas son complicadas. Mi hija aún está donde usted sabe. Sólo una vez me han dejado verda y, para serle franca, su estado no era bueno. Desde hace un mes, todos mis esfuerzos para comunicarme con ella han sido inútiles. Sólo me dicen que el proceso está por iniciarse, pero que no puede recibir visitas. Yo pienso que se darán cuenta de que es inocente, que ella no hizo nada inconveniente, salvo tener las ideas que ella tiene. Su mamá me encarga que le dé muchos saludos.»

Como estaba previsto, fue al aeropuerto a despedir a Ricardo: se abrazaron con resignación, diciéndose mutuamente que quizá pronto todo iba a cambiar y que, naturalmente, se reencontrarían en Chile. De vuelta a la ciudad, se sintió más desarraigado que otras veces: había partido el único amigo que, verdaderamente, tenía en Buenos Aires. Con la gente de la oficina o de la pensión apenas mantenía una relación superficial, anodina, a pesar de que con la correntina había logrado una cierta intimación: salían a comer juntos, a veces iban al cine, pero se trataba de una amistad escasamente comprometida. Ambos estaban conscientes de que no se gustaban, de que sólo juntaban sus soledades; era absurdo pretender algo más que un desgarrado erotismo sin consecuencias ulteriores.

Durante tres semanas no le llegaron cartas desde Santiago, por lo cual escribió a la madre de María, conminándola a que le enviara informaciones precisas. Ocurrió también que Coralaccio empezó a desplegar una actitud abiertamente hostil hacia él. No le extrañó de que su patrón lo hiciera ir a su despacho el último día del mes de marzo. «Seré breve —dijo Coralaccio— pero terminante. La persona que lo recomendó en esta firma, un honorable compatriota suyo, me informó no hace mucho que usted fue detenido por su gobierno, acusado de actos subversivos. Todos sus antecedentes han sido convenientemente averiguados. En vista de esas circunstancias debo prescindir de sus servicios ahora mismo».

Ocho días después llegó correspondencia que no esperaba: Ricardo relataba sus primeras experiencias en Bucarest. Leyó sin entusiasmo las apreciaciones de su amigo, no por desinterés, sino por la decepción que le provocaba no recibir comunicaciones desde Chile. Imaginó, en medio de sus depresiones, que todos, incluyendo su madre, empezaban a olvidarlo. Esa noche se emborrachó minuciosamente.

La carta de la madre de María se la entregaron un lunes: «Querido Armando: espero que sepa tener la templanza y la resignación que yo tengo en este momento, en que sólo me queda encomendarme a Dios. Quiero sintetizar los hechos, por eso le cuento solamente los fundamentales. María logró salir hace dos semanas, pero estaba muy mal. Pese a mis cuidados y el de dos médicos, todo fue inútil. Ellos, los que la tenían cautiva, no dieron explicaciones. María casi había perdido la razón y su estado físico era lamentable. Finalmente, murió de una neumonía, aunque los médicos dijeron que cualquier enfermedad hubiera sido mortal para ella. Por eso que la liberaron. Tenga fortaleza, confíe en Dios, que eso lo ayudará. Ayer la enterramos, su mamá estuvo con nosotros. Todo fue muy marcial y muy breve, como son ahora los funerales en este país.»





NOTAS SOBRE LA CUECA LARGA DE VIOLETA PARRA

JUAN ARMANDO EPPLE

1. En el otoño chileno del 77, el aplastado ambiente cultural de Santiago se removió un poco con la puesta en escena de las *Hojas de Parra*, un espectáculo en que la poesía de Nicanor Parra se aliaba al circo para escenificar una farándula triste, y más aún, de contornos macabros, movida por los hilos solipcistas de quien fue valorado, en sus buenos años, como el creador de la antipoesía. Es difícil determinar, en estos momentos, si esas hojas de Parra dignificarán otra vez la postura vital de un poeta sobre el que pesan tantos juicios negativos debido a la posición que habría tenido después del golpe militar, o constituyen sólo el canto burlón y pesimista de un cisne que no pudo afirmarse en las aguas cambiantes de la historia, quedando finalmente a la deriva. Pero sea éste un intento de desnudar la realidad actual de Chile o sólo un acto de autocrucifixión (y lo probable es que se unan ambas cosas), la Junta, que no entiende de sutilezas, hizo volar a la vez las hojas y el circo. Los tonies chilenos, que suelen ser buenos filósofos, quizá den en el clavo cuando recitan, con tanta solemnidad, los viejos versos de Espronceda: «Hojas del árbol caídas, juguetes del viento son...».

Lo que es evidente es que mientras la estrella de Nicanor Parra se enciende y se apaga azarosamente, bailando en la cuerda floja, la de su hermana Violeta se adhiere a otras raíces más firmes, que siguen creciendo en Chile y que se prolongan, debido fundamentalmente al prestigio internacional que fue alcanzando la nueva canción chilena desde los años de la Unidad Popular y luego con el exilio, a otras

tierras donde su voz adquiere nuevos ecos al convertirse a la vez en una resonancia de la patria y en repertorio natural de cada acto de solidaridad que se realiza en distintos países del mundo en apoyo a nuestro pueblo. Si en el Chile actual el legado de Violeta se despliega secretamente en cada manifestación artística que logra montarse salvando las no muy perspicaces antenas censoras de la dictadura (no le pidamos peras al olmo), en el extranjero ya es una referencia obligada cuando se trata de caracterizar la singularidad cultural del país.

No en vano «El Mercurio», el ya tradicional barómetro de las preocupaciones de la derecha chilena, y actual vocero de la dictadura, en un editorial por lo demás bastante chistoso («Atender a la cultura popular», 10-16 de octubre, 1976), junto por lamentarse por la mala imagen del gobierno, señalaba, con mucho recelo, que en todas partes se estaba instrumentalizando a la Violeta Parra contra la Junta. Lo que como metáfora no está mal después de todo.

Pero está visto que las cuerdas que pulsa el arte popular no llegan a los oídos de los momios sino en la forma en que lo intuye «El Mercurio»: como un desasosiego que quita el sueño o una amenaza que la censura no puede erradicar.

Lo que interesa destacar, dejando de lado las preocupaciones mercuriales, es que durante estos años se ha ido produciendo, junto con la extraordinaria difusión que ha alcanzado la canción chilena que maduró durante los años de la Unidad Popular, y que ahora se despliega en tonos mayores, un acentuado proceso de revaloración de la obra de Violeta Parra, en cuya voz comienzan a reconocerse lazos muy íntimos, viscerales, con ese mundo —y los valores de ese mundo— que nuestro pueblo habrá de reconquistar. La atención volcada hacia esa voz es parte, entonces, de un proceso mayor, que busca mantener viva la identidad cultural del país, negada momentáneamente en su propio suelo, pero que habrá de resurgir con mayores bríos cuando Chile vuelva a conquistar su propio modo de hacer la vida.

A la difusión de las canciones de Violeta Parra se ha ido agregando, como tarea reciente, el trabajo realizado por distintos autores, destinado a recopilar y antologar la obra de la folklorista y explicarla a la luz de su personalidad histórica. Son textos que, editados en Argentina, España o Francia, escritos muchos de ellos de cara a las limitaciones que supone el exilio, pesquisando afanosamente en fuentes todavía dispersas, van rescatando la vasta producción poética de la Violeta para ofrecerla a ese público que en momentos le fue esquivo, y que hoy, en otras circunstancias, está aprendiendo a valorarla. Libros que, proyectados desde una visión muy cercana a la figura que se recrea, tocando la cuerda que a cada autor le resulta más evocadora, van entregando, cada uno, una faceta nueva de la rica personalidad de la protagonista. Y esta visión personalísima de la figura de Violeta Parra emerge con nitidez de los prólogos, que son los que aportan con ese fondo vital que explica la pasión de quien

creó la obra y de quien siente la necesidad de levantarla en alto y desparramarla a los cuatro vientos.

2. Al hacer una reseña de estos trabajos, tendría que relacionarlos, cronológicamente, con uno anterior, y al que me referí en otra nota («Violeta Parra y la cultura popular chilena», *Literatura chilena en el exilio*, núm. 2, abril de 1977). Se trata del libro de Subercaseaux y Londoño, el cual, siguiendo las pautas de la literatura-testimonio, se propone por primera vez reconstituir la biografía de la folklorista¹. Lo que precede a este libro y le otorga, indudablemente, el estímulo básico es la propia autobiografía poética de la Violeta, esa hermosa composición escrita en la forma clásica de la poesía popular chilena: las *Décimas*, libro editado en Chile en 1970.

El texto de Subercaseaux y Londoño, *Gracias a la vida*, gestado en 1971, y por fortuna rescatado después del golpe, constituye una de las primeras respuestas a las inquietudes que, en el plano cultural, se manifestaron en el Chile de Allende en relación al reconocimiento de la cultura popular y a la necesidad de otorgarle un lugar destacado en el proceso de conquista de nuestra identidad histórico-social.

El texto sobre Violeta Parra adquiría, así, no sólo un sentido biográfico, sino que respondía a la necesidad histórica de redefinir el pasado desde la perspectiva de la clase social que tenía en sus manos la reconstrucción de la nueva sociedad, y en ese sentido aparecía como un hito más en esa fecunda apertura inrelecular que se estaba desarrollando en el país, buscando liberar un orden de realidades que hasta entonces habían permanecido desplazadas o negadas por la ideología dominante. Al haberse salvado de la inquisición fascista, el libro también es testimonio de la fecunda actividad cultural desarrollada durante el gobierno de Allende.

Uno de los aspectos que a primera vista aparece como un acierto del texto es la forma en que ha sido estructurado, a partir de una interrelación fluida de informes personales (entrevistas), recortes de diarios y cartas que van iluminando diversas facetas de la compleja vida del personaje. Al no existir un informante único, desaparece el narrador personal y, con ello, la tendencia a imponer un punto de vista rígido y, en último término, subjetivo sobre la personalidad de Violeta Parra, una de las limitaciones que tiene la biografía como género. Esta reconstitución colectiva de la historia permite, de alguna manera, superar la fácil tentación de transformar a la Violeta en un ser idealizado, apto para la canonización, pero sin el relieve (que en nuestra sociedad se manifiesta básicamente como contradicciones dentro de las que hay que luchar) que sin duda presenta la mujer de carne y hueso, aquella que reconocemos como símbolo distintivo de los valores populares. Pero la diversidad de voces no significa la carencia de una perspectiva integradora. La originalidad

¹ Bernardo Subercaseaux y Jaime Londoño, *Gracias a la vida. Violeta Parra, testimonios* (Buenos Aires: Editorial Galena, 1976).

del trabajo consiste en disponer los datos recopilados en tal forma que, siguiendo el orden cronológico que exige la biografía y apoyándose únicamente en esos testimonios, logre integrarse la historia personal a esa intrahistoria social que emerge de las disímiles relaciones humanas que a lo largo de su vida tuvo la Violeta con gente de distintos estratos sociales, relaciones que si desde el punto de vista psicológico se ofrecen en términos de identificación, incompreensión o rechazo, desde el punto de vista social van descubriendo esas notorias raíces de clase que condicionan la vida personal, definiendo una posición frente al mundo. Es lo que los autores van mostrando, sin necesidad de decirlo explícitamente.

Siendo una historia individual, el libro recoge así ciertas constantes de la liberación de una clase, de la cultura creada por esa clase y de su lucha contra la «cultura» oficial. Con la particularidad de que el protagonista es una mujer, cuya vida ejemplifica así el sentido correcto de ese manipulado proyecto de la «emancipación de la mujer»: una postura de afirmación personal vinculada a un proceso de emancipación social y cuyo sentido se cumple únicamente dentro de ese proceso.

Los críticos que, desde una posición distanciada reclaman la obra perfecta, podrán encontrar fallas en la reconstitución de esta biografía: un argumento previsible es que allí «no están todos los que son ni son todos los que están». No está, por ejemplo, Isabel Parra, sin duda una de las personas que conoció más de cerca a la Violeta, y que por lo mismo resulta una voz imprescindible. Pero no se trata de una omisión imputable a los autores que no tuvieron la oportunidad de entrevistarla. O están algunos (apariciones menores) cuyos esquemas de valoración están bastante teñidos con ese paternalismo burgués que se manifestaba en algunos sectores que «simpatizaban» con la izquierda. Pero son también presencias necesarias que valen como contrapunto. Sea como sea, no puede juzgarse el trabajo por lo que no alcanzó a ser, sino por lo que pudo realizarse con los medios y posibilidades que permitían esos días de actividad múltiple y dispar, donde el tiempo se canalizaba afanosamente en muchos frentes de trabajo. Lo que el libro ofrece, y en eso se cifra su valor, es el testimonio abierto (y ampliable) de un destino personal que refleja a la vez las constantes del desarrollo y revaloración de una parte importante de la cultura popular chilena de los últimos cuarenta años. En este sentido es un aporte básico a una tarea que aún está por hacerse: el estudio histórico y antropológico de esa cultura que ha seguido creciendo. Y se va la segunda...

3. A comienzos de 1975, Alfonso Alcalde editó en Argentina una antología de canciones y poemas de la folklorista, *Toda Violeta Parra*², que reúne cuarenta composiciones (divididas en cantos a «lo

² Alfonso Alcalde, *Toda Violeta Parra. Antología de canciones y poemas* (Buenos Aires: Ediciones de La Flor, 1975).

humano», a «lo divino», tonadas, cuecas, parabienes, esquinzos, y una selección de sus canciones más famosas). Se trata de una recopilación que responde —con rapidez y fervor— al entusiasmo del público transandino por conocer mejor la obra de una artista que se había popularizado más allá de las fronteras nacionales, en las voces de Mercedes Sosa, Daniel Viglietti, Joan Báez, etc.

La antología va precedida de una recomposición muy personal —y con el lenguaje desenfadado y chispeante que utiliza el autor, por lo demás perito en navegaciones por las mismas aguas y caletas populares— de la vida de esta compatriota con quien sin duda han compartido una misma atracción por las maravillas de la vida proletaria (es cuestión de releer los cuentos de Alcalde) y una misma bronca contra los imbéciles y también los cónsules.

Alfonso Alcalde, en esta recreación de la vida, pasión y muerte de la Violeta, se apoya en los testimonios que aparecen en el libro de Subercaseaux y Londoño —que pudo leer antes de ser publicados: mal que mal, la gracia de la Violeta es que se ha transformado en una inquietud colectiva—, en otros testimonios recogidos en diarios y revistas, amén de lo compartido con Patricio Manns, que viene más adelante, y, sobre todo, en ese vivísimo caudal de recuerdos y experiencias que adoban de modo muy especial el mundo que se reconstituye, dándole un sello personalísimo a la narración. Como si al recapitular cada hecho, cada hito de la historia que va recuperando para la comprensión de lectores duchos en la materia, el autor le fuera haciendo sus guiños cómplices al personaje.

Alcalde va estableciendo, con la certeza que permite la cercanía al mundo popular que se describe, esos íntimos paralelismos que se dan en el recorrido vital de tres autores que son tres expresiones diferenciadas de una misma madera: el poeta popular Crispulo Gándara, Violeta Parra y ese solitario coloso de la poesía social que es Pablo de Rokha.

Vidas paralelas hermanadas por una misma actitud ante el mundo: generosidad, picardía, hedonismo, voluntad de independencia frente al horizonte opresivo del medio nacional, pero sobre todo una pasión creadora que se lleva adelante contra viento y marea, mostrándole los dientes a todas las dificultades. Vidas que encuentran en la dura y rica realidad proletaria la fuerza y la sabiduría necesaria para definir una vocación que no reconocerá otros patrones que no sea el propio pueblo.

Significativamente son autores que canalizan su actividad creadora pulsando distintos registros de un arte que empezamos a reconocer como expresión de clase: la poesía popular, el folklore y la poesía social.

Las interrelaciones que se producen entre estas tres formas artísticas, que no son simples abstracciones genéricas que circulan por el aire, como entidades preexistentes a la praxis poética, sino formas de expresión que canalizan una sensibilidad que se va redefiniendo históricamente, modificando la perspectiva y la selección de los conte-

nidos, se explican si se atiende primero al modo concreto cómo los sectores populares de un país determinado, ante circunstancias histórico-sociales específicas, van definiendo su propia concepción del mundo y la realidad, posesionándose de las distintas modalidades de expresión artística ofrecidas por la tradición, pero imponiéndole su propio sello, y luego se examinan las características específicas de las formas poéticas desarrolladas.

Alfonso Alcalde, al instalar la mirada en las circunstancias concretas que modelan la vida de los autores, sus relaciones sociales, sus conflictos, sus aspiraciones, en suma, su actitud ante la realidad de su tiempo, está rescatando esa base que nos permite entender mejor la razón y el sentido de la obra poética.

Una obra que, como la de Violeta Parra, no se encasilla fácilmente en los moldes al uso, sino que, al tocarlos, al probar su consistencia, le quira los parámetros convencionales, rígidos, como quien quita telarañas, y los devuelve al mundo con el soplo cálido de una vida distinta. ¿Qué son, por ejemplo, las décimas sino una forma muy tradicional de la poesía relegada al ámbito campesino que en la voz de la autora se convierte en el instrumento más eficaz para canalizar a la vez las inquietudes del mundo íntimo, personal, y la protesta ante las situaciones injustas y degradantes del mundo social?

A este núcleo de problemas, que se inscribe en la reiterada preocupación por entender las relaciones entre arte y vida, apuntan las notas preliminares de otro libro dedicado a la Violeta y que no por casualidad aparece en la Madre Patria. Cada libro que ha ido apareciendo es una vuelta más que asedia la figura móvil de la autora pidiéndole que entregue el secreto de su arte, y lo que va surgiendo es una historia que define mejor su rostro presente en la medida en que se van descubriendo los lazos con el pasado. Y se va la tercera.

4. En 1976, Julio Martínez Reverte editó en España otra antología de la folklorista, con una larga nota preliminar y una puntuación de datos biográficos³.

Esta antología reúne cuarenta y nueve composiciones, más una selección de ocho décimas.

En su introducción, Martínez Reverte comienza destacando ese rol especial que le cupo realizar en Chile a nuestra artista:

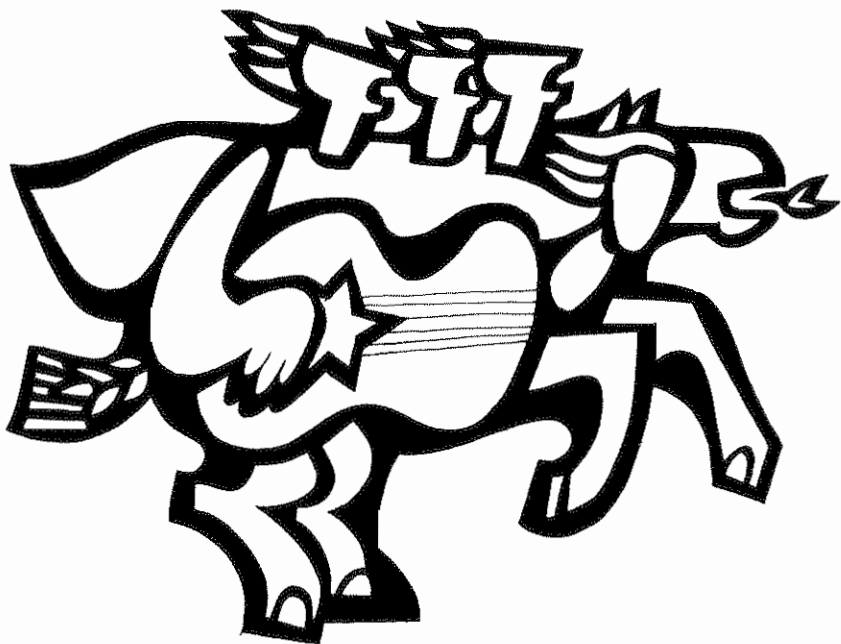
«Violeta supo ser, o vino a ser, la expresión más genuina de un ser popular en un doble sentido: de un lado, el oído que recogía la canción, el folklore, el lamento de su pueblo; de otro, la voluntad para hacer trascender esa canción y ese folklore hasta dotarles de un sentido de lucha social y, finalmente, de un sentido político.»

³ Violeta Parra, *Violeta del Pueblo*. Prólogo, selección y notas de Julio Martínez Reverte (Madrid: Alberto Corazón Editor, 1976). Colección Visor de Poesía, 153 pp.

El autor señala, con acierto, que esto no debe considerarse un fenómeno aislado en el desarrollo del arte popular chileno, sino que, por el contrario, define con caracteres más nítidos una tendencia manifestada desde mucho antes en la tradición folklórica del país, y que le fue otorgando al quehacer artístico del pueblo una marcada función social, ligada muchas veces a la expresión política. Y cita ejemplos del período de la Independencia, de los tiempos de Balma-ceda, y de los años en que el proletariado surge a la vida nacional con una fisonomía distintiva, dando origen a los partidos obreros.

Pero esta realidad ha sido persistentemente negada por la bur-guesía nacional, que impuso sus propios esquemas de valoración del pasado proponiendo como tradición sólo aquello que estuviera de acuerdo con su ideología, y especialmente con su concepción del arte como manifestación no problemática, como un canto amable desli-gado de las contingencias de la historia.

Las últimas décadas de la historia social de Chile constituyen una referencia indispensable cuando se intenta definir el rol de Vio-lera Parra en el desarrollo del folklore y la canción popular chilena. Porque es aquí, en esta zona de la cultura nacional, persistentemente negada o deformada, donde su presencia adquiere una significación admirable, al devolverle al folklore su un tanto olvidada capacidad de expresión de la sensibilidad social, acercándolo a las pulsaciones



de la historia inmediata y convirtiendo su voz personalísima en la voz avanzada del arte popular que alcanzará una cima prestigiosa durante esta última década, convirtiéndose en la manifestación más ligada al proceso histórico social que lleva a Salvador Allende al gobierno, en su resonancia más sensible.

En la evolución artística de Violeta Parra pueden destacarse tres etapas que, en sus líneas básicas, se corresponden con las de maduración y consolidación del movimiento popular chileno. Lo que no significa tener en mente la noción de un determinismo mecánico, sino poner de relieve la cercanía intuitiva de la autora a un clima social que moldea su personalidad y la empuja a tareas que superan las limitaciones del medio, pero que llevan en su avance una voluntad de recuperación y actualización de los modos de expresión popular que más tarde encontrarán su carnadura histórica justa, convirtiéndose en la voz distintiva de una clase social.

Entre 1937 y 1952, Violeta revela su vocación por el canto, dedicándose a la música popular de corte tradicional (boleros, corridos, tonadas, etc.), a la vez que empieza a conocer de cerca los problemas sociales de ese público para el cual se expresa (período que la lleva a una breve militancia política); entre 1953 y 1960 surge la verdadera Violeta Parra, aquella que, dispuesta a rescatar las manifestaciones del arte popular chileno, comienza a desarrollar una doble actividad o, dicho en términos más justos, a darle nueva vida al arte popular imponiéndose dos tareas: por una parte, la investigación y recopilación folklórica, y, por otra, el desarrollo tesonero de su propia pasión creadora, que se despliega en la creación musical, la cerámica, la pintura, la poesía y ese arte tan especial por su acopio original de elementos y técnica, mal mirado al comienzo y hoy objeto de una atención desusada: los tapices hechos con arpillera y lana de colores. Dos hechos ejemplifican esta doble preocupación: la fundación del Museo de Arte Popular en Concepción (1957), empresa a la que luego se le quita el apoyo necesario, y la edición de sus composiciones originales, *Composiciones de Violeta Parra* (1957) y *Toda Violeta Parra* (1958). A partir de 1961 se produce el reconocimiento internacional de Violeta Parra y se va haciendo más patente su significado pionero para lo que luego se llamará la Nueva Canción Chilena y su influencia en la canción latinoamericana. Como es ya un lugar común en los artistas nacionales, la valoración de su obra empieza a producirse afuera: en su recorrido por Europa en 1961, posibilitado por una invitación al Festival de la Juventud en Polonia, y su detención en Francia, donde le publican una edición bilingüe (*Poésie populaire des Andes*, Maspéro, 1965) y expone sus tapices en el Museo del Louvre⁴.

⁴ En relación a esto habría que hacer una pequeña rectificación. La exposición se hizo —y expongo los datos que me proporcionó gentilmente Carlos Orellana— en el Musée des Arts Décoratifs, institución que funciona físicamente en el palacio del Louvre, pero que no está relacionada con el otro museo nacional que alberga el edificio, el Museo del Louvre. La pottada del catálogo

Al regresar a Chile se propone llevar adelante otra vez el viejo sueño de levantar un centro cultural dedicado a las manifestaciones del arte popular, empresa que va estrellando en el vaivén de los escollos burocráticos y monetarios, en el favor cambiante del público, pero que desde sus limitaciones y esfuerzos proyecta, tras la muerte de Violeta, una visión más honda e íntima de la dignidad y el valor social de un arte que, en un contexto histórico y social más favorable, renovarán otras voces.

El trasfondo histórico y biográfico, indispensable para una caracterización más justa del arte de Violeta Parra, referencia básica para definir sus lazos con la tradición cultural del país y destacar a la vez su profunda originalidad, está descrito de manera excelente en el último libro editado hasta ahora sobre la autora, un libro que completa el asedio amoroso con la pasión y la convicción del que conoce de cerca los pasos de la historia y puede coronar con singular acierto esta sostenida empresa de conservar su memoria y su voz para su público original, que es todavía un público futuro.

5. El libro editado en Francia por Patricio Manns, aunque dispuesto sólo como una antología destinada a un público nuevo, el francés, y que requiere de una información adicional y de notas suplidas con precisión en el texto, es la recopilación más completa de las composiciones de la Violeta, reuniendo sesenta y cuatro textos⁵. Esta antología va precedida de un extenso prólogo que habrá de incorporarse, como referencia imprescindible, a los futuros estudios que se emprendan sobre la autora.

Con una perspectiva histórico-biográfica que maneja a la vez con soltura y precisión los datos de la realidad, Patricio Manns traza un mapa muy vivo, lleno de resonancias significativas, de la trayectoria de la folklorista, rescatando una figura que define su vocación singular, su profunda originalidad, sobre ese trasfondo esencial que es el espacio geográfico, histórico y cultural en que le tocó vivir, y que le da consistencia a su canto.

Patricio Manns parte de una reflexión que, situando la producción artística en el sistema de determinaciones y motivaciones que contribuyen a explicarlo como manifestación humana, le permite destacar las raíces que condicionan la experiencia vital de la autora y las motivaciones que transforman su visión del mundo en visión poética

de esa exposición señala: «Violeta Parra. Musée des Arts Decoratifs. Palais du Louvre. Pavillon de Marsan. 109, rue de Rivoli, Paris». Y en la contratapa: 8 avril-11 mai 1964.

Naturalmente, esto no desmiente el hecho de que expuso en uno de los museos más importantes de París, que fue bien tratada por la crítica, y que su presentación contribuyó a que, en su patria, comenzara a reconocerse su talento excepcional.

⁵ Patricio Manns, *Violeta Parra. La guitare indocile* (Paris: Les Editions du Cerf, 1977).

de la realidad: «Como se sabe, toda forma artística deviene invariablemente en el expositor subliminal o directo de la historia de un pueblo, de su cultura, de sus hábitos, de sus manías y de sus ensoñaciones. Se despliega como un comentario de costumbres, como un ancho y largo mural que registra, a ratos casi fotográficamente, determinada realidad humana y geográfica, los temas eternos engarzados en una particular territorialidad. No es nuevo este hecho porque, con seguridad, la misión subyacente de toda manifestación artística involucra un vasto proyecto de reflexión, muchas veces situado más allá de la conciencia, la subconciencia y la inconciencia de los creadores, más allá de la particular percepción del fenómeno. Integrado en un complejo social, adherido a las propuestas culturales de su tiempo y de su medio, llevado y traído por los vientos de la historia inmediata —a su vez vinculados estrechamente a toda historia—, el hombre que despliega sus concreciones estéticas para cantar, pintar o esculpir será una célula del gran ojo instigador, procreador e investigador de aquella contemporaneidad que le acoge y le nutre, conduciéndolo al término único de una gran raíz colectiva. Por tanto, el fruto cabal germinará en espejo; todos los otros en espejismo. Será el rasero diferenciador esta cualidad final, la línea divisoria de las aguas muertas y de las aguas vivas, el imperturbable fiscal que condenará los oportunismos advenedizos y condecorará en el pecho las vocaciones constructivas y constructoras. Tomando en cuenta sus ataduras naturales: primero, la forja emocional que envuelve su propia experiencia de observación, deducción y análisis; luego, la sobrecarga constante y creciente de los estímulos de toda índole que le asedian, debemos concluir en que hay una determinación previa de las condiciones en que el sentimiento estético desarrollará sus instancias, determinación que es anterior a él.» (Citamos por la edición española, Barcelona, Edic. Júcar, 1978.)

El texto biográfico de Patricio Manns describe y explica esas diversas condiciones que contribuyen a definir la personalidad y la obra de la Violeta, en un bien entrelazado friso que incorpora lo que Alejo Carpentier llamaría «los contextos»: la geografía, las formas de vida campesina y su particular visión del mundo, las características de la vida político-social del país en las últimas décadas, las formas de conciencia ideológica que esta historia inmediata va definiendo y el modo en que se expresan en la cultura nacional, especialmente en el arte musical.

El autor pone de relieve esa íntima interacción que se da en el arte popular entre tradición formal y sensibilidad para comprender los fenómenos sociales e históricos, rasgo que está presente con nitidez en dos formas hermanas del arte popular actual: la poesía y la canción, y que constituyen una herencia del arte de los juglares.

La relación de Violeta Parra con la poesía popular chilena y con el folklore tiene así un doble valor: ella no sólo rescatará las formas tradicionales de un arte relegado al ámbito campesino o a las regiones apartadas de los Andes y las islas australes, sino que al actua-

lizar esas formas con contenidos nuevos, que expresan la percepción de la realidad inmediata, les devolverá su un tanto olvidado sentido social. Y éste será justamente el legado que le dejará a la nueva canción chilena.

El arte de Violeta Parra refleja con fidelidad esa doble dimensión que se encuentra en toda manifestación estética perdurable: es un eco de la memoria colectiva y de las formas artísticas que ha ido decantando, y es un intento original, consciente de volcar en esas formas la percepción de la realidad personal y social de su tiempo.

O dicho con las palabras de Patricio Manns: «Está claro que su obra es una síntesis de memoria y savia. Se eleva de la tierra poco a poco, como un árbol, y se alimenta, completándose, con los gérmenes ávidos del viento de su tiempo. Un friso histórico, político, religioso, social, antropológico, folklórico, filológico y estético de proporciones inusuales anclará en las fibras de su guitarra, en los hoscos e ingenuos, pero profundos, ramalazos de su pintura, en el delgado acontecer de su arpillera en la cerámica pasmosa poblada por su mano. Pero antes venía desnuda y en el camino escoge su ropaje. El volcán que ha engastado como empuñadura de su corazón no es un volcán casual, sino elegido.»

Los libros que hemos reseñado, y que han servido de apoyo a varios comentarios adicionales, constituyen, más que obras definitivas, antecedentes básicos destinados a orientar otros esfuerzos por acercarse a la vida y la obra de una artista que recién estamos aprendiendo a conocer y a querer, para valorar su rol esencial en el desarrollo y dignificación de la cultura popular chilena y, sobre todo —he aquí una tarea no emprendida—, para definir los valores sociales y estéticos de su arte original.

En una ocasión, Violeta Parra definió la canción popular con una frase que se transforma en la descripción más justa de su propia obra: «La canción es un pájaro sin plan de vuelo, que odia las matemáticas y ama los remolinos.»

Y su canción, su poesía sigue volando, remontando otros rumbos propicios, anidando momentáneamente en los remolinos de la historia, despertando otras cuerdas que un día cantarán su propia experiencia vital, e indicándoles a esas voces futuras el sentido a la vez individual y colectivo de la práctica de la libertad.

Mujer convertida en tejido de palabras, a la vez presencia y ausencia en la humanidad sensible de su patria y de América, Violeta comienza a ser recuperada por la palabra, vuelve a vivir por la palabra.

Y ya Roberto Juárroz definió el modo en que el hombre está en su creación, a esa alianza de presencia y ausencia que singulariza la condición del arte:

«La palabra es el único pájaro
que puede ser igual a su ausencia.»

CARTAS DE CHILE*

1

Santiago, diciembre de 1978.

A veces, o casi siempre, creemos estar preparados para todo, pero lo que hoy vivimos es tan horrible, tan doloroso, tan macabro, que es difícil, realmente muy difícil de vivir. Es quizá de lo más difícil que me ha tocado vivir, el golpe más espantoso que hemos recibido. Y recién es el principio; después de esto ¿dónde estarán los otros?, ¿en qué pedazo de tierra? Los que hasta ayer estaban vivos, ¿lo están hoy? y los que hoy están vivos, ¿lo estarán mañana?

Preguntas como estas nos hacemos cada minuto y cada segundo de estos negros días. ¿Quiénes serán? ¿Cuánto tiempo llevan allí?

* Carta de la hija de un dirigente político desaparecido, escrita poco después de conocerse el macabro hallazgo de Lonquén.

¿Cómo sucedió todo? El dolor y la angustia son grandes, pero a pesar de todo lo que sentimos en estos momentos, estamos bastante serenos *hoy*, tratamos de estarlo, de tener fuerzas; la lucha sigue, el compromiso es cada vez mayor, más urgente. Y, sin embargo, cuando miro a esas mujeres, a los compañeros, a los niños pequeños que miran y escuchan desconcertados, sin comprender, o quizá comprendiendo demasiado. Cuando miro a esos niños pienso lo privilegiada que fue mi infancia; las penas que yo pude pasar, las apreturas, no son nada al lado de lo que ellos viven.

Y sin embargo... cuando miro a esa mujer que aprieta los puños cuando escucha las noticias, a la que cuenta cómo crió a su hijo, a la que me dice que no pudo aguantar más y lloró... Al compañero que le detuvieron la esposa embarazada (hay dos cuerpos de

mujer) y que me extiende su mano solidaria y dolorosa.

Cuando pienso en mi padre, en todo lo que de él aprendí, en lo que de él aprendo día a día, en las cosas que me dijo meses antes de la detención ("Yo sé que si a mí me toman preso, me matan"; "no es fácil lo que nos ha tocado vivir, lo que a ustedes, los jóvenes les toca vivir; hay que luchar sin descanso"). ¡Es tan horrible! ¡Es tan injusto, tan inhumano! Muchas veces hemos pensado en la muerte de nuestros compañeros, pero lo de ahora es algo que golpea brutalmente.

Todo lo que hemos vivido en estos años, día a día, nos ha enseñado a ser fuertes, nos ha engrandecido la confianza, la seguridad de nuestra justa lucha por un mundo mejor. Con esta firmeza enfrentamos este crimen, con nuestra verdad, con nuestro dolor, con nuestro amor por la vida. Con todo lo que nuestros compañeros nos entregaron y nos enseñan más allá de la muerte, de la prisión. Enfrentamos este crimen con la dignidad más grande. Seremos firmes, exigiremos que todo se investigue hasta el final, exigiremos justicia, exigiremos la vida de los que aún puedan tenerla y su libertad inmediata. Cada día estoy convencida que no hay un minuto de descanso, no hay tiempo que perder ni día que regalarle al fascismo. Nuestros niños no pueden seguir viviendo lo que viven, no más hambre, no más inseguridad, no más cesantía, no más miseria, no más hombres y mujeres golpeados por el fascismo, no más exiliados, no más muertes ni prisiones. Todos tienen derecho al futuro, a la libertad, a la paz, a la justicia. La patria para todos, hermosa, libre, como debe ser. Queremos que la justicia actúe realmente sobre todos aquellos que cometen crímenes contra nuestro pueblo. Lo exigimos con derecho.

He pensado mucho en ustedes, en todos los que están allá, los he sentido cerca, los siento hoy más cerca de nosotros, más que nunca. Sé que hoy redoblan las fuer-

zas de la lucha que día a día han dado por la Patria, así como también lo hacemos nosotros acá. Sé que sus manos se unen, que se discuten y superan las diferencias, sé que se encuentra la unidad, como acá lo hacemos, porque la unidad es el único camino que hoy podemos seguir, es el único paso que nos fortalece. La unidad en la lucha nos engrandece y nos refuerza.

Los quiero mucho a todos, hemos compartido nuestro dolor, nuestras alegrías, nuestras esperanzas; nuestra lucha y nuestro amor se ensanchan, crecen diariamente.

Realmente, el golpe que hoy recibimos, el dolor que hoy sentimos, el dolor y la indignación inmensa que hoy sentimos nos hace estar más juntos que nunca. El amor de ustedes me fortalece, me ayuda enormemente, espero que el amor que yo les tengo los ayude también en algo.

La actitud de poder judicial ante este horrendo crimen ha sido muy buena, están muy impresionados y en muy bien pie, tenemos que ayudarlos para que continúen por este camino, porque como comprenderán las presiones que reciben para ocultar el crimen e ignorar a los culpables son muy grandes y no podemos permitir que eso ocurra.

El domingo, a las seis de la tarde, hacemos un acto litúrgico, no por la muerte, sino por la vida, por el derecho a la vida, para reafirmar que seguiremos luchando, que no permitiremos que una vez más se oculte la verdad, reafirmar el derecho a la justicia y la urgencia de que todas las personas, de cada hombre, cada mujer y joven chileno alce su voz y haga algo en torno a todo esto.

Los quiero mucho y siempre. Todavía el nuevo personaje de la familia no sale a la luz, a esa luz a las que todos tenemos la responsabilidad y el deber de hacer pura, limpia, hermosa y libre. Esperamos que nazca antes del 15. Les avisaremos.

Los quiero y los abrazo a todos largamente y con todo mi amor y mi esperanza.

L.





Santiago, 6 de marzo de 1979.

Creo que el mejor saludo que puedo enviarte en este 6 de marzo es esta breve y mal hilvanada reseña de algunas entre las múltiples actividades preparatorias para el gran acto que realizaremos el próximo jueves en el Estadio Santa Laura, de Santiago.

Las comisiones de trabajo comenzaron desde las primeras semanas de febrero, bajo la iniciativa de los departamentos femeninos de la Coordinadora Sindical. A esta Comisión organizadora se sumaron luego la Agrupación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos, diversos Comités de Defensa de Derechos Humanos, constituidos por zonas; Comisiones Femeninas de las distintas zonas de la Vicaría, y entidades culturales. Se trabajó intensamente en la difusión a nivel de instituciones y grupos de la *historia, contenido y trayectoria del Día Internacional de la Mujer en Chile*, y en el mundo y se comenzó una intensa programación de actos preparatorios. Desde el 26 de febrero adelante se han multiplicado los actos a través de Santiago, sus comunas urbanas y rurales; en Valparaíso y Viña; Linares, Serena.

Me ha tocado asistir a varios de estos encuentros preparatorios y pienso que debe interesarte saber que las mujeres, con sus compañeros y sus hijos, han repletado los locales en cada oportunidad. Los discursos alternan con los saludos y con éstos, las canciones y nuestros bailes populares. Poetas campesinos improvisan décimas para saludar a sus compañeros; poetas populares se suceden presentando creaciones para exaltar la fraternidad americana, la solidaridad internacional, la decisión de la mujer pobladora y la sacrificada dueña de casa que "hace malabarismos para parar la olla". El estilo de la música y los contenidos de las canciones revelan un espíritu nuevo: ya no es sólo la protesta, también me ha tocado escuchar temas que tra-

ducen la inquietud del adolescente sin perspectivas; la meditación solitaria del altiplano; la exaltación del trabajo solidario. Toda la inspiración parece centrarse en este futuro que deseamos, por fin, conquistar: PAZ, JUSTICIA, LIBERTAD. Son los motivos que todos coreamos juntos en todas partes donde el pueblo se reúne, rinde homenaje a la mujer y en ella a la querida patria que anhelamos ver reunida, reintegrada a su rico pasado, por encima del sombrero, nefasto y paréntesis de estos cinco años y medio.

Ha habido reuniones emocionantes en estos días: Confederación Unión Obrero-Campesina, Federación Campesina Manuel Rodríguez, Federación de la Construcción, Maestros de la Zona Matta-Sur, Agrupación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos. En la preparación y desarrollo de estos actos colaboran con emocionante entusiasmo diversas Bolsas de Cesantes: confeccionan distintivos, imprimen tarjetas, pequeños carteles.

Esta tarde, 6 de marzo, fuimos invitados al Acto preparado por la Agrupación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos, en homenaje a las madres, esposas, hijas detenidas-desaparecidas. Se desarrolló en el gran patio cubierto de la Vicaría de la Solidaridad de Plaza de Armas. Alrededor del patio nos miran, desde sus grandes retratos, una multitud de caras de muchachas, de mujeres de diversas edades. Es un homenaje a ellas que estamos aquí reunidas. Invitadas especiales están entre otras: Malucha Solari, la notable artista del ballet chileno; Wilma Saavedra, ex parlamentaria D. C.; Carmen Frei, ex regidora por Santiago, D. C.; Lya Laffaye, primera parlamentaria y fundadora de Unión de Mujeres de Chile; Bellela Herrera del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Es conmovedora la actitud de las mujeres que saludan el Homenaje a las Detenidas-Desaparecidas: habla una madre (su hija, desaparecida) con tremenda emoción, pero con una firmeza y una



claridad sobre las situaciones que han vivido y su firme propósito: ¡No cejaremos!

Está presente también la reciente organización: la Agrupación de Familiares de Ejecutados y Muertos en Tortura. Estas valerosas mujeres trabajan por el esclarecimiento de las situaciones que pusieron término a la vida de sus familiares, recopilación de antecedentes muy documentados y, en este AÑO INTERNACIONAL DEL NIÑO, por la constitución de una Fundación de Protección a los Niños y Adolescentes Familiares de Ejecutados.

9 de marzo.

La carta fue comenzada días atrás, en plena actividad preparatoria. Ahora, el resumen y balance de estos días.

El Gobierno ha rendido homenaje al Año Internacional del Niño, anunciando Pinochet "las Directivas Presidenciales para la Educación" (?!). Como de costumbre, se "autoconstituye" en máximo depositario de la sabiduría y capacidad técnica para dirigir la educación chilena. "El Mercurio", en el editorial del 6 de marzo, aplaude: "Por fin, el Gobierno pone definitivamente el acento en la educación básica, la que tendrá como meta primordial que los egresados de ella sepan hablar, leer y escribir correctamente; dominen las cuatro operaciones aritméticas y, además, conozcan con la profundidad que corresponda la historia de Chile y también la geografía del país y posean la formación que les permita actuar como personas humanas y ciudadanas". DE ANTOLOGIA, ¿no les parece? ¿A qué época del pasado colonial de Chile habría que retroceder para encontrar tan esplendorosa formulación de las aspiraciones educacionales supremas para los niños chilenos?

Pero ha regalado algo más: hoy 9 amanecemos con la renovación por seis meses del Estado de Emergencia. Todo está "justificado" de antemano por una serie de sospechosos atentados terroristas: bombas, "secuestros" de buses, volantes subversivos, etc.

Y para culminar, ayer 8 de marzo, se clausuraron todos los lugares donde se realizarían los homenajes al DIA INTERNACIONAL DE LA MUJER: Estadio Santa Laura, en Santiago; Teatro Velarde, en Valparaíso. La Secretaría Nacional de la Mujer hizo dos días atrás su declaración pública de "no concurrir a estos actos del Día Internacional de la Mujer, instituido por la dirigente soviética Clara Zetkin, y muy celebrado a instancias del "imperialismo soviético".

Ayer, 8, partimos, a las cinco de la tarde hacia el Estadio. Llegamos como a las seis. Ya por el camino, nuestra Ovalle-Negrete comienza a llenarse de mujeres que no conocemos y, sin embargo, identificamos. ¿En qué? En su actitud, en su mirada, en esa flor que lleva en la mano. Apenas asoma la plaza Chacabuco, comenzamos a distinguir a ésta ya bastante llena de público y por todas partes, las fuerzas policiales. No permiten estas que el micro se detenga y nos van a dejar muchas cuadradas abajo, en Independencia. Allí se baja casi toda la gente que venía en el bus. Comenzamos la caminata hacia la plaza Chacabuco. Muchas otras mujeres y hombres nos preceden. Pero ya la acción policial ha comenzado: despejan la plaza y arrastran a algunas mujeres al bus que allí tienen detenido. Seguimos adelante en nuestra fila, pero ya viene otro grupo de regreso, empujados por las fuerzas del orden: no están violentos, pero invitan a retirarse. Uno de ellos me dice bajito, pero con firmeza: "Mejor que se vaya de aquí, señora". ¡Deben haberle impresionado mis canas! Pero hay un brazo fuerte a mi lado y seguimos, separándonos del grupo y avanzando por la calle Santa Laura. La calle la tienen atravesada con motonetas y pacos. No les damos boleto y seguimos caminando: vamos hacia nuestra casa. Queremos caminarnos todo el perímetro del Santa Laura. En todas las esquinas, carabineros sin metrallas, pero muchos Walkies-talkies. Por las calles encontramos otros grupos aislados de paseantes. Gente nos miran en algunas puertas de las modestas casas. Ningún gesto hostil,

más de un guiño de ojos. Seguimos caminando, charlamos sobre las lecturas de verano. Yo me estuve leyendo *Yo el Supremo*, prestado por el amigo que me acompaña. Vamos tan absorbidos en nuestras reflexiones que sólo después de pasar sentimos nuestras propias voces: "Las peores tiranías de estos países caen bajo ese análisis novelado de nuestros grandes escritores". Acabamos de pasar por entre un grupo de carabineros que resguardan una esquina. Ya en Independencia muchas mujeres, mucha gente joven ha comenzado a repletar la iglesia de Nuestra Señora de Fátima. Seguimos la caminata, ahora es una verdadera fiesta, colorida, ambas aceras de la avenida, sigue caminando la gente,

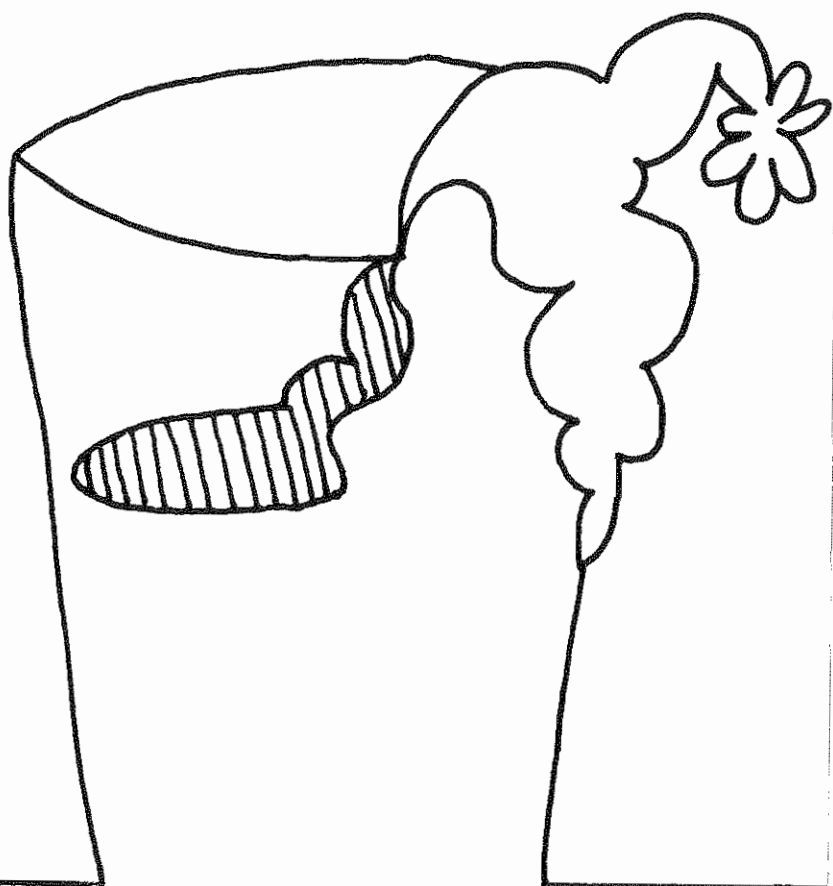
siguen saliendo otras de las micros, siguen, siguen. En un peldaño de entrada de casa descansa una mujer amiga, caída en las carreras de la plaza Chacabuco, pero habla con alegría, tiene la muñeca hinchada por el golpe y dice muy sonriente: "¡Qué me importa si mi sobrino es kinesiólogo!" Siguen tomando gente, ahora en plaza de Armas, donde muchos se han concentrado. Acá se grita fuerte: "¡Que se vaya Pinochet!, ¡PAZ, JUSTICIA, LIBERTAD!, ¡LONQUEN!"

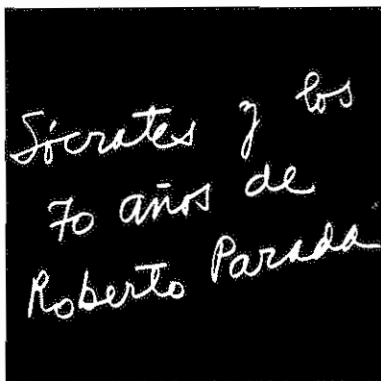
La eterna voz del pueblo... ¡Qué gran día!

¡Recibe, reciban todas el abrazo de estas multitudes que seguirán creyendo!

M.

AMIGO,
BEBE MI VINO EN MI PROPIO VASO
QUE ECHADO EN OTRO
PIERDE SU FLOR Y SU ESPUMA





En el Teatro La Comedia, de Santiago, el actor Roberto Parada revivió el proceso a Sócrates recogido hace 1500 años en la "Apología" de Platón.

Con barba y presencia venerable, Parada cumple toda una proeza teatral. En un monólogo de una hora y veinte minutos Sócrates defiende, su derecho a decir la verdad, despreciando todos los riesgos que ello pudiera significar. "Me liberéis o no —dice Sócrates—, tened por seguro que jamás he de cambiar de conducta, aunque mil veces me expusiera a la muerte".

La actualidad de Sócrates no es sorprendente en Chile ni en ninguna parte. Su aspiración a la verdad, a la libertad, a la justicia; su odio a los mitos y a los sofistas, son principios fundamentales que defendió con deslumbrante raciocinio ante sus acusadores, que fueron, en definitiva, los acusados.

Representando al viejo filósofo, Roberto Parada cumple setenta años. Se ha mantenido en los escenarios chilenos desde sus años juveniles sin abandonarlos jamás. La adaptación teatral de la "Apología de Sócrates" la hizo María Maluenda, su esposa, que ha hecho con él casi la misma trayectoria desde la fundación en 1941 del Teatro Experimental de la Universidad de Chile.

La vocación de actor de Roberto Parada fue más fuerte que la de su primera condición de profesor

de inglés. La tentación de los escenarios lo sacó de las aulas. Hizo sus primeras incursiones en teatros un poco vagabundos y bohemios. Tenía veleidades de barítono que se apoyaban en una voz poderosa y bien timbrada. Desempeñó papeles medianos en coloridas zarzuelas. Los estribillos pegajosos de "La Verbena de la Paloma", "Luisa Fernanda" o "Los Gavilanes" estaban en su repertorio. La zarzuela tenía un público fervoroso y popular de edad adulta, aunque sus cultores —viejos cómicos españoles— improvisaban más de la cuenta.

El teatro chileno reproducía la grandilocuencia de los dramones en boga en otros lugares o la brocha gorda de las comedias o sainetes que eran interpretados por excelentes actores con "ángel" natural y dueños de todos los recursos de la escena: Alejandro Flores, Enrique Barrerucha, Elena Puelma, Italo Martínez, Lucho Córdoba, Juan Carlos Croharé. Era un profesionalismo esforzado, azaroso, que tenía que ceder siempre ante los gustos fáciles de un público poco exigente.

En Chile, entonces, había triunfado el Frente Popular y existía una multitudinaria conciencia antifascista y democrática. La guerra de España, primero, y el desencadenamiento, después, por el fascismo de la segunda guerra mundial lanzó a los intelectuales chilenos a una participación activa y decidida en la vida del país.

El viejo teatro español, romántico y costumbrista, ya no tenía razón de ser. Era necesario renovar el teatro chileno, estimular la producción de nuevos creadores, traer a los escenarios a los grandes autores y al gran teatro del mundo con seriedad y rigurosidad, en el marco de una técnica y de una escuela teatral moderna.

La iniciativa la tomaron un grupo de estudiantes del Instituto Pedagógico, con Pedro de la Barra a la cabeza. Ellos habían creado un conjunto de su Facultad que abordaba a los clásicos con cierto éxito. Unieron todo lo que poseían y crearon

el Teatro Experimental de la Universidad de Chile. Debutaron en una lluviosa mañana de invierno en el Teatro Imperio, de Santiago, exactamente el 22 de junio de 1941, cuando las tropas del Tercer Reich iniciaron la agresión a la URSS.

Parada participó en esa primera presentación largamente ensayada. El programa estaba integrado por "Ligazón", de Valle Inclán, y "La Guarda Cuidadosa", de Cervantes. Los actores, escenógrafos, iluminadores y tramoyistas eran universitarios apasionados por el teatro: Bética Castro, Chela Álvarez, Rubén Sotoconil, Pedro Orthus, María Maluenda, Egmundo de la Parra, Emilio Martínez, Aquiles Sepúlveda, Héctor del Campo, Agustín Siré. Parada fue una de sus primeras figuras.

El Teatro Experimental revolucionó el teatro chileno. Lo sacó, además, de las salas tradicionales y lo llevó a los paseos públicos, a las escuelas, a los sindicatos, a las provincias. A los incipientes actores y técnicos iniciales se unieron otros que conquistaron un público nuevo, jóvenes especialmente.

La carrera de Roberto Parada se unió al ascenso y los avatares del conjunto universitario. Varias generaciones le han conocido en personajes teatrales inolvidables. ¿Qué aficionado al teatro en Chile no lo recuerda —por ejemplo— como Comendador de "Fuente Ovejuna", de Lope de Vega; como jefe de una familia burguesa en "La Visita del Inspector", de Priestley; como el padre, de "Seis personajes en busca de autor", de Pirandello; como el feroz Capitán Izquierdo, de "Montserrat", de Emmanuel Robles; en "La Opera de Tres Centavos", "El Círculo de Tiza Caucasiense" y "Herr Puntilla y su criado Maty", de Brecht; en "Noche de Reyes", de Shakespeare; en "Santa Juana", de Bernard Shaw; en "El Alcalde de Zalamea", de Calderón de la Barca; en tantas y tantas obras del teatro universal y del teatro chileno en las que demostró su versátil y rica personalidad histriónica encarnando a personajes

de las épocas y los caracteres más diferentes?

Parada nunca ha concebido el teatro como un arte para minorías ni a los actores al margen del devenir de la sociedad en que viven. Con María Maluenda se comprometieron con la vida democrática de Chile y con lo que había que hacer en esa dirección en el terreno de ellos.

Ambos están vinculados a la difusión de la poesía chilena. A la interpretación ante las multitudes de los grandes poemas del "Canto General" de Neruda; y Parada a las sencillas versainas de los poetas populares, con cuyos creadores ha compartido en más de una ocasión.

Cuando Parada jubiló en el Instituto del Teatro algunos pensaron que se retiraba o que se dedicaría a la pedagogía teatral. La tentación de la escena fue superior a cualquier otro plan. En ningún momento ha dejado de actuar. En la televisión, en el cine, en pequeños y grandes papeles, en cualquier posibilidad de volver a un oficio que ha desempeñado con renovado goce, está su presencia.

A los setenta años revive a Sócrates, el tábano de Atenas, el aguijón que obligaba a pensar y a conocerse a sí mismo a los atenienses, a renegar de toda forma de servidumbre o de cobardía. Con María Maluenda, que dirigió la puesta en escena, estudiaron y redescubrieron el texto eterno de Platón durante meses. Estuvieron de acuerdo que en el teatro no sería una mera ilustración sobre el pensamiento humanista griego, apto para los deberes en clase de jóvenes estudiantes, sino un alegato permanente y lúcido, poderoso y vigente.

Sostener un discurso milenarista de serena majestad ante la muerte, frente a un tribunal invisible, ha sido una prueba más en la carrera teatral de Roberto Parada, coronada con éxito, como un regalo a sí mismo, pero, sobre todo, un regalo a los demás en sus setenta años.

Luis Alberto MANSILLA



Joaquín Edwards Bello, en el prólogo a su novela *La Cuna de Esmeraldo*, ambientada en el Santiago pobre de principios de siglo, propone levantar una estatua a Tolstoi en las arenosas pampas salitreras.

¿Por qué precisamente allí, sobre esas cicatrices planetarias, como las llamó Neruda? Tal vez porque en dicha región inhóspita la vida ardía hacía tiempo bajo la presión de duros conflictos sociales y el color de la sangre de los trabajadores solía teñir con frecuencia la piel amarilla del desierto. Debemos aclarar que durante aquella época en Chile no faltaron obreros que sintieron a Tolstoi muy cerca de su causa. Antes y después, su obra arrojó una luz nueva sobre el camino de varias generaciones de lectores chilenos.

Por ejemplo, cuando corría 1889, en el palacio de la Moneda, un joven de veinte años, Pedro Balmaceda, hijo del presidente de la República, bajo el impacto de su deslumbramiento, escribe un ensayo, *La novela social contemporánea*, cuya médula la concentra en el análisis de la literatura rusa. Su ídolo indiscutible es Tolstoi, a quien describe como "tan popularmente conocido, escritor vigoroso, realista acentuado". Sugestivamente ese mismo año un novelista chileno de resonancia, Luis Orrego Luco, autor de *Idilio Nuevo y Casa Grande*, sostiene que "la escuela que reúne de una manera armónica el estudio de la vida externa y fisiológica al estudio moral y psicológico ha nacido en Rusia. Turgueniev y Tolstoi, sobre todo

el último en *Ana Karenina*, *La muerte de Iván Ilich*, *Polikouka*, ha señalado el nuevo y verdadero realismo. Al leer estas novelas que parten de Rusia, con sus aspiraciones al porvenir, nos detenemos sobrecogidos de asombro. Se admira involuntariamente el genio poderoso de estos novelistas".

Durante el presente siglo Tolstoi influyó de modo diferente en las generaciones literarias del 900, del año 20 y del 38. En esta última, algunos de sus integrantes sintieron una atracción magnética por su penetrante maestría en la fusión de lo social y lo íntimo, por sus grandes cuadros épicos, su rebelión ante la injusticia, el ansia moral de servir al hombre y al pueblo.

En cierto modo, dicho influjo se registró en otros países de América Latina, con formas e intensidades distintas. Dentro de la generación literaria más joven, un representante del denominado "boom" latinoamericano, el peruano Vargas Llosa, se refiere a Tolstoi como "un autor que siempre ha sido para mí de cabecera".

En cuanto a Chile, Tolstoi significó un fenómeno cultural que echó sus raíces en el terreno de una crisis de conciencia derivada de los problemas de una sociedad donde comenzaba a hacer agua la servidumbre campesina, penetraba con fuerza el capital foráneo y la oligarquía había ya dado bastantes muestras de lo injusto e inhumano de su reinado. El tema de la influencia tolstoiana corre por dos vertientes que no siempre se funden en un caudal único: la literatura y la sociología moral.

Hace un cuarto de siglo —más exactamente, en 1952— viajamos a la Unión Soviética junto a un hombre que ganó el Premio Nacional de Literatura, gracias a una obra cuya cima más alta se llama justamente *Memorias de un Tolstoiano*. Fernando Santiván recordaba en ella que cuando muchacho confesaba a un amigo: "Tolstoi es como nuestro padre común. Yo..., yo... iría a Rusia sólo para besar sus manos venerables". Cuando Santiván visitó por primera vez la Unión Soviética, había más de cuarenta años que su

maestro había fallecido. Allí evocó en diversas reuniones los días encendidos de su juventud, cuando en compañía de otros escritores y artistas de principios de siglo formaron una "Colonia Tolstoiana" en San Bernardo. Otro de los cofrades, Augusto D'Halmar, sintetizaba en una frase el programa: "Estableceremos los métodos de Yasnaia Poliana". Por supuesto, en esa empresa romántica y utópica se mezclaban ideas y sentimientos muy heterogéneos: clara admiración literaria, nebuloso y a veces inconsciente desprecio por el orden social burgués, un intento soñador y efímero de escapar a sus leyes abandonando la atmósfera de la ciudad y renegando de su dios, el dinero. Como su paradigma, pretendían rechazar los males de una civilización fundada sobre la alienación del hombre

de abajo. Sin embargo, ese desafío fugaz e insostenible señaló históricamente un estado de ánimo. Encerró una manifestación de descontento contra los abusos de una opulenta minoría que explotaba y masacraba al pueblo (por ese tiempo se consumó la masacre de la Escuela Santa María de Iquique). Esos tolstoianos chilenos abominaban a su manera del poder oligárquico, hacían mofa de su imagen oficial, falsamente augusta, que desconocía no sólo los derechos al pueblo, sino también negaba toda significación al arte y la literatura, y con mayor razón al escritor.

No fue la de San Bernardo la única colonia tolstoiana que existió por aquel entonces en Chile. Un puñado de obreros y artesanos formaron otra (muy a disgusto de las autoridades), que funcionó en la calle Pío Nono



de la capital. La lectura de Tolstoi les ofrecía materia viva de reflexión, los incitaba a desarrollar una forma de crítica contraria al régimen y al estilo de vida burgués. Más tarde, no pocos seguidores sobrepasarán el horizonte puramente moral para llegar a una politización más definida.

El encantamiento tolstoiano indujo a algunos espontáneos corresponsales chilenos a enviar cartas apasionadas en dirección a Yasnaia Poliana. Tolstoi, querido por ciertos intelectuales de avanzada, contaba con una multitud de fervorosos discípulos en América Latina. Pero era odiado por la reacción, que no se dejaba convencer por el énfasis ético que ponían sus adeptos. Tras el novelista ruso descubría una intención y un proceder subversivos. No tardaron los críticos dominicales de derechas en denunciar la inspiración de Tolstoi como peligrosa para el estado imperante. Así se le sigue considerando hasta nuestros días. Un viejo comentarista de libros, Alone, en marzo de 1969, glosando una obra francesa dedicada a Tolstoi, tras unas cuantas reverencias, después de llamarlo "inmenso escritor", "representante de nuestra época", "personaje de perenne actualidad", vuelve a reprocharle como un pecado original su "odio a la propiedad". Le estima un riesgo permanente. Alertando respecto de su constante peligrosidad, sostiene que no debe bajarse la guardia frente a su obra: "Tolstoi no puede considerarse todavía sepultado".

En eso no se equivoca. Sigue vivo. En América Latina conoce Tolstoi partidas y regresos, olvidos y recuerdos, flujos y reflujos. Pero lo han leído con los ojos del alma atentas generaciones sucesivas de lectores durante casi un siglo. *Ana Karenina, Resurrección, La Guerra y la Paz*, muchas de sus novelas para

nosotros fueron literalmente revelaciones que se inscribieron como momentos de plenitud.

Hay estudiosos que siguen penetrando en el vasto recinto de su obra como a un gran laboratorio de experimentación y descubrimientos, donde todavía hay mucho que aprender. Más allá de la publicidad de los "best-sellers" del momento, para el buen catador de vinos generosos, Tolstoi no brinda el suyo para embriagarse con una excitante mentira, sino que infunde una sensación de estremecedora autenticidad y ayuda a sentir más hondo. Y para los que otean a lo lejos el horizonte, ¿quién puede decir que en sus libros no percibió, bajo las polvaredas de la vida cotidiana, una deslumbrante variedad de sentimientos, a veces trágicos, que no sólo personificaban el espíritu atormentado de su creador, su tentativa perpetua de encontrar un sentido más alto de la existencia, sino también la aspiración de mejorar la vida de su pueblo?

Pero, además, Tolstoi anunció al mundo, incluso a sus lectores latinoamericanos, la tempestad que se preparaba en el fondo de su patria. No escapó a la intuición de los pueblos aquello que Lenin definió a su respecto, ubicándolo en su preciso sitio histórico y social, al considerar que "su significación universal como artista y su fama universal como pensador y predicador refleja, cada uno en su propio camino, la significación universal de la Revolución Rusa".

Tolstoi para nuestros pueblos no es un ícono eslavo de frondosas barbas bíblicas. Es el heraldo de la mudanza que se preparaba en la historia de su país. De algún modo el lector sigue viendo en él un ansia de cambio favorable para el futuro del hombre de cualquier parte.

V. T.

 TESTIMONIO

Eduardo Galeano

Días y noches de amor y de guerra.

La Habana, Casa de las Américas, 1978. 219 pp. (Premio Casa de las Américas 1978. Testimonio).

Mientras nuestros países latinoamericanos pretenden ser arrasados por las dictaduras militares, ¿qué sentido tiene que algunos de sus habitantes, en lugar de combatirlos exclusivamente a través de una militancia política, se dediquen a escribir y se reconozcan y propongan como escritores? Esta interrogante no sólo se le plantea al observador extraño a esta realidad, sino que, posiblemente, al militante que —a veces— no comprende la dimensión política del trabajo cultural, pero, lo que es más importante, es vivida problemáticamente por el escritor de América Latina que sabe que, además, no puede ser leído por todos sus compatriotas (y no sólo porque su nombre pueda estar censurado, sino porque un porcentaje cada vez mayor de uruguayos, chilenos, paraguayos, argentinos..., son analfabetos). Eduardo Galeano —uno de los escritores jóvenes más importantes— se lo pregunta una y otra vez porque sabe que no puede dejar de escribir, que en él la escritura es parte de su vida..., pero ¿qué y para qué escribir? y desaparecen los problemas de conciencia cuando se va buscando y encontrando una respuesta y no por comodidad, ya que intentarlo es difícil y peligroso: no por casualidad están desaparecidos Rodolfo Walsh y Haroldo Conti, fue acorralado a balazos Paco Urondo, está en prisión Antonio di Benedetto y, fue perseguido Juan Gelman (lo que prueba que no existe una absoluta separación de actividades y que

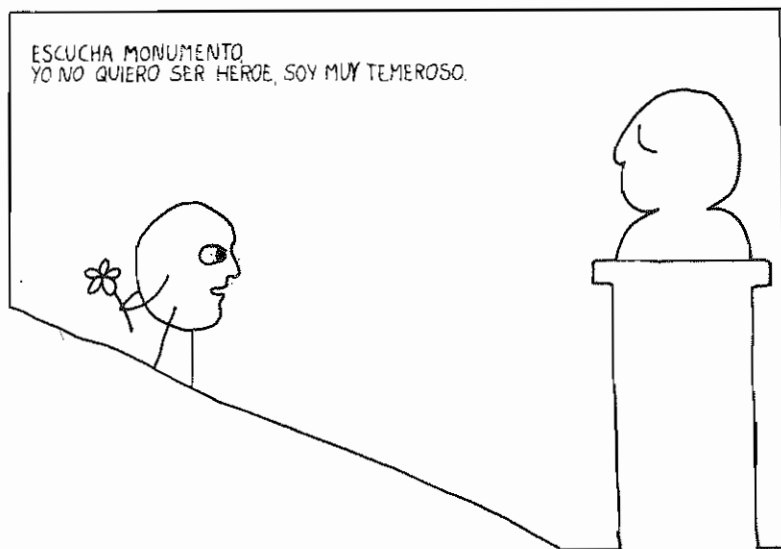
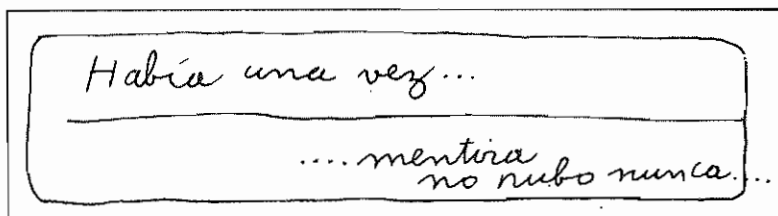
los reaccionarios la plantean para intentar convencernos y desconcertarnos).

Las dictaduras suprimen los hombres, la libertad, la democracia, pero, además, pretenden suprimir el tiempo que no les perteneció, quieren limitarse al presente y quieren impedir que se retroceda en la Historia para proyectarla y es claro, pasado y futuro les parecen subversivos porque pueden resultar explosivos. Galeano, consciente de este intento militar, ya no duda y escribe para rescatar del olvido. Da cauce libre a su memoria para que los recuerdos aparezcan y en *Días y noches de amor y de guerra* fomenta la realidad y la imaginación y hace revivir y convivir personas, ciudades, situaciones que conoció personalmente o de oídas, por las que siente cariño o desprecio, en las que sufrió y gozó y va recreando una historia en la que está inserto, pero que trasciende su persona, en la que aparece su tiempo individual que adquiere una dimensión temporal más colectiva y recorreremos América Latina en sus países y sus gentes a través de los desplazamientos de Galeano que hacen viajar su memoria y se abren las venas de América Latina y vemos las riquezas que tentaron y seguirán tentando al imperialismo, la sangre que corre y ha corrido, las democracias estranguladas y los intentos de cambio sofocados. Pero, si el "sistema", la máquina que es alimentada por la mentira, la violencia y la ambición aparecen denunciados en todo lo que significan visible e invisiblemente, surgen también los que oponiéndose al imperialismo, a la burguesía, a la injusticia y a las ansias de poder, buscan caminos para construir una vida mejor con humildad y paciencia, y ahí está Fidel reconociendo que no se había logrado la zafra de los diez millones, haciendo creer a los reaccionarios en su caída inminente porque, acostumbrados a la mentira, quieren olvidar que sólo a ellos les sirve el engaño. Ahí están todos los hombres que han caído, que son perseguidos, que luchan

consecuentemente más allá de sus intereses personales; ahí están como seres humanos y no como monumentos y cualquiera puede reconocerse en su amor a las personas y las cosas, en sus enfermedades, en sus alegrías o tristezas, en su belleza o fealdad, en su temor a la muerte o en su alegría de vivir. Mostrando y reconociendo limitaciones, pero proponiéndose y proponiéndose sobrepasarlas, Galeano supera la tristeza personal del país quebrado y lejano, de los amigos muertos y nos incita a perseguir "... a la voz enemiga que me ha dictado la orden

de estar triste. A veces, se me da por sentir que la alegría es un delito de alta traición, y que soy culpable del privilegio de seguir vivo y libre... A la patria, tarea por hacer —continúa—. no vamos a levantarla con ladrillos de mierda. ¿Serviríamos para algo, a la hora del regreso, si volviéramos rotos?" Y aquí está la respuesta que ha ido surgiendo a través de todo el libro: para construir un futuro es necesario (re)conocer el pasado y esta es una de las razones de por qué se escribe.

Soledad BIANCHI L.



Foster, David William

Chilean Literature. A working bibliography of secondary sources

(Boston: G. K. Hall & Co., 1978), XX + 236 pp.

En el prefacio, el autor señala que aunque la literatura chilena ocupa un lugar importante en la cultura latinoamericana, hasta ahora no se había recopilado una bibliografía crítica de esta literatura, exceptuando algunas bibliografías de autores o recopilaciones de conjunto siempre fragmentarias. Y luego agrega: "Más aún, la literatura chilena —el mismo Chile— ha llegado a un punto crucial de su historia. El gobierno de Allende, en su intento de socializar Chile, y, por consiguiente, su cultura, y la posterior restauración del *establishment* acaecida bajo la actual dictadura militar, representa una interrupción, figurada y literal, de la literatura chilena. Pocos autores de real vigencia permanecen en Chile y las editoriales que han sobrevivido continúan con programas raquíticos. Si bien es indudable que los escritores chilenos constituirán una fuerza apreciable, aun desde el exilio, el momento presente parece apropiado para elaborar una reseña de la crítica relacionada con lo que ha sido la significativa tradición de una literatura nacional" (Pág. VIII).

Y, justamente, éste es el mejor momento para la publicación de un trabajo tan acucioso y completo como el que ha llevado a cabo el profesor William Foster: cuando los intelectuales chilenos, tanto dentro como fuera del país, unen sus esfuerzos para salvaguardar los valores culturales que fueron desarrollándose al amparo de una larga tradición democrática, y cuya recuperación constituye la meta más urgente de este difícil período histórico.

La bibliografía reúne 2.762 fichas, de las cuales 581 corresponden a

referencias generales, divididas en 28 secciones, y 2.181 a la bibliografía por autores, en una recopilación que incluye poetas, narradores y dramaturgos.

El trabajo tiene como fecha de cierre los años 1974-75, aunque incluye muchas referencias de publicaciones posteriores. Un aspecto especialmente valioso es la inclusión de tesis y monografías, tanto de las universidades chilenas como de USA.

El criterio general para el acopio de referencias ha sido la selección de aquellos trabajos considerados útiles para la investigación y la crítica —artículos de revistas académicas, culturales, trabajos monográficos, etc.—, y en especial aquellos que pueden encontrarse con mayor facilidad. Esto significa distinguir —tarea que no deja de ser riesgosa— entre la crítica académica o especializada y la crítica periodística, distinción que en todo caso es necesaria para cumplir los objetivos de un trabajo de este tipo: servir de base bibliográfica para la investigación.

Los autores han sido seleccionados —señala el autor— sobre la base de su importancia histórica y estética. Sabemos que no es fácil conformar a todas las opiniones respecto a este punto. En todo caso, sin dejar de destacar la justicia de la amplia selección realizada, notamos la omisión de Guillermo Blest Gana y Vicente Grez, entre los autores del siglo XIX, o de Antonio Acevedo Hernández, Braulio Arenas, Juan Godoy, Gonzalo Rojas, Jorge Teillier, entre los contemporáneos. Aun cuando la bibliografía crítica sobre estos autores sea escasa, su inclusión constituiría una llamada de atención destinada a interesar a los estudiosos de la literatura chilena en algunos escritores frecuentemente mencionados pero poco estudiados.

Justamente, uno de los aspectos valiosos del libro es mostrar, de una manera muy gráfica, el grado de atención que la crítica le ha ido otorgando a los escritores chilenos. El autor advierte, en su prefacio, la escasa atención que han tenido, por ejemplo, escritores de

la calidad e importancia de Francisco Coloane o Enrique Lihn. Desafortunadamente, hay más autores insuficientemente valorados, y este libro se encarga de mostrarlo de manera clara.

Un rápido resumen cuantitativo nos indica que, entre los poetas, los que han concitado la mayor atención crítica son —y hay razones inobjetables para ello— Pablo Neruda (501 referencias), Gabriela Mistral (311) y Vicente Huidobro (129). Luego están Nicanor Parra (63) y Carlos Pezoa Véliz (50). En contraste, la obra de Pablo de Rokha sólo recibe 18 referencias. Entre los narradores, reúnen un mayor número de estudios críticos Eduardo Barios (89), José Donoso (80), Mariano Latorre (76), Alberto Blest Gana (68), Pedro Prado (58), Luis Durand (44), Vicente Pérez Rosales (43) y Alonso de Ovalle (41). La crítica sobre dramaturgos, si se exceptúa a autores de valor tan desigual como Armando Moock (17) y Luis Alberto Heiremans (14), aparece notablemente empobrecida. Ya indicamos que un autor de la importancia de Acevedo Hernández —por la poca atención que ha recibido, si exceptuamos el libro de Carlos Monsanto, y un artículo-resena de Grinor Rojo y Alvaro Ribera— no aparece incluido.

No está demás aclarar que no estamos propiciando una vía electoralista al señalar este hecho. Es decir, que consideremos la cantidad como índice de una justa valoración crítica. Lo que nos interesa destacar es ese valor adicional que tiene el trabajo del profesor William Foster, además de su ejemplar calidad de obra rigurosa y con objetivos suficientemente cumplidos, que la convierten en una obra de consulta indispensable para cualquier estudio que se realice sobre la literatura chilena: es constituir un indicador de los centros de interés que se han ido manifestando en relación a esta literatura, y de las preferencias y desatenciones de la crítica especializada.

De esta manera, la bibliografía es a la vez un recuento fidedigno de lo ya hecho y un punto de partida para lo que está por hacerse. Que

es, no está demás recalcarlo, el mayor valor que puede tener una investigación bibliográfica.

Juan Armando EPPLE

NARRATIVA

Joaquín Gutiérrez

Te acordás, hermano

La Habana, Casa de las Américas, 1978

Así, con título de tango, tal vez para conjurar y rescatar el pasado de los años 50 en que transcurre, se abre y se cierra esta novela del gran narrador centroamericano Joaquín Gutiérrez (n. 1918).

Su eje argumental lo suministra la participación del protagonista en trabajos clandestinos contra la dictadura de González Videla. Son años de represión, de la Ley de Defensa de la Democracia, llamada con razón por el pueblo Ley Maldita... En lo internacional, es el tiempo de la guerra fría, azuzada implacablemente por Washington, y de la lucha en Corea. El protagonista contribuye y ayuda a imprimir el *Canto General* (la famosa edición forjada "bajo las alas clandestinas de mi patria", como dijo el mismo Neruda); a lanzar volantes cuando visita Chile un representante norteamericano, y a posibilitar la entrada al país de un dirigente popular, para lo cual viaja al Norte, al puerto de Arica. Todo esto, narrado briosamente, con ritmo nervioso, con la rapidez y precisión que sin duda requerían las operaciones en la vida real. La atmósfera está dada por el grupo de exilados latinoamericanos, "la patota", que vive una bohemia entre alcohólica y literaria, compartida por jóvenes chilenos desgarrados por la situación política imperante. Existencia con frustraciones y heroísmos por igual. En térmi-

nos generales, eje narrativo y atmósfera novelesca fraguan bien, se potencian mutuamente, salvo leves y momentáneas desarticulaciones.

Tras las páginas de Gutiérrez entrevemos años memorables, de discusiones e indecisión, de compromiso y anarquía, de búsqueda intensa y de caos emocional. La vida personal se entremezcla con la acción política (¡y cómo no!), dando otra dimensión al individuo, su profundidad ciega y a menudo vulnerable.

Junto a ello, la novela nos va entregando, de refilón, el laboratorio interno de que ha surgido. Hay espléndidas intuiciones del autor acerca de la labor creadora, sobre el arte de borrar y eliminar, disciplina previa sin la cual no hay escritor que sobreviva. Se trata, a veces, de la lucha a muerte con Chejov, para dar vida, apenas, a una página animada y palpitante. Y luego, el doble filo de los modelos literarios, ese justo equilibrio que es necesario alcanzar entre influencias y originalidad, etc. Detrás de todo está siempre presente el problema del estilo, esa marca personal —no retórica, no formal— que es umbral por donde el lenguaje se trasmuta en realidad y llega a ser transparencia suculenta de la vida. Gracias a esto, el narrador puede cristalizar gestos y movimientos rebeldes a la percepción, o captar el elocuente mutismo de un obrero (p. 97).

El autor tiene una amplia cultura, y la usa con discreción, es decir, con cultura. No puede impedir que asomen, sin embargo, menciones del *Mahabharata* o de un libro de Glasenapp sobre la civilización hindú. Huellas e indicios que nos muestran que no ha quedado preso en la trampa de la "cultura occidental-cristiana", como rezaba la propaganda belicista de la época, sino que ha podido calibrar la fuerza perdurable de los documentos literarios orientales. Como Cortázar en esto, y pese a diferencias raízales que existen en todo lo demás; como Roa Bastos también, Gutiérrez parece pensar que los escritos más vivientes y actuales siguen siendo los viejos textos re-

ligiosos y poéticos, esos que hablan por civilizaciones y por pueblos enteros.

Galardón justo el de "Casa de las Américas", que premia una producción ya muy significativa, constituida por dos grupos bien diferenciados: las narraciones directamente realistas anteriores al promediar del siglo (*Manglar*, 1947 y *Puerto Limón*, 1950); y otras que, sin perder nunca una vinculación vital con la colectividad, la alivianan, la hacen más aérea, dejando márgenes y cancha para la divagación y el sueño. *La hoja de aire* (1968), presentada por Neruda, había comenzado esta orientación; *Murámonos*, *Federico* (1973) la lleva adelante, junto con esta reciente novela, que es valiosa adición a la relevante actividad literaria del escritor costarricense.

Jaime CONCHA

Guillermo Atías

Le Sang dans la rue

París, Editions Rupture, 1978

Esta nueva novela del escritor chileno recoge su título (en la edición francesa) del famoso verso de Neruda "Explico algunas cosas": *Venid a ver la sangre por las calles...* En Moscú, la misma obra fue publicada íntegramente por la revista "Literatura Extranjera" con el título "Protiv tieshenie", en castellano "Contra corriente", que es el nombre originalmente dado a la obra por su autor. (La novela se mantiene aún inédita en español.)

Guillermo Atías pertenece a la llamada "generación del 38", en la que suele incluirse, entre otros, a Nicomedes Guzmán, Francisco Coloane, Volodia Teitelboim, Fernando Alegria, Luis González Zenteno, Nicasio Tangol y algunos otros. Estas "agrupaciones generacionales" son generalmente arbitrarias, producto del afán clasificatorio de críticos o académicos, a menudo empeñados en imponer estructuras lógicas o cartabones a una reali-

dad chúcara, difícil de aprehender. En este caso, sin embargo, parecería existir un mayor fundamento para hablar de una "generación", en el sentido literario, que no es solamente el cronológico. Los del 38 tienen un parentesco indudable, por encima (o por debajo) de su diversidad: se asemejan en su preocupación por lo político y lo social, y en el intento de reflejarlos en la literatura; son realistas; escriben novelas y, desde diversos ángulos, se identificaron todos en su tiempo con el Frente Popular triunfante en 1938.

Guillermo Atías inició su vida literaria pública cambiando su nombre de pila —que tal vez le sonaba prosaico— por el oriental y poético "Anuar. Fue, en su juventud, un surrealista, empeñado en descubrir y mostrar el doble fondo de la vida cotidiana más rutinaria y trivial. Con el tiempo evolucionó hacia el realismo, pero mantuvo siempre un ojo muy atento a lo grotesco, al absurdo inesperado, al toque de locura que irrumpe a menudo en medio de las secuencias más racionales.

Hombre de terno oscuro, de bigote hoy cano, de anteojos, era, cuando lo conocí, empleado del Banco de Chile, y lo parecía. Sólo una observación muy atenta permitía descubrir la ironía —de la que no se excluye— y el humor, detrás de su exagerada gravedad y de una cierta lentitud soñolienta y engañosa que sugiere eso que en Chile suele llamarse "fomedad", pero que en realidad es más bien la tensión interna disfrazada de displicencia del gato a punto de saltar sobre su presa. Sí, tiene algo de gato en su apariencia, y hasta en su modo de caminar, silencioso y rodante.

Guillermo Atías publicó en 1956 su primera novela, "El tiempo banal", que alguien calificó de "existencialista", y que nos parece uno de los más finos retratos de ciertos ambientes y personajes del "medio pelo" santiaguino, de esa clase media que sufre la "pobreza arreglada, que es la más tremenda de todas las pobrezas", como decía Pablo de Rokha. En 1965 publicó "A la sombra de los días",

posiblemente la principal de sus obras, hasta hoy. En 1972 un relato suelto, popular, de estilo folletinesco y de rigurosa actualidad política, "Y corría el billete".

"Contra-corriente" o "La sangre por las calles", según la versión francesa, es una novela sobre la revolución y la contrarrevolución en Chile, en los años del Gobierno Popular. La impregna una cierta melancolía, que no excluye los toques del humor algo grotesco de Atías (por ejemplo, cuando pinta las oficinas del kafkiano diario "Combate"), ni escenas de acción violenta. El protagonista y narrador es un uruguayo o argentino (no se termina de saberlo con precisión) que llega a Santiago en 1971 con la misión de escribir algo (¿novela, reportaje, crónica?) sobre la experiencia del gobierno de Salvador Allende. El escritor se obliga a sí mismo y nos obliga, a sus lectores chilenos, a mirar a los chilenos desde afuera, a descubrir en qué somos diferentes y semejantes a nuestros vecinos del continente. Esto produce un curioso efecto de distanciamiento, que es tal vez la clave de la originalidad de esta novela. Este enfoque "desde afuera", que en ciertos momentos sugiere una cierta superficialidad, como si el narrador no hubiera logrado penetrar algunas claves que para cualquier chileno son conocidas, tiene la ventaja de obligarnos continuamente a descubrir nuevos ángulos de nuestra propia existencia, y a la vez nos plantea una exigencia de objetividad.

"Contra corriente" es un libro despiadadamente crítico, y plantea con tremendo vigor los errores y las debilidades de los partidos populares y de la derrotada revolución chilena. Nada habría que objetar a esta crítica si no fuera que, a nuestro juicio, su extremismo reduce demasiado el relieve de lo positivo del período y deja así, en última instancia, una sensación amarga y desesperanzada.

Como quiera que sea, la novela de Guillermo Atías es uno de los libros más interesantes surgidos en el exilio, en este duro quinquenio de fascismo. Es una evocación

de gran fuerza del período del Gobierno Popular, pero no es sólo eso: es además una recreación reflexiva y penetrante, que nos enriquece en nuestra captación de la realidad vivida y que nos obliga a meditar.

José Miguel VARAS

ANTOLOGIA

In deinem Schmerz seh ich den neuen Tag (En tu dolor veo el nuevo día)

Prosa y Lírica de artistas chilenos en el exilio.

Edition Neue Texte. Aufbau-Verlag, 1978. Berlin-Weimar (DDR)

La editorial Aufbau, de la República Democrática Alemana, una de las más prestigiosas de ese país, acaba de lanzar una antología de prosa y lírica de autores chilenos en el exilio en diversos países. El título —tomado de uno de los poemas de Guillermo Núñez— *En tu dolor veo el nuevo día* —expresa exactamente el contenido y el sentido de la antología—. Trátase de una edición de lujo, a todo color, con reproducciones de cuadros de Guillermo Núñez y dibujos del mismo autor. Un hermoso libro más de colección, que se agrega al ya notable acervo cultural del exilio. Las obras escogidas están ordenadas dramáticamente, no cronológica o alfabéticamente como es uso, lo que le confiere una poderosa unidad interna que llega profundamente al lector. Se inicia con una novela corta de Alfonso González Dagnino (algo más de la mitad de la antología total), que escueta y exactamente se refiere a los días que siguieron al golpe militar de septiembre de 1973. (En rigor, el relato se inicia la noche del 10 de septiembre.) En las palabras de presentación al público alemán que hace el crítico chileno Desiderio Saavedra, dice de ella: "... González-Dagnino con-

jura la atmósfera, los sucesos, el espantable y caótico mundo emergente del golpe. Es un relato surgido del dolor, un relato que se para las distancias y el tiempo y se inscruta en la desnuda realidad. Como puntos de referencia del drama, el autor plantea el contraste y los conflictos entre diversos caracteres, que desembocan en los caminos que se ofrecen a los derrotados: la muerte, la lucha (clandestina o no), la prisión y el exilio. Alfonso González Dagnino se ubica en una posición crítica; destruye falsas ilusiones y desnuda errores sin complacencias, mas simultáneamente se dirige a la fuerza del hombre, a la potencia moral y política del pueblo".

Guillermo Núñez inicia la segunda parte de la antología con una veintena de breves poemas líricos, la mayoría escritos en el campo de concentración de Puchuncaví: visión estremecida de la que surge la fraternidad y la esperanza. El dolor común de esos seres indefensos en manos de sus verdugos, en vez de disminuirlos los agiganta, y viene al espíritu la frase de Gorki: "Cuanto más me hundí en la desdicha humana, más fuerte resonó siempre la palabra hombre".

El dolor se levanta, limpia los barrotes con que quisieron profanarle, y echa a andar. En un brevísimo y alado relato (*El hombre del clavel en la boca*), Skarmeta, casi con una pura metáfora, nos lo revela: una exilada chilena encuentra cierta noche mágica, cierta noche de Año Nuevo, caminando sola por las calles de Lisboa minutos antes de la medianoche, a un hombre que viene en sentido contrario, y mordisquea el tallo de un clavel que lleva en su boca. Suenan las campanas, estallan los petardos: ese instante suspendido en la eternidad de un segundo. Ambos se quedan inmóviles, y súbitamente se abrazan: ¡un nuevo año, un nuevo año, Dios mío! Ella viene de la derrota y él sale de las prisiones de Salazar, a esa moneda recién acuñada de la democracia portuguesa. Entonces, él se saca el clavel de la boca y se lo entrega. La lucha continúa.

El libro también continúa.

Omar Saavedra hace un excelente estudio en pocas páginas del miedo, ese acompañante agazapado de todos los días en Chile, agazapado aún en el fondo de la alegría. El mismo autor nos regala a continuación con una pequeña historia, ya no en Chile, que revela la esencia absurda, grotesca y conmovedora del dolor del exilio: las vicisitudes de un payaso chileno exilado, de un payaso auténtico de circo pobre, en una sociedad cuyo sentido del humor, idiosincrasia, cultura toda, es tan diferente a la nuestra.

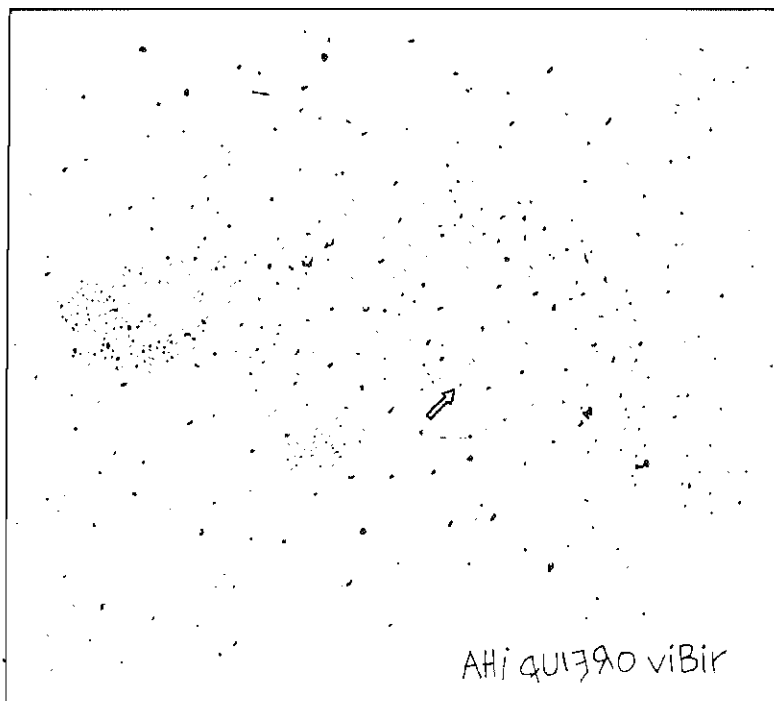
Cierra la Antología un breve cuento de Carlos Cerda, *El Silencio*, o lo que yo llamaría la historia del clavel sin metáfora, henchida únicamente de la fuerza implícita de lo dramático: la anciana plancha y plancha, vagamente temerosa en su corazón de madre de esos muchachos de catorce años en la pieza del lado, tan calladitos haciendo sus tareas. Y pregunta. Sí, mamá, ya vamos a terminar. Y se asoma. Pero

¿es que no ves, mamá, que aquí tenemos los cuadernos, los libros abiertos. Nada ocurre en esa casa humilde de Santiago esa noche, y ocurre todo. El muchacho, finalmente, se inclina sobre el mensaje —todo está ya preparado— y escribe una sola palabra: "Mañana".

La dinamita final de los cuentos clásicos.

No sabemos si algunos de estos poemas, relatos, novelas cortas y ensayos hayan visto la luz en otros idiomas, principalmente en el suyo propio. Sea lo que fuere, todos deberían publicarse alguna vez en español. El arte no sólo vive de la vida, sino también del arte, y es preciso, para desarrollar este fenómeno cultural nuevo que es el arte chileno del exilio (contraparte del apogón cultural en Chile), que todos los chilenos puedan leer lo que se está publicando de chilenos en las más diversas lenguas.

Antonio GAMARRA



POESIA

Sergio Macías, Julio R. Alegría

**Während all das geschieht...
(Mientras esto sucedía...)**

Rostock, 1977

El arte clandestino o el arte del exilio, aunque arte doloroso, tiene el signo positivo de la lucha, de la vida que sigue, de la esperanza alimentada por las cosas de cada día.

Así nos parece esta hermosa carpeta editada en Rostock, República Democrática Alemana, que contiene poemas de Sergio Macías e ilustraciones de Julio R. Alegría.

Algo hay en el conjunto de la obra que sobrecoge. La nostalgia por la patria lejana está patente en ambas exposiciones.

Poemas que añoran. Esa es la tónica. En el amor, en la lucha, en el paisaje nuevo, en nombres de lugares que apenas sabemos deletrear. El poeta sabe que no es posible detener la rueda de los días. Prosigue su existencia ebrio de nostalgia y de deseos. Se acerca al mar cada mañana. Es un mar frío, de pájaros extraños, con otros barcos y otros rostros. Pero allí pone su boca, vuelto hacia la patria: "Cuando el viento del Báltico se lleva mi canción". Alguien, sin duda, la recibirá. Alguien la guardará hasta su regreso. Para el día en que todos cantemos juntos. Mientras, "en Warnemünde los pájaros abren mis heridas".

Los versos de Sergio Macías sangran. No hay obra de exilio que no esté herida. Pero combaten sin amilanarse. Esta poesía también lo hace. Condena, anuncia:

"De nada le sirvió a Augusto el suplantador de Adolfo caer de rodillas y llorar ante el Tribunal del Pueblo. Nada le quedó para la eternidad."

Las ilustraciones de Julio R. Alegría tienen la significación de poemas plásticos, con la misma tonalidad anímica.

Colores diluidos, apenas se asoman a los niveles cromáticos. No hay, por lo general, figuras concretas. Todo es difuso, como si nuestra mente no se atreviera a reconstruir las viejas figuras. Hay superposiciones de planos que muestran la fragilidad de las hechuras o de los sueños. Pocas veces podrían identificarse tanto verso e ilustración. En este caso, parecieron provenir de una misma alma.

Creemos que la carpeta de ambos artistas señala una buena ruta. La combinación de expresiones artísticas diferentes. "La unidad artística para combatir", pudiera decirse. Hermoso trabajo el de Macías y el de Julio Alegría. Generosa e irrenunciable la ayuda de la República Democrática Alemana para que el arte participe también, a plenitud, en la destrucción del fascismo.

Eulogio SUAREZ

Agustín Olavarría Baldosas

(De y para...) Edición bilingüe, español-italiano, de 400 ejemplares sin pie de imprenta.

"Recorría el universo/buscando a alguien que escuchara sus poemas" y nos encontramos, era uno de los tantos viajes emprendidos por el personaje de estos poemas-visuales en que con "baldosas" iba haciendo camino y ahí contó: "con su valijita y su lorito negro, el mago amigo me buscaba" y vimos cómo en un a-bra-ca-da-bra aparecieron fantasía en versos y dibujos de imaginación que fueron mágicamente entregados a este joven poeta-pintor chileno, Agustín Olavarría.

En estas "baldosas" se va reflejando el hombre y sus creaciones que, a veces, se han vuelto contra él. Entonces, el poeta lanza sus

"baldosas" como advertencia de los múltiples peligros contra los hombres, contra la naturaleza, contra el universo. Ante nuestra vista aparecen esas "máquinas" multifacéticas y personificadas o esas armas que auto-actúa porque ya se han escapado del control humano. Y reconociendo su pequeñez y ante su inevitable encuentro con el dolor, los seres humanos se proponen acciones, y aunque "ni mil hombres pudieron mover del camino a la nostalgia", insisten y deciden: "Mandamos angustias y tristezas al cosmos". Y surgen otras limitaciones que atormentan al hombre y pareciera que el mago-poeta se interrogara: ¿a qué se debe este temor a la imaginación y la magia cuando con ellas el mundo puede mirarse de otro modo?, ¿cree el hombre que la poesía le hará perder la racionalidad que le permitió construir esta "civilización" que tanto lo

enorgullece, pero que le impide ser feliz?

"Ni Lorenzo de Arabia ni el Principito tuvieron un horizonte tan grande ante sus ojos"; en cambio, el hombre sí tiene la posibilidad de construirse un futuro en que los sentimientos afloren y se compartan en la amistad, el amor y la fantasía y obedeciendo al llamado que reconoce: "Habitantes del universo/necesitamos un poeta", dejándole su lugar y creándolo en cada uno de nosotros podremos ver y oír el tiempo en que

"el poeta le cantaba al
[viento
el viento encantaba al
[universo
y sin saberlo el hombre era
[feliz".

Soledad BIANCHI L.



La Bicicleta

Revista chilena de la actividad artística (bimensual). Director: Eduardo Yentsen. Santiago (Chile)

"En la hora de los helicópteros concéntricos surge, como una paradoja necesaria, la bicicleta...", dicen ellos mismos a modo de presentación en su primer número. Antes, por la Unión de Escritores Jóvenes, con su "Poesía para el camino", habíamos sabido que teníamos que andarnos con cuidado, que la poesía, desnuda, es decir, terrible y magnífica, había salido a la calle. Ahora por "La Bicicleta" sabemos que tras la poesía se han venido la canción y la danza, la plástica y la música, el teatro... Rodando entre ellos "La Bicicleta" viene a decirnos que "en el arte y desde el arte se está pensando en profundidad; se está analizando nuestra vida social, y las más diversas expresiones de nuestra cultura: educación, ciencia, religión, etcétera. Hoy en día el arte se está nutriendo de la totalidad de la vida social, y cada vez más busca nutriría a toda ella".

En dos números publicados, el resumen es suculento; en el número 1 de septiembre-octubre 1978 leemos: mesa redonda "recitales de nuestro canto", entrevista al escritor y autor teatral Marco Antonio de la Parra ("Matatángos o dispáren sobre el zorral" y "Lo crudo, lo cocido y lo podrido"), un reportaje a la Galería Espacio Siglo XX y otro a la Agrupación Cultural Universitaria, una presentación de la Maratón, obra del teatro de comediantes y una reseña breve de diversas actividades culturales: taller literario "Nuestro canto", "Poesía para el camino", de la Unión de Escritores Jóvenes, el Illapu en el Olympia (la gira del conjunto en Europa), presentación de "Valparaíso", la canción de Osvaldo Rodríguez, con arreglos y

un estribillo original del conjunto Aquelarre; Nano Acevedo y la Peña Javiera, Taller 666, el grupo Aleph, el teatro contemporáneo y una nota de Erick Polhammer (autor del poema sobre los helicópteros) sobre "Dos actitudes en la poesía rumana".

El número 2, noviembre-diciembre 1978, se abre con un debate en torno a la presencia de la actividad artística chilena en las diversas revistas de difusión masiva, Julio Cortázar contribuye con dos textos de su novela inédita "Un tal Lucas"; un texto de Daniel Ramírez sobre la actual creación musical y una entrevista a Héctor Noguera son la ocasión de aproximarse a la actividad musical y teatral, visión que será completada con los reportajes a la puesta en escena de "Esperando a Godot" por el teatro universitario independiente y, por otra parte, al grupo Cámara-Chile, que dirige Mario Baeza; la poesía viene en el montaje poético "Una poesía de testigos oculares", de los jóvenes escritores Alfonso Vázquez, Jorge Ramírez y Gregory Cohen; Peñalolén, agosto 1978, presenta en un diálogo entre jóvenes escultores, grabadores y dibujantes las búsquedas y dificultades de las artes plásticas. La entrega se completa con las notas sobre el concurso literario "Todo hombre tiene derecho a ser persona", el reportaje a "Qué hace hoy Luis Advís", y las reseñas sobre Isidora Aguirre y el grupo Aquelarre.

Leyéndolos, descubriendo un Chile erguido, vital y fecundo, nos damos cuenta que no es de la trfsteza amarga de De Sica en su "Ladrón de bicicletas" que aquí se trata, sino más bien de la alegre y solidaria —también irreverente— bicicleta de Tati en su "Jour de fête". Como aquélla, ante todo ésta busca hacer comunicar los hombres, invitarlos a echarse a rodar, a lanzarse en una multitudinaria vuelta a Chile de la cultura. Pedal a pedal el pelotón se organiza. En su número 2 "La Bicicleta" nos anuncia la realización de la segunda semana por la cultura y la paz, con una nota discreta al pie de página: "Al momento de publicar

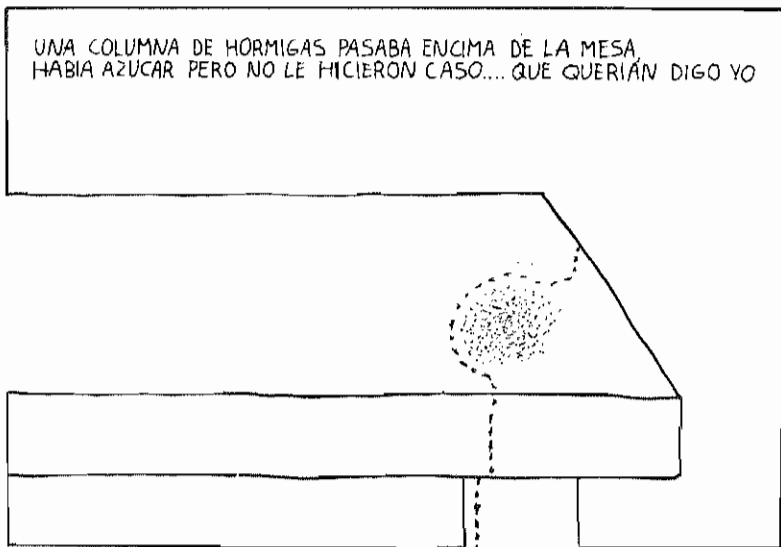
esta información, la autorización municipal para realizar el encuentro se encuentra aún en trámite". Con seguridad, en su número 3, "La Bicicleta" nos contará que luego de ciertos contratiempos totalmente ajenos a su voluntad, la semana pudo realizarse en el mes de

enero de este año, y que allí se lanzó la iniciativa de crear la Unión Nacional por la Cultura (UNAC).

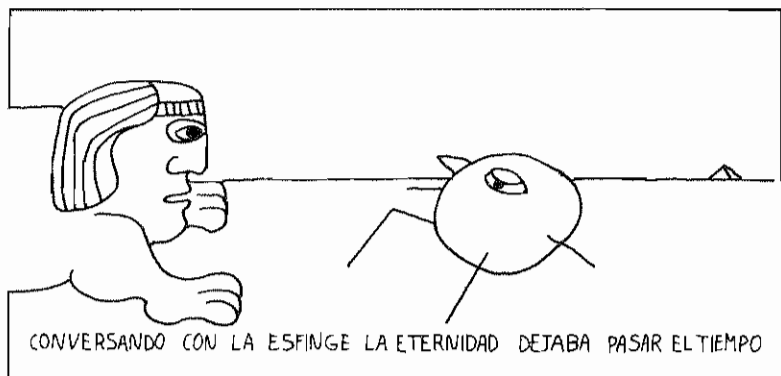
"La Bicicleta" rueda, avanza, invitándonos a no perderla de vista, a seguirla de cerca.

Sergio SPOERER

UNA COLUMNA DE HORMIGAS PASABA ENCIMA DE LA MESA,
HABIA AZUCAR PERO NO LE HICIERON CASO... QUE QUERÍAN DIGO YO



CONVERSANDO CON LA ESFINJE LA ETERNIDAD DEJABA PASAR EL TIEMPO



Daniel Salinas

A Chile desde lejos

Movieplay, Madrid, 1978

Ex diputado por la provincia de Maileco, exilado en París desde 1974, Daniel Salinas tiene una actividad permanente en Francia y en el extranjero como cantante popular.

El título de este disco, editado en España, describe una actitud que caracteriza su contenido: música y textos originales en una serie de canciones llenas de recuerdos personales, vivencias y esperanzas, con una tranquila nostalgia por la patria lejana.

Las canciones están impregnadas de aires populares latinoamericanos, con arreglos sencillos y claros que buscan, sin excesivas pretensiones, subrayar el sentido de los textos, de un contenido no directo. Están interpretadas con sinceridad popular, con el corazón.

Sergio Ortega - Pablo Neruda

Bernardo O'Higgins Riquelme (1810)

«Poema sonoro para el padre de mi patria»

Compuesta entre abril y mayo de 1978 por Sergio Ortega, sobre el texto integral del trozo que Neruda dedica a Bernardo O'Higgins en el capítulo "Los Libertadores" del CANTO GENERAL, la obra fue grabada para disco en el mes de junio de 1978, por el taller Recabarren.

Esta obra se propone destacar la significación de la personalidad de O'Higgins como soldado patriota, que luchando por la independencia de Chile representaba los intereses auténticos de su pueblo, y en esa lucha chocó con la resistencia

de la nobleza y la oligarquía criollas, y de la corona española. Es un hecho conocido que su condición de hijo natural le valió el desprecio de la aristocracia chilena.

"¿Cómo se llama usted", refan los "caballeros" de Santiago: hijo de amor, de una noche de [invierno, tu condición de abandonado...

Lo que se busca es poner de relieve la actualidad de la imagen de O'Higgins, que corresponde a las Fuerzas Armadas chilenas, atropelladas en 1973 por la traición de los generales fascistas.

Desde el punto de vista musical se plantea un elemento polémico en el uso alternativo de canciones y recitativos de un lenguaje musical contrastante. Las canciones tienen abundancia de elementos melódicos y rítmicos populares y tradicionales, y los recitativos un tratamiento melódico e instrumental más complejo. A menudo se afirma que la simplificación de los motivos, de las estructuras armónicas y rítmicas y de la instrumentación favorece *a priori* la expresión de un contenido progresista, y se concluye frecuentemente que por el contrario, cualquier lenguaje más desarrollado técnicamente inhibe la posibilidad de producir una expresión musical revolucionaria. La oposición formal entre canciones y recitativos busca probar que no existe una contradicción entre lenguajes musicales como tales, sino que ella puede generarse a partir del contenido que sirven, es decir, de los intereses que defienden.

La cantata "Bernardo O'Higgins" fue presentada por primera vez en público en octubre de 1978 en el Festival de Música "Steyrischer Herbst", que se organiza cada año en la ciudad de Graz (Austria). Fue recibida por el público y la crítica con el calor y el cariño que han rodeado a las manifestaciones culturales chilenas del exilio.

Felipe CANALES

CARTAS AL DIRECTOR

"Hemos recibido los tres primeros números... Alegría, emoción, pena, nostalgia, rabia... Nos producen un poco de todo eso... Les deseamos mucho éxito y felicidad en el año que comienza. Y pronto nos encontraremos en Chile."

Pedro Iribarne y Sonia Frieman.
(La Paz, Bolivia.)

"Espléndida la revista. Es buena en su presentación y contenido. Es una publicación moderna, bien diagramada y con interesantes artículos. Muy buenas las ilustraciones de Vásquez y Lolito Walker del número 3... Apreciamos el enorme esfuerzo que debe significar el hecho de sacar esta revista... Pero queremos plantear algunas objeciones. Nos parece que la revista es demasiado *localista*, chilena, circunscrita a los problemas y aspectos de Chile. Estimamos que ella debe abarcar temas de América Latina y creemos que también de España, dado el interesante momento histórico que está viviendo la Madre Patria."

Grupo de Chilenos.
(Bogotá, Colombia.)

"Ruego a usted hacerle llegar mis felicitaciones al compañero Sergio Vuskovic por la notable descripción que hace de la parte de la vida en el campo de concentración de Dawson. Yo viví allí más de un año con otros cientos de compañeros y sobre el particular quiero, por su intermedio, hacerle llegar a Vuskovic las siguientes observaciones: a) El campo de Compingin, Punta Grande, fue *inaugurado* el mismo 11 de septiembre de 1973 por 60 compañeros que fuimos apresados a tempranas horas en Punta Arenas. Arribamos en la barcaza *Elicura*, de la Armada, a las 21,00 horas; b) El campo de Río Chico funcionó desde el 20 de diciembre de 1973 hasta el 27 de septiembre de 1974. Ese día los presos políticos que permanecíamos allí, alrededor de 70, fuimos trasladados a la Cárcel-Presidio de Punta Arenas. En su apogeo —enero de 1974—, Dawson albergó más de 400 presos. El *último de los dawsonianos* —Elbio Yáñez Pelúa— recuperó la libertad gracias a la solidaridad internacional en junio de 1977.

Mario Galetovic Sapunar.
(Londres, Inglaterra.)

"Bajo el nombre de ARAUCARIA se ha iniciado la publicación de una revista concebida y realizada por los intelectuales chilenos en el exilio y cuya principal misión es poner un poco de orden en el singular estado de cosas que atraviesan las artes y las letras chilenas, desparramadas estos años principalmente por Europa... Son dos los números editados hasta ahora; en ellos, además de los artículos inevitablemente políticos, hay un considerable espacio dedicado a la literatura y a otros temas, como la pintura o la canción."

(Madrid, "Informaciones", 4 agosto 1978.)

"¿Qué es ARAUCARIA, aparte de un gran árbol conífero de la familia de las abietáceas, que crece en el sur de Chile?... Se trata de una revista de chilenos que ya va por su tercer número. Es una publicación cultural, literaria en mucha parte de su contenido. Aparece en París bajo la dirección de Volodia Teitelboim, pero su campo de acción sobrepasa los ambientes mejores del continente europeo e irradia también en América (en el propio Chile, donde ha entrado clandestinamente, despertando el entusiasmo de los intelectuales) y en otros lugares."

(L. E. D., México, "El Día", 28 octubre 1978.)

"ARAUCARIA EN CHILE se titula la nueva revista de los demócratas chilenos publicada este año. En la portada del número 1, sobre fondo profundamente azul y título en caracteres rojos (colores de la bandera chilena) aparece una ilustración de Gracia Barrios: un rostro transformado por un grito de dolor y odio. A la intelectualidad chilena, así como a todo el pueblo de Chile, es imposible acallarlos. ARAUCARIA es ahora el vocero de esa intelectualidad, que dio al mundo a Gabriela Mistral y Pablo Neruda, y a la cual la junta fascista declaró una guerra a muerte."

(Juan Cobo, Moscú, Revista "América Latina", núm. 4, 1978.)

"... En el exilio, la cultura chilena crece como un árbol vigoroso de denso follaje: la literatura, la pintura, la música, el teatro y el cine, conquistan audiencia y reconocimientos del más alto nivel en todos los continentes, contrastando con sus creaciones la esterilidad de la *cultura oficial* del régimen militar. En este panorama se inscribe el feliz nacimiento de ARAUCARIA, que se prepara para cumplir la meta de su primer año de vida."

(Alejandro Witker, México, "El Día", 12 noviembre 1978.)

ARAUCARIA Y LOS NIÑOS CHILENOS

Con motivo de la celebración del Año Internacional del Niño, *Araucaria* invita a los niños chilenos de la emigración —entre 7 y 12 años— a enviar antes del del 30 de julio próximo dibujos o composiciones escritas sobre el tema.

COMO VEO A MI PAIS

Los mejores trabajos serán publicados en los dos números finales del presente año.

Dirigir los trabajos a:

ARAUCARIA

Apartado Postal 5056
Madrid-5 ESPAÑA

— PUBLICIDAD —

LITERATURA CHILENA EN EL EXILIO

SUSCRIPCION: US \$ POR AÑO

Se publica 4 veces al año: (Enero - Abril - Julio
y Octubre)

Director, Fernando Alegría; Editor, David Valjalo
Presidente del Comité Internacional,
Gabriel García Márquez

P. O. Box 3013 Hollywood, California, 90028, USA.

LOS AUTORES DE ESTE NUMERO

* Armando CISTERNAS (ver pág. 131). * Hugo FAZIO: economista. Miembro del Consejo de redacción de "Revista Internacional". * Vladimir HERMOSILLA (ver pág. 151). * Claudio ITURRA (ver pág. 151). * Orlando MILLAS: ex-diputado, Ministro de Hacienda del Gobierno de la Unidad Popular, dirigente del Partido Comunista de Chile. * Carlos OSSA: Escritor y periodista. Vive en el exilio, en Holanda. * Elvio ROMERO: poeta paraguayo, autor de *Los innombrables*, *El sol bajo los raíces*, etc. Vive en el exilio. * Jaime SCHWENCKE (ver pág. 151). * Eulogio SUAREZ: poeta y periodista. * Claudio TEITELBOIM (ver pág. 151). * Héctor TORO: Ex-dirigente de la Confederación Marítima de Chile. Actualmente, colaborador del Comité Exterior CUT y dirigente del MAPU O. C. * José Miguel VARAS: Escritor y periodista. Autor de *Poraj*, *Chacón* y otros libros. * Vicente ZITO LEMA: Poeta y periodista argentino, ex-profesor de la Universidad de Buenos Aires. Autor de *Pueblo en la costa*, *Feudal cortesía en la prisión del cerebro*, *Conversaciones sobre el arte y la locura*, etc.

Las ilustraciones pertenecen a: * César OLHAGARAY (págs. 6 a 95 y 186 a 203), estudiante de Arquitectura y animador de las Brigadas Ramona Parra hasta septiembre de 1973. Actualmente, en Dresden, RDA. * Carlos SOLANO (págs. 108 a 128 y 170 a 185), ex-profesor de la Facultad de Bellas Artes, Universidad de Chile. Actualmente, Chargé de Cours en la Sorbonne, París, I. * Agustín OLAVARRIA (págs. 206 a 225), dibujante y diseñador gráfico. Vive en el exilio, en Milán, Italia.

La referencia de los autores no citados figura en números anteriores de la Revista.

NOTA.—Por un error involuntario, en el número 3 de *Araucaria* se omitió señalar que los dibujos de las páginas 183 a 193 son de la pintora Doloros WALKER y corresponden a la serie denominada "Las comilonas del Barrio Alto".





Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>). Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata.](#)

© CEME web productions 1999 -2010 